Emma Pulido

La Medalla de Peltre

Historias que se escribieron solas



LA MEDALLA DE PELTRE

Emma Pulido

LA MEDALLA DE PELTRE

Historias que se escribieron solas



EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: abril de 2024
Copyright © 2024 Emma Pulido
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A Andrés, el candil en mi noche oscura.

A Claudia, Valeria y Cayetana, por regalarme los años más felices de mi vida.

A Modesta y Celia, por inspirarme esta historia.

Índice

Introducción: Historias que se escribieron solas

Primera parte: Primeras historias

- Capítulo I: La traición
- Capítulo II: Un cambio inesperado
- Capítulo III: La hermana Amelia
- Capítulo IV: Los enamorados
- Capítulo V: La familia De la Fuente
- Capítulo VI: La cabaña de juegos infantiles

Segunda parte: Historias que se complican

- Capítulo VII: Una familia poderosa y un misterio
- Capítulo VIII: El mestizo
- Capítulo IX: El invernadero
- Capítulo X: La hija de la revolución
- Capítulo XI: Una historia de amor y de violencia
- Capítulo XII: El reencuentro
- Capítulo XIII: La habichuela
- Capítulo XIV: El cierre de Casa Gelvira
- Capítulo XV: El botín
- Capítulo XVI: La maldad solo engendra maldad

Tercera parte: Historias que se cruzan
Capítulo XVII: Los huérfanos
Capítulo XVIII: El primo Beltrán
Capítulo XIX: El nacimiento de Andresito
Capítulo XX: El ateo y la devota
Capítulo XXI: La casa de huéspedes
Capítulo XXII: Calvarrasa de Abajo
Capítulo XXIII: De nuevo en Los Charros de Cagayán
Capítulo XXIV: El regreso de Andrés
Capítulo XXV: Malos tiempos
Capítulo XXVI: Ladrón buscando a ladrón
Capítulo XXVII: La guerra civil
Capítulo XXVIII: Los perseguidos
Capítulo XXIX: Una obsesión
Capítulo XXX: Nunca es tarde para arrepentirse
Capítulo XXXI: Amenazados
Cuarta parte: Historias que se convierten en pesadillas
Capítulo XXXII: La noche más macabra
Capítulo XXXIII: Cuando arden hasta los cimientos
Capítulo XXXIV: El Socorro Blanco
Capítulo XXXV: Quien a hierro mata, a hierro muere
Capítulo XXXVI: La felicidad
Epílogo

DRAMATIS PERSONAE

POR ORDEN ALFABÉTICO

Adolfo Aróstegui: Joven vividor que disfruta con desenfreno de la vida nocturna del Madrid republicano previo a la guerra.

Agustín: Exmilitar lisiado que tiene alquilada una habitación en la pensión de Elvira.

Andrés Legazpi: Primogénito de los Legazpi. Llegó con ellos desde Filipinas siendo muy pequeño. Es amable e inteligente.

Ángel Legazpi: Uno de los mellizos de los Legazpi. Nace cuando la familia ya está instalada en Los Charros. Es alocado y superficial. En su juventud se afilia a la Falange.

Angelita: Esposa de Ramón, el fontanero que acoge a Benicio en su casa y le enseña el oficio.

Anita: Amiga de juergas de Adolfo Aróstegui.

Antonio Vargas: Gitano que se casa con María. La viola todas y cada una de las noches que pasa a su lado.

Aurelio, don: Sacerdote de la parroquia a la que pertenece Elvira en Madrid. Ayuda a la joven salmantina a encontrar huéspedes para la pensión y más tarde ella lo ocultará de los milicianos.

Balbina: Madre de Josefina. Se instala en la capital con su hija.

Benedito, don: Propietario del pazo en el que trabajan los Verdiñas.

Benicio Gutiérrez Reina: Creció en un orfanato y a los doce años lo echan a la calle para que se busque la vida. Aprende a trabajar como fontanero y se casa con Josefina, una gallega muy religiosa que ha llegado hace poco a Madrid huyendo del propietario del pazo en donde su madre limpia.

Beltrán Salazar: Sobrino de la madrastra de Elvira y boxeador de profesión. Escapa de la granja ovejera porque quiere conocer la modernidad. Está enamorado de un joven frívolo y juerguista. Ayuda a Elvira a montar la pensión en Madrid.

Bernarda Santos: Hermana mayor de Leandra y tía de Modesta. Adora a su hermana pequeña hasta el punto de convertirse en cómplice de sus terribles planes.

Cecilio Martín Expósito: Antiguo combatiente en la guerra de Filipinas. Se alista para huir de una madre alcohólica y violenta. Cuando regresa a España entra en la Guardia Civil. Conoce a Modesta en Salamanca en 1899 y ambos vivirán una intensa historia de amor que dará como resultado el nacimiento de Elvira.

Clara de la Fuente: Amiga de Modesta. Es la hija menor de un industrial pañero de Béjar. Tanto la fábrica como la vida de la familia De la Fuente están en decadencia. Es una joven alegre, culta e inteligente.

Comisario Romero: Policía al que le asignan el hallazgo de cuatro cráneos humanos.

Cristino de la Fuente: Padre de Clara. Ha sufrido muchas desgracias en la vida y tiene serias dificultades para mantener la fábrica en funcionamiento.

Demetrio Vargas: Es un medio gitano que ha padecido horribles vejaciones durante su infancia. El trauma lo convierte en un ser cruel y sin escrúpulos. Regenta un lupanar en Salamanca.

Elías Jumillas: Nieto de Leoncio Jumillas. Es agresivo y adicto a todos los vicios. Utilizará todos los medios que estén a su alcance para poder financiárselos.

Elicio, don: Director del orfanato en el que crece Benicio.

Elvira Martín Dávila: Personaje principal. La abandonan en un hospicio horas después de ver la luz del frío invierno de 1901. Solo lleva consigo un arrullo y una medalla de peltre con

la imagen de la Virgen de la Vega. Allí permanecerá hasta los seis años. Después irá de un lado para otro intentando encontrar su lugar en el mundo. Se enamora de Andrés.

Fabio, don: Sacerdote que ayuda a Cecilio en su infancia y más tarde consigue que ingrese en el cuerpo de la Guardia Civil.

Felisa Cuesta: Cuando se casa con Isidoro pasa a ser Felisa Legazpi. Se trata de una mujer fría y distante a la que solo le importa el dinero y las altas esferas de la sociedad salmantina.

Félix: Enamorado de Clara. Estudia medicina en Salamanca.

Fernando Corral (Nando): Sacerdote que logra escapar de una masacre al principio de la Guerra Civil.

Francisca: Madrastra de Elvira. Es egoísta y malhumorada. Detesta a Elvira.

Genara Martínez del Valle: Cocinera de los Legazpi. Desde el principio protege a Elvira y le enseña todo lo que sabe. Es enérgica pero cariñosa y es muy buena contando cuentos.

Gonzalo, Luisa, Maruja, Valeriana, Leonor, Pablo, Felipe Martínez del Valle: Algunos de los hermanos de Genara.

Hermana Amelia: Monja que cuida de los huérfanos de la casa cuna de Salamanca. Cuenta que estando al borde de la muerte habló con Dios. Desde entonces dedica su vida a la fe. Gracias a ella la situación en el orfanato es menos triste.

Hernán: Antiguo requeté que ahora se gana la vida como detective privado. Dicen de él que sus métodos no son muy ortodoxos.

Isidoro Legazpi: Ricachón que llega a Salamanca desde Filipinas exhibiendo fortuna y comprando poder. Se establece en la antigua finca de los Rodríguez convirtiéndola en una lujosa hacienda a la que pone el nombre de Los Charros de Cagayán. Allí vivirá con su esposa, Felisa, y sus tres hijos: Andrés, Tomás y Ángel.

José: Marido de Genara.

Josefina Verdiñas: Joven muy devota que se ve obligada a abandonar Ferrol. Con la ayuda de un cura amigo de su difunto padre se instala en Madrid. A la salida de misa conoce a Benicio.

Juan: Estudiante de la Universidad Central de Madrid y huésped de Elvira.

Juan José de la Cruz Berrendo: Soldado del ejército español destinado en Filipinas allá por 1860. Mantiene relaciones sexuales con Mahika y la deja embarazada. Será víctima de una terrible venganza.

Julián Rodríguez: Primogénito de los Rodríguez. Se enamora de la prostituta de un temido proxeneta.

Julio Villanova y su padre, Señor Villanova: Invitados en la casa de la familia Dávila Santos. Tienen viñedos en Huesca. Leandra quiere casar a Julio con Modesta, pero a ella le parece un cretino.

Justo Dávila, don: Esposo de Leandra y padre de Modesta. Es un rico terrateniente castellano. Consiente todo a su esposa con tal de no soportar sus quejas.

Khalil José: Mestizo nacido en Zamboanga, Mindanao, en 1862. Es hijo de una princesa mahometana y de un soldado español. Su mezcla de sangre le convierte en un bicho raro dentro de su propia tribu. Necesita dinero para poder abandonar la isla y viajar a Castilla y para ello se hace pirata.

Leandra Santos: Mujer caprichosa y consentida a la que solo le importa salirse con la suya. Sacrifica la vida de su única hija, Modesta, para mantener las apariencias y ordena abandonar a su nieta, Elvira, en el hospicio.

Leoncio Jumillas: Único heredero de las tierras de los Rodríguez. No sabe qué hacer con ellas. Todo el mundo piensa que tras los horribles asesinatos de 1890 están malditas. En 1900 consigue vendérselas a los Legazpi.

Luciano: Ayudante de Demetrio en el burdel.

Luisito: Hijo pequeño de Ramona.

Macaria: Prostituta del burdel de Demetrio.

Magdalena: Madre de Fernando Corral. Trabaja como lavandera y sueña con su hijo vistiendo sotana.

Mahika: Hija de un sultán y madre de Khalil. Se enamora de un soldado español, Juan José. Su relación será vista como una traición a la tribu.

Manuel Gutiérrez: Padre de Benicio y Valentín. Es un comerciante culto que regenta un colmado en Montehermoso (Extremadura). Muere de repente poco después de quedarse viudo.

María: Gitana que se casa, todavía adolescente, con Antonio. No sabe nada del amor ni del sexo y aguanta resignada las agresiones diarias de su esposo. Después de una corta aventura con un payo pare un bebé rubio.

María Manuela: Madre de Antonio. Inventa una patraña para que su hijo acepte al bastardo de María. La mentira traerá consecuencias irreparables.

Marina Amorós Cubells: Hija de un rico naviero de Barcelona. Se casa con Andrés en 1919.

Matilde: Nació fruto de una violación. Su madre la cría en el prostíbulo de Demetrio mientras ejerce la prostitución. Cuando crece lo suficiente también se convierte en meretriz. Se enamora de Julián Rodríguez y lo convencerá para intentar cambiar sus destinos.

Melitón Ballesteros: Joven policía y víctima colateral en un atentado.

Modesta Dávila Santos (Des): Madre de Elvira. Es la única hija de un rico terrateniente castellano. Quiere salir del pueblo y estudiar en la universidad en una época en la que las mujeres solo sirven como moneda de cambio. En 1895 sus padres acceden a que se traslade a casa de la tía Bernarda para estudiar magisterio en la Escuela Normal de Maestras de la Universidad de Salamanca. Vivirá una intensa historia de amor con Cecilio.

Pantaleón Blázquez, don: Propietario de la finca en donde Genara aprende a ser cocinera. Se dedica, entre otras cosas, a la cría del caballo percherón.

Pedro: Antiguo sirviente de Ramiro y Bernarda.

Petra Expósito: Madre alcohólica de Cecilio.

Plácida Reina: Madre de Benicio y Valentín. Ayuda a su esposo en la tienda. Fallece al dar a luz a Valentín.

Ramiro: Esposo fallecido de Bernarda.

Ramón: Fontanero que acoge a Benicio cuando llega todavía siendo un niño a Madrid.

Ramona: Cocinera de don Pantaleón Blázquez.

Rodríguez, los: La señora Rodríguez, de soltera Virgelina Cuellar, ha heredado una granja a las afueras de Salamanca. Los cuatro miembros de la familia trabajan muy duro cultivando la tierra, pero no consiguen salir adelante. De repente empiezan a gastar mucho dinero y se sospecha que existe una razón oculta. El brutal asesinato de toda la familia en el otoño de 1890 salta a las primeras páginas de los periódicos de la época, pero el crimen queda impune.

Rosa Rodríguez: Hija pequeña de los Rodríguez.

Saturnino, don: Cura antipático y poco virtuoso que, contra todo pronóstico, ayuda a Fernando Corral a ordenarse sacerdote.

Sebastián: Hijo y heredero de don Pantaleón.

Tomasa: Puta del prostíbulo con la que Demetrio tiene un hijo: Elías.

Valentín Gutiérrez Reina: Hermano pequeño de Benicio.

Esta novela está inspirada en hechos reales y pretende mostrar una visión personal, aderezada con un toque de misterio, sobre el drama de la España de finales del siglo XIX y principios del XX. Los testimonios de mis allegados han jugado un papel importante en la construcción de la trama, aunque el argumento es inventado. Me he permitido adjudicar a varios personajes el nombre de pila de alguno de mis antepasados, pero en ningún caso se corresponde con la persona real. Solo pretendo que sus nombres se perpetúen en mi novela como homenaje. Para elegir el título me he inspirado en un colgante que perteneció a mi abuela y que llegó a mis manos cuando era niña. Durante años lo guardé como un talismán y un día, por casualidad, descubrí que estaba hecho de peltre, una aleación de estaño y, en menor medida, cobre y otros metales, utilizada desde hace siglos en la orfebrería. Tiene un valor inferior a la plata, pero su apariencia es similar. Por eso durante mucho tiempo el peltre fue conocido como la plata de los pobres.

El viento del norte en lo alto del risco está al acecho,
esperando a que amaine el frenético grito de los muertos;
de la luna ha robado el resplandor divino de los sueños.
Un poquito de magia nos transporta a un viaje por el tiempo.

INTRODUCCIÓN:
HISTORIAS QUE SE ESCRIBIERON SOLAS

MADRID, FEBRERO DE 1997

La primera vez que conversé con Elvira me pareció una anciana amable y delicada. Una de esas abuelas encantadoras que cualquiera desearía incluir en su árbol genealógico, de las que te regalan caramelos de miel para la tos y te aprietan contra el pecho para demostrar su cariño, de esas que te espachurran los mofletes y dejan sobre tu piel un aroma a pote de garbanzos y a jabón. Conservaba ese tipo de mirada traviesa que enamora al margen de la edad. Sin embargo, a medida que la ibas conociendo, descubrías que, más allá de la aparente fragilidad que le daba la vejez, existía un mundo que imploraba ser descubierto. Un universo tejido a base de vivencias: enamoramientos, desengaños, alegrías y sufrimientos; una telaraña hilada con el movimiento lento del tiempo y la sabiduría de la experiencia; una vida guisada en el hervor pausado de la entrega y el sacrificio. Había sido testigo de grandes momentos de la historia. De desencanto y de emoción. De guerra y de paz. De lucha y recompensa. Y yo quería que me los contara todos.

Su piso se ubicaba en la quinta planta de un bloque de vecinos. Cuando llegué se mecía despacio en su silla de enea mientras acariciaba una medalla antigua que lucía en el escote. El sol iluminaba la habitación y pintaba de oro sus cabellos blancos. Las vistas daban al jardín del asilo de las Hermanitas de los Pobres de la calle del Doctor Esquerdo. El paisaje era arbolado y apacible, algo inusual en una gran ciudad como Madrid. Hablaba poco. Eran muchos años los que habían pasado desde su juventud. Muchos años y muchas carencias que la habían afectado

físicamente. Apenas oía y poco veía ya por entonces. A los noventa y cinco años tenía un aspecto sereno, conforme con el desenlace de ese torbellino constante que había sido su vida. Nuestras conversaciones eran escasas y siempre formales. Que si cómo te encuentras hoy. Que si quieres una tacita de chocolate…

Fue un día de invierno, esperando la llegada de su nieto que tardaba, cuando empezamos una elocuente conversación, un poco a voz en grito, de lo más reveladora. Se aproximaba su cumpleaños. No recordaba los años que cumplía. Le parecía imposible que fueran noventa y seis. Lo comprobamos. Sí, eran noventa y seis. Y no recuerdo por qué, pero empezó a contarme acontecimientos de lo más extravagantes sobre su vida. Cosas que ni siquiera conocían sus familiares más cercanos. Llegó un momento en el que la narración fluía sin atisbo de duda y a una velocidad increíble para alguien de esa edad. Yo permanecí sentada, ensimismada, escuchando durante casi una hora.

Al fin llegó su nieto y salimos a disfrutar de ese Madrid que tanto nos fascinaba entonces y que todavía hoy nos cautiva. Ese Madrid tan nuestro y tan de otros; también de Elvira, que llegó un día de Salamanca con lo puesto. Un Madrid de mezcolanza que te guiña un ojo vestido de gala en una esquina mientras llora y se lame las heridas en la otra, que recibe cauteloso pero acoge confiado cuando más lo necesitas, siempre orgulloso, afable, hospitalario, generoso. Un Madrid que puede amar o repudiar en tiempos convulsos y que convirtió a Elvira en heroína.

A partir de ese día, empezamos a quedar una tarde a la semana para que continuara con su relato. Siempre a la hora del té, como si fuéramos británicas. Disfrutábamos saboreando un chocolate o una manzanilla en un elegante juego de café de Bidasoa que más tarde me regalaría. En ocasiones, con su dedo marchito, se enjugaba las lágrimas. Esas lágrimas que siempre había intentado contener de joven y a las que ahora daba salida sin reparo. La llegada de la vejez había resquebrajado esa recia armadura soldada con el fluido de los disgustos y desengaños.

Y así fue como entre infusiones, cacao y algún licorcito que guardaba solo para mí, su epopeya tomó cuerpo en mi cabeza en forma de novela. Una novela llena de historias increíbles que prácticamente se escribieron solas.

PRIMERA PARTE:
PRIMERAS HISTORIAS

CAPÍTULO I:

LA TRAICIÓN

Elvira no pudo tener una vida normal. En aquellos tiempos, muy pocos niños podían. La miseria que asolaba el país no lo permitía. Aunque a veces pienso que quizá a ella tampoco le hubiera gustado. Por sus venas corrían por igual la sangre señorial y altanera de su madre y la plebeya y sufrida de su padre. Ambas luchaban por dirigir su mundo, pero dispuso que solo la primera conseguiría sus objetivos. Por eso, desde el mismo instante de su nacimiento, Elvira tomó la vida por los cuernos y decidió que sobreviviría a todo.

Elvira Martín Dávila vino al mundo una fría madrugada de febrero de 1901. El final del siglo había traído consigo el cierre de múltiples acontecimientos y el comienzo de otros nuevos, en una comunión casi imposible entre alegría y tristeza, fortuna y desdicha, vida y muerte. Nació casi a oscuras, sobre un viejo colchón, en la antigua casita de guardeses de la finca de Las Águilas, bajo la penumbra de una lámpara de aceite. La tía Bernarda secaba el sudor que corría por la frente de la parturienta, ya casi exhausta, mientras la comadrona, una completa desconocida, apretaba con el codo el vientre. Solo un sirviente de confianza las acompañaba. Permanecía fuera, en la puerta, vigilante, firme ante la pesada reja de hierro que enclaustraba la construcción. Nadie podía enterarse de lo que en el interior de ese lugar perdido estaba ocurriendo. Era un secreto.

Bernarda Santos y su hermana Leandra habían conspirado con sigilo, incluso a espaldas de don Justo, el padre de Modesta, para llevar a cabo tamaña barbaridad. Mediante engaños, habían

arrastrado a la chiquilla a la finca que la mayor de las hermanas había heredado de su difunto esposo.

Las Águilas estaba situada cerca de Pizarral, en una senda muy poco frecuentada. Hacía años que nadie visitaba esos terrenos. Ni siquiera se explotaban. Cuando Ramiro murió, una Bernarda destrozada decidió dar carpetazo a esa etapa de su vida y marchar a la ciudad del Tormes, un lugar mucho más apropiado para olvidar. Compró un piso en la calle del Consuelo, se deshizo del ganado, empaquetó sus enseres, cargó todo en el carro y cerró el candado de la alambrada para siempre. A puntito estuvo de tirar la llave. No podía soportar el eco de la voz de su amado en los corredores, ni el susurro de sus pasos sobre las baldosas de barro, ni la fragancia de las flores que él ya nunca inhalaría. Y, aunque se marchó lejos, a un hogar muy diferente, le fue imposible borrar de su retina el verdor de los pastos tras la lluvia primaveral o la imagen de Ramiro recostado bajo las sombras refrescantes de los alcornoques en el verano. No conseguía desprenderse de esas visiones, que la llenaban de una gran melancolía. A veces cerraba los ojos y se transportaba al arroyuelo en donde saciaban la sed después de alimentar a los animales. O se deleitaba evocando el aroma de las hierbas aromáticas. Recordaba con qué cuidado las recogía, una por una, para después preparar un vigorizante guiso tras el largo día de faena. Entonces, y solo entonces, rememoraba los rasgos de su queridísimo Ramiro. Esos ojos melosos que sonreían a cada instante, los dientes perfectos, su barba sedosa y cálida. Eran esos pensamientos los que revelaban el vacío aterrador en el que se había convertido su existencia. Temblando, se abrazaba a sí misma y lloraba. Lloraba por esa soledad que sabía que ya nunca la abandonaría. La repentina muerte de Ramiro había destruido la vida de Bernarda. Sola y sin hijos que le echaran una mano, no le quedaron fuerzas para hacerse cargo de la finca. Echó el cierre y se marchó.

Al principio, Leandra estuvo al lado de su hermana en los días amargos intentando distraerla con sus frivolidades. Insistía en que la acompañara a la modista o a sus visitas sociales. Pero, al ver que Bernarda no disfrutaba con ello, decidió regresar con Justo, su esposo. Desde ese momento se limitó a sobrevivir como pudo, pues los ahorros iban menguando y el ánimo decayendo. Así que, cuando en el verano de 1895 recibió una carta de Madrigal anunciando la llegada de su sobrina para el inicio del curso en septiembre y el pago de una importante suma para su manutención, Bernarda tomó aire y determinó tirar *p'alante* por ella, por Modesta y, sobre todo, en honor a su Ramiro, cuya memoria seguía siendo el motor de su vida y que, como buen marido que era, no hubiera querido otro desenlace.

Durante cinco años había disfrutado de la compañía de la joven. Modesta era todo lo que Bernarda no era. Inteligente, despierta, decidida. No tenía miedo a nada y estaba rebosante de ilusión. Había heredado la belleza de su madre y se aprovechaba de ello. ¿Cómo no hacerlo cuando se es tan hermosa? No se lo reprochaba. Lo que no soportaba era esa acumulación de pretendientes. Al principio lo encontró hasta divertido, pero pronto se convirtió en latoso. Aun así, nunca comentó nada a su hermana. Jamás se le ocurriría. ¡Con lo que era! Se la hubiera

llevado de vuelta al pueblo y eso la habría hundido de nuevo en la amargura. Sin embargo, cometió el error de informarle del estado de buena esperanza de Modesta. La pobre se lo confesó una tarde, preocupada, después de pasarse revuelta todo el día. Y ella, la servil de Bernarda, la ilusa, la necia, enseguida se lo había chivado a Leandra. Después de eso no tuvo más remedio que ayudarla con sus planes, y haber cedido la carcomía. Nunca pensó que el retorno a sus tierras fuera consecuencia de un encargo tan cruel.

Obligaron a la gestante a pasar los últimos meses de embarazo escondida en ese campo charro, secuestrada, sin derecho a cruzar sus lindes bajo ningún concepto. Para ello se habían servido de la ayuda de un viejo y fiel sirviente de su esposo, Pedro, al que le habían asegurado una buena bonificación por su discreción, algo que no podía permitirse rechazar. Tenían todo pensado. Una vez nacido el bebé, lo entregarían al hogar cuna de Béjar, trasladarían a Modesta a casa de sus padres y la encerrarían en su cuarto hasta que se recuperara del parto, justificando su encierro con el padecimiento de unas fiebres contraídas a causa de las corrientes frías, tan habituales en el invierno salmantino.

Al muerto de hambre que se había atrevido a deshonrarla lo habían despachado meses atrás. Ni siquiera se había enterado de lo del bebé, gracias a Dios. Doña Leandra hizo un par de visitas, alguna que otra promesa, y pronto lo destinaron muy muy lejos. Últimamente había muchas rebeliones que frenar, así que cualquier provincia sería un buen destino para deshacerse de él. Luego enviaron un telegrama al cuartel: Modesta había decidido contraer matrimonio con un pretendiente más adecuado y se despedía para siempre del guardia civil. Lo firmaron por ella. Después ya se encargarían de convertir el contenido de la indigna comunicación en verdad. Era cierto que ya no era doncella, pero seguro que sería fácil encontrar a algún ilustre caballero venido a menos dispuesto a aceptar el casamiento a cambio de una sustanciosa suma o a un rico viudo deseoso de encontrar una nueva madre para la crianza y educación de sus pobres huérfanos. Cualquier candidato sería mejor que ese menesteroso. La joven era muy bella, bien educada y tenía posibles. Sería sencillo. Pero lo primero era lo primero.

El día que su superior entregó el telegrama a Cecilio, este se quedó estupefacto. No entendía nada. Hacía tiempo que habían decidido ignorar las imposiciones de la familia Dávila. Sentía que estaban más unidos que nunca y, sin embargo, ¿de verdad lo estaba abandonando? ¿Era posible que Modesta hubiera claudicado a los deseos de su familia? ¿Sería capaz de casarse con cualquiera cuyo único mérito fuera el dinero, o las tierras, o las dos cosas? Cecilio se percató de que su existencia dejaba de tener sentido. Percibió cómo su corazón quedaba para siempre enterrado en el fondo de esos ojos verdes que amaba con todas sus fuerzas. Pensó que ya jamás besaría sus labios, que nunca volvería a acariciar esa piel blanca y suave, y supo que no lo soportaría. Pero lo aceptó. Lo aceptó sin rechistar, sin una mínima explicación, sin una duda. Estaba acostumbrado a hacerlo. El abandono de su padre primero y los maltratos de su madre después lo habían convertido en un ser resignado que lo consentía todo. Por eso, cuando le

dijeron que se habían filtrado rumores de una nueva revuelta en Cataluña y que lo iban a enviar para allá por un tiempo, lo vio lógico. Ni siquiera le pareció extraño ser el único del cuartel al que trasladaban. ¿Qué le importaba el destino si ella ya nunca lo acompañaría?

El guardia civil recordó sus servicios como militar en Filipinas y deseó volver a aquellos días. Entonces todo era más fácil. Solo se trataba de sobrevivir. No tenía planes ni esperanzas. Solo ver un amanecer más, disfrutar de ese tímido pero cálido sol que se abría paso entre la vegetación cada mañana o quizás saborear un *kare kare*[1] en algún poblado amigo. Cuando conoció a la joven maestra pensó que todo había cambiado. Se permitió hacer planes. Por primera vez en su vida se regaló un atisbo de esperanza y ahora esa ilusión se evaporaba para siempre. Volvería a ser el mismo de antes y ya está. No debería haber creído en el cambio de su suerte. Los hombres como él no se casaban con damas como la señorita Dávila Santos.

Cuando Elvira por fin respiró en este mundo tenía los labios morados y la cabeza con forma de berenjena. Había tardado un día y medio en salir del vientre materno. Quizá presintiera las desventuras que la esperaban en la vida y por eso se resistía a nacer. Su tía abuela la limpió, la envolvió en una manta y, sin ni siquiera mirarla, fue a entregársela a Pedro para que la llevara al hogar cuna. Modesta estaba agotada y no tenía fuerzas ni para llorar, pero suspiraba. Al ver así a su sobrina, con el rostro cerúleo y el cuerpo cubierto por sábanas manchadas de sangre, por un pequeño instante Bernarda se apiadó de ella y se acercó a besarle la frente mientras mantenía a la neonata en los brazos. En ese mismo momento, y reuniendo las pocas fuerzas que aún le quedaban, Modesta deslizó a escondidas algo entre las mantas de su hija y después se desvaneció.

Ejecutado su plan, las conspiradoras no contaron con una variable que resultó ser dramática. Quizás por aquello de que lo que mal empieza mal acaba o porque la afligida puérpera decidió en su subconsciente acabar así la historia e imponer su voluntad por una vez, las desalmadas maquinaciones de las hermanas se frustraron. La joven nunca se casó ni reorganizó su vida al gusto de las Santos. Modesta nunca llegó a su destino. Después del alumbramiento, las cosas se complicaron. Bernarda esperó varias horas para ver si a la joven le bajaba la calentura, pero la fiebre era cada vez más alta. Era muy tarde cuando decidieron llevarla al hospital. Salamanca estaba demasiado lejos para la pobre parturienta y murió de camino, en el coche de caballos.

Elvira se pasó los primeros meses de su vida de la casa cuna de Béjar a La Misericordia de Salamanca, y de esta última a alguna casa de acogida que, en vez de aportar el cuidado necesario a la criatura, solo conseguía matarla de hambre y necesidad. Así que la niña regresaba de vuelta a la inclusa en donde buscaban unos nuevos padres de acogida y vuelta a empezar. Pasados los primeros cuatro años, Elvira se quedó definitivamente en el hogar de la ciudad del Tormes. Teniendo en cuenta que por aquella época en Salamanca había un porcentaje considerable de bebés que pasaban por algún asilo, y que la mayoría de ellos fallecía en los primeros meses, Elvira fue muy afortunada, pues no solo sobrevivió, sino que siempre contó con un espíritu

protector que solucionaba cualquier fatalidad. Y así pasaban los meses y después los años. Elvira se acostumbró a los madrugones, a los rezos y al ayuno, a aderezar con una sonrisa las rutinas en la escuela, a convertir el trabajo de la huerta en un juego, a distraer la soledad con cánticos fervorosos, a transformar la tristeza en esperanza. Hasta que un buen día, como si su ángel de la guarda se hubiera convertido en humano, apareció un hombre extraño a buscarla y, entonces, todo aquello con lo que estaba familiarizada se desvaneció.

---

1 *Kare kare* es un guiso filipino de carne y verduras.

CAPÍTULO II:

UN CAMBIO INESPERADO

Bernarda llevaba años enferma. Nunca había superado la muerte de Modesta, así, delante de ella, sin poder hacer nada para remediarlo. Desde niña había ayudado a su hermana a conseguir todos sus deseos. Leandra nació sietemesina. Durante semanas, Bernarda no pudo acercarse a ella por miedo a que alguna enfermedad debilitara aún más su endeble cuerpecito. A escondidas se asomaba por el cerco de la puerta para mirar al bebé. Se deleitaba observando la pálida piel de sus bracitos o el azafranado mechón de cabello que apenas le cubría la cabeza. Era tan hermosa, tan diferente a ella, que era tan morena como el resto de los Santos. ¿De dónde habría salido ese ser empíreo? En el primer instante que descubrió a su hermana, Bernarda decidió que, si sobrevivía, la adoraría por encima de todo en este mundo, por encima de todo y para siempre.

Pero Leandra no era ningún ángel. A medida que crecía, arrullada con halagos y cuidados exagerados, se iba volviendo cada vez más caprichosa y egoísta. Lo quería todo y siempre se salía con la suya. Sin embargo, todo el mundo la veneraba. Era bellísima y delicada. Con su cabello castaño rojizo y su esbelta figura parecía un ser casi sobrenatural. Por eso, todo le era consentido y, por eso mismo, Bernarda se había convertido en su cómplice tantas veces a lo largo de la vida. Primero fueron las visitas que a escondidas hacía por la noche a la despensa para robar dulces. Después, las faltas a clase fingiendo que estaba enferma. Más tarde, los guantes que robó a la tía Marcelina en el cumpleaños de la abuela y, ya casada, sus visitas a Salamanca para conseguir esas medicinas aletargantes, a su parecer nada decorosas, que tanto le gustaba usar para los nervios y que la sumergían en un permanente estado de desocupación. Leandra nunca

tenía límite. Pero lo peor de todo, lo más cruel y terrible, lo que había marcado un antes y un después en su relación, fue lo de su pobre sobrina. Leandra había sacrificado a su única hija y había arruinado la vida de su única nieta solo para salirse con la suya.

Aquellos fatídicos acontecimientos hicieron enfermar a Bernarda. Ser la mano ejecutora de tan inhumana acción la destrozaba. Padecía un mal del espíritu que poco a poco iba devorando su cuerpo. Había intentado paliar el dolor de su alma encargándose de vigilar a la niña. Se ocupaba, gracias a donaciones periódicas, de que no le faltaran medicinas si caía enferma, de que la amamantara la mejor nodriza o de que le cambiaran el hogar de acogida si no era debidamente atendida. Todo lo que podía hacer lo había hecho. Todo lo que podía permitirse sin alertar a su hermana se lo había permitido. Pero su aflicción crecía.

Una tarde del otoño de 1907, mientras contemplaba desde la ventana la caída de las hojas de los árboles del jardín trasero, segura de que no soportaría otro invierno, tomó una decisión. Buscaría a Cecilio y le contaría la verdad. Luego comunicaría al hospicio su deseo de que la niña de la Virgen de la Vega fuera entregada a su progenitor. Ella supo desde el principio que Modesta había dejado la medalla de la virgencita entre el arrullo del bebé, por eso siempre se habló de la chiquilla con ese apodo. De pronto se dio cuenta de que no sabía su nombre. Pero eso ya daba igual. Por fin enmendaría su error. Habían pasado más de seis años.

Elvira se quedó muy sorprendida al ver un hombre alto vestido con un extraño uniforme. Lo que más le llamó la atención fue el sombrero. Era muy curioso. También se percató de que tenía el rostro mustio, del color de las plantas marchitas que habían arrancado del huerto esa mañana. La hermana Amelia ya le había explicado que ese señor era su padre y que se iría a vivir con él a una bonita casa, con él y con su nueva familia. Le había dicho que ahora iba a tener una verdadera mamá y muchos hermanos. Que pronto tendría un nuevo apellido, iría a una buena escuela y haría muchos amigos. Elvira estaba entusiasmada. Había fantaseado con agarrar la mano de su papá tantas veces… Cuando llegaba la Navidad, con frecuencia, soñaba que vivía en una gran casa y que sus papás la abrazaban y le regalaban dulces. Otras, se veía sentada sobre un confortable sillón mientras su mamá le acariciaba el cabello. Era tan agradable… Pero nunca imaginó a un señor tan serio y melancólico como su papá. Le daba un poco de pena. ¿Estaría malito? A lo mejor tenía problemas. De repente, sintió un escalofrío. Si tenía problemas, los pagaría con ella. Seguro.

Elvira se aferró a la religiosa como si en ello le fuera la vida. No quería irse con el guardia civil. En el hogar al menos la tenía a ella y no pensaba perderla. La hermana Amelia era lo más parecido a una madre que había conocido. Dio patadas y puñetazos hacia todas partes intentando resistirse. Y, de improviso, le creció una ira que nunca se había presentado. Una ira reprimida durante años que explosionó sin control. Incluso le dio varios bocados a la pobre monja en la mano. Pero de nada sirvieron los llantos y las súplicas, de menos aún la violencia. Esa misma

noche, Elvira llegaba al domicilio de la familia Martín. Las ironías del destino la llevaban de vuelta a Béjar. Justo allí, en ese antiguo ducado, se iban a fusionar el pasado y el presente de su cortísima vida. Por un lado, la casa cuna en dónde había sido abandonada al nacer y, por otro, la casa cuartel en donde le esperaba la época más desprovista de amor de su vida.

—¿Es esta la niña? ¡Qué flacucha está! Y es tan alta… ¡Dios nos asista si tenemos nosotros que engordarla! Tu jornal se nos va a quedar bien corto —dijo una mujer gruesa que agitaba un cucharón dentro de una gran cacerola a la vez que sostenía un bebé en brazos—. ¡Y recuerda que tienes otros hijos!

A su lado, otros dos niños, exactos el uno al otro, se tiraban piedrecitas con un tirachinas mientras corrían entre los muebles derribándolo todo a su paso. Justo al lado, una niña atada en una silla a la mesa metía las manos en el tazón de leche. Por poco la tiran en un par de ocasiones. Y en la salita, otro chicuelo saltaba de la mesa al suelo y a la inversa, haciendo un ruido espantoso.

Cecilio se acercó a la pequeña. Tenía los ojos rojos de tanto llorar y la cara llena de churretes negros por tocarse con las manos sucias. Le susurró con cariño «Esta es tu casa, Elvira. Y esta es tu nueva mamá. Y estos tus hermanitos», añadió señalando al bullicioso elenco.

—No me gustan —contestó Elvira—. No quiero vivir aquí. Quiero volver con la hermana Amelia al hogar, por favor. —Y se le quebró la voz.

—Nos ha *jodío* la mocosa. No dice que prefiere volver al orfanato, la muy desagradecida. ¡Mal empezamos, niña! —interrumpió la mujer.

Cecilio cogió a la pequeña de la mano y se la llevó al dormitorio. Intentó poner un tono tranquilizador en cada palabra que decía. Él la quería e intentaría que se sintiera a gusto en casa. Se parecía tanto a su madre. La misma figura espigada, los mismos ojos desafiantes. Por un instante retornó a aquellos días tan felices que compartieron y se le escapó una lágrima. Elvira se acercó con timidez y puso el dedito sobre el reguero. Cecilio la abrazó con fuerza, aspiró el aroma de su pelo y pensó en Modesta, en sus planes, en la vida que les habían arrebatado. Maldijo a las hermanas Santos con todas sus fuerzas, pero solo sirvió para aterrorizar a la niña, que se retiró temblando.

—No te preocupes, preciosa. Vamos a cuidarte mucho. Aquí vas a ser muy feliz. Te doy mi palabra. —Y le dio un beso en la mejilla.

Y esa era la intención de Cecilio, pero el pobre no contaba con los celos de su esposa, que nunca asumió que hubiera amado a alguien antes que a ella, ni con la algarabía de sus hijos, que ya eran muchos y no daban ni un respiro, ni mucho menos con que la Benemérita cada vez le iba a reclamar más horas de ejercicio.

A partir de entonces, Elvira se convirtió en una especie de criada en casa de su padre. Era la hija mayor y con esa idea se le asignaban las tareas, a pesar de que apenas tenía quince meses más que su siguiente hermano. Iba a los recados, limpiaba la casa como podía y cuidaba de sus

hermanastros, que muy pronto serían seis. Casi ni le daba tiempo de ir a la escuela. Menos mal que don Fabio, el anciano sacerdote, obligó a la esposa de su padre a prometer que respetaría sus horas de colegio, así que Elvira corría de un lado para otro como pollo sin cabeza para poder abarcar todas las labores encomendadas. Cecilio quería que estudiara para maestra en la Escuela Normal de Salamanca, lo mismo que su madre. Y en ello ponía la pobre niña todo su empeño.

Sabía que su padre intentaba ser amable con ella, pero esa mujer lo tenía anulado. Siempre le gritaba y le echaba en cara todo tipo de absurdos agravios. Algunas veces, su vocerío era tan alto, y sus palabras tan burdas, que pensaba que, si no fuera una niña, la estrangularía ahí mismo para conseguir un poquito de paz. Cecilio, no obstante, parecía resignarse. Siempre aceptaba todo lo que le caía, tal cual, sin luchar, como si pensara que se lo merecía, y eso sacaba de quicio a la niña. Al final, esta situación tan desagradable se tradujo en algo muy simple. Su padre cada vez estaba menos en casa y su madrastra cada vez tenía más motivos de queja, así que era un círculo vicioso que se retroalimentaba. Elvira se refugiaba en sus estudios y la idea de abandonar esa familia para siempre. Pero, por desgracia, todo fue a peor.

Mientras la extensa familia Martín se preocupaba por lo cotidiano, intentando salir adelante con el exiguo sueldo de un guardia civil, y Elvira sufría la indiferencia de todos sus congéneres, en el resto del país corrían tiempos convulsos. Por un lado, y después de la gran pérdida de las colonias, llegaban noticias sobre el conflicto de Marruecos. Se estaba reclutando gran número de soldados de la reserva, la mayoría cabezas de familia de clase trabajadora, para ir a luchar al norte de África. Por otro lado, y debido al intenso crecimiento industrial en algunas zonas del país, una gran masa obrera empezaba a organizarse. La insatisfacción de estas gentes ante la dura situación económica provocó que florecieran grupos comunistas, anarquistas e independentistas con un destacado proyecto anticlerical.

El embarque de las tropas de reservistas en el puerto de Barcelona el 26 de julio de 1909 marcó el inicio de la Semana Trágica. Los anarquistas de Solidaridad Obrera y la UGT habían convocado una huelga general a la que siguió una revuelta popular generalizada. La muchedumbre se desbocó e incendió las iglesias de San Pablo, Nuestra Señora de Ayuda, Santa María de Taula, San Juan Bautista de Gracia, las Escuelas Pías de San Antonio, San Cucufate y otras muchas capillas y núcleos religiosos, según quedó registrado en la prensa de la época. El Gobierno declaró el estado de guerra. Cecilio recibió órdenes de presentarse como refuerzo para reprimir la revuelta. Muchos otros compañeros del cuerpo también fueron convocados. Perecieron más de un centenar de personas. Había muchos manifestantes muertos, pero también integrantes de los cuerpos de seguridad. Por desgracia, Cecilio fue uno de ellos.

Elvira recibió la noticia a su regreso de la escuela. Don Fabio estaba en la casa. El cura tenía el rostro desencajado. Nada más verlo, supo que algo horrible había ocurrido. Sin embargo, la muerte de su padre no significó un cambio importante en la vida de Elvira. Lo había visto muy poco y no habían llegado a conectar. Cecilio no era mala persona, pero para la niña siempre fue

un cobarde. Alguien que prefería evadirse de los problemas a enfrentarse a ellos. Un pusilánime que escogía soportar las repetidas pataletas de su esposa a plantarle cara. Se podría decir que la situación era mejor ahora, ya que Francisca había cambiado su permanente enojo por la apatía. No sería fácil ser una viuda con seis hijos, así que Elvira decidió portarse bien. Continuó asistiendo a la escuela y haciendo las mismas tareas en casa, ahora un poco abultadas porque Francisca no paraba de llorar. Y, a pesar de ser todavía muy niña, hizo todo lo posible para facilitar la vida a su madrastra, pero no le sirvió de nada.

CAPÍTULO III:

LA HERMANA AMELIA

Amelia Sanabria Castaño era joven cuando Elvira llegó a la inclusa. Acababa de tomar los hábitos y gozaba de verdadera vocación. De buen linaje, aunque con finanzas poco desahogadas, había provocado un terremoto en la familia con su, como ella definía, «llamada divina». Cuando aún era una cría, sus padres la habían prometido con el primogénito de la granja vecina. Este matrimonio era la única esperanza que tenían para sobrevivir, ya que un cúmulo de pequeñas desgracias había conducido a toda la familia a la bancarrota. En un principio, a Amelia no le pareció mala idea. Total, ¿qué podía esperar la hija de un labrador arruinado? Si se oficiaba la boda, tendría casa en propiedad y sus propios hijos y llevaría una vida corriente y sin sobresaltos. Además, podría ayudar a sus hermanos pequeños hasta que encontraran la manera de salir adelante por sí mismos. Su futuro esposo no era desagradable. Resultaba rudo y ordinario, sí, pero era joven, fuerte y bastante simpático.

Así las cosas, las dos familias dispusieron todo para que sus hijos celebraran el matrimonio en cuanto Amelia cumpliera dieciséis años. Sin embargo, unos meses antes, ella contrajo unas fiebres muy intensas. Durante más de una semana permaneció en cama, casi inconsciente, sin saber si era de día o de noche, sin comer y sin apenas beber. Al noveno día, con el corazón encogido y viendo que la calentura no bajaba, su padre fue a buscar al sacerdote para que le diera la extremaunción. Las dos familias de granjeros se reunieron en la salita para rezar por la enferma. Las mujeres lloraban. Los hombres caminaban de un lado a otro, sintiéndose inútiles e impotentes. Pasada la medianoche, ya daban por hecho el fallecimiento inminente de la pobre

Amelita. «No verá la nueva luz del día», dijo el doctor. Todos quedaron destrozados. Uno a uno, fueron pasando por delante del cuerpo sudoroso de la niña para regalarle un último beso.

De súbito, Amelia se despertó. Abrió los ojos y empezó a mirar fijamente al horizonte. La fiebre había bajado, los temblores habían desaparecido. Pidió agua y comida y se dispuso a engullir todo aquello que le proporcionaron. Más tarde, cuando había recuperado sus fuerzas, comenzó a departir.

—Lo he visto, madre. ¡Lo he visto y me ha hablado!

—¿A quién has visto, hija? ¿A quién?

—Al Todopoderoso, madre. Me ha dicho que no me iba a pasar nada. Que yo estaba llamada a ayudar a muchas almas. Que me necesitaba en la tierra. Que me iba a poner buena.

—¿Estás segura, hija? —contestó su madre, perpleja. No entendía nada.

—Sí. Estoy segura. ¿Dónde está Luis?

—Tu prometido salió un momento a tomar el aire —dijo aliviada al ver que su niña volvía a conversaciones más normales—. Ha estado toda la noche velándote con nosotros. Lo ha pasado tan mal que hasta se ha mareado. Ya se veía el pobrecito viudo antes de tiempo. —Y esbozó una tenue sonrisa de alivio.

—Ea, pues que venga. Que tengo que hablar con él.

Amelia le contó a Luis su deseo de tomar los hábitos cuanto antes. No podía casarse con él. Ya no. Estaba destinada a un fin más grande. Luis se quedó petrificado, pero ¿qué podía hacer él al respecto? Ambas familias acordaron que se casaría con la hermana menor de Amelia, Gertrudis. Ahora tendría que esperar un par de años más, pero merecería la pena. No iba a complicarse más la vida e insistir en unir su destino al de una loca de remate. Necesitaba una esposa y Gertrudis era una buena opción. Así que, dos años más tarde, al mismo tiempo que Luis y Gertrudis contraían matrimonio en Zamora, Amelia aterrizaba en la casa cuna de Salamanca para bien de muchos pobres desgraciados. Por fin había alguien que se preocupaba de verdad por los huérfanos. La monja no tenía mucho poder, pero siempre mostraba cariño y compasión por los pequeños. Todos y cada uno de ellos eran un poquito sus hijos, esos a los que renunció para entregarse al Altísimo. Sí que es verdad que, con los años, Amelia se fue endureciendo. ¿Cómo no hacerlo si muy poquitos sobrevivían? Pero, aun así, siempre fue una luz, un destello de esperanza para esos miserables. Sin ella, sus vidas en la inclusa habrían sido aterradoras. Además, se sentía tan feliz cuando algún superviviente entraba en el seminario o encontraba un trabajo honrado y formaba una familia… Todo era voluntad del Señor, en cualquier caso, decía siempre.

En marzo de 1933, después de la misa, acudió a ella una mujer. Necesitaba hablarle de algo. Llevaba una mantilla negra cubriéndole la cabeza. No sabía por qué, pero su rostro le parecía familiar. Amelia, que ahora ejercía su vocación en el asilo de San Rafael, pidió a la joven que la acompañara al despacho. Una vez dentro, cerró tras de sí la puerta y ofreció asiento a su

interlocutora en una butaca de madera. La estancia estaba en penumbra, así que descorrió una pesada cortina para permitir que un poco de luz natural las iluminara. Se trataba de una habitación pequeña y austera. Solo un gran crucifijo adornaba las paredes. Una mesa y dos butacas oscuras completaban el mobiliario. Una vez sentadas las dos, la extraña empezó a besarle las manos y a rogarle por su alma. Después levantó su mirada hacía la monja.

—¡Eres la niña de la Virgen de la Vega! —gritó en rotunda afirmación. Habían pasado décadas desde la última vez que la vio, pero era ella, sin duda. Sus chispeantes ojos verdes eran inconfundibles.

—¡Hola, hermana! —contestó Elvira, sorprendida de que la reconociera tan deprisa.

—Ay, niña, ¿qué te ha pasado que tienes que recurrir a mí? ¿Qué grave percance te trae? ¿Sabes que me quedó una cicatriz de los *bocaos* que me pegaste el día que te llevó tu padre? —dijo con un tono burlón mientras se frotaba la mano.

—Necesito su ayuda. Vengo a pedirle un favor. Uno muy gordo. Y tiene que ser un secreto.

—¡Ea! Primero tomemos un té y luego me lo cuentas todo, que no está el cuerpo hoy para más abstinencia. —Hizo sonar una campanilla para que otra hermana les sirviera té y galletas. Las dos mujeres hablaron durante algo más de una hora. Tardaron en ponerse al día. La hermana, que había visto a esas alturas ya casi de todo, se quedó pensativa.

—Esto que me planteas es un poco complicado. No porque no pueda ayudarte, que con la ayuda de la Providencia podré —dijo mientras se santiguaba mirando hacia arriba—, sino porque no voy a consentir que tu bebé pase por lo que tú pasaste.

—No fue tan terrible, hermana, la tenía a usted —contestó la mujer.

—Sí, hija, pero yo ya no tengo mano en el hogar cuna. Podría intentar que dieran un mejor trato a tu hijo, pero no puedo prometerlo. ¿Y el padre qué dice?

—Es un buen hombre. Lo que pasa es que está en una situación difícil. Me ha prometido matrimonio, pero yo soy práctica, hermana. No estoy segura de que vaya a poder cumplir su promesa. Las cosas se han puesto feas en la familia y no quiero ser la culpable de una desgracia. —Entonces Elvira susurró al oído de la hermana el nombre del padre—: Es un Legazpi.

—¡Ay, madrecita del amor hermoso! —gimoteó volviendo a persignarse—. ¿Pero en qué estabas pensando, hija, cuando pecaste con ese hombre? Por el amor del Santísimo, ¿es que no aprendiste nada cuando ibas de una casa de acogida a otra? ¿Acaso no has sentido en propia carne lo que ocurre con los hijos ilegítimos? ¡Y nada menos que un Legazpi! Como si no tuviéramos ya problemas con esa gente en Salamanca. ¡Ay, madrecita, madrecita! —Y se puso a rezar una avemaría.

—Lo sé. Pero hermana, solo le estoy pidiendo que me lo cuiden un tiempo. Hasta que me instale en la capital. Luego vendría a recogerlo y me lo llevaría a vivir conmigo. Aún no ha nacido y ya lo quiero con toda mi alma. Es un hijo muy deseado.

—¡Dios nos asista, hija! —La hermana volvió a suspirar y a mirar hacia arriba, santiguándose tres veces más con mucha agitación—. ¿Y cómo piensas mantenerlo? ¿De qué piensas vivir? ¿Se lo has dicho a tu familia?

—Mi familia ya hace muchos años que desapareció. Justo el mismo día que murió mi padre. Y de eso hace muuucho tiempo. No obstante, tengo un primo en Madrid. Más bien primastro, porque es sobrino de mi madrastra. Se dedica al boxeo y está empezando a tener algo de éxito. De chiquillos nos llevábamos bien. Siempre fue amable conmigo. Es el único familiar que me ha tratado con cariño.

—Dios bendito nos ampare. —La hermana se escandalizó aún más cuando oyó el oficio de la persona en la que Elvira pensaba apoyar sus planes—. ¿Y dónde piensas ocultarte hasta el alumbramiento? Muy pronto se te va a notar.

—Eso le quería pedir también. Que me dejara quedarme aquí hasta que dé a luz.

—¡Ay, hija mía! —se santiguó de nuevo—, me parece que exageras mis capacidades. ¿Cómo voy a esconderte?

—Hermana, estoy segura de que encontrará la manera. Recuerdo todavía la historia que me contó cuando era pequeña. La razón por la que se hizo monja. Cuando estuvo tan enferma y Dios la habló. ¿Acaso no podemos ser mi hijo y yo parte de su misión divina? Por favor, hermana. ¡Ayúdenos!

—Está bien —contestó preocupada—, cavilaré algo, pero me tienes que prometer que después no volveréis a Salamanca ni tú ni tu hijo, nunca más. ¿Lo entiendes? No quiero disgustos con esa familia. ¡Qué ya sabes cómo se las guisan!

—No tengo intención, hermana. No tengo ninguna intención —zanjó.

Amelia arregló todo con las dominicas para que Elvira fuera acogida en el convento de las Dueñas hasta el nacimiento del bebé. Allí ya habían recibido en secreto a otras solteras en estado de buena esperanza. También dispuso que las mismas monjas cuidaran del crío durante un tiempo, hasta que Elvira pudiera llevárselo a Madrid. No iba a consentir que lo dejara en la casa cuna ahora que ya no estaba ella para velar por él. Y así quedaba todo solucionado. ¡Ea! Que si era Dios mismo el que la había elegido de entre tantas personas en este mundo para esta misión, dedicaría todos sus esfuerzos a no defraudarlo.

CAPÍTULO IV:

LOS ENAMORADOS

Modesta Dávila Santos, guapa y audaz a partes iguales, jamás hizo méritos a su nombre. No quería, pero tampoco podía. Por qué desperdiciar esa figura exquisita, esa voz encantadora y el ingenio brillante. ¿Cómo no reconocer y explotar tan valiosas cualidades? Habría sido una falta de respeto hacia Dios pasarlas por alto. ¿Para qué si no se las habría regalado? Nunca sería humilde, ni comedida, ni sumisa. Y esa actitud insolente de la pequeña de los Dávila escandalizaba a todo Madrigal.

Modesta sentía que había nacido en el momento y lugar equivocados. Odiaba las rígidas normas que le imponían fuera y dentro de casa. Que si una señorita que se precie no mira tan descarado. Que si quieres encontrar un buen partido no debes hablar tanto. Que si para llegar a ser una buena esposa deberías ser más dócil y obediente. Que si, que si, todo el rato. Ella nunca escuchaba. Se veía hermosa y le gustaba lucirse. Pero también sentía una efervescencia en su intelecto que necesitaba sosegar. Tenía tantas preguntas que hacer, tantas conversaciones que entablar, tantos misterios que descubrir. Notaba en su interior un fuego intenso que abrasaba y amenazaba con explosionar. Odiaba ese pueblo. Odiaba las misas en Santa María del Castillo, las visitas caritativas al monasterio de Nuestra Señora de Gracia, los rosarios en casa de su abuela viuda. Era todo tan triste…

Por las noches, esperaba a que toda la casa estuviera en silencio para escapar de los recios muros y pasear descalza por el jardín. Si llovía, dejaba que la lluvia la regara y, al igual que una planta sedienta endereza las hojas mustias y marchitas cuando por fin su sustrato se empapa de

agua, Modesta se erguía, levantaba la cabeza hacia el cielo y rezaba. Unas veces, a la Virgen. Otras, a la diosa de la tormenta. Los rezos se confundían con cantos y los cantos con conjuros. Ni siquiera era consciente de ello. Solo quería sentir que sentía. Saber que su existencia no era insignificante. Imaginaba que el espíritu de la mismísima Isabel, aquella destinada a ocupar el trono castellano, la había poseído en una de sus visitas al monasterio de Gracia, otrora antiguo palacio de don Juan. Y así gozaba de la libertad de sus noches mientras los días se engarzaban uno tras otro, como eslabones de una cadena infinita que cada vez apretaba más.

En el pueblo no había pasado inadvertida la conducta de la señorita Dávila. Se multiplicaban los rumores y cada vez era más complicado acallarlos. Se decía de todo. Que si estaba loca. Que si solo una bruja podía ser tan bella como dañina. Que si ese cabello rojizo no podía significar nada bueno. Que si, que si, otra vez. Y Modesta se asfixiaba.

Una madrugada de enero apareció entre la niebla. Estaba descalza, los pies cubiertos de pequeñas heridas, el cabello manchado de barro, la mirada perdida, los labios temblorosos. La primera en verla fue doña Leandra. Casi se muere del susto. ¿Cómo podía pasarle esto a ella? Ella, que con tanta entrega había educado a su hija. La agarró por el brazo y la arrastró al dormitorio donde, con cuidado de no alertar a los criados, la aseó, la hizo entrar en calor y la metió en la cama. Esa misma noche, y después de los infructuosos interrogatorios a los que sometieron a su hija, Leandra y su marido, don Justo Dávila, decidieron inventar una historia y enviar a Modesta lo más lejos posible.

En septiembre de 1895, Modesta, previa autorización de su padre, se matriculó en las asignaturas de primer año de la Escuela Normal Superior de Maestras de Salamanca. Tenía dieciséis años y muchas ilusiones. Y, precisamente, fue a partir de aquel momento cuando Modesta empezó a disfrutar de la vida. Se había acomodado en la casa de su tía Bernarda. En su refugio de Salamanca. Al principio no le gustó mucho la idea de convivir con ella. Sería un fastidio tener que darle explicaciones por todo, pero después de un tiempo había aprendido a quererla. Bernarda no era tan guapa como su madre. No. Pero tenía un algo que la hacía especial. Quizá fuera su sonrisa. Cuando Bernarda sonreía se le iluminaba toda la cara con una luz resplandeciente. O ese pelo, negro como la noche, que enroscaba en la nuca como si fuera un caracol. O el brío de sus ademanes cuando había que conseguir el mejor género en el puesto del mercado. No se parecía en nada a su madre. ¡En nada! Leandra era tan etérea, tan inconsistente. Bernarda, sin embargo, tenía los pies firmemente pegados al suelo.

En 1899, después de cuatro años y algún traspié académico, Modesta sabía que pronto conseguiría su título de primera enseñanza superior. Todavía tenía en la memoria el día en que apareció con su padre a pedir que la aceptaran en la escuela. Recordaba la cantidad de veces que repitió la carta de presentación. Tenía tantos nervios que no paraba de emborronar la cuartilla con la tinta de la pluma. Y lo que le aburrían las clases de Historia Sagrada. Rememoró su torpeza inicial en las de Dibujo aplicado a las Labores con nociones de Geometría. Aquella clase

sí que era insufrible. Y ¿qué decir de las de Aritmética o el sistema de pesas, medidas y monedas? ¡Cómo se aturullaba entonces! Pero ahora, después de tanto esfuerzo, algún disgusto y muchas alegrías, conseguiría su sueño. El tiempo había corrido muy deprisa. Pronto sería maestra y se sentía muy feliz.

A la edad de siete años, Cecilio había recibido tantas palizas que apenas le quedaban huecos en la piel sin cicatriz. A los doce acumulaba tal ira en el cuerpo que se buscaba problemas sin apenas proponérselo. A los dieciocho, gracias a la mediación de don Fabio, sacerdote en la iglesia de El Salvador de Béjar, decidió que, ya puestos a arriesgar la vida en absurdas reyertas sin recompensa, mejor sería hacerlo por una causa justa. Y así fue como Cecilio, en cuanto pudo, se alistó en el ejército como voluntario para servir a su majestad el rey Alfonso XIII y a la reina viuda, todavía regente, María Cristina.

Cecilio Martín Expósito, asignado al 4.º Batallón de Cazadores Expedicionarios de la 7.ª Compañía Manila, llegó a su destino recién entrado el nuevo año de 1897. La primera visión del puerto que tuvo desde el barco fue impresionante. Todos en el vapor Isla de Luzón contemplaban el horizonte con alegría y temor. Alegría porque descubrían una ciudad llena de vida, con hermosas casas rodeadas de balconadas, calles empedradas plagadas de gente. Algunas personas lucían atuendos ostentosos y viajaban en calesa. Otras llevaban ropas más sencillas. Las mujeres, sayas de colores y vestidos de tela de piña. Los hombres, sin embargo, trajes claros, blancos y ligeramente tostados. La suave brisa que acariciaba sus mejillas estaba embebida del aroma del kalachuchi o del ylang–ylang[2], y de los dulces de arroz con leche de coco. Los niños reían, vendían flores o tocaban música con extraños instrumentos. Todo era ajetreo y alborozo. Muchos de los soldados, aún imberbes, algunos procedentes de las aldeas más recónditas de España, jamás soñaron con llegar a ver nada igual. Y, a pesar de que esta imagen tan alegre, tan gratamente impactante, les daba la bienvenida, sentían una incertidumbre que los reconcomía, un terror por la inminente batalla que, anudado en la garganta, no les permitía respirar.

En primavera, Cecilio estaba combatiendo en Lian, a las órdenes del general Nicolás Jaramillo y Mesa[3]. La misión del batallón era extender una línea meridional de contención para obstruir el paso a los tagalos sublevados. En diciembre, tras la firma del, más tarde fallido, pacto de Biak–na–Bató[4], pensó que pronto tendría que regresar a España, algo que le producía dolor de estómago. Prefería cien veces permanecer en ese lejano lugar, devorado por las picaduras de insectos y embadurnado de sangre propia y ajena, que enfrentarse a la borracha de su madre. Sentía que, si volvía a verla, aunque fuera solo un segundo, la mataría y terminaría preso. Ya no era un niño flacucho y enfermo con el que pagar sus infortunios. ¿Qué culpa tenía él de que su padre los hubiera abandonado? Y, aunque consiguiera contener su enojo, ¿qué futuro le esperaba? ¿Quizás como jornalero en las tierras de cualquier señorito? Había pasado subyugado

a la rabia de su madre toda su infancia y ahora que por primera vez se sentía libre, no iba a someterse a los caprichos de un lechuguino cruel y mal criado.

Cuando Estados Unidos invadió Filipinas, en cierta manera fue un golpe de suerte para Cecilio porque esta desafortunada circunstancia demoraría su regreso. En mayo de 1898, la armada norteamericana venció a la española en la batalla de Cavite. Tras la inesperada victoria, Aguinaldo, al frente de los tagalos independentistas, desembarcó por sorpresa en Luzón y reinició las hostilidades con el apoyo del ejército estadounidense. Por desgracia, los refuerzos españoles, al mando del almirante Cámara, nunca llegaron, ya que Egipto les impidió el paso por el canal de Suez. La desazón empezó a invadir a los combatientes: pequeñas guarniciones de españoles y nativos. Estaban mal aprovisionados, enfermos y sin aliados. En el archipiélago se habían cambiado las tornas. Ahora los soldados tenían que enfrentarse a una fuerza superior. Estados Unidos era una nación joven y ambiciosa, y contaba con medios más modernos. Además, se aprovechaba del desgaste de España a causa de la guerra de Cuba. Allí concentraba la corona española el grueso de sus tropas. Filipinas permanecía abandonada a la fatalidad, y los norteamericanos lo sabían. Manila cayó en agosto. El 10 de diciembre de 1898 se firmaba el Tratado de París que finiquitaba la guerra hispano–estadounidense. Las Filipinas dejaban de ser españolas a cambio de un buen puñado de dólares. Días después, Cecilio navegaba rumbo a España sin saber cómo iba a ser a partir de ese momento su vida.

Modesta y Cecilio se conocieron en una soleada mañana de abril de 1899 en Salamanca. Ella estaba preparando sus exámenes finales para obtener el título de maestra. A esas alturas, debería estar prometida con algún acaudalado joven, pero no había nada que estuviera más lejos de sus planes. Era hermosa y de porte elegante. Tenía fuerza e inteligencia y, aunque quizá le sobraba un poco de descaro, era la única heredera del gran patrimonio de los Dávila Santos, los ingredientes perfectos para triunfar en sociedad. Sin embargo, era errática en su comportamiento. Había ocasiones en las que parecía que viajaba a un universo lejano. No era raro observarla susurrándose a sí misma o descubrirla abstraída del mundo con los grandes ojos verdes perdidos en el horizonte, sin mirar a ningún sitio en concreto. En Madrigal daban por hecho que estaba perturbada. Nadie entendía que, en realidad, eran el exceso de imaginación y su brillante intelecto los culpables de estos extraños episodios. La explicación era muy sencilla para cualquiera que de verdad la conociese. Su mente volaba lejos a disfrutar de sus sueños mientras en el aquí y ahora su cuerpo permanecía encorsetado. Fue justo después de uno de estos extraños capítulos cuando sus padres accedieron a enviarla a estudiar a la ciudad. Llevaba tiempo intentando persuadirlos. Estaba convencida de que tenía capacidad para cualquier cosa que se propusiera en la vida, cualquier cosa que no fuera ser esposa y madre, aunque tampoco es que lo despreciara, pero lo que de verdad quería era estudiar Medicina. Le fascinaba el cuerpo humano y la capacidad que tenían los galenos para curar. Además, sentía verdadera admiración por Dolores Aleu[5], que se había hecho famosa por ser la primera ginecóloga ejerciente. Por

desgracia, la única condición que pusieron sus padres fue que estudiaría Magisterio, mucho más adecuado para una señorita de su categoría social. Y así es como la jovencita de los Dávila terminó instalándose en Salamanca.

Cecilio, gracias de nuevo a la mediación del cura, estaba preparándose para entrar en el cuerpo de la Guardia Civil. En aquellos tiempos, ese era el destino de algunos de los combatientes de las antiguas colonias, pues, después de años de guerra, regresaban con un futuro impreciso en el horizonte. En circunstancias normales, los dos jóvenes jamás se habrían conocido. Modesta, oriunda de Madrigal de las Altas Torres, era la preciada hija de un rico terrateniente. Había sido educada escrupulosamente en las costumbres recatadas de las provincias. Él era hijo de una alcohólica sin nombre que servía vino en una taberna y de un revolucionario que, tras el fallido levantamiento prorrepublicano de 1883[6], abandonó a su mujer y a su hijo pequeño para nunca más volver. Al principio, sobrevivieron como pudieron, vagando de aldea en aldea. La gente solía ser generosa cuando se encontraba con un niño tan pequeño, harapiento y sucio. Sin embargo, a medida que Cecilio crecía, dejando atrás su lengua de trapo y sus gracias de polluelo, las limosnas iban alejándose de sus manos y terminaron por desaparecer. Fue entonces cuando don Fabio se apiadó de ellos y les ofreció que se quedaran en Béjar. Les buscó un alojamiento modesto pero decente y contrató a Petra Expósito para que ayudara con la limpieza de las dependencias parroquiales. Pero Petra tenía el alma rota y no pudo, o no supo, reconstruirla. Cambió su humilde trabajo con el cura por otro mucho más productivo en la taberna. Allí tenía facilidad para hacer lo único que la calmaba, beber. Y así es como se pasó el resto de su vida, bebiendo y moliendo a palos a su único hijo. No soportaba su existencia. Le recordaba tanto al sinvergüenza de su marido que lo habría ahogado en un bidón de agua si no fuera porque era un alma temerosa de Dios.

Aquella mañana de abril, Modesta iba con prisas. Tenía un examen, hacía mucho sol y había olvidado su sombrero. Corrió hasta casa de su tía Bernarda, en el número 23 de la calle del Consuelo, sin ser consciente del remolino que formaban los volantes de la parte baja del vestido. De repente, al echar el pie a un adoquín que sobresalía del camino, la tela se le enredó entre las piernas y cayó de bruces contra el empedrado. Cecilio volvía de hacer un recado a don Fabio, que, siendo ya anciano como era y aprovechando que su protegido acostumbraba a pasar de vez en cuando por Salamanca, le encargaba todo tipo de actuaciones. Inesperadamente, vio cómo una joven daba un traspié y caía al suelo. Fue instintivo. Corrió a socorrerla. El aspirante a guardia civil, vestido en esta ocasión de paisano, ayudó a Modesta a ponerse en pie y, al ver su tobillo, se echó las manos a la cabeza. Estaba inflamado y tenía un pequeño derrame. En la academia había adquirido ciertos conocimientos de primeros auxilios, así que enseguida supo que se trataba de un esguince.

—¡Ay! —se quejó Modesta.

—Señorita, así no puede caminar.

Modesta levantó los ojos hacia la persona que la estaba auxiliando y casi gritó:

—¡Imposible! Empiezo mis exámenes en menos de una hora. ¡Tengo que andar! —Intentó incorporarse. De pronto, un dolor intenso la obligó a levantar el pie del suelo y ponerse a la pata coja.

—Insisto. Es del todo imposible. ¿De qué se examina usted?

—Para maestra.

—¿Quiere que la lleve yo?

—¿Tiene un coche?

—No.

—¿Carro?

—Tampoco.

—¿Y cómo piensa trasladarme a la escuela? —preguntó molesta.

—¿A cuánto está de aquí?

—Unos diez minutos a pie.

—¡Excelente! —respondió Cecilio mientras la tomaba en volandas.

—¡Disculpe, disculpe, señor! —empezó a gritar muy incómoda—. Déjeme en el suelo, por favor. ¡Que me baje! ¡Que no me puede coger así! ¡No se empeñe usted! O me baja o chillo para que venga la Guardia Civil —añadió mientras sujetaba su maletín intentando que no se le escurriera de los dedos.

Pero él no hizo caso y, con sus largas piernas, recorrió la distancia entre la casa de Bernarda y la escuela en un periquete. Depositó a la muchacha con extrema delicadeza sobre el suelo, juntó sus pies en un ademán marcial y añadió:

—Cecilio Martín Expósito, para servirla.

Los dos jóvenes cruzaron sus miradas y en ese instante es cuando ambos fueron conscientes de la presencia del otro por primera vez. Se observaron durante unos segundos. Se inspeccionaron de arriba abajo y de abajo arriba. Y cuando el silencio entre ellos se hizo insoportable, Cecilio se atrevió a agregar:

—El próximo lunes también vendré por Salamanca. ¿Podría invitarla a una taza de chocolate? Hay un nuevo café en la Plaza Mayor en donde lo hacen muy rico. Por favor, déjeme demostrarle que mis modales no son siempre tan toscos.

Modesta no contestó y se apresuró a entrar en el edificio pegando pequeños brincos con el pie bueno.

—El próximo lunes la vendré a buscar aquí mismo. ¿A qué hora le viene bien? En realidad, no importa, estaré esperándola toda la mañana. ¡Aquí mismo, recuerde!

Modesta buscó deprisa el aula de exámenes. Estaba arrebolada. ¿Les habría visto alguno de sus maestros? ¿Quién sería ese buen mozo? Pero era grosero. Había llegado a la escuela en sus brazos, ¡qué atrevimiento! Pero había llegado. Eso sí tenía que agradecérselo. Aunque jamás

acudiría a la cita. ¡Ni soñarlo! ¿No iría? Se recompuso, sacó pluma y tinta del maletín y empezó su primer ejercicio.

Cecilio estaba emocionado. Nunca había conocido a una mujer tan enérgica y a la vez tan delicada. Era muy hermosa. Tenía un cabello rojizo precioso y unos ojazos que hablaban sin palabras. Y, además, iba a ser maestra. Nunca pensó que se atrevería ni siquiera a mirar a una dama así. Se la veía educada, de buena familia y linaje. Sin embargo, no había podido controlar sus impulsos y se había atrevido a mucho más que a mirar. La había tenido entre sus brazos. Aunque, técnicamente hablando, había sido solo una maniobra de ayuda. Pero eso no importaba ahora. Y empezó a contar las horas hasta su próximo encuentro.

Cecilio acudió cada lunes a la escuela durante más de un mes, pero la chica no apareció. Había tenido que pedir más de un favor para conseguir tiempo disponible y no le había servido de nada. Pronto tendría que devolverlos y seguía como al principio. Estaba muy decepcionado. Una mañana de primeros de julio se estrenó como guardia civil con la vigilancia de los caminos por los alrededores de Béjar. Llevaban tiempo siguiendo a un grupo de sospechosos de varios atracos. Los habían visto merodeando por esa zona y los seguían con precaución, escondiéndose entre los árboles para no ser descubiertos. De pronto, escucharon gritos femeninos y salieron azuzando los caballos para ver qué estaba ocurriendo. En su carrera se cruzaron con dos mujeres jóvenes que huían despavoridas. Cuando llegaron al final de la senda, vieron que los malhechores habían atacado a un grupo de excursionistas que tenían un mantel con viandas extendido sobre la hierba, cerca de la orilla del río. Uno de los criminales sujetaba a una chica por el cuello mientras la amenazaba con el cuchillo. Otros tres se las habían apañado para reducir a dos muchachos que permanecían en el suelo, inconscientes. Con rapidez, estaban llenando sus alforjas con las pertenencias de las víctimas: relojes de bolsillo, alhajas, monedas. Incluso los zapatos.

—¡Alto ahí, bandidos! —exclamó Cecilio con gran firmeza—. ¡Alto a la Guardia Civil!

Los atracadores soltaron a la chica con brusquedad y salieron corriendo. Cecilio hizo una señal a uno de sus compañeros para que atendiera a los agredidos mientras él y el resto se apresuraban a seguir a los ladrones. Enseguida los alcanzaron. Por desgracia, se les escapó el que parecía el cabecilla. Los maniataron a conciencia y los dispusieron en una fila, sujetos unos a otros para que no se pudieran escapar. Cecilio regresó al lugar del ataque para ayudar a su compañero con los heridos. Los chicos habían recuperado el sentido, aunque continuaban aturdidos. La mujer que tenía la marca del cuchillo del atacante en el cuello era…

—¡Señorita maestra! —exclamó sin poder contener la sorpresa—. ¿Usted… us… usted por aquí? —tartamudeó de repente.

Modesta fijó su mirada, perpleja, en el sombrero característico del cuerpo. Un segundo después lo hizo en los botones dorados de la chaqueta. Por último, en los ojos del guardia, que exhibían cierta mofa.

—¿Cómo se atreve? Yo a usted no lo conozco de nada. ¿Es que piensa que puede tratarme con tanta familiaridad? Ande y ayúdeme a levantarme. ¿A qué espera, hombre?

Cecilio ofreció la mano a la muchacha y la notó muy fría.

—¿Se encuentra bien? No le han hecho daño, ¿verdad? —contestó como si no la hubiera escuchado.

—Sí. Estoy muy bien —aseguró mientras se ponía en pie con energía, acercando tanto su rostro al del guardia civil que pudo hasta olerle el aliento.

—¿Por qué no acudió a la cita? —aprovechó para susurrarle rozándole el oído—. He ido a esperarla cada lunes desde aquel día.

—¿Cada lunes?

—Todos y cada uno, ¿señorita…?

—Dávila. Modesta Dávila. Supongo que tendré que darle mi nombre en cualquier caso para su informe.

—Sí. Y el de sus acompañantes. Pero ahora lo importante es llevarlos a la ciudad y que los vea un médico. Después podrán acercarse al cuartel para firmar su testimonio. ¿Dónde se alojan?

—En la casa de una amiga. ¿Han atendido a las otras jóvenes? Estaban con nosotros antes de que aparecieran los ladrones y han salido corriendo. ¿Las han visto? La finca en donde nos hospedamos pertenece a la familia De la Fuente. Don Cristino es el padre de mi amiga. No me puedo presentar sola. Se va a asustar mucho.

—No se preocupe. Las encontramos justo después de detener a los malhechores. Estarán ya en su casa. Las acompañaron mis compañeros. Hala, venga usted conmigo. No está herida. Yo la llevaré. Llegará más rápido así —dijo agachándose y agarrándola con fuerza para montarla de un tirón delante de él, sobre su caballo.

Modesta pegó un chillido y una patada al aire como rechazo, con tan mala suerte que dio al caballo y este echó a galopar sin tregua. Él la asió con más vigor para que no se le escurriera y cayera al suelo. Modesta estaba aterrorizada. Cecilio reía. Cuando por fin llegaron a la casa de los De la Fuente, la joven estaba dolorida y exhausta. En cuanto pudo zafarse del muchacho lo hizo de un salto. Se volvió, colérica, y mientras se recomponía el vestido clavó sus ojos en los de él. Tenía la mirada en llamas.

—¡Es usted un grosero y un zafio! ¡Lo odio! ¡No se atreva a tocarme un pelo nunca más! —Y entró en la casona.

Modesta estaba aturdida. No comprendía lo que había pasado. Su amiga Clara le había ofrecido pasar las vacaciones en su casa de Béjar y ella había aceptado. Había invitado a otros amigos de la familia, también estudiantes en Salamanca. Esa mañana decidieron que pasarían la jornada cerca del río y llevarían el almuerzo. Así celebrarían el final de curso. El día era perfecto, soleado, pero no muy caluroso. Estaban sentados sobre una manta preparando los emparedados cuando fueron sorprendidos por unos desalmados. Todavía notaba el frío del acero del cuchillo

presionándole la garganta. Y en el momento que más temía por su vida, cuando más segura estaba de que no iba a poder ejercer jamás su profesión y de que un reguero de sangre correría por ese vestido nuevo de popelín que había estrenado para la ocasión, apareció el mentecato del día que se torció el tobillo y lo arregló todo al grito de «¡Alto a la Guardia Civil!». ¡Era guardia civil! Y ella, que lo amenazó con llamar a la Benemérita cuando la levantó en sus brazos. ¡Dios mío, qué desatino!, pensó. Pero ¿por qué se avergonzaba? ¿Por qué? Si nada le importaba. ¿O sí?

De repente, pensó en él y se dio cuenta de que no sabía su nombre. Y pensó en cómo se llamaría y notó cómo un ardor incontrolable le subía por el cuerpo hasta alojarse en su pecho. ¿Qué estaba ocurriendo? En su mente visualizó sus labios y rememoró su aliento. ¿Qué sentiría si con la punta de un dedo acariciaba esos labios? O, mejor aún, ¿qué sentiría si los acariciaba con sus propios labios? Empezó a descubrir una necesidad imperiosa de volverlo a ver. Era tan apuesto. Y estaba enamorado de ella, seguro. ¡Si no paraba de mirarla! Al día siguiente lo vería en el cuartel, pero verlo allí no sería suficiente. Quería que se encontraran a solas. Y, sin demora, empezó a tramar un plan para quedar con él de esa manera.

---

2 Kalachuchi e ylang ylang son dos tipos de flores tropicales. Del ylang ylang se elabora un aceite esencial de uso cosmético.

3 Nicolás Jaramillo y Mesa (1839-1906). Militar español que luchó en la guerra de Filipinas. Por sus méritos en Mindanao ascendió a general. Dejó Manila en 1900.

4 Biak–na–Bató fue un acuerdo entre los rebeldes filipinos y las tropas españolas firmado el 14 de diciembre de 1897.

5 Dolores Aleu Riera (1857-1913), primera mujer en doctorarse en Medicina en 1882. Se especializó en ginecología y ejerció durante más de veinticinco años.

6 El 8 de agosto de 1883 se produjo una insurrección prorrepublicana en Santo Domingo de la Calzada (La Rioja) que fracasó rápido.

CAPÍTULO V:

LA FAMILIA DE LA FUENTE

Cristino de la Fuente López era un industrial que regentaba la mayor fábrica textil del municipio. Había heredado la factoría de su padre y este, de su abuelo. Se podría decir que Cristino pertenecía a la gran estirpe pañera bejarana. En los últimos tiempos, su fábrica había experimentado un cierto declive económico. No era un secreto que Cataluña lideraba el relevo en la industria de los tejidos. Contaba con fábricas más modernas y mejores canales de distribución. Nunca hubiera pensado Cristino que los avances que con tanta ilusión había introducido en la fábrica iban a desembocar en nuevas protestas obreras y enfrentamientos. Por desgracia, los cambios en los procesos de producción solo habían conseguido aumentar la desazón de una clase proletaria que vivía al borde de la indigencia. No tenían ninguna voz para poder cambiar su situación ni capacidad para tenerla en el futuro. Para ellos, la mayoría analfabetos, cada nuevo mecanismo era una amenaza para sus puestos de trabajo. Trabajaban hombres, mujeres y niños en horarios interminables. Muchos emigraban y los que se quedaban cada vez estaban menos dispuestos a callar. El patrón intentaba insuflar un poco de esperanza a sus empleados reduciendo los horarios o implementando medidas de seguridad e higiene. Pero la enorme competencia de Cataluña les había obligado a limitar la actividad de la factoría exclusivamente a la fabricación de tejidos para uniformes militares. El Estado no era el mejor cliente. Pagaba tarde y pagaba poco, y los problemas de liquidez impedían subir los sueldos. Todo iba de mal en peor.

El empresario bejarano estaba pasando también por un mal momento personal. Su existencia había experimentado un declive aún mayor. De los siete hijos que había engendrado, todos sus

varones, seis en total, habían fallecido. Entre fiebres, guerras y revueltas, solo su hija pequeña, Clara, había conseguido sobrevivir. Doña Juana, la madre de Clara, también había perecido. No pudo soportar tanta muerte o quizá decidió no intentarlo. El caso es que una tarde se la encontraron en la bañera con las venas abiertas y la mirada perdida. Nada pudieron hacer por su vida. De la gran familia que habían formado, únicamente quedaban ellos dos: padre e hija. Solos ante un mundo que se desmoronaba.

Por eso Cristino nunca negaba nada a su hija. Clara había terminado sus estudios de primera enseñanza superior en la Escuela Normal de Salamanca con muy buenas calificaciones. Allí se había convertido en amiga inseparable de Modesta. Cuando supo que tendría que regresar a Béjar, a esa casa triste y solitaria, le invadió el pánico. ¿Cómo iba a soportar ese lugar todo el verano? Así que suplicó a su padre para que le permitiera llevar a algunos amigos de Salamanca. Cristino no vio ningún problema en ello. Entendía su reticencia a volver al lugar en donde habían ocurrido tantas desgracias. Tenía habitaciones y servicio de sobra para atender a todos los invitados. Por primera vez en mucho tiempo disfrutaría del ajetreo de un hogar repleto y sentiría el alborozo de tener una familia. Sí, era una buena idea. Olvidaría los problemas de la fábrica y se relajaría. Esa temporada estival contaban con cuatro invitados. Dos estudiantes de Medicina, pertenecientes a dos de las familias más respetables de Salamanca, y dos compañeras de Magisterio. Sospechaba que uno de los muchachos cortejaba a su hija, lo cual le parecía más que aceptable. Era un buen partido si Clara decidía casarse. No obstante, había acordado con ella que ese tipo de decisiones las tomarían juntos.

Las vacaciones habían resultado plácidas hasta el día del asalto. La casona, situada a las afueras de la ciudad, se había levantado lo suficientemente cerca de la fábrica como para que fuera sencillo el desplazamiento y lo suficientemente lejos como para poner distancia con los obreros. Estaba rodeada por un tupido jardín y altos muros de piedra. Era una edificación austera. Tenía ocho habitaciones y tres salones con grandes chimeneas. Las diferentes dependencias para el abastecimiento y el servicio de la familia, así como los dormitorios de los criados, se encontraban en un ala adyacente que completaba la construcción. Era una casa desangelada y fría. Y nada tenía que ver con las pérdidas que había sufrido. Siempre había sido así. Sin embargo, durante los meses calurosos, cuando la vida se hacía más en los espacios abiertos, la percepción sobre el entorno cambiaba.

Ese verano Clara lo estaba pasando en grande. Por el día daban largos paseos hasta la muralla medieval o visitaban la Plaza Mayor y el Palacio Ducal. Si el calor apretaba, conducían el carro hasta el margen del río, disfrutaban de una agradable caminata por la orilla y se mojaban los pies. Hicieran lo que hicieran, lo exprimían al máximo. Por las tardes entablaban interminables conversaciones sobre temas de actualidad mientras degustaban una copa de buen vino. Después del desagradable incidente, y debido a que uno de los asaltantes había quedado libre, su padre les había prohibido salir de la finca sin acompañamiento. Esta orden había convertido en tedio el

gozo. A pesar de la compañía, los juegos, el sol y las tertulias, Clara se aburría. Así que cuando Modesta le habló de Cecilio, enseguida accedió a ayudar a su amiga.

Clara era culta, inteligente y despierta. Leía a diario el periódico y a veces conseguía revistas extranjeras que estudiaba con verdadera agitación. Devoraba los poemas y artículos de Sofía Casanova[7] e imaginaba su vida con ese halo romántico. La existencia de un mundo más allá de Salamanca la excitaba. Igual le interesaba una noticia sobre el London County Westminster & Parr's Bank como la manera de recuperar el cutis dañado por el estío. Todo lo nuevo la cautivaba. Quería absorber el ingente conocimiento universal. Para ello engullía *Los Miserables*, de Víctor Hugo, cualquier ensayo de Larra, *Madame Bovary*… Lo que hiciera falta. Aunque, sin duda, su libro favorito era *La Regenta*. La emocionaba. En un principio le costó hacerse con un ejemplar debido a que su publicación provocó un enorme escándalo en Oviedo y su padre era reacio a proporcionarle lecturas inapropiadas. Pero al final pudo empaparse de todas y cada una de sus páginas. Pudo sentirse como Ana Ozores[8], sufrir con ella, llorar por ella. Y tener una visión de la humanidad bastante deprimente, por cierto. Así que decidió que Clara de la Fuente no haría caso de las habladurías, despreciaría a los calumniadores y haría lo que le diera la gana. Y esa reflexión no carecía de juicio si no fuera porque, indirectamente, se la hizo aplicar también a su amiga.

—Te voy a organizar un encuentro a solas con ese buen mozo. No te quitaba ojo esta mañana en el cuartel. Lo tienes loco. Estoy segura.

—Eso creo yo —sonrió Modesta—. ¿Sabes que estuvo esperándome en la puerta de la escuela todos los lunes durante un mes? La verdad es que no me crucé con él de milagro.

—¿Es que lo evitabas?

—Me era indiferente, la verdad. Al principio me pareció un patán. Aunque más tarde empecé a justificarlo. Es posible que quedara deslumbrado. Una belleza como yo no aparece todos los días —contestó mientras apoyaba la mano en la cadera haciendo un gesto insinuante con los labios y se carcajeaba.

—Está loquito por ti. Y con ese uniforme se ve tan apuesto…

—Cierto. Desde que lo vi en acción me interesa cada vez más.

—Debe ser fascinante tener un pretendiente guardia civil —intervino Clara entre risas.

—No creo que mi madre piense lo mismo. Ya sabes cómo es. Solo piensa en las apariencias. Además, habla de mis esponsales como si se tratara de una transacción económica. Pronto me dirá con quién ha decidido casarme.

—¿Lo ves? Por eso hay que luchar contra esa actitud anquilosada en el pasado. Pronto inauguramos siglo. Tenemos que recibirlo con nuevas ilusiones. Hay que modernizarse, amiga mía. ¡Se acabó afligirse como Ana Ozores! —declamó como si se tratara de una representación teatral.

—¿Cómo Ana qué?

—Ana Ozores, la regenta. ¿No conoces la novela? —se extrañó.

—Pues no.

—Pues tienes que leerla para que entiendas por lo que hay que luchar. ¡Tienes tanta suerte! Dios te ha concedido la oportunidad de sentir el amor. ¿Sabes que hay personas que se mueren sin conocerlo? Te envidio, Modesta.

—Tú tienes a Félix.

—No lo has entendido. Me gusta que Félix me corteje. Es guapo, rico heredero y, además, muy pronto será médico. Si me propusiera matrimonio, lo aceptaría. Pero no lo amo. Al menos no siento por él lo que tú me confesaste que sentiste cuando galopaste con Cecilio de vuelta a la ciudad. ¿Cómo lo definiste? Ah, ya recuerdo, «un acaloramiento generalizado, mucho más intenso en el bajo vientre» —gritó a carcajada limpia.

—¡Clara! ¡Cierra la boca! ¡Que te van a oír! —interrumpió incómoda la de Madrigal.

—Eres afortunada. Venga, Des, escucha lo que tengo pensado. Mañana me acompañarás al cuartel a firmar mi declaración.

—¿Todavía no lo has hecho?

—No. Me hice la despistada por si necesitaba una excusa para volver.

—¿Volver? ¿Para qué? —Modesta estaba confundida.

—Pero qué cándida eres. ¡Pues para conseguirte una cita con el guardia ese! ¿O te crees que no me di cuenta de cómo os mirabais mientras tomaba nota de tu testimonio?

—Ay, ¿tan evidente era?

—No creo que ninguno de los que estábamos allí tenga dudas al respecto.

—Me apuras, Clara. ¡Qué bochorno!

—Anda, escucha, que te va a encantar la idea.

Clara le explicó a su amiga el plan con todo detalle. Con la excusa de la firma del informe, ella misma deslizaría una nota entre los documentos. Lo haría con cuidado de que no la viera nadie, excepto el interesado, y así concertaría la primera cita. Después dejaría a su amiga libertad para organizar posteriores encuentros según su apetencia y bajo su supervisión, indudablemente. Le pareció un plan impecable. Todo saldría a pedir de boca. Seguro.

Cecilio llevaba toda la noche sin dormir. No podía dejar de pensar en la señorita Dávila. Justo antes del amanecer debía dirigirse a la finca de la familia De la Fuente. La llave de la reja de la valla estaría bajo una piedra, a la derecha del farol. Cruzaría sigiloso hasta el jardín. Unos minutos antes de la salida del sol tiraría unas piedrecitas contra la ventana de cortinas moradas del segundo piso y esperaría.

Así lo hizo, con el corazón desbocado y el estómago contraído. Se veía como un intruso, un delincuente como los que él perseguía. ¿Y si se había equivocado de ventana?, temió. Era difícil diferenciar el color morado en la oscuridad. Esperó más de diez minutos, pero nadie aparecía.

Por fin, cuando ya pensaba que era una tomadura de pelo, alguien se asomó. Distinguió el reflejo rojizo de los cabellos de Modesta, ahora sueltos sobre los hombros.

—¡Chist! —chistó la chica—. Enseguida bajo, pero no tire más piedras, que va a romper el vidrio.

Cecilio respiró hondo. ¿Qué le diría? ¿Con qué palabras debería empezar la conversación? En estas cavilaciones estaba cuando por detrás, tapada con una toquilla, apareció la joven. Estaba todavía más guapa bajo la luz de la luna. Llevaba los pies descalzos. Unos pies níveos. Se acercó a él y, sin mediar palabra, lo besó. Al principio apenas rozó sus labios. Fue un beso ligero y suave. Un instante después se volvió intenso, exigente. Cecilio rodeó con los brazos el cuerpo de Modesta, Des (que era como había observado que la llamaban sus allegados), y la apretó contra él, respondiendo con entrega a ese primer beso. Cuando los cuerpos empezaron a enredarse y nada parecía que pudiera frenar su anhelo, Cecilio separó a Des con brusquedad.

—Empiezo en media hora el servicio. Debería marcharme. ¿Podríamos vernos con más tiempo? Mañana tendré un rato por la tarde. Su amiga me dijo que podía venir a verla cuando quisiera. ¿Le parece bien que me acerque sobre las cuatro?

Modesta asintió con la cabeza. Tenía la respiración entrecortada. No había escuchado ni una sola palabra de lo que le había dicho. Pero daba igual. Viéndolo así, delante de ella, tan gallardo, observándola con esos cálidos ojos ambarinos, sería capaz de decirle que sí a todo.

El guardia civil visitó a Modesta todos los días durante aquel largo verano. Si algún asunto le mantenía ocupado demasiado tiempo, en vez de irse a dormir iba a visitarla, aunque fuera unos minutos, pues si no se desvelaba y entonces no pegaba ojo. Los ratos libres los pasaban en el jardín, arañando cada día un poquito más al tiempo. Al final de cada cita se ocultaban por unos minutos entre unos alcornoques que había en la parte trasera de la rosaleda. Se besaban con urgencia por miedo a ser descubiertos. A los pocos días, Des conocía a Cecilio mejor que a nadie en el mundo y lo mismo pasaba al revés. Ambos jóvenes se sentían verdaderas almas gemelas.

La última semana de agosto, Modesta se vio obligada a regresar a Madrigal. Sus padres habían requerido su presencia en varias ocasiones y ya no podía darles más largas. Con gran tristeza recogió todas sus cosas y le pidió al cochero que la acercara a la estación de ferrocarril. Durante el largo camino tendría tiempo de pensar cómo les plantearía su boda con el guardia civil. Sí, Cecilio le había propuesto matrimonio y ella había aceptado. ¡Era tan tan feliz! Él era un hombre decente que, a pesar de todo lo que había padecido en su vida, quería hacer las cosas bien. Iba a pedir su mano formalmente a su padre y ahora Modesta debía allanar el camino. Por desgracia, necesitaba el permiso de don Justo para contraer nupcias, pues solo tenía veinte años. Debía encontrar la manera de convencerlo. Habían planeado casarse lo antes posible. Y no solo porque cada vez les costara más trabajo controlar su pasión, sino también porque querían instalarse juntos para poder solicitar una plaza en la escuela de Béjar. Si su padre se negaba, algo que no descartaba en absoluto, se veía incapaz de esperar los cinco años reglamentarios para poder

prescindir de la autorización paterna. Eso la mataría de pena. Así que habían acordado que se fugarían muy lejos, a donde a nadie le importara su certificado matrimonial. Quizá a la Argentina.

Cuando divisó el camino de entrada a la casa de sus padres sintió una tenaz opresión en el pecho. No se notaba con fuerzas para plantearles tan pronto lo de la boda. No podía precipitarse. Si fallaba con su padre, su madre se cerraría en banda y no tendría otra oportunidad. Necesitaba encontrar el momento oportuno. Convencer a su padre para que Leandra no pudiera persuadirlo de lo contrario.

Al entrar por el portalón vio a su tía al final del pasillo. Sintió un ligero alivio. Bernarda la apoyaría. Seguro.

—¡Tía, tía! ¡Ya he llegado! No sabía que estabas en Madrigal.

—Hola, hija. ¿Qué demonios te han dado en ese pueblo que has tardado tanto en regresar? —preguntó enfadada.

—Ay, tía, es que este es mi último verano de estudiante y quería aprovecharlo. Y Béjar no es un pueblo, es una ciudad maravillosa. Tienes que venir un día conmigo a recorrer El Castañar. Podríamos subir a la Peña de la Cruz, que tiene unas vistas muy hermosas, y pasear por el Valle del Rosal, o bañarnos en el río Cuerpo de Hombre, o…

—¡Para, niña! Ya veo que te ha encantado el sitio. Y sospecho que algo más… Lo de bañarse en un río con ese nombre, ¡Jesús!, eso sí que no me ha sonado nada bien. ¡Ven y da un abrazo a tu tía! ¡Que te he echado mucho de menos!

—Eso es lo que te pasa. Que te has acostumbrado a mi compañía. Claro, es que soy la mejor sobrina que se pueda desear. Guapa, inteligente, divertida… —añadió con sorna a la vez que le devolvía el abrazo a Bernarda.

—Modesta, ya es hora de verte la cara —escupió una voz desde el fondo.

—Hola, madre —contestó acercándose a Leandra y dándose mutuamente dos besos al aire.

—Anda, sube a asearte, que tenemos invitados para la cena y están a punto de llegar.

—¿Qué invitados, madre? Vengo muy cansada de tantas horas de camino.

—¡Ya lo verás, es una sorpresa! Tú ponte guapa.

Des subió las escaleras a toda prisa. Apenas quedaba tiempo para la cena. Ordenó un baño y se puso a colocar sus cosas mientras se lo preparaban. ¿Quién vendría a cenar esa noche? De repente, sintió un escalofrío. Su madre tramaba algo. Estaba segura. Intentó relajarse en la bañera. Empezó a pensar en los besos de su amado. Notaba sus dedos sobre el cuerpo, acariciándolo. Cerró los ojos y se dejó llevar, sin ningún recato, por el vapor que desprendía el agua caliente y envolvía su piel desnuda. Estaba tan a gusto. No le apetecía nada bajar a cenar. Pero no quería enfadar a sus padres, así que salió del agua, eligió un vestido al azar y bajó al comedor. Cuando entró por la puerta ya estaban todos los invitados sentados. Su madre la miró con reproche.

—Modesta, hija, ya era hora. Nos tenías preocupados. —Su tono pareció más de regañina que de desasosiego.

—Buenas noches a todos. —Hizo un pequeño gesto con la cabeza. Luego se acercó a su padre, al que veía por primera vez desde su llegada. Se aproximó por detrás del espacio que ocupaba en la mesa y le dio un beso cariñoso—. Padre, por fin nos encontramos.

—Hola, hija. ¿Qué tal está mi maestra favorita?

—No exageres, padre. Que soy la única maestra que conoces. —Esbozó una sonrisa.

—¿Te han presentado ya a nuestros invitados? —Justo dirigió la mirada a un señor mayor que iba acompañado por otro joven de aspecto remilgado.

—No he tenido todavía el gusto, no —respondió mientras los estudiaba.

—Son nuestros amigos, el señor Villanova y su hijo, Julio —interrumpió enseguida Leandra—. Tienen viñedos en Huesca. Han venido a Madrigal por un asunto familiar. En realidad, por la herencia de unos terrenos. Su difunta esposa era madrigaleña —añadió con tono triunfal.

—Ah. Muy interesante —respondió Modesta con desgana a la vez que tomaba asiento justo al frente del hijo.

—Hemos coincidido en varias reuniones sociales y hemos hecho cierta amistad —insistió la mujer.

—¿Y qué tal el verano en Huesca? —intervino Bernarda para cambiar de conversación.

—Más caluroso que otros años —contestó el señor Villanova con tono afable.

Modesta notó cómo el tal Julio la repasaba de arriba abajo, prestando especial atención a su escote, y empezó a sentirse muy incómoda.

—¿Se encuentra bien, señorita Dávila? —inquirió con voz exigente.

—En realidad no, señor. Acabo de llegar de un largo viaje.

Leandra reprobó a su hija con una mirada afilada. La tensión entre las dos mujeres era palpable. Bernarda volvió a intervenir.

—En Salamanca el calor ha sido insoportable. Por eso me he trasladado a casa de mi hermana. Esta casa es más fresquita.

—Sí. La verdad es que se está muy bien. Sobre todo por las noches —añadió el hombre más mayor.

—Modesta, hija —interrumpió Leandra—, cuéntales a los señores qué tal te ha ido en la Escuela Normal de Maestras. Ayer mismo me dijeron que les parecía fascinante que hubieras recibido clases. Una esposa instruida es una mejor opción que una que no lo está. ¿Verdad, Julio? —preguntó con vehemencia.

—Por supuesto, señora Dávila. Los hombres siempre apreciamos que las mujeres tengan una buena educación. Es primordial que una madre se la transmita a su prole.

—¿Ah, sí? —se entrometió Modesta con desprecio—. Yo pensaba que solo sabían apreciar un buen escote —dijo a la vez que se levantaba de súbito haciendo caer su silla hacia atrás—. Por favor, ¿me disculpan? Me siento bastante indispuesta y necesito tumbarme un rato. Perdón. —Abandonó el comedor con tanto ímpetu que levantó un remolino de aire a su paso.

Leandra la siguió a la escalera.

—¿Cómo te atreves? ¿Tú sabes lo que me ha costado encontrar a alguien adecuado para ti después de la reputación que te has creado?

—De eso se trata, ¿no? ¡Solo piensas en casarme! Pues a lo mejor no quiero. Ese tipo es un relamido. ¡No me gusta nada!

—¡Calla, que te va a oír! Es el único que a pesar de tus ataques ha querido conocerte.

—¡Pues que me oiga! ¿A qué absurdos ataques te refieres? ¿A que me gusta cantar cuando hay tormenta? ¿A que me gusta perderme en mis propios pensamientos? ¿Te parece eso un trastorno? A lo mejor no lo haría si no pretendieras que fuera siempre perfecta. ¡No quiero ser perfecta! En realidad, no quiero parecerme en nada a lo que se espera de mí. Odio las viejas costumbres. Me gusta lo moderno, como a mi amiga Clara. —Entró corriendo en su habitación y cerró en las narices de su madre con un portazo.

Modesta descartó hablar con su padre en ese viaje. Las cosas se habían torcido desde el principio. Tendría que esperar un momento más oportuno. Pasó el resto de su estancia evitando a su madre, algo que no le resultó muy difícil, ya que Leandra solía encerrarse en su salita privada para tomar una dosis extra de esas gotas de láudano que le recetaban para los nervios. Apenas salió de su cuarto en toda la semana.

Don Justo permaneció muy ocupado con algunos asuntos financieros y casi no prestó atención a la melancolía que afligía a su hija. Fue Bernarda la que se dio cuenta. Se percató de que apenas comía y de que se pasaba pensativa las horas, mirando al cielo.

—¿Qué ha ocurrido durante las vacaciones, niña? Apenas te reconozco —le preguntó.

—Ay, tía —contestó sin poder reprimir las lágrimas y apretándole la mano.

—¿Es que algún sinvergüenza te ha deshonrado? —Contrariada, esperaba una respuesta negativa.

—No, tía. Él es un caballero. Nunca haría algo así —respondió entre sollozos.

—¿Él? ¿De quién hablas? ¡Dime! Creía que a Clara no le quedaban hermanos.

—Estamos muy enamorados, pero padre nunca consentirá nuestro matrimonio. No mientras madre viva.

—No digas eso, que te va a castigar Dios. ¿Quién es ese muchacho? ¿Es de buena familia? ¿Lo conocemos? —insistió.

—Se llama Cecilio. Lo conocí en Salamanca, pero nos reencontramos en Béjar.

—¿Se te ha declarado? ¿Está dispuesto a pedir tu mano?

—Claro que sí, tía. No desea otra cosa. Pero…

—Pero ¿qué? ¿Por qué piensas que no van a consentir el matrimonio? —continuó Bernarda, más distendida—. Seguro que un universitario les parece una opción aceptable.

—Ese es el problema. No lo he conocido en la universidad —añadió mientras retorcía un mechón de sus cabellos entre los dedos—. Es guardia, guardia civil.

Bernarda se quedó pensativa. Conocía a su hermana y sabía que nunca aceptaría emparentar con un guardia. Era comprensible. Había criado a su única hija con grandes expectativas y no se lo reprochaba. Pobre chiquilla. Iba a tener que olvidarse del chico. Intentaría persuadir a Leandra de las bondades de tener un representante de la ley en la familia, pero dudaba que lo consiguiera. En cualquier caso, no quería echar más leña al fuego, así que miró a su sobrina a los ojos y le prometió que haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarla.

La segunda semana de septiembre Modesta regresó a Salamanca. Necesitaba presentarse a la reválida de maestra superior y dejar tramitado el título. Además, había convencido a su tía para que permitiera a Cecilio las visitas en su tiempo libre. La única condición que le había puesto era que se concentrara en su último examen. Después podría verlo. Bernarda no quería desilusionar a su sobrina, pero no tenía muchas esperanzas. Había hablado con su hermana y se había negado rotundamente siquiera a conocer al pretendiente. Después había recurrido a su cuñado, pero, tal y como imaginaba, no quería tomar ninguna decisión que contrariara a su esposa. En realidad, ninguno de ellos quería.

Durante los meses siguientes, los enamorados se siguieron viendo con el beneplácito de la tía, que no encontraba la manera de convencer a la joven para que desistiera de su empeño. Una tarde que Modesta había quedado en la Plaza Mayor con su amiga Clara, Bernarda descubrió una humilde medalla de peltre que la niña atesoraba bajo la almohada con una conmovedora nota de Cecilio. Era de la Virgen de la Vega, patrona de Salamanca ¡Pobres infelices!, pensó. Aquello era un amor imposible. Y se le ocurrió que quizá la única oportunidad que les quedaba sería organizar un encuentro casual con el matrimonio Dávila y darles la posibilidad a los chicos de expresarse, de mostrarles su amor y entendimiento. Explicó a Modesta el plan, y se dispusieron a llevarlo a cabo con el corazón encogido. Planificó con mucho cuidado el encuentro con los Dávila. Había escrito a su hermana sugiriéndola que organizara una velada íntima para celebrar que Modesta ya tenía en sus manos el título de maestra.

Cecilio llevaba tiempo muy alterado. La situación con su amada había llegado a un punto muerto. Él iba a visitarla todo lo que podía, pero sus obligaciones en la Benemérita no le dejaban mucho tiempo. Además, cada vez que quería verla, tenía que recorrer una gran distancia hasta la casa de la tía Bernarda y, a pesar de que podía desplazarse en ferrocarril, el largo viaje apenas le dejaba unos minutos para estar con ella. Eso sin contar con que nunca estaban a solas. No podían besarse, ni abrazarse, ni siquiera darse la mano. Después del mágico verano que habían compartido en la casa de Clara, aquellas visitas solo conseguían perturbar su ánimo y acumular una pasión contenida que sospechaba explotaría en cualquier momento y de la peor manera. No

dormía. No comía. Los ojos empezaron a hundírsele y le salieron ojeras. A veces hasta la voz le temblaba. Llegó a notársele tanto el abatimiento que su sargento le dio permiso para ir a descansar creyéndolo enfermo. Fue entonces cuando Cecilio aprovechó para sincerarse sobre sus circunstancias y consiguió un permiso oficial para la semana de la celebración.

—Recuerde, Martín, no se le ocurra venir sin solución a su problema o los problemas los tendrá usted aquí. Lo necesito centrado. ¡No lo olvide! —le repitió varias veces su superior.

Así las cosas, el primer fin de semana de diciembre, Cecilio, Modesta y Bernarda se dirigieron al domicilio de los Dávila con los dedos cruzados y el estómago encogido.

—Tras esa curva está el caserón de mi hermana —explicó Bernarda a Cecilio—. Tenéis que hacer lo que os diga. Leandra no puede enterarse de nuestras intenciones hasta que estén mi cuñado y los invitados. Cuanta más gente haya, más se sentirá obligada a guardar la compostura y a fingir que contaba con Cecilio como invitado.

—¿Y cómo lo vas a presentar, tía? ¿Lo has pensado?

—Claro. Llevo semanas dándole vueltas. Creo que lo mejor es decir que hemos invitado al guardia civil como agradecimiento por salvarte la vida en Béjar. Durante la cena les contaremos lo del asalto en el río. Eso ayudará también a que todos tengan una buena impresión de usted —añadió mirando al muchacho—. Para cuando Leandra se dé cuenta de quién es en realidad ya no podrá replicar nada. Así conseguiremos que acepte su presencia. Después vendrá lo más complicado.

—Lo sé —contestó Cecilio—. Tenemos que conseguir reunirnos con el matrimonio a solas.

—Sí —confirmó Bernarda—. Intente derrochar todo el encanto que pueda durante la velada. Después, cuando se vayan todos los invitados, esa misma noche, para que los efectos del vino y los licores aún estén presentes, os acompañaré al despacho de mi cuñado. Luego buscaré a mi hermana y su marido y los convenceré para que vayan con cualquier excusa. Preguntaré por algún documento familiar o lo que sea. Ya se me ocurrirá algo.

—De acuerdo —respondieron los jóvenes al unísono.

Modesta clavó su mirada en la de Cecilio.

—Y entonces tú le pedirás mi mano a mi padre —sentenció.

—¡Que Dios nos ayude hijos! ¡Que Dios nos ayude! —añadió la tía besando el rosario que apretaba en la mano.

El camino de acceso a Madrigal estaba helado. El coche de caballos avanzaba con bruscos movimientos, lo que hacía que el estómago de los tres viajeros se revolviera aún más. Dejaban tras de sí un largo viaje. Lo habían organizado para llegar por la noche, justo a tiempo para la cena. Necesitaban a los invitados ya en la casa. Se distinguían muchas luces desde lo lejos. En realidad, había demasiadas. Muchas más de las habituales. De repente, a los lados del camino divisaron varios carruajes. Como era de esperar, a Leandra lo de la velada íntima le había parecido exiguo, así que había organizado una gran fiesta.

—¡Ay, niña! —dijo pesarosa Bernarda—. Me parece que tu madre se ha excedido. Debería haber pensado en esta posibilidad. El plan no nos sirve.

—¿Por qué siempre tiene que hacer lo que le da la gana? —añadió Modesta—. Le insistimos en que queríamos una pequeña cena. Nada de opulencias. Y luego dice que soy yo la culpable de nuestra mala reputación.

—La cuestión es cómo vamos ahora a actuar. Esto no va a acabar bien.

—Seguiremos con lo previsto —añadió Cecilio—. Tiene que ser hoy o no será. No podemos posponerlo más. Estoy cansado de tantas dificultades.

El coche paró en la puerta y los viajeros se bajaron deprisa. La casa estaba repleta de gente. Echaron mano de su equipaje y subieron corriendo la escalera hacia los dormitorios. Bernarda acompañó a los enamorados y estuvo vigilante mientras se aseaban. Por suerte, solo los sirvientes se dieron cuenta de su llegada. Cuando estuvieron los tres listos bajaron al salón principal, en donde la música de una pequeña orquesta y el ruido de los invitados se embarullaban con las palabras de sus propias conversaciones. Todos bebían y reían. Leandra lucía un elegante vestido verde con una gran cola. No había escatimado en joyas y sonreía a un estirado señor al que no habían visto en su vida. Al oír su nombre se volvió hacia su hermana.

—Querida hermana mía, por fin llegasteis —dijo.

—Creía que se trataba de disfrutar de una velada íntima —respondió Bernarda, enfadada.

—No siempre termina los estudios tu única hija. Hija, ven aquí, abraza a tu madre. —Le dio muy tiesa un abrazo con cuidado de no tirar la copa de vino que sostenía en la mano. Iba un poco achispada y ni siquiera se percató de la presencia del guardia, que vestía un traje oscuro deslucido.

Aprovechando que la mesa era larga y los invitados muchos, Cecilio intentó pasar lo más desapercibido posible. Evitó conversaciones innecesarias y se mantuvo al margen. La cena transcurrió sin ningún percance. Entrada, primero, segundo y postre. Todo exquisito. Un despilfarro innecesario. Estaban preparándose para pasar al salón de baile, en donde los esperaban los músicos, cuando, de repente, Leandra se puso en pie, tomó una campanilla para hacer el silencio y comenzó un discurso:

—Queridos amigos, querida familia, ya sabéis que esta noche estamos celebrando algo muy especial. Mi única hija, mi preciosa Des, ya tiene su título de maestra.

Un gran aplauso interrumpió la alocución. Leandra también aplaudía.

—Hija mía, este cálido aplauso es para ti. —Le clavó la mirada—. Para que sepas que estamos muy orgullosos de ti y de todo lo que has conseguido —continuó volviendo a pedir silencio—. Pero, además, me gustaría solicitar una gran ovación. —Otra vez las palmas la interrumpieron—. Y es que hoy también es un gran día por otras razones.

Modesta sintió un escalofrío por la espalda. El discurso de su madre se estaba desviando de lo previsto. Miró a su tía con recelo y esta encogió los hombros porque no sabía a qué se refería la

anfitriona. Leandra continuaba hablando.

—Y es que don Julio Villanova, aquí presente —y dirigió la copa hacia el joven— ha pedido la mano de nuestra niña y se la hemos concedido. Así que os anunciamos que están formalmente comprometidos.

Modesta empezó a dirigir los ojos de un lado a otro sin dar crédito a sus oídos. Vio a Cecilio pálido al final de la mesa y a Bernarda vencida sobre la silla. Los invitados aplaudían y daban la enhorabuena a sus padres mientras el tal Julio la sonreía. Notó que le faltaba el aire y empezó a desabotonarse la camisa. Jamás hubiera imaginado semejante conspiración. ¿Estaría Bernarda involucrada? No lo parecía, pero ya no podía confiar en ella. Cogió la copa de vino que había sobre la mesa. La vació de un solo trago. Tomó un tenedor y golpeó el cristal pidiendo silencio de nuevo.

—Queridos amigos y familiares —comenzó de igual manera que Leandra—, creo que, debido al licor, mi madre ha cometido un ligero error. La pobre no puede evitar estar siempre tan, digamos, distraída. No es el señor Villanova el que ha pedido mi mano, no. Siento la confusión. Ha sido el señor Martín, que se encuentra justo a mi derecha. —Dirigió la copa hacia su enamorado.

Todo el mundo miró estupefacto al guardia. No entendían nada. Pero cuando su anfitriona empezó a gritar y a romper todo lo que había sobre la mesa, entonces supieron que estaban siendo testigos de una batalla familiar. Alarmados, recogieron sus cosas y abandonaron la fiesta.

Leandra gritaba y exigía a su marido que le diera una paliza a su hija como castigo. Había destrozado la reputación familiar y la había dejado a ella, ¡a ella!, como una borracha, como una embustera. Nunca debieron mandarla a Salamanca, le reprochaba. Don Justo intentaba consolarla sin conseguirlo. Tambaleándose sobre los tacones, subió a su habitación. Como poseída por el demonio, buscó la medicina para los nervios arrojando contra el suelo todo a su paso. A sus cuarenta años, a Leandra Santos nadie le había negado nada. Primero sus padres, después su hermana y finalmente su esposo siempre cumplían sus deseos. Y ahora su hija, esa desvergonzada, se había atrevido a ponerla en ridículo delante de toda la sociedad de Madrigal. Sintió un ataque de ira. Cogió el láudano y lo ingirió sin mesura sorbiendo del frasco. Luego se dejó caer sobre la cama y continuó chupando de la botella de vino, articulando palabras ininteligibles hasta que perdió la consciencia.

Bernarda había instalado a Cecilio en uno de los cuartos del servicio y había mandado a Modesta a su dormitorio. Ya hablaría más tarde con ellos. Ahora lo importante era encontrar a su hermana, pues había abandonado el comedor en un estado deplorable y estaba preocupada. Su cuñado, como era de esperar, se había ausentado, algo que practicaba con asiduidad en los últimos tiempos. Hacía ya meses que Bernarda sospechaba que tenía una amante, pero eso no era ahora el problema. Tenía que encontrar a Leandra. Cuando entró en las dependencias de su hermana, la imagen que recibió fue impactante. Estaba inconsciente, desplomada sobre la cama.

Un pequeño hilillo de vómito resbalaba de la comisura de sus labios. Le tocó la frente. Era hielo. Empezó a agitarla angustiada, incluso le dio varias bofetadas, pero no reaccionaba. Salió corriendo a pedir socorro. Cecilio sabía cómo ayudar a una persona ebria, pero no tenía ni idea sobre drogas. Aun así, subió deprisa las escaleras, le tomó el pulso. Estaba viva. La colocó de lado tapándola bien con una manta. Volvió a vomitar. Limpió sus vías respiratorias y confirmó que le seguía latiendo el corazón. Un criado había ido a buscar al doctor. Cuando este llegó y comprobó que la enferma reaccionaba, Cecilio abandonó la habitación.

El señor Dávila llegaba en ese momento. Estaba colérico. En su interior se reprochaba haber abandonado a su esposa en pleno ataque de nervios, pero en vez de reconocer su falta y disculparse por ello, cargó contra el guardia. Lo echó de casa y le ordenó que no volviera jamás. La reacción de Modesta no se dejó esperar. Lloró y suplicó, pero no le sirvió de nada. Su padre no cambió de opinión. La joven se vio obligada a hacer lo que nunca pensó que haría. Cogió su abrigo y su sombrero y siguió a Cecilio. Pronto se perdieron en la oscuridad.

---

7 Sofía Pérez Casanova (1861-1958) fue una poeta, novelista y periodista española que trabajó como reportera con un puesto fijo en el extranjero y la primera mujer corresponsal de guerra.

8 Ana Ozores es la protagonista de *La Regenta*, novela de Leopoldo Alas, Clarín, considerada por algunos la obra cumbre de la literatura del siglo XIX en España. Se publicó en dos tomos, uno en 1884 y otro en 1885.

CAPÍTULO VI:

LA CABAÑA DE JUEGOS INFANTILES

Clara recibió a su amiga con cierta inquietud. Sabía que algo gordo había ocurrido, pero al verla así, tan afligida, no quiso preguntar. Gracias a Dios, su padre se había marchado unos días de viaje y estaba sola en la casa. Por ahora no tendrían que dar explicaciones. Acompañó a su amiga al dormitorio, la ayudó a meterse en la cama y la obligó a descansar. Más tarde se reunirían para el té y entonces podría contarle.

Se acercaba la Navidad y hacía un frío intenso, pero el sol lucía con fuerza. Se acomodaron en el saloncito acristalado. Era una minicopia del Palacio de Cristal del Retiro de Madrid, ya que Cristino era amigo del arquitecto Ricardo Velázquez[9] y lo había convencido para que lo diseñara. A través de la cristalera se podía ver el jardín y las enredaderas de hiedra. También se escuchaba de fondo el sonido de la fuente de la rosaleda. Era un escenario relajante.

—No te he querido molestar. Necesitabas descanso. Cuando estés preparada, me puedes contar —le dijo con dulzura a su amiga.

—Clara, lo he estropeado todo. Ahora tendré que esperar a los veinticinco para casarme con Cecilio. Seré una vieja horrible y ya no me querrá. No me va a esperar, Clara. Estoy segura.

—Anda, no seas tonta. Estoy convencida de que algo se podrá hacer.

Modesta miró con pavor a los ojos de su amiga.

—Casi mato a mi madre. ¡Casi la mato! ¿Entiendes? Nunca me van a perdonar —añadió entre sollozos.

—Pero ¿es eso cierto? ¿Y cómo ocurrió? —inquirió a su amiga a la vez que la tranquilizaba acariciándole el cabello—. Anda, cuéntamelo todo.

Modesta se tomó su tiempo para narrar el desarrollo de los acontecimientos entre sollozo y suspiro. Su amiga escuchaba con paciencia. Le contó cómo habían transcurrido las visitas de Cecilio, siempre a la carrera y sin apenas intimidad. Le contó la desesperación que tenía por encontrar un trabajo de maestra en Béjar, pero que no podía solicitarlo hasta que se instalara allí tras la boda y el desasosiego que esto le provocaba. Continuó detallando el plan que habían maquinado para convencer a su padre de que permitiera el enlace, la rastrera jugada de su madre, el escándalo de la fiesta y, por fin, con la voz entrecortada por el llanto, terminó con la crisis de Leandra y la sobredosis de opio.

—¡Dios santo, Des! No sé qué puedo decirte. Se me ocurren varias opciones, pero ninguna garantiza que consigas lo que deseas. La primera es que os fuguéis. Es tan romántico… —dijo Clara con un suspiro.

—Eso es imposible. Cecilio perdería su trabajo. Y ¿quién iba a contratar a una maestra que vive en pecado? —añadió—. Nos moriríamos de hambre.

—La segunda es un poco loca. Supongo que si esperaras un hijo suyo tampoco cederían. ¿Crees que habría alguna posibilidad? —se atrevió a preguntar.

—¡Clara! Creo que estás un poco perturbada —chilló Modesta, sobresaltada.

—Pues entonces solo nos queda la paciencia. Mira, Des, aquí puedes quedarte el tiempo que quieras. Mi padre apenas aparece y soy yo la que dispone todo en la casa.

—Jamás podría abusar así de tu amistad.

—Por supuesto que podrías. De hecho, se me acaba de ocurrir algo.

Clara le explicó a su amiga cómo su padre había levantado una pequeña escuela en la fábrica. Se habían servido de un viejo almacén que solo utilizaban para amontonar la maquinaria obsoleta. Determinaron que, si lo despojaban de todos esos artilugios inútiles, contarían con un espacio excepcional para sus propósitos, que no eran otros que asegurar la educación de la prole trabajadora. Se trataba de una nave amplia, toda diáfana y con techos elevados. Al igual que la fábrica, estaba pegada al río. Las telarañas y el polvo se habían adueñado de cada uno de sus rincones. Necesitaron mucho trabajo y no menos imaginación para transformar ese barracón en un aula. Las primeras semanas casi no acudió ningún niño. Muchas familias dependían de los pocos reales[10] que recibían sus hijos por ayudar en la fábrica y no querían perder esa ganancia extra que les era tan necesaria. Un día, Clara se presentó en la factoría. Quería persuadir a las familias para que mandaran a sus vástagos a la escuela. Se quedó petrificada. Encontró trabajando a niños tan pequeñitos que no levantaban un palmo del suelo. Iban sucios y mal abrigados. Tenían tan extendida la mugre que no era capaz ni de reconocer sus caras. De repente, se sintió avergonzada. ¿Cómo podía ella, que se había criado sin ningún tipo de privación, exigir a esas pobres familias que prescindieran de esa parte del dinero? Y, total, ¿para qué? ¿Acaso el

futuro de esas pobres criaturas iba a cambiar por ello? Esa noche se acostó con mucha congoja. Se la pasó entera en duermevela. Necesitaba encontrar la manera de ayudar a esa pobre gente. Pero la vigilia le facilitó dar con la solución. Pensó que, ya que no estaba en su mano suplir los ingresos de esos mocosos, lo que sí podría hacer era cambiarlos por ahorro. Instalaría un comedor en la escuela.

A media mañana apareció con un carro cargado de loza, varios cubos de agua —habría que lavar muy bien esas manos—, cubiertos, utensilios de cocina variados, servilletas, panecillos recién hechos y un buen perolo de lentejas. Empezaría ese mismo día. La posibilidad de que los niños fueran alimentados dos veces al día, almuerzo y merienda, llenó el nuevo recinto en pocas jornadas. A esas alturas eran tantos ya los alumnos que se habían inscrito que no le vendría mal un refuerzo. Por eso le ofreció a su amiga un trabajo como ayudante en la escuela. Modesta aceptó sin pensarlo dos veces. Para ella era un sueño poder ejercer la profesión para la que se había preparado con tanto esmero y tener a Cecilio cerca.

Los días volvieron a ser dulces para las maestras. Por la mañana se entregaban a esos pobres niños que ponían gran empeño en aprender. Por las tardes se sentaban en el saloncito de cristal y saboreaban una taza de chocolate mientras leían el periódico o debatían sobre temas de actualidad. Los días que Cecilio tenía tiempo las acompañaba. Los tres jóvenes compartían las mismas inquietudes y preocupaciones. Luego Clara dejaba a la pareja tiempo a solas para que pudieran disfrutar el uno del otro, sin obstáculos.

Pasaban los meses y la situación de Modesta parecía bastante encauzada. No había recibido ni una sola noticia sobre sus padres, a pesar de que les había mandado una carta para informarlos de su dirección. Sin embargo, la tía Bernarda le escribía de vez en cuando.

La primavera impregnó el ambiente de la casa del aroma de las flores y del polen de los árboles. Las tertulias se trasladaron al jardín, que en esa época del año se volvía exuberante. Los encuentros a solas entre Modesta y Cecilio cada vez eran más largos. Les costaba mucho esfuerzo separarse. A veces se exasperaban. En el microcosmos de unos enamorados de veinte años, la idea de tener que esperar cinco se hacía insoportable. Un atardecer, salieron a pasear por detrás del jardín principal. Se alejaron todo lo que pudieron sin traspasar los lindes de la finca. De repente, divisaron una cabaña de madera. Estaba escondida dentro de un bosquecillo. Olía a musgo y a flores silvestres. Se sintieron inquietos. Empujaron la vieja puerta de madera con timidez. Invadían un espacio íntimo, reservado. No sabían si querían descubrir los secretos que quizá allí alguna vez se ocultaron y que, tal vez, el paso del tiempo querría sellar para siempre. Ambos suspiraron de alivio cuando comprobaron que se trataba de la típica cabaña de juegos infantiles. Probablemente, había pertenecido a los difuntos hermanos de Clara. El follaje había tomado el interior. Un caballito y varias espadas de madera se camuflaban entre las telas de araña, el polvo y las malas hierbas. Tontearon un rato simulando un duelo entre caballeros.

Pronto pasaron de la risa a la tristeza. ¡Qué jóvenes murieron todos! ¿Habrían visto cumplida alguna de sus ilusiones antes de morir? ¿Se habrían enamorado alguna vez? Ambos se miraron a los ojos, afligidos. Y ese lúgubre sentimiento les despertó el deseo de exprimir su amor sin ningún freno.

Empezaron besándose, como tantas veces. Conocían todos los recovecos de sus bocas. Después, torpemente se aflojaron la ropa. ¡Hacía tanto calor! Aturdidos, indagaban el uno en el otro, dejándose llevar sin pudor y sin vergüenza. El sol iba cayendo despacio y sus rayos entraban por las ranuras de los tablones de madera proyectando destellos sobre los mechones color fuego de Modesta. Diminutas partículas de polvo flotaban en el aire. La atmósfera era casi sobrenatural. Se quedaron desnudos. Tan solo la medallita de peltre adornaba el cuerpo de Modesta. Cecilio colocó su chaqueta sobre el suelo y se dejaron caer sobre ella, amarrados el uno al otro, como esposo y esposa. Durante un instante, él dudó y con la mirada pidió consentimiento a su amada. Ella lo apretó con fuerza y arqueó la espalda acompañando sus movimientos. Una llama ardiente lo invadió todo. Se habían entregado el uno al otro. Por voluntad propia, sin condiciones. Se habían unido para siempre, y ya nadie podría separarlos.

Después de aquella tarde visitaban la cabaña cada vez que podían. Modesta no había contado ni una palabra a su amiga, ni sobre la cabaña ni sobre lo que allí hacían, pero la premura con la que cada tarde daba por finalizada la tertulia cuando estaba Cecilio lo evidenciaba. Clara estaba intranquila. No le importaba que su amiga disfrutara de la pasión. Eso más bien le provocaba el mismo anhelo. El problema era que sentía que, con sus charlas sobre lo oportuno de infringir las normas y no poner freno a los deseos, había empujado a Des a una situación peligrosa. Una noche, cuando Modesta apareció por detrás del seto reorganizando las enaguas y colocándose el moño, Clara decidió que tenía que hablar con ella.

—¿Qué tal ha ido hoy la tarde? Ya no me cuentas nada.

—Claro que te cuento. Hemos estado paseando. El crepúsculo ha sido de ensueño.

—Ven, siéntate conmigo. Quería preguntarte algo —le dijo dando pequeños golpecitos con la mano sobre el tapizado aterciopelado de la butaca.

—Pues dime, ¿qué quieres saber? —contestó con desasosiego mientras tomaba asiento al borde de la poltrona, intentando no acomodarse demasiado.

Clara fue directa al grano.

—¿Sabes lo que pienso? Pienso que te traes algo con Cecilio y que no me lo quieres contar.

—No sé a qué te refieres.

—Habéis dormido juntos, ¿verdad?

—¡Ay, Clara! ¡Qué cosas me preguntas! —contestó indignada.

—No te lo reprocho, Des, pero estoy preocupada.

Modesta alisó la parte baja de su blusa intentando evitar las pupilas de su amiga. Las puntillas de los puños se le enredaron en los dedos. Sin mirarla a los ojos, confirmó sus sospechas.

—No debes estarlo. El amor es maravilloso. Soy muy dichosa. No me arrepiento de nada.

—Entonces, ¿lo habéis hecho?

—Sí. Muchas veces —respondió por fin Des.

—¿Y habéis evitado las consecuencias?

—¿A qué te refieres?

—Digo si habéis tenido cuidado.

—Pues no lo sé, la verdad.

—¿Estás loca? ¿Y si te quedas encinta?

—¿Acaso no fuiste tú la que me lo sugirió? Clara, ya no me importa —zanjó mientras se ponía en pie para dirigirse a su dormitorio.

Después del incidente, Bernarda se quedó en Madrigal varias semanas. Los acontecimientos de la fiesta habían despertado otra vez en ella la necesidad de proteger a Leandra. Era tan frágil. Se sentía responsable. Todo lo que había pasado era culpa suya. Ella solita había fraguado el plan, y su hermana había estado al borde de la muerte. Ahora le tocaba acompañarla en su recuperación y velar porque nada parecido volviera a ocurrir. La verdad era que, después del susto, su cuñado se había vuelto más cariñoso y atento. Las aguas iban volviendo a su cauce. Lo único que quedaba pendiente era la relación del matrimonio con su hija. No habían vuelto ni a pronunciar su nombre.

Bernarda sabía que la niña había sido acogida por la familia De la Fuente. La misma Modesta le había contado lo de su trabajo en la escuela y que seguía viendo al guardia. En su fuero interno comprendía a su sobrina, pero no podía soportar ver a su hermana sufrir. Lo habían intentado y había sido un desastre. En ese momento, la única alternativa era convencer a Modesta de que aceptara la voluntad de sus progenitores. Tenía que existir la manera. Para ello tendría que apartarla de Béjar. Pero Modesta no aceptaría ir a Madrigal. Sabía que todavía estaba afectada por los sucesos de aquella noche. Así que decidió que regresaría a Salamanca y buscaría alguna excusa para que la visitara.

A primeros de julio, llegó esta carta a casa de los De la Fuente:

«Queridísima sobrina:

»Ahora que he vuelto a Salamanca, me gustaría saber si sería posible que dejaras unos días a tus niños para venir a ver a esta pobre vieja que tanto te echa de menos. He pensado en acercarme yo misma a Béjar. Por desgracia, mis achaques me lo impiden.

»Espero con suma ilusión tu visita.

»Tu tía Bernarda, que te quiere».

Modesta experimentó sentimientos encontrados. Por un lado, deseaba ver a su tía. Había convivido mucho tiempo con ella y también la echaba de menos. Además, siempre fue más

amable con ella que su propia madre. Por otro, temía que intentara convencerla para que abandonara Béjar y a Cecilio. No sabía qué hacer. Su amiga tampoco quería aconsejarla. No se atrevía. Cecilio, sin embargo, era tan ingenuo que no vio impedimento para que Des viajara a Salamanca. Es más, pensaba que, ya que habían acabado tan mal las cosas en Madrigal, sería mejor tener al menos una aliada en la familia. Él mismo compró el billete de tren.

Tras el viaje, todo se derrumbó. Modesta tuvo la mala suerte de empezar a encontrarse indispuesta por las mañanas. Al principio consiguió que su tía no se percatara de su malestar, pero, a medida que pasaban los días, cada vez le era más difícil esconderlo. Cuando fue consciente de que una nueva vida se gestaba en su vientre, se asustó, pero también se sintió feliz. El amor de ambos había creado vida, y tener esa certeza la emocionaba.

La primera vez que Bernarda descubrió a su sobrina vomitando supo la causa. Había llegado tarde. Debería haberla escrito con más premura, se reprochó. Antes de sonsacarle a su sobrina al respecto, envió una carta a Leandra. Un error que lamentaría el resto de su vida.

La fábrica de los De la Fuente quebró a principios de 1908. Las últimas inversiones no fueron suficientes como para soportar la competencia de las industrias catalanas, que contaban con una mejor situación geográfica, técnicas productivas más modernas y mejores avances tecnológicos. Los primeros años del siglo XX habían traído consigo serias dificultades a la hora de renovar las tarifas de los braceros textiles. Las huelgas y las protestas se acumularon y Cristino no pudo, o no supo, enderezar la situación. A la desesperada, puso su patrimonio como garantía para un último préstamo y lo perdió todo. Pero no le importó dejar aquella triste casa solariega. Guardaba demasiados recuerdos dolorosos. Verse obligado a cerrar el negocio pañero es lo que le partió el corazón. Significaba una mancha en su herencia y el final para muchas familias con las que había trabajado codo con codo. Conocía sus nombres, sus duras circunstancias personales. Sabía que muchas no tendrían qué comer y no soportaba dejarlas en la estacada. La mayoría se sintieron empujadas a emigrar. Cristino no fue capaz de aguantar la tensión y la angustia, y murió de una apoplejía pocos meses después.

Clara no tuvo más remedio que olvidarse de su labor social en la escuela, que, por ende, también cerró. La melancolía llevaba a sus recuerdos las utópicas conversaciones con Modesta. La muerte prematura de su amiga le hizo comprender la importancia del amor. Llevaba años buscándolo, pero no lo encontraba. Cuando la bancarrota de la familia se hizo patente, se vio obligada a aceptar la oferta de matrimonio de Félix, que jamás había desistido de su empeño por hacerla su esposa. Estaba loco por ella, tanto como para construirle una bonita casa en la calle Mayor de Béjar. Una cargada de balcones con barandas de piedra, miradores de hierro acristalado, ménsulas delicadamente talladas, portón señorial de madera de nogal y un alegre patio posterior plagado de flores. Contrató varias sirvientas y, con el tiempo, hasta le regaló un automóvil. Félix quería que fuera feliz. Pero no lo consiguió. La joven alegre, moderna y locuaz

que un verano reunió a sus amigos para disfrutar de las últimas vacaciones como estudiante había desaparecido para siempre.

---

9 Ricardo Velázquez Bosco fue un arquitecto burgalés (1843-1923) que diseñó el Palacio de Cristal del Retiro y otros muchos edificios de la época.
10 Un real era la cuarta parte de una peseta.

SEGUNDA PARTE:
HISTORIAS QUE SE COMPLICAN

CAPÍTULO VII:

UNA FAMILIA PODEROSA Y UN MISTERIO

La familia Legazpi Cuesta había llegado a Salamanca procedente de las islas Filipinas en el año 1900. Abandonaron su hacienda tabaquera en el valle de Cagayán para comenzar una nueva vida en la península. Nadie sabía la razón por la que eligieron esta ciudad castellana para establecerse. Todos se preguntaban si de verdad era el tabaco el origen de su fortuna y, como en cualquier sociedad pequeña, durante los últimos años se habían difundido rumores de lo más variado. Alguno de ellos había sido puesto en circulación por la propia familia, ya que se presentaban como descendientes del mismísimo don Miguel López de Legazpi, conquistador de las islas allá por el 1571. Llegaron repartiendo dinero y comprando poder a partes iguales. Muy pronto su dominio alcanzó todos los ámbitos de la ciudad y de casi toda la provincia. A todo el mundo le incomodaba la arrogancia con la que se desenvolvían, pero, en tiempos difíciles, la diferencia entre sobrevivir o morir de hambre dependía, en gran medida, de a quién dirigías tus lealtades. Por ello, toda la provincia veneraba a los Legazpi y la madrastra de Elvira no era diferente.

En marzo de 1912, Francisca entregaba a Elvira a doña Felisa Legazpi, dueña y señora de Los Charros de Cagayán, nombre que pusieron a la finca en honor a su antigua hacienda, para que la empleara en lo que mejor considerara. Que ella ya había hecho bastante por esa «chicurria» holgazana. Sus hijos ya se valían por sí solos y le venía muy bien una boca menos que alimentar, «que las fábricas pañeras han puesto en la calle a mucho obrero, que los paisanos se mueren de hambre por las esquinas y la situación es bien chunga», se justificaba. Así que, con apenas once años cumplidos, Elvira dejaba Béjar para encarar, otra vez, un futuro incierto.

Al principio, doña Felisa mantuvo a la niña alejada de la parte noble de la casa, y como la cocina era la zona más apropiada para alguien sin adiestramiento, allí instalaron a la pobre, en un camastro junto a la chimenea. Al menos frío no pasaría. La pequeña estaba iracunda. Su madrastra había incumplido la promesa a don Fabio en el mismo instante en que este había sido llamado por el Altísimo, que en paz lo guardase muchos años. Desde el primer día que llegó a Béjar, se había sacrificado para atender a sus hermanos sin descuidar la escuela. Y todo ¿para qué? Para pasar a ser propiedad de esa horrible familia. Su vida había cambiado de manos, pero seguía sin pertenecerle a ella.

Por las noches, cuando la casa se quedaba en silencio, rezaba mientras acariciaba la medalla de la Virgen de la Vega que, gracias a Dios, la arpía esa no le había arrebatado. Y bien que lo intentó, la muy perra. Rezaba y pensaba en su madre, en la hermana Amelia y en don Fabio. La primera había sido víctima de la crueldad de las personas de su propia sangre. Los otros dos habían intentado por todos los medios que esa crueldad no la alcanzara a ella. Pero había sido en vano. Cerraba los ojos y rememoraba el olor del delantal de la hermana. Allí se refugiaba en los días aciagos del hospicio. Olía a hierba fresca, a hortalizas y a flores. Y esos aromas, tan revitalizantes para ella, eran los que la alentaban para soportar un nuevo amanecer en ese lugar inhóspito.

Los criados de los Legazpi no podían controlar a Elvira. Desde el mismo día en que apareció por la puerta de servicio supieron que traería problemas. Era desobediente y obstinada. Nunca hacía ninguna labor con agrado. De vez en cuando, se escapaba y no aparecía durante días. Jamás consiguieron averiguar a dónde iba o lo que hacía durante ese tiempo. Regresaba exhausta y famélica y entonces prometía no repetir el comportamiento, pero nunca cumplía sus promesas.

—Le juro por mi madrecita del alma, que Dios la tenga en su gloria —y se santiguaba—, que no voy a volver a huir. ¡Que ya he aprendido la lección y que esta vez es de verdad de la buena! —gritaba mientras la cocinera la conducía al interior de la despensa tirándole de la oreja.

—Pero, muchacha, ¿no ves que cómo se enteren los señores te van a poner de patitas en la calle? —insistía la mujer.

—Que voy a ser buena, Genara, pero no me castigues, por favor.

—Anda y ponte a pelar patatas y ya te diré yo cuándo parar.

—Gracias, gracias. Eres la más rebuena de todas las cocineras que conozco —decía la niña besándole las manos.

—No me seas zalamera. Que cocineras no creo yo que conozcas muchas. ¡Y no enredes! —añadió mientras se dirigía al corral para matar unos pollos.

Al cabo de un rato llegaba Genara a voz en grito porque los pollos habían desaparecido.

—¿Quién se ha llevado los pollos? ¡La Purísima nos proteja, como se enteren en la casa! ¿Cómo voy a preparar ahora la cena?

—Pues dígales que los pollos han decidido ser libres y que no hemos podido detenerlos.

—Pero qué cosas tienes, mal bicho. ¿Acaso tú los soltaste? ¡Has *sío* tú!, ¿verdad?

Entonces Elvira se sonreía y Genara le propinaba un pescozón.

—¡Eres un demonio, niña! ¿No ves que así no vamos *pa* ningún lado?

Una tarde se ofreció con entusiasmo a preparar el postre. Esa actitud le pareció a la mujer sospechosa desde el primer momento. Pero, confiada como era, pensó que quizás la Virgen había escuchado sus rezos y la fiera se había apaciguado. Así que decidió aceptar su propuesta. Elvira preparó un delicioso pastel de manzana con una apariencia muy apetitosa. Lo decoró con pétalos de rosa y azúcar glaseado. Ya iba uno de los criados a servirlo cuando la cocinera creyó distinguir en la niña el mismo gesto que esbozaba cuando maquinaba alguna de sus travesuras. Rápidamente llamó al chico. Cortó un trozo del hojaldre e hincó los dientes. La pobre casi se asfixia. La muy sinvergüenza había puesto guindilla en la masa. Bebió agua con tanto brío que a puntito estuvo de ahogarse. Con los calores aun subiéndole por el cuerpo y la cara roja de ira y de quemazón agarró el brazo de la niña y le espetó:

—¡Maldita mocosa! ¡Eres peor que un dolor de muelas! —Tiraba de ella con tanta fuerza que se echó a llorar—. Y no me llores, desvergonzada. ¡Mares vas a llorar como le cuente al señor todas tus barrabasadas!

Y así día tras día. La situación era insostenible, pero en el fondo Genara sentía pena por la pobre infeliz. Nunca había tenido una verdadera familia. Por eso aguantaba con estoicismo sus diabluras y no consentía que nadie, excepto ella, la reprendiera. Si había que castigarla sin cenar, se las apañaba para que encontrara un trozo de jamón entre sus sábanas. Si tenía que propinarle una azotaina, aflojaba la mano para que el dolor no fuera excesivo, y si no tenía más remedio que acusarla ante los propietarios de la casa, siempre encontraba la manera de que la sangre no llegara al río. Genara era un pedazo de pan. Elvira lo sabía, y bien que se aprovechaba.

Los ahora grandiosos Charros de Cagayán estaban situados al margen derecho del río Tormes, en unos terrenos marcados por el infortunio. Unos desgraciados acontecimientos en el otoño de 1890 y la leyenda negra que los acompañaba hicieron imposible su venta durante diez años. El único heredero de la finca, el viejo Jumillas, primo lejano de los antiguos propietarios, ya había asumido que nunca los vendería. En las primeras investigaciones fue incluso interrogado como sospechoso. Era la única persona que obtenía un beneficio por los asesinatos, pero su participación fue enseguida descartada debido a la avanzada edad y a que contaba con una coartada sólida. Además, el posible provecho que podría haber sacado se vio frustrado por lo macabro de lo acontecido. Cuando apareció don Isidoro con una oferta no se lo pensó dos veces. De hecho, la finca llevaba abandonada desde entonces. Los campos no se habían vuelto a cultivar y los restos de la casa permanecían en ruinas desde el terrible incendio. Jumillas era mayor y no necesitaba el dinero, pero sería una buena herencia para su nieto. Tenía nueve años y vivía con él desde los seis. Por desgracia, no había tenido la suerte de nacer dentro de una familia en condiciones. Al menos, el niño heredaría algo de dinero, y eso le daba cierta tranquilidad.

El caso llenó las páginas del diario *El Adelanto*[11] durante semanas. Al parecer, en el momento de los crímenes, la finca pertenecía a una familia que no era oriunda de Salamanca, los Rodríguez Cuellar. La esposa, Virgelina Cuellar, había heredado las tierras pocos días después de contraer nupcias, tras la prematura muerte sin descendencia de un primo militar. A la joven novia le cayó tan de sorpresa encontrarse en posesión de esos terrenos que le pareció más un regalo de bodas que un legado que conservar y, quizá por esa razón, no dedicó demasiado esfuerzo a anticipar lo que en esos tiempos significaba explotar unos campos de labranza y el sacrificio que, sin duda, implicaría. Los recién casados decidieron dedicarlos al cultivo de cereales. Tras casi tres décadas, el trabajo en la finca se había convertido en un tormento infructuoso. Todos los miembros de la familia —los progenitores, un varón y una chica— labraban la tierra. Pero, a pesar de que se trataba de terrenos productivos y de que trabajaban sin descanso, a duras penas lograban salir adelante. Cuando llegaban malas cosechas o alguna enfermedad los acechaba, el hambre aparecía sin remedio. A punto estuvieron en dos ocasiones de perder la propiedad.

Por eso extrañó tanto a la vecindad que, de repente, empezaran a gastar dinero sin mesura. En menos de quince días compraron herramientas nuevas, una yunta, dos caballos y un carro. Las mujeres encargaron vestidos a la mejor costurera de Salamanca y los hombres empezaron a frecuentar la taberna con demasiada asiduidad.

Como es de imaginar, pronto surgieron rumores de todo tipo. Que si habían recibido una nueva herencia. Que si habían encontrado un tesoro enterrado en el huerto. Que si vivían del contrabando… La imaginación de los salmantinos no tenía límite. Pero las habladurías se quedaban en eso, habladurías, y todo el mundo seguía con su vida.

Una noche apareció un forastero en el bar que el primogénito de los Rodríguez frecuentaba. Era moreno y de apariencia ruda. Parecía mestizo. Todo el mundo lo miraba con recelo. No era de la zona y sí muy fornido. El extraño, bastante resuelto, empezó a contar chistes y a gastar bromas a toda la clientela. También hacía unos juegos sorprendentes con las manos. Pronto toda la taberna se encontraba reunida alrededor del parlanchín, que no paraba de hablar y de reír. El desconocido invitó a una ronda y la algarabía aumentó. El hijo de los Rodríguez apenas participó en los juegos del tunante. Esa noche regresó pronto a casa para la cena. Unos minutos más tarde, el forastero abandonó entre abrazos y risas el local. Todo el mundo lo había pasado de maravilla. No fue hasta el final de la noche cuando descubrieron que sus bolsillos estaban vacíos y sus alforjas huecas. El muy canalla les había robado. Salieron a buscarlo con torpeza, pues el alcohol los tenía vencidos. Entonces divisaron a lo lejos un incendio que se extendía a gran velocidad por la propiedad de los Rodríguez. Enseguida se dio la voz de alarma, pero, para cuando llegó la ayuda, la casa estaba invadida por las llamas y ya nadie se atrevía a entrar. El fuego se extendía por los cultivos y amenazaba otras propiedades cercanas. Les pareció mejor opción evitar males mayores, dando así por hecho que quienquiera que estuviese dentro no había podido sobrevivir.

La única esperanza era pensar que quizá el horrible percance hubiera pillado fuera de la casa a algún miembro de la familia, aunque era improbable. Por suerte, entre los bomberos, los vecinos y una fuerte lluvia repentina, el incendio pudo ser sofocado.

Cuando el alguacil entró en la casa se topó con unos hechos tan sorprendentes como terroríficos. En el interior, toda la familia Rodríguez había sido masacrada. Los cadáveres estaban irreconocibles, pero se distinguían los dos cuerpos de mujer y los dos de varón. Estaban todos colocados juntos, en paralelo, sobre el suelo de la cocina. Sin embargo, faltaban las cabezas. Buscaron por todas partes, pero nunca aparecieron. Los cuatro cuerpos habían sido decapitados antes del incendio, aunque, debido al estado de los cadáveres y la voracidad de las llamas, no pudieron encontrar ninguna pista que los condujera al asesino. Tampoco hallaron el arma del crimen que, según el análisis del experto en anatomía, tuvo que ser un hacha con el borde muy afilado. Los avezados investigadores confirmaron dos certezas: que se trataba de algún tipo de rito satánico y que el autor del crimen, teniendo en cuenta que las cabezas habían sido separadas de un solo tajo, tenía que ser un varón de gran musculatura. Todos hablaron del forastero del bar, así que atar cabos fue muy fácil. Al día siguiente se publicó la busca y captura del extranjero por asesinato múltiple.

A raíz de aquellos extraños asesinatos, la casa y sus terrenos pasaron a formar parte de la leyenda negra de la provincia. Nadie quería esas tierras. De hecho, nadie osaba siquiera rondar sus límites hasta que llegó Isidoro.

Los Legazpi habían convertido la finca en su hogar erigiendo sobre las cenizas una majestuosa casa de piedra. El acceso principal estaba escoltado por un camino de altos cipreses. En la parte trasera, justo a la salida de la cocina, estaban ubicados los corrales, una pequeña huerta y las despensas. Don Isidoro se hizo con las mejores gallinas ponedoras, construyó amplios establos, compró ocho caballos, un carro y un espléndido carruaje. Todo de los mejores materiales. No había escatimado en gastos. Para los suelos, mármol de Carrara; madera de nogal para puertas, frisos, molduras y escaleras; granito de las canteras de Béjar para solar los porches exteriores. Cubrió las paredes con telas estampadas de raso y satén importadas de la India. Encargó todos los muebles a medida. Plantó un cerezal y una rosaleda. Nada era suficiente para la familia. En definitiva, transformó un secarral en la espléndida hacienda de un potentado. Y después lo protegió todo con una valla gruesa y alta.

Cuando Elvira llegó a Los Charros de Cagayán, más de veinte años después de los crímenes, ya hacía tiempo que la leyenda macabra se había disipado. Sin embargo, a Genara le encantaban las historias de miedo. Por las noches, cuando los señores se retiraban a sus aposentos y el ajetreo de la casa finalizaba, se sentaba en una mecedora junto al fuego y empezaba sus relatos.

—Tened cuidado con la luna llena —decía con voz profunda— porque es cuando los fantasmas de los hermanos visitan la cocina.

—¿De verdad, Genara? —contestaba la pobre niña, temblorosa—. ¿Tú los has visto?

—Claro. Pero no te preocupes. Ellos solo quieren encontrar… ¡sus cabezas! —Y pegaba un chillido que ponía los pelos de punta.

—¡Ay, calla, que no voy a poder pegar ojo! —lloriqueaba entonces Elvira.

—Mejor que no lo pegues, no sea que tengan que buscar bajo tu manta —añadía acercándose a ella con las manos en forma de zarpa para, al final, llenarle el cuerpo de cosquillas.

Genara tenía mucha imaginación e inventaba nuevas maldades cada día. Pero quizás la historia más terrorífica era la que se había inventado sobre el invernadero. Resulta que, en la parte de atrás de la finca, don Isidoro había construido una especie de invernadero que, a su vez, estaba rodeado por un seto con una reja en la entrada. Era una estructura muy moderna, inspirada en los palacios de cristal que se habían construido en Londres o en Madrid. Nadie en Los Charros tenía acceso al recinto, nadie sabía lo que allí se guardaba bajo llave, y solo desde la ventana de la buhardilla de la casa se podía otear el magnífico edificio de cristal. El señor había dado órdenes estrictas en cuanto a ese lugar, y estaba terminantemente prohibido traspasar el perímetro.

La cocinera decía que en su interior el señor escondía un tesoro que había traído de las Filipinas, muchos años atrás, y que un monstruo asesino lo custodiaba. Que las noches ventosas abandonaba su guarida para respirar aire fresco y luego regresaba a su encierro, no sin antes devorar algún animal salvaje. Que por eso los Legazpi eran tan ricos y que, algún día, el monstruo se comería a su propio amo.

Esta historia era la favorita de Elvira. Al pensar en ella, sentía tanto miedo como curiosidad. Y como le encantaba quebrantar las prohibiciones, empezó a frecuentar los alrededores del invernadero a escondidas. Era como si una fuerza misteriosa la atrajera. Aunque eso no era lo único que la perturbaba.

Los señores tenían tres hijos varones. El mayor era el único que había llegado con ellos desde Filipinas. Los mellizos nacieron años después, ya en tierras castellanas. Cuando arribaron a Salamanca, Andrés, el primogénito, apenas tenía tres añitos. Siempre había sido un niño sensible y enfermizo. Quizá demasiado para las expectativas de Isidoro. Se puso tan indispuesto en la travesía que casi se queda por el camino. Eso al menos contaba su padre, que no paraba de recordárselo a todo el mundo. La primera vez que Elvira lo vio en Los Charros se quedó prendada de su presencia. Su porte elegante, la delicadeza de sus gestos y esos ojos cautivadores la enamoraron sin remedio. Sin embargo, no entendía cómo un matrimonio como los Legazpi podía haber engendrado a un ser tan distinto.

A menudo, padre e hijo discutían por la casa. No era difícil escuchar gritos de don Isidoro insultando a su hijo y haciéndolo de menos. Estaba empeñado en que hiciera carrera en el ejército y Andrés se negaba. Entonces le proponía estudiar leyes, y tampoco parecía muy interesado. Al pobre muchacho, el mundo que su padre le quería imponer no le seducía lo más mínimo. Lo que le fascinaba era todo lo relacionado con la naturaleza. Elvira se lo encontró más de una vez entre los matorrales, examinando reptiles e insectos con una lupa. Otras veces lo

descubría contemplando el vuelo de las aves con unos binoculares. Por las noches, cuando había terminado con todas sus obligaciones, oculta en la oscuridad, se encaramaba a un árbol y lo observaba a través del ventanal de la biblioteca estudiando un libro bastante grueso de un tal Darwin. Él permanecía ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Era un adolescente despistado, siempre sumergido en el universo de sus investigaciones y experimentos. Tardó meses en darse cuenta de que Elvira lo espiaba. Hasta entonces, ni siquiera había sido consciente de su existencia. Fue una noche, mientras estaba en la biblioteca. De repente, oyó un estruendo y se sobresaltó. Abrió la ventana para ver qué había ocurrido y allí descubrió a Elvira en una posición imposible, embarullada entre sus ropas sobre las baldosas de granito.

—¿De dónde sale usted? ¿Se ha hecho daño? Espere, que bajo a ayudarla.

Elvira se recompuso como pudo. Cuando Andrés apareció frente a ella, ya estaba en pie, terminando de rehacerse la coleta que le llegaba hasta la cintura.

—¿Se encuentra bien? —preguntó de nuevo el muchacho mientras miraba una contusión que tenía Elvira en la rodilla.

—No es nada. No se preocupe. Estoy perfectamente —contestó nerviosa.

—¿Y de dónde ha salido, señorita? Estamos muy lejos de la ciudad como para que ronde por aquí a estas horas. ¿Ha venido a visitar a la familia?

—En realidad… trabajo en la casa —contestó con desasosiego.

—¿Aquí? ¿En Los Charros? ¿Y por qué no la he visto nunca? ¿Lleva poco tiempo?

—Bueno. En realidad, no. Soy la ayudante de cocina. No suelo entrar en las dependencias privadas de la casa. Estoy siempre con Genara.

—¿Genara? ¿Y sabe Genara que trepa a los árboles para curiosear en el interior?

—No, por Dios. Si lo supiera me daría una tunda que me costaría hasta andar —exageró.

—Entonces no hablamos de la misma Genara, porque la que yo conozco es una buenaza y jamás haría eso —contestó incrédulo.

—Bueno, quizás haya exagerado un poquito —dijo mientras esgrimía un gesto de culpabilidad.

—¿Me permite? —preguntó el muchacho mientras retiraba una ramita que se le había quedado enganchada en el chal.

Elvira sintió una pequeña descarga. Pensó que sería electricidad estática, aunque notó cómo el muchacho experimentaba la misma sacudida.

Se quedaron durante unos instantes en silencio. Estudiándose el uno al otro.

—Permítame que la acompañe un rato. Así me aseguro de que puede andar sin problemas. ¿Cuál es su nombre?

—Elvira. Elvira Martín Dávila.

—Con Elvira me vale, gracias. Elvira, ¿por qué me vigilaba?

—No lo hacía —contestó sin ella misma creerse la respuesta.

—¿Está intentando tomarme el pelo? Estaba espiándome. ¿Hay algo que quiera saber en particular sobre mí o espía para pasar el rato? —añadió con cierta ironía mientras caminaban hacia la puerta de servicio de la casa.

—Lo siento, señorito Andrés. En realidad… —Y empezó a tartamudear de vergüenza.

—Vale, vale. No importa. Que le curen esa herida.

—Sí, claro.

—Ya estamos. Buenas noches, Elvira —susurró con cuidado de no despertar al resto de los criados.

—Buenas noches, señorito. —Y cerró con sigilo la puerta.

A la mañana siguiente, Elvira estaba ayudando a Genara a batir unos huevos cuando Andrés se presentó en la cocina. Entró como distraído, silbando.

—¡Pero mira dónde está mi niño Andresito! —gritó la cocinera mientras lo apretujaba contra su mullida delantera—. Ya no vienes nunca a la cocina a verme.

El chico se separó con vergüenza. Elvira no le quitaba ojo.

—¡Ay, Genara, que ya no soy un niño!

—No, claro. Eres un hombre hecho y derecho de dieciséis años. ¿No te digo? —matizó con sorna.

—Pues claro que lo soy. En cualquier caso, he venido a ver a Elvira.

—Anda, muchacho. Triste me dejas. Pensé que habías venido a verme a mí.

—También. Pero es que ayer tu ayudante tuvo, digamos, un percance —añadió con retintín— y me gustaría saber si se encuentra bien.

—¡Niña! Ven aquí, que el señorito quiere verte.

Elvira se acercó con cierta reserva, lentamente. No sabía por dónde iba a salir la conversación y no necesitaba que los criados añadieran otra insensatez más a su lista.

—¡Elvira! —insistió Genara—, que vengas *pa'cá*, leñe. Esta, que siempre se trae algo entre manos. No *pue* evitarlo —agregó mientras miraba al chico con cara de tormento.

—Buenos días, señorito Andrés —saludó enseguida, cabizbaja.

—Buenos días. Quería saber cómo estaba su rodilla. ¿Le ha molestado mucho?

—No. Está bien. Muchas gracias. La costra tira un poco, pero puedo moverla sin problemas, a pesar de la hinchazón.

—Acabo de terminar mis lecciones y he pensado… Me pregunto… ¿Cree usted que podría dar un paseo? —dijo un poco aturullado.

Elvira y Genara miraron al unísono al joven patrón. Ambas se presionaron los oídos intentando comprobar si de verdad habían escuchado lo que creían que habían escuchado. Entonces, la cocinera intervino muy rápido.

—La chica tiene quehaceres esta mañana.

—Pues quizá pueda esta tarde, cuando termine —insistió.

—Pues no lo creo. Tiene que ayudarme con la cena.

—Pero tengo unos minutos, Genara. Recuerda que antes de preparar la cena siempre me dejas tiempo para mis lecturas —cortó la chica, deseosa de acompañar al culpable de sus desvelos.

—Pero una cosa es que te deje leer libros y otra muy distinta que te vayas de excursión con el señorito. Para eso siempre vas a estar ocupada —agregó la cocinera a la vez que exhibía cierta apostura.

—Creo, Genara, que eso no es asunto tuyo —interrumpió el chico—. Además, quiero mostrarle mi colección de insectos. Eso es mejor que un buen libro, ¿no crees? ¿Cuál es su hora de lectura? —preguntó clavando sus lánguidos ojos en los de Elvira.

—A las cuatro.

—Pues aquí estaré.

Andrés se giró sobre sus talones, besó a Genara en la mejilla y regresó a la biblioteca.

A partir de aquel día, todas las tardes Andrés iba a buscar a Elvira a la cocina y se la llevaba a sus múltiples excursiones. Tan pronto estaban en el río atisbando pájaros como en la huerta desenterrando lombrices. Cada día una nueva aventura los esperaba. Y, a pesar de la diferencia de edad, Andrés era unos años mayor, se entendían a la perfección. La cocinera al principio pensó que la situación se estaba desmadrando y a puntito estuvo de alertar a la Doña, como solía llamar a Felisa por detrás. Sin embargo, cuando vio cómo se atemperaba el carácter de la niña y sus habilidades en el trabajo de la casa aumentaban, decidió que igual era mejor idea dejarlos disfrutar. Que «*pa* sinsabores, ya tiene una la vejez», decía. Además, sus reuniones eran siempre amistosas, inocentes, científicas. ¿Para qué preocuparse? Y así siguieron las cosas hasta que un buen día el señorito empezó la universidad.

Don Isidoro había convencido a su hijo para que empezara los estudios en la Facultad de Derecho de Salamanca. Podría continuar con lo que él denominaba «sus rarezas» si se comprometía a asistir a la universidad. Al principio, los jóvenes prorrogaron sus encuentros didácticos. Pero, poco a poco, a medida que los estudios del señorito avanzaban y los años pasaban, las citas se fueron espaciando. Una tarde, Elvira esperaba ansiosa la visita de Andrés. Se moría por verlo. La cita estaba confirmada desde la noche anterior, pero no aparecía. Estaba tan impaciente que se acercó para mirar a través del ventanal del salón, a ver si podía hacerle saber que lo estaba aguardando. Se inclinó un poco para visualizar el interior. Gracias a Dios, ya no trepaba a los árboles. No lo necesitaba. Tenía dieciséis años y había alcanzado una altura considerable. Cuando pudo clarificar la imagen se quedó estupefacta. En un sofá se situaban los señores de la casa, muy elegantes. Estaban tomando unos bizcochos con chocolate. En el sofá de enfrente estaba sentado un matrimonio de mediana edad, muy engolado, que conversaba con los Legazpi. Los cuatro reían. De repente, en el encuadre aparecieron dos jóvenes agarrados de la mano que tomaron asiento en el mismo sofá, también muy sonrientes.

Elvira sintió que se le helaba la sangre. Aquellas seis personas estaban celebrando una petición de mano. El anillo que Andrés entregó a la chica era una muestra clara. Un gran pedrusco daba fe de que la cosa iba en serio. Notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, el pecho le oprimía el corazón y paraba de respirar. Intentaba tomar aire, pero no lo conseguía. Corrió y corrió hasta que no pudo más. Entonces, y solo entonces, se sentó bajo un árbol y empezó a emitir unos alaridos desgarradores. Todas sus ilusiones se hicieron añicos en ese instante. Volvía a ser la pobre huérfana abandonada. La hijastra incómoda. La sirvienta invisible. La ayudante de cocina. Apretó con fuerza la medallita de su madre para encontrar consuelo. Después de mucho rato, quizás incluso horas, recordó que tenía que ayudar con la cena. Se sorbió los mocos, se limpió los churretes con la manga del jersey y se encaminó a la cocina.

En cuanto entró por la puerta, Genara supo que algo ocurría. Iba a regañarla por llegar tan tarde, pero al verle los ojos tan irritados, no tuvo valor.

—¿Qué te pasa, niña? Que pareces un alma en pena —dijo preocupada.

—Nada. Siento llegar tarde —contestó atándose el delantal para empezar la faena.

—Tú a mí no me engañas, lianta. Algo te traes entre manos.

Entonces, Elvira no pudo más, se abrazó al cuerpo rollizo de la cocinera y empezó a llorar.

—¡Ay, niña! ¿En qué lío te has metido?

—Lo he perdido, Genara. ¡Lo he perdido para siempre! Y no voy a poder vivir sin él.

Enseguida supo la mujer a quién se refería. Siempre fue consciente de la adoración que la niña profesaba al primogénito de los Legazpi. Y siempre intuyó que iba a acabar muy mal. Se maldijo por haber dado alas al asunto, respondió con otro abrazo a la chiquilla y concluyó:

—De *to* se sale, hija mía. De *to*. Ya lo verás. Solo tienes que mirar *p'alante*. Ay, si yo te contara. Venga, vamos a preparar la cena.

El domingo 25 de mayo de 1919, en Los Charros de Cagayán se celebró la boda del siglo. Andrés era el heredero del vasto patrimonio de los Legazpi y Marina, la de un importante naviero de Barcelona. *El Adelanto* se hacía así eco de la noticia:

«La bella señorita Marina Amorós Cubells y el joven abogado don Andrés Legazpi Cuesta contrajeron matrimonio el domingo 25 del pasado en la Catedral de la Asunción de la Virgen. A la ceremonia asistieron, entre otras personalidades, el alcalde de Salamanca, don Ángel Vázquez de Parga, además de varios exministros conservadores».

Elvira se tuvo que acostumbrar a la presencia del joven matrimonio en la casa. Después de la boda, Andrés no volvió a quedar con ella nunca más. Ni siquiera fue capaz de explicarle lo ocurrido, el muy cobarde. Es verdad que entre ellos nunca había pasado nada. Su relación jamás fue más allá de la camaradería. Pero Elvira creía haber visto ciertos gestos en su compañero que la hicieron albergar esperanzas. Además, no solo habían compartido juegos. También se habían confesado sus anhelos, sus ilusiones, incluso sus debilidades. Lo natural era que le hubiera

contado lo del compromiso o que, al menos, le hubiera dado alguna explicación. Había reincidido en la misma fatalidad. Los hombres de su vida carecían de valor. Su abuelo Justo fue incapaz de neutralizar la inquina de su esposa. Su padre aguantó estoicamente que le arrebataran su futuro. Ahora, ese pusilánime tenía miedo de enfrentarse a ella. Solo el bueno de don Fabio —que la virgencita lo tenga en su seno— había enfrentado las injusticias.

Cada noche, Elvira contaba las monedas que tenía ahorradas. Se reprochaba no haber pensado antes en la posibilidad de juntar dinero para su futuro. Era verdad que a causa de sus dislates llevaba muy poco tiempo recibiendo una paga. En la casa siempre la habían considerado como una carga. Pero ahora que Genara había perdido mucha vista, empezaba a demostrar su valía como cocinera. Y ya era ella, más que la otra, la que guisaba. Por eso se esmeraba tanto. Porque su idea era dejar atrás la finca en cuanto pudiera.

---

11 Diario editado en Salamanca desde 1883 a 2013. A finales del siglo XIX tenía su sede en el antiguo convento de Santa Rita.

CAPÍTULO VIII:

EL MESTIZO

Khalil José nació en Zamboanga, en la isla de Mindanao, la segunda más grande de las Filipinas, en 1862. Su madre, Mahika, pertenecía a la tribu de los Moros[12] y era la única hija de un sultán mahometano. Su padre, un militar español, Juan José de la Cruz Berrendo, había sido enviado a la isla para su pacificación tiempo atrás. Mahika y Juanjo, como le gustaba hacerse llamar, vivieron una corta pero intensa historia de amor que, por desgracia, terminó con la muerte de Juan José y el nacimiento de Khalil con pocos meses de diferencia.

Mindanao nunca estuvo sometida del todo a las autoridades españolas. Durante tres siglos y medio, la isla supuso un constante reto para los conquistadores y siempre se mantuvo en rebeldía. En esos asentamientos, la religión musulmana convivía con creencias ancestrales, otorgando a sus gentes una particular idiosincrasia que hizo imposible su sometimiento. A finales del siglo XIX los españoles decidieron desistir de su intento de cristianización y centrarse en la explotación económica. Pero esta decisión no solucionó el problema, ya que los indígenas se dedicaban principalmente al saqueo. Mindanao, cubierta por una tupida selva, rodeada de mares y regada por cientos de pequeños ríos y vías de agua, era el lugar perfecto para escaramuzas, reyertas y asaltos. Cualquier barco podía ser presa de abordajes y cualquier ejército, de embestidas.

En este contexto, una relación entre una malaya mahometana y un cristiano español era una provocación. La misma familia de Mahika se encargó de que Juanjo no viera un nuevo día en cuanto supo que era el padre de la criatura que la chica llevaba en su vientre. Ella nunca lo

aceptó. Su mente rechazaba el desenlace e inventaba magníficas historias que contaba a su pequeño mestizo, creyéndolas ciertas. El padre de Khalil era un rico hacendado español que se había visto obligado a viajar a la península por asuntos familiares y muy pronto regresaría a por los dos para llevarlos con él a sus tierras. Allí vivirían en una sólida casa de piedra, degustarían dulces bayas castellanas y nunca volverían a sufrir infortunios. Día tras día, fue llenando la cabeza de su hijo de leyendas de recios caballeros y pueblos nobles y orgullosos. Khalil creció dividido entre los románticos relatos de su madre y la educación subversiva de la tribu.

A los dieciocho años, el mestizo se había convertido en un perfecto pirata. Conocía cada vía, cada recodo en donde hacerse con un cargamento sin esfuerzo. Dominaba la navegación, la cartografía y el *eskrima*[13]. Manejaba con facilidad el *bolo*[14], el *baraw*[15] y el *yantok*[16]. También había desarrollado ciertas destrezas con las manos. Era capaz de robar pequeños objetos sin que el movimiento de sus dedos fuera perceptible. Lo mismo podía sisar el cuchillo del cinturón de un guerrero sin que este lo notara que podía hacer aparecer de repente el mismo cuchillo desde detrás de su oreja. Siempre actuaba más deprisa que la vista. Además, era un guerrero despierto y audaz. La mezcla de sangre lo hacía mucho más grande y musculoso que el resto de su pueblo. Y, por todo lo anterior, a Khalil no había botín que se le resistiera. Sin embargo, en su corazón atesoraba los sueños que su madre poco a poco le había ido inculcando. Fantaseaba con viajar a España y encontrar el legado de sus ancestros castellanos. Y fueron esos anhelos los que lo convirtieron en un hombre rico.

Tras varios años de piratería, el mestizo había reunido una cantidad considerable de plata mexicana y piedras preciosas de la India. La idea de reunirse con su padre cada vez le parecía más factible. Alá quiso que una epidemia de cólera se llevara a Mahika a la *djanna*[17], y Khalil no encontró ninguna excusa para permanecer más tiempo allí. Su familia estaba en contra de esta decisión. Claro está que ellos sabían la verdad sobre el paradero de su padre, pero nunca se atrevieron a confesárselo, así que insistían en que no abandonara la isla. Sin embargo, Khalil nunca se llegó a integrar por completo en su familia mahometana. La impureza de su raza le había conferido un aspecto demasiado europeo para la tribu: era moreno pero no negro y mucho más alto y musculoso que sus congéneres. En parte, se sentía un extranjero en su propia tierra y se le había metido en la cabeza la idea de que, quizá, encajaría más en la de su progenitor.

Una lluviosa noche de noviembre de 1889, el joven mestizo reunió toda su fortuna, cogió un traje sastre y una corbata (única herencia de su padre) y huyó sigiloso hacia Manila. Su intención era embarcar rumbo a Europa en el primer barco, de pasajeros o de mercancías, clíper[18] o vapor. Daba igual. Lo importante era zarpar cuanto antes. Tardó muchos meses en llegar a tierras castellanas. Su madre le había explicado con todo detalle el lugar en el que encontraría a su padre y hacia allí se dirigió. Contaba con un viejo mapa de Juan José para guiarle en el camino. Nada más desembarcar en puerto, se hizo con una carreta y un caballo para transportar toda su fortuna, que permanecía guardada bajo llave en un baúl. También había comprado algo de ropa

occidental, pero no quiso deshacerse del sombrero, pues había pertenecido a su madre. Estaba claro que, por mucho que lo intentara, un mestizo no iba a pasar inadvertido en la Península Ibérica. Su piel morena, su denso cabello negro, sus ojos azabaches… llamaban la atención allá por donde fuera. Una tarde, a unos doce kilómetros de Salamanca, empezó a sentirse muy fatigado. Llevaba muchos días de travesía y el caballo también empezaba a resentirse. A lo lejos divisó una posada. Aparcada a un lado de la vía se encontraba una diligencia. El mestizo barajó la posibilidad de pedir un poco de agua y comida y quedarse en el carro. Probablemente, no quedaría ninguna habitación libre. Se oía demasiado movimiento dentro y no quería perder de vista su tesoro. El sol estaba empezando a caer y hacía fresco, a pesar de estar junio en sus últimos días. Fue a la parte de atrás del carro a buscar una chaqueta. Acababa de ponérsela cuando se le acercó una mujer. Khalil se sintió impresionado. Era la primera vez que veía una tan cautivadora. Llevaba un mandil y un cubo en la mano. Su figura era esbelta, su pelo, del color del sol, la tez, pálida y los ojos, de un azul cristalino.

—Eh, muchacho, ¿necesitas algo?

—No. Bueno, sí. Quería comida y bebida para Macho y para mí.

—¿Quién es Macho? ¿El burro?

—Es un caballo.

—Lo que tú digas, guapo —contestó la mujer con ironía—. Voy a llenar el cubo de agua para el animal. Tú puedes pasar dentro. Creo que queda alguna habitación libre.

—En realidad, me quedaré a descansar con el caballo. Solo quiero lo que he dicho.

—Vale. De todas formas, tienes que pasar a por el guiso. Ya me encargo yo de tus cosas.

Khalil era reacio a dejar sus posesiones y la mujer lo notó.

—No te preocupes, que aquí estaréis seguros. Ahora mismo paso yo a atenderte —lo tranquilizó enseguida.

Khalil dudaba. Durante los meses que llevaba viajando, en ningún momento había desviado la vista de su carreta. Pero el estómago le crujía y tampoco quería levantar sospechas. Además, se sentía hipnotizado. No podía dejar de mirar a esa mujer. Necesitaba confirmar que era real. Así que pasó a la posada a tomar algo, intentando no quitar la vista de sus pertenencias. Cuando estuvo dentro, en el concurrido comedor se hizo el silencio. Todo el mundo se quedó mirando al mestizo. Pidió un plato de sopa y se posicionó cerca de la ventana para vigilar desde allí el equipaje. Empezó a tomarse la comida con prisa. Las conversaciones se reanudaron. La mujer rubia se aproximó por detrás y le pidió que la invitara a un vaso de vino. Intentó evitarla, pero fue imposible. Ella era demasiado insistente y él notaba que una extraña fuerza lo arrastraba. Las manos de ella se posaron sobre sus hombros y empezó a sobetearlo. Al final, aceptó y dejó que se sentara a su lado. Sirvieron un vaso para cada uno. Le dio un gran trago. Terminaría su sopa, pagaría también los vinos y se marcharía rápido.

—Ya le he dado de beber a tu caballo —dijo mientras enroscaba un rizo dorado en su dedo índice, insinuante—. Me preguntaba qué hace aquí, por estos caminos polvorientos, un muchacho como tú.

—¿Se refiere a qué se le ha perdido por aquí a un mestizo? —respondió.

—Sí, a eso me refiero. ¿Hacia dónde te diriges?

—En realidad, estoy buscando a mi padre. Igual usted lo conoce. Se llama Juan José de la Cruz y tiene una granja cerca de aquí. —Y le mostró el mapa señalando una hipotética propiedad.

—Ni idea. ¿Alguien conoce a un tal Juan José de la Cruz? —preguntó a voces hacia el gentío.

Se hizo el silencio de nuevo. Nadie respondió. Pasados unos segundos, volvió el alboroto.

—Parece que por aquí no saben nada —dijo mientras le ponía la mano sobre la entrepierna y sugería alquilar un dormitorio para pasar la noche—. ¿Por qué no te olvidas un rato y nos divertimos juntos?

—Lo siento, señorita, pero tengo otras intenciones.

De repente, Khalil empezó a sentirse inquieto. Quería salir ya a buscar sus cosas. Pero ella continuaba en su empeño de no permitírselo.

—Ven, agárrate a mí. Creo que necesitas descansar. Tienes mal aspecto. Si quieres, te acompaño arriba.

La perseverancia de la camarera empezó a parecerle sospechosa. Levantó la vista hacia la ventana y descubrió cómo un hombre se llevaba su carromato. Pegó un empujón a la mujer tan fuerte que la tiró al suelo y salió corriendo a voz en grito. Cuando llegó a la altura del carro, el hombre azuzó con fuerza al caballo y pasó tan cerca del mestizo que casi lo atropella. Todo ocurrió tan deprisa que Khalil nada pudo hacer salvo grabar en su cerebro la cara del bandido. Volvió al interior a buscar a la mujer. Había desaparecido. Preguntó en la barra por ella y allí le confirmaron sus sospechas. Nadie la conocía. Era la primera vez que pasaba por esa posada. Había caído como un idiota en la trampa. La burla del saqueador saqueado se acababa de cumplir. Le habían robado toda su fortuna y no podía denunciarlo. Agarró su chaqueta y decidió que, a partir de ese instante, su prioridad pasaba a ser encontrar a ese cerdo y a su compinche.

---

12 La tribu de los Moros eran los habitantes de esta zona de Mindanao (Filipinas). Se trataba de pueblos malayo–musulmanes y algunos se dedicaban a la piratería.

13 *Eskrima* es el arte marcial filipino que utiliza palos, lanzas y armas blancas.

14 *Bolo* es un machete.

15 *Baraw* es un cuchillo.

16 *Yantok* es un bastón de combate.

17 *Djanna* es el paraíso en el Corán.

18 Un clíper es una embarcación a velas de tres o más mástiles del siglo XIX, que alcanzaba gran velocidad.

CAPÍTULO IX:

EL INVERNADERO

Los problemas de visión de Genara aumentaban cada día. Elvira intentaba por todos los medios evitar que los señores se dieran cuenta. Ahora era ella la que desarrollaba todo el trabajo de la cocina: mataba los pollos, elegía las hierbas del huerto, pelaba las verduras y elaboraba los menús. Genara solo fregaba los cacharros y lavaba los manteles. Hacía tiempo que Elvira tenía suficiente dinero para salir de la casa e intentar buscar un trabajo de cocinera en alguna fonda. Además, había desarrollado las destrezas y conocimientos necesarios. Sin embargo, le había cogido mucho cariño a la vieja y no quería abandonarla. Genara era, aparte de la hermana Amelia, lo más parecido a una madre que había conocido. Si se descubría su incapacidad, la pondrían de patitas en la calle y eso la mataría. Por eso había decidido quedarse.

La pobre muchacha ya había asumido su desengaño con el señorito Andrés. Estaba acostumbrada a verlo en compañía de Marina. Seguía enamorada de él, pero había blindado su corazón para siempre y ya nada la alteraba. Habían pasado casi diez años desde los esponsales y apenas se habían cruzado una docena de veces sus caminos. Estaba claro. Ambos se evitaban.

Elvira había heredado la belleza de su madre. Era esbelta y mucho más garbosa de lo que una sirvienta debería. Poseía una elegancia natural que no podía remediar y una mirada chispeante. Aunque, quizá, lo que más llamaba la atención, lo que atraía a todo el mundo, era su ánimo inquebrantable. Durante los años que llevaba en Salamanca se le habían declarado varios pretendientes, pero nunca se planteó una relación. Estaba escarmentada. El amor para ella era una quimera inalcanzable. De hecho, se rumoreaba que el feliz matrimonio del señorito no lo era

tanto. Las criadas habían curioseado sobre cómo hacía años que pernoctaban en dormitorios separados o sobre los ataques de ansiedad que sufría la señorita cuando su marido desaparecía durante días. Pero el peor de los chismes era el que afirmaba la incapacidad de Marina para dar a su esposo un heredero. Se murmuraba que había quedado encinta muchas veces, pero que nunca el embarazo había superado el primer trimestre. Elvira ignoraba todas estas habladurías. La vida de esas personas era irrelevante para ella. Tenía que serlo. Sus energías estaban concentradas en lo que era su único anhelo: abandonar Los Charros en cuanto le fuera posible. Para ello, debía convencer a Genara de que la acompañara.

Una noche, la cocinera estaba terminando de fregar los cacharros tras la cena. Habían tenido invitados y había mucha faena. Una de las criadas había dejado un barreño con la vajilla sucia del postre sobre el suelo. Genara tenía que secar los platos, así que maniobró para coger un trapo que había sobre la mesa, pero en el giro no se percató de la presencia del barreño. Tropezó y se cayó de boca contra el suelo de barro. El impacto fue muy brusco. La levantaron con cuidado y la sentaron en una silla. Tenía toda la cara llena de sangre y chillaba de dolor. Elvira lavó con delicadeza las heridas y pudo ver que se había hecho un gran tajo con sus propios dientes en el labio inferior. Intentó varias veces cortar la hemorragia, pero era imposible. El corte necesitaba puntos. Y muchos. Pidió permiso para coger la carreta que utilizaban para transportar el género desde el mercado de abastos. Sentaron con cuidado a la anciana y Elvira se encargó de transportarla con mucha diligencia al hospital de la Santísima Trinidad.

Era muy tarde cuando las dos mujeres regresaban a la casa. Genara iba un poco aturdida. Le molestaban los puntos y se le había hinchado la nariz. No querían llamar la atención de los señores, así que, en vez de entrar por el camino principal, accedieron por un hueco que había en la piedra del muro trasero, cerca del recinto del invernadero. Había amanecido derruido años atrás y nunca lo habían arreglado. En circunstancias normales jamás se hubieran metido por el atajo, pero tenían miedo de que, si se veían obligadas a dar explicaciones en la casa, el problema de Genara quedara patente, así que no encontraron otra opción. Elvira se sorprendió al descubrir que en el interior de la estructura había luz y la reja permanecía abierta. Era la primera vez que veía esa entrada sin el candado puesto. Acompañó a la anciana a su cuarto, la acostó con cuidado y regresó al invernadero para investigar. Se ocultó tras un cerezo. Vio cómo un desconocido metía en un coche unos pequeños botes. Intentó aproximarse con cautela. Don Isidoro discutía con él. La discusión iba a mayores y Elvira empezó a preocuparse. Aguzó el oído para procurar entender algo. Oía palabras sueltas: «precio», «mentira», «fraude»… De repente, don Isidoro sacó un arma. El forastero no se achantó y desenfundó otra. Ambos hombres se apuntaban con mirada desafiante. Por fin, después de unos segundos que helaban la sangre, el desconocido devolvió su arma al bolsillo y se marchó.

Don Isidoro permaneció unos minutos más, encendió un cigarro y, aspirando con ansias el humo, se dirigió al interior del recinto. Elvira lo siguió. Se estaba acercando demasiado, pero la

intriga la empujaba. Por primera vez traspasó la frontera prohibida. Cruzó el perímetro del seto y continuó caminando, excitada por el riesgo. Al avanzar, sus pasos hacían crujir las hojas secas del suelo, pero ni siquiera era consciente. En el interior del invernadero se entreveía una exuberante plantación. Eran plantas recias, todas iguales, con un tallo de medio metro de altura aproximadamente y un capullo en la punta. Bordeó un poco la cristalera intentando encontrar un hueco para poder ver entre los vegetales. Se puso de puntillas, apoyó la frente sobre el cristal. La humedad había rociado el vidrio con diminutas gotitas de agua. Divisó una especie de salita interior. Allí mismo distinguió a su patrón. Estaba consultando unos papeles. Había varios utensilios y una especie de máquina apoyados contra la pared. También un tamizador y unos arcones. No parecía que hubiera ningún monstruo, pensó suspirando de alivio. De repente, don Isidoro miró hacia donde se encontraba. Elvira retiró la cabeza *ipso facto*. El señor dejó los papeles sobre la mesa y se encaminó al exterior. La había visto. Elvira estaba segura. Echó a correr como una loca. Podía sentir las zancadas de don Isidoro tras de sí. Aceleró el paso hasta el límite y sin mirar atrás alcanzó la puerta de la cocina. Entró a toda velocidad y cerró el pestillo. Se metió incluso vestida en la cama. Se tapó hasta las orejas e intentó controlar los latidos del corazón. El sudor le corría por toda la cara y apenas podía respirar. Así se quedó toda la noche, sin moverse, hasta que al final el sueño la venció.

A la mañana siguiente, Elvira tuvo claro que tenía que abandonar esa casa. Allí pasaba algo raro. Pero si se marchaba en ese momento, el señor Legazpi sospecharía. Tenía que actuar con total normalidad. Esa noche había sido de luna nueva. Apenas había luz en el jardín. Quizá no pudo reconocerla. Sí. Se escondería en su cotidianeidad durante unas semanas y después se marcharía muy lejos, llevándose a Genara con ella.

Don Isidoro no dio muestras de haber reconocido a Elvira la noche del accidente de Genara. La rutina encadenaba los días, uno tras otro. Entre comidas, fiestas y recepciones, Elvira no paraba ni un segundo y terminaba tan cansada que apenas tenía tiempo para pensar. Había pasado casi un año desde el incidente. Una tarde de verano, viendo a la pobre Genara esforzándose por visualizar el contenido de una vasija, decidió que había llegado el momento de salir al mundo. Entre las dos habían ahorrado suficiente dinero para abrir un mesón en Salamanca. De camino a los recados, le había echado el ojo a un pequeño local en la plaza de Colón y lo había apalabrado. Además, contaba con una parte trasera en donde colocaría el dormitorio. Esa misma tarde avisaría a los señores.

Los Legazpi se sintieron desolados cuando Elvira y Genara les comunicaron su marcha. Intentaron retener a las cocineras aumentando su salario, pero no sirvió para nada. Ya estaba todo decidido. No obstante, se comprometieron a permanecer en la casa hasta que encontraran una nueva cocinera y lo cumplieron.

El 3 de septiembre de 1930, embriagadas por una emoción indescriptible, las dos mujeres abandonaban Los Charros de Cagayán seguras de que cerraban para siempre una etapa. Elvira

tenía veintinueve años y había pasado allí la mayor parte de su vida.

Una semana después inauguraban Casa Gelvira, un establecimiento pequeño pero acogedor. Tenía una barra de madera en donde se servían bebidas y seis mesas para las comidas. Colocaron unos alegres manteles de cuadros rojos y blancos y unas fundas bordadas en los cojines de las sillas. Elvira no solo se había convertido en una gran cocinera, sino que también había adquirido ciertos conocimientos de contabilidad. Además, después de tantos años, dominaba a la perfección el arte de cocinar para muchos comensales. En pocas semanas todo el mundo en Salamanca había oído hablar de sus guisos y todos querían degustarlos. Un día, saliendo de la cocina con un buen plato de hornazo, se encontró con Andrés, esperando para pedir el menú. Se dio tal susto que el plato se le resbaló de las manos y terminó en mil añicos sobre el suelo. Retiró los pedazos de porcelana, pidió a Genara que atendiera ella al cliente y desapareció.

El señorito Andrés tenía un aspecto bastante desmejorado. Pidió a la anciana una jarra de vino y el plato del día y esperó con paciencia a que Elvira regresara al comedor. Cuando lo hizo, le suplicó unos minutos a solas. Elvira sabía que no debía hablar con ese hombre, pero le vio tan mala cara que no pudo negarse. Cuando acabara con la tarea hablarían en la trastienda unos minutos. Le contó que las cosas no estaban bien en la familia. Que su mujer había enfermado y que su madre andaba medio loca. Le confesó que las cuentas no cuadraban y que tenía sospechas de que a su padre lo estaban chantajeando. Quería saber si en los años que sirvió en la casa en algún momento vio algo, o a alguien, que le pareciera sospechoso. Elvira sintió un escalofrío. Barajó la posibilidad de contarle todo lo que sabía, pero le pareció arriesgado.

—No, señorito Andrés. Nunca vi nada que me llamara la atención —le habló con un tono formal y distante.

—Por favor, Elvira, que ya no trabaja para nosotros. Ahora soy Andrés, a secas.

—Para mí siempre será el señorito. Lo siento. Además, acabo de servirle la comida; en cierta manera, sí lo hago.

—Una comida deliciosa, por cierto. Pero tiene que acostumbrarse a verme de otra forma. Es más, me gustaría que fuéramos amigos otra vez.

Elvira cambió la expresión de la cara.

—¿Amigos? ¿Usted cree que puede venir después de tantos años y recuperar una amistad que rompió sin ninguna explicación? ¿Cómo puede tener el valor? Además, es un hombre casado. Su amistad para mí está vetada.

—Elvira, Marina se muere. Según los médicos, le quedan pocos días.

—Lo siento mucho, de verdad. Me parece terrible que alguien muera tan joven. Pero ese no es mi problema —contestó mientras abría la puerta invitando al abogado a salir.

—De acuerdo. Ya me marcho, pero, por favor, si recuerda algo, aunque le parezca nimio, sobre el asunto que le he contado antes, llámeme. Aquí tiene mi número de teléfono.

Andrés le cogió la mano, le puso la nota en la palma y la cerró arrastrando sus dedos suaves sobre ella. Elvira pegó un respingo y cerró la puerta tras de sí con un fuerte portazo.

—¿Qué ocurre, chiquilla, que casi sacas la puerta por la ventana? ¿Se ha *metío* contigo ese *estirao*? Mira que yo lo quiero, pero te hizo mucho daño y si tengo que pegarle un pescozón, salgo ahora mismo y se lo doy bien fuerte.

—Tranquila, Genara, que no ha sido nada. Es que no me esperaba verlo por aquí. Está preocupado por su familia.

—¿Y qué les pasa a los ricachones esos?

—Por lo visto, la señorita Marina se está muriendo.

—¡Vaya por Dios! Será de penita. Ha sufrido mucho la desdichada con eso de perder tanta criatura. Pobrecita mía, rezaré por ella el domingo.

—Sí. Yo también lo haré. Siempre me pareció una infeliz. Tanto dinero y no puede tener lo único que desea.

—Sí. Es muy triste.

—También me dijo que las cuentas no cuadraban y que pensaba que su padre estaba gastando grandes sumas en un chantaje.

—¿Chantaje? ¿Y le has *contao* lo del invernadero?

—Claro que no. Miedo me da todavía pensar que alguien pudiera verme. Le he dicho que no sé nada. Así que no me descubras, por favor, Genara.

—De acuerdo, niña. Anda, vete a tomar el aire, que estás muy pálida. Yo recogeré la cacharrería.

Elvira se echó una chaqueta sobre los hombros y se fue a dar un largo paseo. Genara se quedó en el mesón, orando. Empezaría una novena. Por Marina y, sobre todo, por su niña. Según pintaban las cosas, la iba a necesitar.

CAPÍTULO X:

LA HIJA DE LA REVOLUCIÓN

Matilde era fruto de la revolución de 1868, también conocida como la Gloriosa. Su padre, un voluntario de la libertad de la Junta de Valladolid[19], había forzado a su madre después de detenerla con falsas excusas políticas. El sinvergüenza le había echado el ojo mucho antes, un día que la vio vendiendo verduras en su puesto de la Rinconada. Se quedó fascinado con el azul cielo de sus ojos y sus generosos pechos. Aquella mañana se había levantado libidinoso, el muy guarro, y se dirigió al puesto a buscarla. Iba excitado, alterado. Sin dar explicación alguna, y con el pretexto de representar a la Junta Revolucionaria, la agarró por un brazo y la arrastró hasta su casa, obligándola a dejar las frutas y hortalizas a merced del pillaje. La chica, intimidada por el uniforme, asustada y confusa, llegó a pensar que había incurrido en algún delito por error. Quizá cuando admitió en público su disgusto por el cierre del seminario, o cuando ayudó a la hermana María a repartir panecillos entre las monjas que habían sido expulsadas del convento. Por eso no prestó mucha resistencia al miliciano y lo acompañó a la vez que chapurreaba una cadena de excusas para justificar sus inocentes actos. Cuando llegaron a la vivienda, el voluntario la empujó contra la pared y mientras la pobre chica se desgañitaba pidiendo socorro, la embistió brutalmente. La joven ya no pedía socorro; lloraba e intentaba, sin éxito, zafarse del violador. Sin embargo, este era fuerte y llevaba un arma. Después de luchar como una loba durante un buen rato, no pudo más y se dejó hacer. Todo el día la tuvo retenida el verraco. La infeliz perdió la cuenta de las veces que fue profanada. Al caer la noche, el individuo le puso un cuchillo en la

garganta y la amenazó con represalias si lo denunciaba. Acto seguido, la arrojó a la calle y cerró la puerta.

Dos días estuvo vagando la chica sin atreverse a volver a su hogar. Cuando por fin lo hizo, con los ojos rojos de llorar, el vestido roto y las piernas chorreadas de sangre, sus padres la echaron de casa. No mostraron ni la más mínima compasión. Solo les preocupaba la honra perdida, así que la pobre tendera fue condenada a la indigencia. Viajó lejos de Valladolid. No quería recordar lo que allí había sufrido. Vivía de la mendicidad. Dormía dónde podía, y cuando fue consciente de que la agresión había germinado en su vientre, intentó quitarse la vida varias veces. Pero el destino, o la casualidad, frustraron siempre sus intenciones. Varios meses después nacía Matilde.

Matilde se crio en el prostíbulo en donde su madre encontró trabajo después de parirla. Era un burdel limpio en el barrio de los Caídos de Salamanca. Allí le permitieron criar al bebé en el mismo cubículo en el que ejercía la profesión. Así, la niña creció entre el traqueteo de los somieres, los gemidos de las putas y el humo de los puros de los asiduos. Su madre trabajaba sin descanso, pues debía entregar el doble de los emolumentos estipulados para poder mantener a su hija en la casa. A los doce años, el proxeneta del tugurio decidió vender la virginidad de Matilde a un comerciante de tejidos. Era sucio y maloliente, pero tenía mucho dinero, así que pudo pagar un alto precio por el desflore. Disfrutó de la inocencia de la niña durante varias horas, descargando sobre ella altas dosis de depravación y violencia, pues ya que había invertido sus ganancias de un mes, mejor sería exprimir la transacción al límite. La agredió de tal manera que quedó indispuesta durante semanas. El muy cerdo la destrozó por dentro. Probablemente, ya no podría concebir hijos. Quizá fuera lo mejor para una puta. Cuando se recuperó lo suficiente, le asignaron una habitación propia y empezó con sus servicios a la par que su madre. Tendría que recuperar el trabajo perdido por la convalecencia. Ambas mujeres se afanaban en su tarea para ganar muchos reales y poder dejar esa vida para siempre, por lo que intentaban engarzar cliente tras cliente. Por desgracia, la madre enfermó y murió antes de poder ahorrar lo suficiente. Por ello, Matilde se prometió a sí misma que haría cualquier cosa para hacerse rica. ¡Cualquier cosa!

Una noche, llegó al lupanar un hombre muy guapo. Era joven y gallardo y todas las rameras empezaron a discutir sobre quién se lo trajinaría. Pero las discusiones fueron en balde, pues el buen mozo ya había elegido candidata. Nada más entrar preguntó por la puta de los ojos cielo. Ella apareció exultante, con el clarísimo cabello suelto. Sintiéndose victoriosa entre el resto de las meretrices, asió al chico por el brazo y farfullando todo tipo de obscenidades se lo subió al dormitorio.

Matilde se sentía afortunada. El señor Julián, si es que ese era su verdadero nombre, era el más apuesto de todos los clientes y ella era su favorita. Era cierto que el chico era un poco retraído, pero fornido y vigoroso. Después de tantos años dando placer a todo tipo de indeseables, por fin encontraba a alguien por quien no le importaría incluso trabajar gratis. Pero al joven no le sobraba el dinero y sus visitas eran muy espaciadas. Aun así, establecieron un vínculo amoroso

entre ellos. Para él, Matilde era la única mujer que no le hacía sentir insulso. Para ella, Julián era el único hombre con el que no se sentía despreciable.

Una noche, después de copular, el muchacho empezó a quejarse de las malas cosechas y de la necesidad de cortar sus visitas durante una larga temporada. La prostituta empezó a sentir una terrible opresión en el pecho. ¿Se estaría enamorando?, pensó, y presa del pánico se aferró al muchacho suplicándole que no la dejara.

—Será solo un tiempo. Hasta que nos recuperemos de las últimas pérdidas. No tengo otra opción. La familia necesita austeridad.

—Pero, Julián, mi vida, ¿cómo voy a aguantar esta asquerosidad sin ti? Imagínate fornicar todos los días con tanto vicioso. No tienes ni idea de lo que me piden. ¿Sabes que algunos hasta me golpean?

—¡Serán desgraciados! ¿Y lo sabe tu chulo?

—¿Mi chulo? Él es el más violento de todos —suspiró Matilde.

—Ojalá pudiera sacarte de aquí para siempre, Mati. Pero sin dinero no llegaríamos muy lejos. El rufián nos mataría. Tenemos que reunir dinero para comprar tu libertad.

—Lo sé y maldigo nuestra suerte cada día. Tanto cerdo que nace cebado y nosotros ganando cada real con sudor y lágrimas. Es muy injusto, Julián. Tenemos que encontrar la manera.

—Te prometo que en cuanto vendamos la próxima cosecha, me pasaré a verte.

Cuando Julián abrió la puerta para dar paso al próximo cliente, Matilde sintió como las náuseas le subían por la garganta. Contuvo el aliento, bebió un trago de vino y se tumbó sobre el colchón para abrirse de piernas de nuevo. Esta vez, por cada empuje que recibía, una lágrima le brotaba. Intentaba relajarse y simular disfrute. ¿Acaso no era su trabajo? Pero algo se había roto en su interior. Ya no podía fingir.

Pasaban los meses y Julián no aparecía. Matilde estaba tan apática que ya ningún asiduo quería repetir con ella. Poco a poco fue perdiendo concurrencia y apenas ganaba para costear la habitación. Una tarde, un cliente pidió su dinero de vuelta por no haberse visto satisfecho y Matilde recibió tal paliza del chulo que estuvo varios días ciega de un ojo. Aun así, y a pesar de los hematomas y la inflamación de la cara, tuvo que continuar trabajando para que no la golpeara más fuerte. Fue entonces cuando la joven decidió que no podía pasar un día más bajo ese techo. Había robado unas pocas monedas en la última compra de víveres que hizo para la casa. Las guardó en una bolsita que cosió en los bajos de su enagua. Después, cogió una servilleta y metió un poco de queso y un mendrugo. Había llegado el momento de asumir riesgos. Debía huir. Esa noche era su única oportunidad. Demetrio estaba probando una nueva prostituta y, cuando lo hacía, solía tardar toda la noche en acreditar la valía de la candidata. Los continuos golpes en la pared aledaña lo confirmaban. Con sigilo bajó las escaleras para acceder a la puerta principal. En el último momento, el maullido insistente de un gato alertó al chulo. Se abrochó como pudo los pantalones y, al ver que el dormitorio de Matilde estaba vacío, enfiló hacia la salida. A lo lejos

divisó a la fugitiva, que aceleraba el paso. Corrió tras ella y la alcanzó. La golpeó, la acarreó hasta el burdel y la lanzó contra el suelo.

—¡Eres una zorra estúpida! ¿A dónde pensabas marcharte? ¿Ibas a buscar a ese miserable? ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Julián. ¿Ibas a buscar a ese pobretón?

—¡Ni siquiera sé dónde vive! —gritó la joven.

—¡Eres mía! ¡Mía! Y si quieres ser libre, tienes que devolverme todo el dinero que me debes.

—Sabes que no puedo. Todo lo que gano te lo quedas tú. Es imposible que pague lo que me pides. ¡Imposible! —dijo entre sollozos.

—Llevo toda la vida manteniéndote y antes mantuve a la blanda de tu madre. Tienes un compromiso conmigo y no voy a consentir que te vayas de rositas. Mira, si quieres llegamos a un acuerdo. Como ya no me resultas rentable, te voy a dejar ir. Ahora bien, tú te tienes que comprometer a pagarme cien pesetas antes del Año Nuevo.

—Eso es una barbaridad. ¿Y si no consigo el dinero?

—Entonces iré a la granja de ese mentecato y forzaré a su hermana y luego le rajaré el gaznate. Terminado lo primero, me tomaré mi tiempo contigo para que sufras durante horas. ¿Entiendes? —preguntó mientras la sujetaba del cuello contra la pared.

—Pero entonces sabes dónde vive —contestó con los ojos iluminados.

—¿Qué te crees? Yo siempre me entero de todo. Por eso nadie puede huir de mí.

Matilde aceptó el trato con la condición, si es que podía poner alguna, de que le dijera la ubicación de las tierras de Julián. Si quería conseguir el dinero necesitaría su ayuda. El miedo le corroía las tripas, pero tenía que intentarlo. Cuando alcanzó los campos de los Rodríguez sintió mucha ansiedad. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo con su amado. Ni siquiera estaba segura de que la recibiera. Además, todavía no sabía cómo iba a explicarle la situación, pero tenía que hacerlo. Julián tenía que conocer el peligro que corrían todos si no conseguía el dinero. Sabía muy bien que Demetrio era capaz de cumplir su amenaza. Matilde esperó a que Julián estuviera solo para acercarse. Regresaba sudoroso de la siega. Se plantó frente a él, acongojada, intentando controlar los latidos del corazón. Él se quedó quieto, como pensando. Pasados unos segundos, Julián se acercó y abrazó con fuerza a la joven, que no paraba de llorar. Matilde sintió cómo el cálido sudor de Julián le empapaba el cuerpo. Entonces él la tomó en brazos y la llevó a la parte de atrás de la finca, a una caseta que utilizaban para las herramientas, a la sombra de un gran árbol. La acomodó en un colchón de paja. Era el que utilizaba para reposar en las horas de más calor. Hicieron el amor apasionadamente y solo después Matilde se atrevió a confesarle el terrible trato que había hecho con su chulo.

Julián dispuso todo para que su amada se quedara en la casa. Había convencido a sus padres de la necesidad de una sirvienta y les presentó a Matilde, alegando que trabajaría a cambio de alojamiento y comida. Los progenitores quedaron contentos con el arreglo. La chica cambió su indumentaria por una más recatada y se esforzó para que sus años en el vicio no se notaran.

Ahora solo quedaba organizar el viaje a Calvarrasa para ver al primo de su padre, Leoncio, al que pedirían ayuda.

Ese año tenían un montón de grano que vender, ya que la cosecha había sido abundante. Julián encontró la excusa perfecta para cargar el carro y buscar nuevos mercados castellanos. La nueva criada lo acompañaría para turnarse en la vigilancia de la mercancía. Vendidas las semillas en Peñaranda de Bracamonte, pasarían por Calvarrasa y hablarían con Leoncio para que les prestara el dinero. Eso sí, no podían decir la verdad sobre el destino de las monedas, así que buscaron el pretexto de una inversión en la granja. Matilde estaba emocionada ante la posibilidad de que pronto se solucionara el problema. El primogénito de los Rodríguez estaba seguro de que conseguiría los cuartos. No sería la primera vez que su primo los financiaba. El optimismo les escoltó cada kilómetro del recorrido, pero su ánimo cambió al llegar al pueblo. Su primo Leoncio se negó a hacerles el préstamo. En ese momento, su economía no estaba tan desahogada como para desprenderse de cien pesetas, ni más ni menos. La joven pareja sintió un estremecimiento. Habían perdido la única oportunidad de saldar la deuda. Quedarían a merced de Demetrio y sospechaban que consumaría su ultimátum.

Reanudaron su camino de regreso sin esperanza, cabizbajos, decepcionados, sin apenas hablarse. En un momento del viaje, Matilde, al levantar la vista, pudo distinguir al mestizo que habían visto en el mercado de Peñaranda. Le había llamado mucho la atención porque había sacado unas monedas de una bolsa bastante abultada para pagar unos tarros de miel. Tenía la tez tostada, una melena negra hasta los hombros y llevaba un sombrero exótico, con forma de cono. Recordó como vigilaba con determinación sus pertenencias en el puesto y que no llevaba grano, sino un baúl con unos extraños dibujos. Nunca había visto nada parecido. Acababa de parar su carreta en una posada y buscaba algo en la parte trasera. ¿Escondería algo valioso en ese baúl? ¿Habría guardado ahí dentro la bolsa de monedas? De repente, se le ocurrió una idea desesperada. Sería como un juego. Se lo contó rápidamente a Julián. Se soltó la melena, se colocó el delantal, cogió un cubo que llevaba entre las piernas y bajó del carro con cuidado de que el indio no la viera hasta que estuvo justo delante de él.

---

19 Voluntarios de la libertad. Eran milicianos, reclutados entre las gentes del pueblo llano, que recibían un jornal para hacer cumplir los principios de las juntas revolucionarias creadas tras la revolución de 1868. Estaban bastante desorganizados. Muchas veces, su actuación fue ejemplar, pero en algunas otras incurrieron en detenciones arbitrarias, fechorías e incluso crímenes.

CAPÍTULO XI:

UNA HISTORIA DE AMOR Y DE VIOLENCIA

Demetrio era la consecuencia de un arrebato pasional entre una gitana casada y un payo. Cuando un caluroso día de mayo de 1845 su cabecita asomó por la entrepierna de la parturienta, Antonio Vargas no daba crédito a lo que veían sus ojos. La abuela, que asistía el parto, le presentaba como su primogénito a un querubín blanco. Una ráfaga de ira iluminó el rostro del joven padre, pero no dijo nada. Tomó al bebé entre los brazos, lo envolvió en una manta y sin la más mínima alteración, algo inconcebible en un calé, lo mandó quitar de su vista. Luego, igual de calmado, invitó a la matriarca de los Vargas a salir de la habitación. Una vez estuvo a solas con su esposa, la cogió por el cuello y la obligó a confesar.

El enlace entre María y Antonio había sido concertado incluso antes de sus respectivos nacimientos. Apenas tuvo María su primer periodo, se celebraron los esponsales. Ella era entonces una perfecta ignorante. Hasta que su abuela no le introdujo el pañuelo blanco en sus partes y lo mostró ensangrentado, no fue consciente de que pronto se entregaría a un hombre. En la noche de bodas practicó el sexo con cierta aprensión y le pareció de lo más desagradable. Ni su madre ni su ahora esposo le habían dado ninguna explicación al respecto, por lo que, en su mente soñadora de niña, había imaginado una noche de caricias y dulces besos. En vez de eso, sus expectativas se habían convertido en escarcha y dolor. Después del acto, trémula sobre las sábanas húmedas, se juró a sí misma que no volvería a copular nunca más. Lo que ella no imaginaba era la intención de su marido de montarla todas y cada una de las noches siguientes.

Daba igual si estaba cansada o enferma; su obligación como esposa, según Antonio, era dejarle satisfacer sus deseos, que resultaron ser insaciables.

A pesar de la intensa actividad sexual del matrimonio, María nunca resultaba preñada y Antonio le echaba la culpa. Que si con tanta desgana no se *pue*. Que si te meneas poco. Que si eres más fría que una helada mañanera… La madre de Antonio, sin embargo, pensaba que era su delgadez y su falta de apetito los que dificultaban la fertilidad y la atiborraba a higaditos fritos y todo tipo de casquería sanguinolenta. En cualquier caso, la culpa era siempre de la pobre niña.

Los años fueron pasando y un lustro después, María seguía sin engendrar. Antonio no había perdido ni un ápice de voracidad y continuaba incordiando a su esposa cada noche. Pero nada. Un día, al ver el patriarca de los Vargas a su hijo tan alterado y a su nuera agotada, aconsejó al muchacho que se tomara unos días para visitar a los Cortés, unos primos que se habían establecido en Villagonzalo. Que les llevara un borrico para cambiar por mercadería y que dejara a María en Calvarrasa, que ya se encargarían ellos de cuidarla y tenerla bien fuerte para su vuelta.

Antonio se marchó una mañana de agosto, con la fresca. Quedó en volver en dos semanas con género nuevo para la venta ambulante a la que se dedicaban. A la caída de la tarde, María, que no cabía en sí del gozo, pidió permiso a los Vargas para ir a dar un paseo. Sus suegros accedieron, siempre y cuando no se alejara de los carromatos. María empezó a recuperar el color de sus mejillas y a ganar un poco de peso. La familia de su esposo, viendo como la niña mejoraba, consentía siempre su paseo. Y es que la idea de un Antoñito correteando por el campamento cada vez les parecía más real. Una tarde, estaba la joven esposa a mitad de su caminata cuando un payo se acercó a ella. Tenía la tez muy clara y plagada de pecas y, aun así, le pareció muy hombre. Se pavoneaba con cierto aire pícaro y a María, que tenía tan poca experiencia en varones, le pareció muy apuesto.

—¡Hola, guapa! ¿De dónde has salido? Eres lo más bonito que ha pisado mis campos.

—¿Son sus terrenos? No lo sabía. Daba un paseo.

—No te preocupes, chiquilla, que puedes quedarte si quieres —contestó guiñándole un ojo.

La chica notó cómo se le aceleraba el corazón. Nunca había experimentado esa sensación con ningún mozo, pero no se desvió de su camino. El hombre, sin embargo, se unió a su paso y empezó a piropearla. Era la primera vez que alguien le regalaba tantas galanterías.

—Menudo brío que llevas, morena. No he visto mujer con más garbo que tú. ¿Y cómo te llamas?

—María —contestó con rubor.

—Maríía —repitió despacio—. Suena glorioso.

—Me tengo que ir. Es tarde —contestó la gitana, turbada, dando la vuelta para regresar.

—¿Te puedo ver mañana, María? A la misma hora. Te estaré esperando para pasear juntos.

—No creo —respondió, y se fue a toda prisa.

Todas las tardes María repetía sus paseos, y todas las veces se encontraba con el hombre. Empezaron a conocerse un poco, aunque jamás le confesó que era gitana y mucho menos que estaba casada. Esquivaba las conversaciones sobre ella y buscaba otras más generales. Sin embargo, estos misterios encendían la imaginación del chico, que estaba decidido a conquistarla. Los días pasaban y se acercaba el momento del regreso de Antonio. Sabía que en cuanto su marido apareciera por Calvarrasa, levantarían el asentamiento y viajarían a otro lugar en busca de un nuevo mercado. Solo pensar en reanudar las relaciones maritales le daba dolor de estómago.

La última tarde, todos los enseres estaban recogidos y las carretas dispuestas para la marcha. La llegada de Antonio era inminente y María sentía que se caería muerta cuando lo viera delante de ella. Marchó a su último paseo con el alma encogida, dispuesta a confesar a su amado toda la verdad. Este, cuando la vio aparecer tan descompuesta, supo que algo pasaba. Sin embargo, en el mismo momento en que María intentó hablar, le tapó los labios con los suyos y no permitió que emitiera ni una sola palabra. La joven gitana descubrió en ese beso un mundo desconocido para ella. Nunca había padecido ese acaloramiento insoportable en la pelvis ni había sentido tan mojado el *balumbrés*[20]. Juntos buscaron el cobertizo y, agitados, se arrancaron la ropa entre besos apasionados y toqueteos nerviosos. Se tiraron sobre la paja y acomodaron sus cuerpos. Sintieron una excitación intensa que les oprimía por dentro y no podían controlar, así que se abandonaron a ella e hicieron el amor una y otra vez, deleitándose con ese placer que el destino les había concedido. Cuando María terminó de vestirse, descubrió a su amado dibujando algo sobre una tablilla. Era su retrato. «Tiene talento el payo», pensó. Le pareció divertido. Se aflojó la camisa, descubrió un hombro y le regaló una sonrisa radiante de felicidad. La primera y la última que esbozaría en su vida.

Cuando María se marchó, fue incapaz de confesar a su amante que partiría muy lejos al amanecer. Atesoró para siempre esos momentos sublimes, irrepetibles, en el fondo de su corazón. Ese era el placer carnal que jamás alcanzaría con Antonio. Y esa certeza la reconcomía. Regresó con su marido y fingió que se alegraba de verlo.

Inclinado sobre el lecho en donde había tenido lugar el alumbramiento, hundiendo las rodillas en el remolino de sábanas contaminadas por los fluidos del parto, Antonio apretaba el cuello de María de tal manera que apenas la permitía respirar. Estaba colérico. No solo su mujer lo había engañado, sino que había osado hacerlo con un payo. Y encima dejaba en evidencia su virilidad. ¡La muy puta! Le soltó la garganta y le dio dos bofetadas. «¡Para que aprendas a respetar a tu hombre!». Y volvió a golpearla. María suspiraba e intentaba tomar aire como podía. El labio le sangraba. Recién parida como estaba, apenas tenía fuerzas para defenderse.

—Dime quién es el padre de ese bastardo blanquecino —insistía—, que lo voy a matar como que me llamo Antonio Vargas Heredia. ¡Por mis muertos que lo mato!

Pero María no contestaba. Tanto era el estruendo que el gitano estaba montando que la madre entró en la habitación a ver si podía calmar los ánimos de su hijo. Con la templanza y decisión que solo una madre sabe tener, logró alejarlo de la puérpera para evitar que la intimidara. Cuando Antonio salió del dormitorio, con aparente compresión, explicó a la niña sobre el honor del pueblo gitano, sobre la importancia de la estirpe y sobre cómo había *rompío* todo eso. Entre sollozos, María confesó.

María Manuela era muy devota. Rezaba todos los días a santa Sara gitana[21] y a la Virgen del Rocío. Desde el principio descartó la posibilidad de abandonar al crío. No era de buen cristiano. Le quedaban dos opciones. La primera, simular su muerte y llevarlo a *escondías* a Calvarrasa con su padre. La segunda, inventarse una historia *pa* que el bebé pudiera pasar por su nieto y convencer a su hijo de ello. La familia Vargas todavía no había visto al nuevo miembro del clan, pero esperaban con impaciencia para conocerlo. Tenía que tomar ya mismo una decisión. Hizo pasar a su hijo de nuevo y empezó a urdir su plan.

—Hijo mío, el niño es tuyo. Lo ha *jurao* por la santísima, y yo la creo.

—¿Pero es que no ha visto esa mata de pelo amarillo? ¿Y qué me dice del color de su piel? ¡Si es más blanco que la luna! —gritó incrédulo.

—Lo sé, hijo, lo sé. Y voy a contarte un secreto que espero sepas guardar a la buena de tu *mare*. Que ni el *pa* siquiera conoce. Me lo tienes que prometer, o una *mardisión* nos caerá encima *pa* siempre.

—No creo que me convenza de que esta —miró despreciativo a María— no me ha *engañao*, pero explíquese.

—No sé si te he *contao* que a mi *mare* la llamaban la Batallas. ¿Sabes por qué?

—Seguro que está deseando contármelo.

—Resulta que la Batallas era una combatiente *granaína* que luchó contra los franceses en la guerra del Napoleón ese. Era hermosa como una reina gitana y aprovechaba su belleza para convencer a los *soldaos* enemigos de que la acompañaran a alguna parte más *privá*. Una vez que estaban en el lugar, los pasaba a cuchillo. Dicen que mató a más de cien, la muy bruta. Mas una noche los planes salieron mal. El soldado era muy fornido o estaba *avisao*, no lo sé bien, pero no salió ni herido. El franchute descubrió enseguida las intenciones de mi *mare* y, *embrutecío*, la poseyó *toa*. Ella me contó que era muy rubio y de piel lechosa. ¿Y sabes quién vino a este mundo nueve meses después?

—¿No será lo que imagino?

—*Pos*, sí, *Antoño* mío. Aquí tienes al fruto de aquella vergüenza. Así que, si el churumbel es muy claro, la única culpable es tu *mare del arma*. Que *to* va en la sangre, *mijo*. —«Hale, ya está», pensó María Manuela. «Vaya patraña que me ha *salío*. Pero si quiero tener un nieto, esta es mi única oportunidad, que claro está que este hijo mío *pa* engendrar no vale».

Después de la conversación con su madre, el gitano aceptó al niño como hijo suyo y así lo presentó al resto de la familia Vargas, que no paraba de chismorrear. María se fue recuperando, poco a poco, y siguió la farsa tal y como le había hecho jurar su suegra. Antes de terminar la cuarentena, el muy bruto ya estaba embistiendo a su esposa de nuevo. Ella se resistía más que nunca y la empezó a golpear a diario.

Demetrio creció entre los chistes y las murmuraciones del clan, los gritos desgarradores de su madre y las palizas que Antonio, sabiéndolo en el fondo bastardo, también le propinaba. María Manuela, que era la única que conocía la verdad, intentaba proteger a su nieto, pero no lo conseguía del todo y lo veía sufrir tanto que llegó a lamentar la absurda historia que se había inventado y a preguntarse si no hubiera sido mucho mejor haberlo abandonado a su suerte.

Una noche, cuando tenía unos ocho años, no apareció a dormir. Los otros chiquillos del poblado habían estado toda la tarde divirtiéndose a su costa y ahora desviaban la mirada al saberse interrogados, lo que le dio a la vieja en qué pensar. Cogió un farolillo y empezó a llamarlo a gritos, pero no apareció. A la mañana siguiente, muy preocupada, agarró por las orejas a uno de los primos maternos de Demetrio y le obligó a confesar. Habían estado chinchando al rubio toda la tarde, llamándolo bastardo y tirándole piedras con el tirachinas. La víctima se vio obligada a defenderse, por lo que agarró a uno de los agresores por el cuello para darle un puñetazo. Antes de conseguirlo, entre todos, cogieron al pobre Demetrio y lo encerraron en un gran bidón de madera. Después cazaron un par de culebras y las echaron dentro. Fijaron la tapa con clavos y desaparecieron. Demetrio sentía verdadero pavor cada vez que veía un reptil. Las piernas le temblaban y el latido de la sangre le golpeaba con fuerza en las sienes. No podía soportarlo. Por eso sus primos eligieron dos culebras para que lo acompañaran en su destierro dentro del barril. El pobre niño llevaba quince horas en compañía de las bichas cuando su abuelo levantó la tapa. Por eso no se extrañó cuando se encontró con el espectáculo. Demetrio estaba tiritando, encogido en el fondo del barril, rodeado por pequeños trozos ensangrentados del cuerpo de las culebras. Boceras de sangre adornaban su boca. Las había matado a bocados.

En otra ocasión, lo arrastraron a unos trescientos metros de los carromatos. Cavaron un pequeño hoyo y lo enterraron dentro. Después lo cubrieron todo con mierda de cabra y desaparecieron. Demetrio tuvo que realizar un gran esfuerzo para salir; se desgarró las uñas y se lastimó las manos. Pero lo peor de todo, lo que realmente lo trastornó, fue la horrible peste que lo acompañó durante días.

Casi siempre eran sus primos maternos, cansados de saberse también blanco de las murmuraciones, los que tomaban la iniciativa. Creían que así eludirían las humillaciones. Y a base de crueldad lo consiguieron.

Después de estos desagradables incidentes, hubo otros muchos. María Manuela salía siempre en su defensa y este hecho solo empeoraba la relación del niño con el resto del clan. Cada día Demetrio recibía nuevos insultos, bromas pesadas, mofas y desprecios. Y nadie podía hacer nada

para evitarlo. Fueron todas estas desafortunadas circunstancias las que, con el devenir de los años y la necesidad de supervivencia, convirtieron a Demetrio en un ser brutal, salvaje e imprevisible. A los diecinueve años era un joven extremadamente fuerte y violento. En esos días ya nadie se atrevía a meterse con él, porque, si lo hacía, salía escaldado, apabullado, mutilado o incluso muerto. Sin embargo, Demetrio nunca entendió por qué todo el mundo lo despreciaba de esa manera. Su abuela, la única que lo había tratado siempre con cariño, se lo aclaró en el lecho de muerte. Le habló de su padre payo, de cómo fue engendrado y de la «mentirijilla» piadosa que inventó para salvarlo.

—Esa es tu verdad, *mijo*. Ahora eres libre de hacer con ella lo que bien te plazca —fueron sus últimas palabras.

El Rubio, como muchos lo llamaban, abandonó a los Vargas el primero de septiembre de 1864. Después de una vida de agresiones y humillación, había decidido hacer del sufrimiento su impulso. Ahora carecía de la más mínima compasión. Así que, en la ciudad de Salamanca, en el barrio de los Caídos, otrora barrio de los Milagros, sobre los destrozos que aún quedaban después de la explosión de un arsenal de armas durante la francesada[22], Demetrio Vargas erigió su prostíbulo para dedicarse a partir de entonces, y hasta el final de sus días, al negocio del lenocinio.

---

20 *Balumbrés* es «bragas» en lengua gitana/caló.

21 Santa Sara, Sara la Negra o Sara Kalí es la patrona de los gitanos.

22 Expresión popular utilizada para denominar la guerra de la Independencia contra la invasión de las tropas francesas de Napoleón de 1808 a 1814.

CAPÍTULO XII:

EL REENCUENTRO

El primogénito de los Legazpi visitaba Casa Gelvira todos los viernes. La joven lo había intentado todo para hacerle entrar en razón, pero él repetía cada viernes, como un reloj. Algunas veces se quedaba hasta después de la cena fingiendo leer el periódico. Ella intentaba que fuera Genara la que lo atendiera, pero no siempre lo conseguía. El último viernes de noviembre echó por primera vez de menos su presencia, y se descubrió buscándolo inconscientemente cada vez que se abría la puerta del mesón. Pero Andrés no apareció ese día. Entonces recordó cómo doblaban a muerto las campanas esa mañana y pensó en Marina. Era posible que hubiera fallecido. Intentó alejar de su cabeza esos pensamientos y empezó a recoger las bandejas sucias del comedor. Fue a última hora cuando llegó la confirmación de sus sospechas. En Los Charros estaban de luto. Esa misma noche alguien empezó a aporrear el portón del restaurante, que ya estaba cerrado. Elvira descansaba en la cama y no hizo caso, esperando a que quienquiera que fuese se cansara. Sin embargo, los golpes eran cada vez más fuertes y no tuvo más remedio que asomarse para ver quién osaba interrumpir así su descanso. Lo que vio no le sorprendió demasiado. El señorito Andrés, borracho como una cuba, la imploraba que le permitiera entrar. Genara le avisó de los peligros de abrir la puerta a un hombre embriagado, pero no la escuchó. La anciana se fue a la cocina a preparar un poco de café. La noche sería larga.

—No sabes la de veces que he pensado en ti, Elvira. Me acuerdo mucho de nuestros juegos en el jardín. Cuando perseguíamos a los conejos y cazábamos lagartijas, ¿te acuerdas? —Y empezó a tutearla como cuando eran niños. La propietaria del mesón escuchaba con cierta melancolía—.

Recuerdo lo bien que lo pasábamos juntos —prosiguió— y que no veía el momento de que llegara nuestra siguiente cita. Era tan excitante compartir todos aquellos experimentos contigo. Te quería, Elvira. Te quería mucho. Todavía te quiero —matizó. Y se quedó mirando fijamente esos ojos verdes insondables. Elvira se estremeció. Jamás hubiera imaginado tal confesión y pensó que era consecuencia del alcohol y de la pena. Acababa de perder a su mujer.

—Andrés, no sabes lo que dices. Estás pasando por un duelo. Los sentimientos se confunden cuando ocurre una desgracia.

—No, Elvira, no. No es eso. No estoy triste por la muerte de Marina. Pensarás que soy un desalmado, pero en realidad me alegro. Ella necesitaba descansar y yo, un respiro. Han sido muchos años de pantomima.

—¿Pantomima?

—Nunca fuimos felices. Fueron nuestros padres los que arreglaron el matrimonio. Ni siquiera nos conocíamos. Si por lo menos Dios nos hubiera concedido un heredero… —Y sollozó con las manos sobre la cara para que no pudiera ver sus lágrimas—. Mi querida amiga, he sido tan imbécil. Pensaba que si hacía felices a mis padres yo también lo sería. Pensaba que se lo debía, pero no era así. ¡He sacrificado tanto! Y lo peor de todo es que, en cualquier caso, voy a ser un mal hijo.

Elvira rodeó a Andrés con los brazos y le acarició la cabeza con dulzura.

—¿Un mal hijo? Eso es imposible. Después de lo que me estás contando…

—Sí, Elvira, voy a ser un hijo horrible porque tengo el presentimiento de que estoy a punto de descubrir algo espantoso que no voy a tener más remedio que denunciar. Las desgracias no se presentan solas, ¿sabes?

Elvira se separó de Andrés y lo miró a la cara, preocupada. Se mordió el labio. No sabía si confesarle lo del invernadero. Quizá ya sería demasiado tarde y se lo echaría en cara. Mejor olvidarlo. Estaba en esos pensamientos cuando Andrés la besó. Primero con suavidad, como pidiendo permiso. Después con vehemencia. Elvira empezó a notar cómo el corazón se le aceleraba. Percibía el cuerpo caliente de Andrés pegado a ella y también sus latidos. Con las mejillas encendidas y la respiración entrecortada, sujetó el rostro de su amor entre las manos y sin palabras, solo sosteniendo la mirada, le pidió tiempo. Estaba abrumada y él, deshecho. No quería que ninguno tuviera que lamentar con la luz de la mañana los alocados actos de esa noche. Ya más tranquilo, Andrés se despidió de Elvira y se fue a velar a su difunta esposa.

—¿Te parece bonito, mi niña? ¡Tienes que olvidarte de ese muchacho! El cuerpo de su difunta aún está caliente y vosotros besuqueándoos. Por el bien de tu juicio, olvídalo. Ahora que tenemos el negocio, que todo va *p'alante*. Por Dios, no lo estropees.

—Pero ¿qué quieres que haga, Genara? Es él el que me busca y yo ya no tengo fuerzas.

—Pues tendrás que encontrarlas, niña. ¡Como sea!

Después del entierro de su esposa, Andrés reanudó sus comidas de los viernes. Ahora se quedaba después del cierre a charlar con Elvira y con Genara, que se había propuesto velar por la virtud de su socia y no los dejaba nunca a solas. Además, se había hecho con unos anteojos para intentar no perderse ni un detalle. Lo pasaban bien bromeando sobre los clientes del restaurante o debatiendo sobre política. Las rutinas se apoderaron del tiempo, que pasaba a toda velocidad. Llegó el nuevo año. En enero, la nieve dejó un fino manto sobre la ciudad que pospuso las reuniones. La primavera irrumpió con cambios. En abril se proclamó la Segunda República. A partir de ese momento, la nueva forma de gobierno pasó a ser el tema favorito de conversación del extraño trío.

Una noche de junio de 1931 llegaron los tres muy cansados después de dar un corto paseo hasta la Plaza Mayor. Todavía no se había puesto el sol del todo, pero había refrescado, y calentaron un buen caldo. Estaban los tres sentados en el comedor, haciendo sitio entre los platos sucios de los comensales, que habían dejado para recoger a la vuelta, cuando Genara se sintió indispuesta. Elvira le aflojó la camisa pensando que se trataba de un acaloramiento por la caminata. Buscó un abanico y empezó a darle aire mientras Andrés buscaba un vaso de agua en la cocina. Cuando le pusieron el vaso en los labios, la anciana cerró los ojos y se les venció hacia delante. Muy alterada, Elvira empezó a agitarla mientras gritaba una y otra vez su nombre: «¡Genara, Genara!». Pero no respondía. Andrés intentó tomarle el pulso. No lo encontró. La cocinera los había dejado para siempre. Se fue en silencio, sin una queja, sin un suspiro, sin un último consejo que ofrecer, sin una despedida. Solo dejó un cuaderno de recetas y una maleta. La niña de sus ojos conservaría ambos hasta el final de sus días.

Una vez que Genara fue enterrada, Elvira se concentró en el negocio para evitar pensar. Había organizado las exequias en el pueblo del que era originaria la anciana e invirtió una pequeña fortuna en ello. No quería que en la despedida de su madre, porque Genara era para ella su madre, faltara de nada. Cuando volvió al trabajo, empezó a notar un vacío imposible de llenar. Había perdido también a su confidente, su amiga, su consejera, su maestra, su ayudante. Todo lo que en esta vida le había aportado amor y seguridad se había desvanecido para siempre. Se sentía mucho más sola que en la casa de su padre e infinitamente más que en el orfanato. La vida había vuelto a jugarle una mala pasada. Justo ahora que empezaba a encontrarse cómoda con ella.

El siguiente viernes, puntual como un Longines, Andrés visitó el mesón. Tras la repentina muerte de Genara, insistió en acompañar a Elvira a Cordovilla al entierro, pero ella se negó. Quería una ceremonia íntima, sin testigos. Asistieron los pocos hermanos que quedaban a esas alturas de la difunta y nadie más. Después había estado tan entregada a la faena que ni siquiera había pensado en él. Ahora estaba ahí, junto a ella, y ya no tenía a Genara para aconsejarla. Estaba tan ocupada que apenas pudo saludarlo. Le había servido el menú a la carrera, y a punto del cierre seguía corriendo de un lado para otro. Y él ahí continuaba, observándola.

—Digo yo —empezó a decir— que quizás deberías buscar una chica que te ayude. La cocinera de Los Charros está buscando algo para su hija, a lo mejor te interesa. Es joven y trabajadora.

—No me interesa —le interrumpió Elvira con brusquedad.

—¿Crees de verdad que vas a poder tú sola con el restaurante?

—Creo que nadie puede sustituir a Genar… —Y no pudo terminar la frase que se le ahogó en un sollozo. Se tapó la boca con el puño y se dio la vuelta.

—Elvira, mi amor, llora. No es malo llorar cuando se está triste. De hecho, yo lo hago de vez en cuando —susurró Andrés a su oído mientras la abrazaba con fuerza.

Elvira lloró y lloró durante horas, abrazada a su amado. Lloró tanto que llegó a sentir que ya no le quedaban más lágrimas que llorar, pero las lágrimas seguían fluyendo. A medianoche, cuando parecía más calmada, Andrés la acompañó a su cuarto, la tumbó con delicadeza sobre la cama, arropó su cuerpo tembloroso y se dispuso a marchar. Elvira lo frenó.

—No me dejes sola, Andrés. Esta noche te necesito. Por favor, quédate conmigo.

Él asintió, se quitó la chaqueta y los zapatos y se tumbó de lado junto a ella, abrazándola por detrás. La besó en la nuca con extrema delicadeza, inspirando la fragancia de su pelo. Enseguida se quedaron dormidos. Por una noche volvieron a ser aquellos niños que jugaban en el jardín de Los Charros.

CAPÍTULO XIII:

LA HABICHUELA

Genara Martínez del Valle nació en Cordovilla, Salamanca, en 1860. Sus padres, al igual que la mayoría de los habitantes del pueblo, eran labriegos. Ocupaba un lugar intermedio en un tumulto de catorce hermanos y creció entre las grandes guerras fratricidas que se declaraban los machos y las hembras. «Siete cotorras contra siete cafres todo el tiempo», decía su padre. Y es que en el hogar de los Martínez del Valle nunca hubo lugar para el aburrimiento. Desde muy chiquitita, Genara demostró que su imaginación no tenía límites y que contaba con un intelecto privilegiado. Aprendió a leer y a escribir prácticamente sola, valiéndose de unos librillos que le prestaron en la iglesia. «Dios sabe que, si hubiera nacido en un lugar más propio, habría alcanzado la luna», aseguraba la madre. Pero la niña nació donde nació y con sobrevivir tuvo más que suficiente.

A los quince años se enamoró de un amigo de su hermano mayor. Gonzalo lo había llevado una tarde a la casa para que escuchara uno de sus cuentos. En realidad, ya lo había visto muchas veces, pero hasta ese momento no se había fijado en lo guapísimo que era. ¡Y cómo atendía a sus palabras! Con verdadera devoción. Nada más entrar, el muchacho le clavó sus enormes ojos pardos. Desprendían viveza y bondad. Y debió gustarle mucho su historia porque a partir de aquella tarde empezó a visitarla. Cinco años después, contrajeron matrimonio. José era inteligente y trabajador. Además, siempre con naturalidad, sin prepotencia, demostraba dotes de mando. El propietario de los campos se dio cuenta de sus posibilidades y empezó a tenerlo en

muy buena estima. En pocos meses le encomendaron tareas más complejas que las meramente manuales y pudo dar a Genara un hogar más que aceptable para el lugar y la época.

Un año después de la boda nacía María del Pilar. Pili era una niña sana y rolliza que llenó de alegría el hogar de los recién casados. Había heredado los ojos aceitunados de su madre y el cabello negro de su padre. José estaba como loco. Nunca pensó Genara que su marido caería así rendido ante un ser tan diminuto. Por las noches era él el que calmaba sus llantinas. También le gustaba darle el puré cuando se encontraba en la casa. Disfrutaba mucho de su nueva etapa como padre y no lo ocultaba. La bebé se había convertido en la niña de sus ojos.

La niña de sus ojos… Cuando Genara vio a la pobre Elvira llegar a Los Charros arrastrada por la arpía esa, sintió que un insulso día de marzo de 1912 se había convertido en el segundo mejor de su vida. Nada más verse reflejada en esos dos pozos verdes tuvo claro que Dios había escuchado sus plegarias. Llevaba décadas rogando por una señal. Necesitaba saber que el perdón le había sido por fin concedido. Quizá ahora podría empezar a dormir sin que el llanto del bebé asaltara sus sueños. ¡Pobre bebé! Después de tantos años todavía no había podido borrar la imagen de su mano regordeta cogiendo aquella judía. Una habichuela. Una simple semilla seca. Algo soso e insignificante que lo había cambiado todo. Qué absurda era a veces la vida. Pero aquel día de marzo supo que el Todopoderoso le brindaba una segunda oportunidad.

Al principio le costó mucho esfuerzo conseguir que la mocosa se dejara querer. ¡Menudo carácter tenía! Pero, claro, había sufrido lo suyo. ¡Si la infeliz nunca había tenido una verdadera familia! La primera noche que durmió en la casa se la pasó enterita llorando. Y cómo le dolieron sus suspiros. No pegó ojo por la preocupación. Ella misma se había encargado de que dispusieran su catre al lado de la chimenea para que durmiera calentita. Con el tiempo, la niña se transformó por completo. Cuando aún era pequeña, Genara le contó el cuento del patito feo e intentaba convencerla de que ella también se convertiría en un majestuoso cisne. Y así había sido. A los dieciocho años era la estrella más hermosa del firmamento. Qué penita más grande, pensaba, que se hubiera enamorado del señorito Andrés.

A la vieja cocinera le encantaban las historias. Desde que llegó a trabajar a Los Charros acostumbró al resto del servicio a despedir el día con un relato. Al final de la faena, y ya preparados para el descanso, todos los empleados se sentaban a su alrededor para escucharla. Tan pronto contaba una fábula infantil como un cuento de terror.

—Genara, ¿qué tipo de historia vas a contarnos esta noche? —preguntaba Dolores, la criada.

—Pues todavía no lo sé —contestaba Genara.

—¡Yo quiero una de amor! —interrumpía la niñera.

—¿Una de amor? —preguntaba el mozo—. ¡Yo prefiero una de miedo!

—Una de miedo no. Que luego no puedo dormir —exigía Dolores.

—¡Vamos a ver! Parece que no os enteráis de que yo no invento las historias. Que las historias me vienen aquí, a la sesera, ellas solitas. Que ya veremos *pa* cuando me ponga a ello qué historia

me sale —zanjaba la cocinera apoyando los dedos sobre la frente.

Y así era cada noche. Hasta que Genara no cogía aire para empezar las primeras palabras, no sabía lo que iba a salir por entre sus labios. Justo entonces, su boca se convertía en un torbellino de sonidos, voces y expresiones que no dejaba indiferente a nadie. Después, cuando la narración llegaba a su fin, Genara se retiraba a su cuarto rogando para que la nueva historia que había creado le hiciera olvidar aquella que jamás contaría. Aquella que desvelaba sus sueños y que escondía en lo más profundo de sus tripas.

Cuando Elvira y Genara montaron Casa Gelvira, la complicidad entre las dos mujeres llegó a su punto máximo. La cocinera empezó a preguntarse si quizá había llegado el momento de confesar el motivo de sus noches de vigilia. Elvira la había descubierto más de una vez a medianoche, temblorosa, bebiendo un vaso de agua en la cocina. Pero ¿cómo desvelar ese secreto que desde hacía tantos años descansaba en tierras de Cordovilla? ¿Acaso era posible comprender cómo una simple habichuela había convertido la cotidiana tarde de un lunes en una eternidad de dolor? No. Era imposible. Nadie lo creería.

Recordaba cada uno de los detalles de aquel fatídico lunes. Acababa de terminar de coser el dobladillo del vestido rosado. José le había regalado la tela por el nacimiento de Pili, pero hasta ese momento no le había dado tiempo a utilizarla. Criar un bebé estaba siendo agotador. Era un tafetán muy fino. Un pañero de Salamanca lo había dejado a muy buen precio porque tenía una mancha oscura que no se podía quitar y José sabía que ella podría disimularla. Había metros suficientes como para confeccionar dos vestidos. Uno para ella y otro para el bebé. Ahora que eran padres y que la vida les sonreía, lucirían sus mejores galas en las fiestas del pueblo. La imagen de los tres engalanados, saludando a los vecinos, la llenaba de orgullo.

Esa tarde, su marido no cenaría en la casa. Lo haría en el campo. Se había llevado un poco de queso y pan. Quería aprovechar cada minuto de luz para dar un empujón a su trabajo. Esa excusa le había dado al menos. Más tarde descubriría que había empleado esos rayos de sol extra para trenzar una muñeca de esparto para Pili. Su precioso bebé. La niña de sus ojos.

Genara dejó los dos vestidos extendidos sobre la cama y se fue a la cocina a preparar la cena. Pili estaba sentada sobre una alfombra, cerca de la mesa de la cocina. Jugaba con una figurita de madera que le acababan de regalar por su segundo cumpleaños. No paraba de chuperretearla. Debía incordiarle alguna muela. Genara tenía una olla con sopa al fuego. Mientras la vigilaba se puso a limpiar legumbres. Con sumo cuidado, quitaba cada brizna de paja, cada pequeña piedrecita. Ya había limpiado un saco de lentejas. Ahora estaba con las judías blancas. Quería apartar unas pocas para poner en remojo. El martes las guisaría para el almuerzo. Al moverlas a la fuente, no se dio cuenta de que una se cayó al suelo. Probó el caldo. Ya estaba listo, pero tendría que esperar para dárselo a la niña. Estaba demasiado caliente. Coló bien un tazón y lo dejó enfriando sobre la mesa. Cogió a su hija en brazos para ponerle el babero. No quedaba ninguno en la cocina. Estaban todos fuera, tendidos. Con la niña en brazos, abrió la puerta para

salir al patio a coger uno, pero una ráfaga de viento se la volvió a cerrar en la cara. Mejor dejar a la bebé dentro. No quería que se resfriara. Volvió a dejar a Pili sobre la alfombra, cogió un cestillo y salió deprisa a rescatar la colada de la ventolera.

Genara tardó dos minutos en regresar a la cocina. Ciento veinte miserables segundos. Entró por la puerta justo a tiempo para ver la regordeta mano de Pili metiéndose la judía en la boca. ¿De dónde había salido? Si las había manipulado con mucha precaución. ¿O no? Tiró el cesto contra el suelo y corrió a sacársela. La niña empezó a llorar. Quizá le había transmitido su miedo. Intentó calmarla. Oyó una inspiración sorda y el llanto paró. No respiraba. Metió la uña; luego, el dedo; después, casi la mano entera. La cogió en vilo, le dio la vuelta, le frotó la espalda, la zarandeó, la agitó boca abajo, salió con ella a la calle pidiendo socorro. ¡Nada! No consiguió que la judía saliera, ni que el aire entrara de nuevo en sus pulmones, ni que ningún vecino acudiera a auxiliarla.

José llegó canturreando una canción popular. Estaba muy contento con la muñequita que había confeccionado para su pequeñina. Estaba tan impaciente por dársela que no le sorprendió el silencio. No se dio cuenta, pero un silencio sepulcral había invadido la casa después de más de dos años ausente. No encontró a Genara en la cocina. «Estará acostando a la niña», pensó. Entró en el dormitorio todavía entonando la melodía. La joven madre estaba sentada en la mecedora y arrullaba a Pili lentamente. José dio un beso a su esposa en la mejilla y acarició la cabecita del bebé. Estaba helada. Retiró la toquilla con premura. Algo no iba bien. Pili tenía la cara azul. Genara continuaba meciéndola. Los gritos de José sí llamaron la atención de los vecinos. Intentaba quitarle a Genara la niña de los brazos, pero ella se resistía. Necesitó la ayuda de otras dos personas para conseguirlo. Cuando por fin comprendió que su hija estaba muerta, se arrodilló sobre el suelo y empezó a llorar como jamás se había visto a ningún hombre llorar en Cordovilla. Genara continuaba meciendo el arrullo, vacío.

Después del entierro de Pili, un padre destrozado reunió las cuatro cosas que tenía, las echó en una saca y desapareció. Nunca nadie volvió a saber de él. Genara superó los primeros días oliendo la ropita del bebé. Inspiraba con fuerza intentando extraer ese aroma a ternura y frescor que había perdido para siempre. Así se los pasó, encerrada en su cuarto y sin abrir la puerta a nadie durante más de una semana. Fue uno de sus hermanos, preocupado, el que la tiró abajo. La encontró seminconsciente, deshidratada y desnutrida y se la llevó en brazos a su casa. Durante un mes entero estuvo Genara dejándose morir. Gonzalo no sabía qué más podía hacer, así que llamó a Luisa. Luisa trató de ayudar, pero terminó desesperada, así que buscó a Maruja, a Valeriana y a Leonor. Maruja, Valeriana y Leonor avisaron a Pablo, y Pablo convenció a Felipe para que también lo intentara. Al final, todos los hermanos se dejaron caer por el domicilio de Gonzalo. Ninguno consiguió nada. Dieron gracias a Dios por no tener ya a sus padres en este mundo para ver sufrir así a la carne de su carne y volvieron a sus quehaceres.

Una mañana, don Pantaleón, el hasta hacía poco jefe de José, apareció en la vivienda y pidió permiso a Gonzalo para trasladar a la enferma a la finca. Este le dio las gracias al hombre por la ayuda ofrecida y dejó que se la llevara. Don Pantaleón la acomodó con el resto del servicio y mandó llamar al doctor. El médico examinó a la paciente y después requirió la presencia de Ramona, la cocinera.

—No se preocupe, señor doctor —dijo, muy segura de sus capacidades—, que yo me encargo de que la chiquilla recupere el lustre. Que aquí mismito tengo los remedios de mi abuela —añadió señalándose la frente.

—Muy bien, Ramona. Estas dos medicinas que te dejo aquí se las das todos los días, por la mañana y por la noche. El resto lo dejo en tus portentosas manos. Confío en ti.

—No se apure, que Ramona no va a cejar en su empeño. Ya me lo decía mi madre. «Hija», me decía, «eres más cansina que un revoltijo de moscas cojoneras». Pues eso, que, si yo no soy capaz de apañar a la moza, nadie lo es. Téngalo por cuenta, señor doctor.

Cada día, Ramona, que era toda energía, obligaba a Genara a tomar las medicinas y después se retiraba a la cocina a dedicarse a las dos cosas que más le gustaban en este mundo: cocinar y cantar. A mitad de la mañana, el vapor de los pucheros y el sonido de las tonadillas se esparcían por toda la casa y aderezaban cada pequeño rincón. También circulaban por el cuarto de Genara, que seguía apática.

Una tarde, el señor de la finca se presentó en las dependencias del servicio. Quería informarse de los progresos de su protegida. Necesitaba saber si ya era capaz de llevar una conversación. Al escuchar la negativa de la cocinera, él mismo se presentó en la alcoba de Genara y comenzó a hablar.

—Hola, Genara —empezó con suavidad—. Verás, siento mucho tu desgracia, pero me gustaría saber a dónde se ha marchado tu esposo. Es imprescindible que vuelva a los campos. Lo necesito para que maneje a los trabajadores. ¿Me escuchas?

Genara no contestaba. Continuaba callada. Arrebujada en las sábanas. Mirando al infinito. Entonces, don Pantaleón empezó a subir el tono. Estaba desesperado. José lo había abandonado también a él y no era capaz de encontrar un sustituto. Los gritos retumbaban en toda la casa, pero Genara seguía sin abrir la boca. Aburrido, se volvió hacia Ramona y dio instrucciones.

—Si en una semana la chica no recupera la compostura, la pones de patitas en la calle. Que todos arrastramos penas y no nos dejamos morir por ello —dijo chillando. Pero ni los rugidos del hombre alteraron la impasividad de Genara.

Pantaleón Blázquez dedicaba parte de los terrenos a la cría del ganado equino. En concreto, a la del caballo percherón[23]. No tenía muchos animales, pero estaba intentando ampliar el negocio. José había resultado ser también un comerciante excepcional y antes de su fuga le había vendido las primeras unidades. Aquel era un proyecto al que se había entregado en cuerpo y alma y ahora, sin la ayuda de José, se sentía traicionado. Además, el trabajo se le había multiplicado.

Una mañana estaba en las caballerizas revisando un par de ejemplares que pretendía vender. Tenía hambre y había decidido no perder el tiempo de la comida sentándose a la mesa. Mandó a un mozo a la casa a que encargara a Ramona que le llevara unas viandas ligeras. El mozo así lo hizo. Cuarenta y cinco minutos después, la cocinera aparecía con unos panecillos rellenos, unos tacos de jamón y una frasca de vino. Iba con tanta prisa que no se dio cuenta de que había dejado el delantal pegadito al fogón.

Genara compartía con Ramona la habitación aledaña a la cocina. Seguía guardando cama. Solo se levantaba para hacer sus necesidades y ya le fallaban las piernas. Su mente continuaba opaca. Años más tarde no recordaría nada de esos días en blanco. El caso es que el delantal de Ramona prendió casi al instante y apenas dos minutos después el humo era espeso y el ambiente irrespirable. Genara empezó a notar que le faltaba el aire, pero intentaba olvidar que lo necesitaba. Pronto se reencontraría con su hija y puede que así consiguiera que José la perdonara. Eso era lo único que importaba. Ya casi inconsciente, empezó a oír una tosecita que iba en aumento. Después, unos lloriqueos. Era un niño. Genara, como si un ente sobrenatural la hubiera poseído, pegó un brinco de la cama y se fue a buscar el origen de aquel llanto. Un pequeñuelo de unos ocho años estaba acurrucado bajo la robusta mesa de la cocina. Las llamas llegaban ya al techo. Las vigas de madera empezaban a inflamarse. La joven, sacando fuerzas de donde no las había, tambaleándose sobre unos pies entumecidos, cogió al niño en volandas y lo sacó al exterior. Ambos empezaron a toser sin parar, intentando expulsar todo ese hollín que habían respirado. En ese momento llegaban varios campesinos que habían visto el incendio desde los campos. Sacaron un carro que contenía un depósito de agua y consiguieron sofocar el fuego. Menos mal que el patrón era un hombre muy precavido y estaba preparado para casi cualquier eventualidad. A lo lejos apareció la imagen de Ramona. Aceleraba el paso, blanca de angustia. El niño corrió hacia ella y le dio un fuerte abrazo. Era su hijo, su pequeñín.

Salvar la vida al hijo de Ramona fue el detonante de la recuperación de Genara. Ya no se sentía capaz de luchar contra la resuelta cocinera, que casi le metía la cuchara hasta la campanilla. Además, resultó no ser exagerada cuando ella misma se vanagloriaba del poder curativo de sus guisos. Eran sabrosos y vigorizantes. Poco a poco fue recuperando el color de las mejillas y la fuerza de las extremidades. A la semana siguiente, el doctor volvió a visitarla y le dio la enhorabuena a Ramona por sus logros.

—Yo no he sido, señor doctor. Ha sido el mismito Dios, que la ha curado para salvar a mi Luisito. Cada vez que pienso lo que podía haber ocurrido… Menos mal que al final se ha quedado en nada.

—Bueno, en nada, en nada, parece que no. Me han dicho que te han quitado la paga de tres meses —contestó el médico.

—Cierto. Pero la vida de mi niño vale mucho más. Y una no puede tener ese tipo de despistes. Así que doy gracias a Dios porque mi hijo está sano y salvo y a mí no me han despedido.

Además, entre usted y yo, ya sabe que don Pantaleón tiene muy mala memoria. Si no se lo ha comunicado todavía al señorito Sebastián, es posible que se olvide. Y usted no me va a descubrir, ¿verdad? —añadió al final en un susurro.

—Mi boca está sellada —contestó el médico haciendo como si se echara el cierre en los labios—. Te dejo a Genara para que continúe con tus cuidados. Y dile que el señor quiere hablar con ella cuanto antes —concluyó.

—A la orden y con mucho gusto, señor doctor —contestó la cocinera.

El patrón volvió a interrogar a la convaleciente, pero no le sirvió de nada. La pobre chiquilla sabía menos que nadie del paradero de su esposo. En esta última conversación, Genara recuperó la capacidad de llorar y pudo echar fuera todo aquello que llevaba conteniendo tantas semanas. Don Pantaleón sabía que había sido un poco duro con ella, pero ¿qué otra alternativa tenía para dar con José? Estaba claro que lo había perdido para siempre y no escondía su disgusto. Al margen de la terrible desgracia del bebé, ambos habían sido abandonados, se sentían tremendamente dolidos y necesitaban desahogarse.

Genara nunca regresó a la casa que había compartido con su marido. Se instaló en la de los Blázquez y allí aprendió el oficio de cocinera. Ramona no escatimó en enseñarle todos y cada uno de sus conocimientos culinarios. Estaba tan agradecida por lo que hizo el día del fuego que se entregó a fondo a la tarea. Cuando años después, don Pantaleón se encaminó a rendir cuentas ante el Altísimo, los herederos de la finca decidieron que tener dos cocineras era demasiado y ofrecieron los servicios de Genara a los dueños de Los Charros. Los Legazpi acababan de instalarse en Salamanca. Su propiedad estaba a medio construir, pero necesitaban con urgencia los servicios de una cocinera, así que para allá que se fue la cordovillense.

Cuando Elvira llegó a la finca, Genara llevaba ya muchos años en la familia. De cara a los demás era la Genara, una eficiente cocinera de gran carácter y mayor corazón. Nadie sospechaba que por dentro continuaba llorando la muerte de su bebé todos y cada uno de los días de su vida. Pero, gracias a la huérfana, gracias a esa chicuela desvergonzada, a esa insignificante alma en pena, Genara recuperó la alegría de vivir. La niña de sus ojos había vuelto para quedarse.

---

23 Raza equina fuerte y corpulenta que es capaz de arrastrar grandes pesos.

CAPÍTULO XIV:

EL CIERRE DE CASA GELVIRA

Elvira contrató a la chiquilla que Andrés le había recomendado y descubrió que le quitaba bastante tajo. Se había acostumbrado a que el mesón funcionara deprisa y trabajaba contenta. Seguía atrayendo a mucha clientela y esa rutina estaba siendo su salvación. Andrés iba cada vez más a menudo. Al final de la jornada le costaba mucho trabajo dejarlo marchar. Sobre todo, porque lo veía inquieto, preocupado. Una noche la invitó al Café Novelty a disfrutar de la música y de una copa de vino. Insistió tanto que no tuvo más remedio que aceptar. Era la primera vez que iba a dejar a la nueva ayudante sola en el mesón, pero pensó que a los dos les vendría bien distraerse un rato.

Elvira no sabía qué ponerse. Todos sus vestidos eran ropa de trabajo. Por primera vez iba a pisar un local elegante y estaba tan ilusionada como aterrada. Se probó varios atuendos, pero ninguno le parecía conveniente. Un vestido negro liso, que se compró para ir a misa y que se ponía todos los domingos, le parecía lo único más o menos adecuado, aunque tal vez demasiado serio. Se le ocurrió que, quizá, en la vieja maleta de Genara encontraría algún pañuelo para adornarlo. Había pasado más de un año desde su muerte y todavía no se había atrevido a abrirla. La puso sobre la cama percibiendo una extraña sensación. Era como si la vieja cocinera la estuviera guiando. Movió de sitio algunos jerséis y unas viejas batas. Después una camisa, unas enaguas, unos guantes. Las lágrimas amenazaban con salir, pero continúo investigando. Justo al final, en el fondo de la maleta, vio algo rosado. Tenía unos pequeños bordados color marfil. Sacó la tela y la estiró sobre la cama. Era un vestido muy elegante. ¿De dónde lo habría sacado

Genara? Parecía tafetán. Al verlo tan largo pensó que estaba pasado de moda. Por suerte, la cocinera le había enseñado unos básicos conocimientos de costura. Miró el reloj. Todavía tenía un par de horas antes de que Andrés pasara a recogerla. Cogió tijeras, aguja e hilo y, en un santiamén, le dio un toque más moderno.

Cuando Andrés y Elvira atravesaron la puerta giratoria de latón del Novelty, toda la clientela, lo mejor de la sociedad salmantina, se giró para ver a la mujer que acompañaba al abogado. Algunos reconocieron a la cocinera de Casa Gelvira y desviaron la mirada con altivez. El comedor se sostenía con grandes columnas. Las mesas lucían elegantes manteles de lino blanco y estaban decoradas con jarroncitos de flores. Los acomodaron bajo la cúpula acristalada, muy cerca de la orquesta, y pidieron una botella de vino. Una enorme lámpara de araña colgaba del techo. A Elvira le preocupó que no estuviera bien sujeta; parecía muy pesada. Los camareros estuvieron todo el tiempo pendientes de satisfacer los deseos de la pareja. A ella jamás nadie le había servido nada. Era la primera vez que experimentaba esa sensación y le resultó muy excitante. El vino hizo su efecto y al final de la noche los convirtió en unos desinhibidos. Iban perdiendo el paso entre parloteos y risas, intentando mantener el equilibrio después de cada tropezón. Andrés acompañó a Elvira hasta el mesón y, sin pedir permiso, entró con ella y cerró la puerta tras de sí. El estruendo de las carcajadas ocultaba el latido de sus corazones que se aceleraba a cada paso. De repente, se encontraron en el dormitorio. La maleta de Genara y toda la ropa revuelta seguían sobre la cama. Las risas enmudecieron. Se miraron a los ojos. En un silencio tenso echaron mano de la maleta para colocarla sobre el suelo. La agarraron a la vez, rozándose los dedos, demorando el momento de soltarla para poder disfrutar un poco más de ese contacto casual. Después, Andrés posó los labios sobre los de Elvira y comenzó a explorar su boca. Ella sintió un escalofrío e inconscientemente apretó con los dedos su medalla mientras respondía a los besos con vehemencia. No podía dejar de hacerlo. La lengua de él se deleitaba mimando el cuello, la nuca, los pechos… y ella suplicaba más. Entonces, con extremada delicadeza, le quitó el vestido y avanzó sobre el vientre y la ingle. Pero Elvira necesitaba más. Se tumbaron sobre la cama, el uno sobre el otro, y siguieron descubriéndose, paso a paso. Al igual que en sus primeros años, disfrutaban de un nuevo experimento, pero esta vez eran sus cuerpos los involucrados. Se acariciaron cada centímetro de piel. Se lamieron cada pequeño recoveco. Descubrieron un hambre insaciable que tenía que ser satisfecha, una caricia interminable de sudor y calidez. Ella era inexperta pero codiciosa. Siempre quería ir más allá. Andrés la poseyó sin reservas. Se lo estaba exigiendo. Y cuando parecía que era imposible llevarla más lejos, modificaba el movimiento o la cadencia y lo conseguía. Yacieron durante horas, enredados, intentando sofocar un fuego inextinguible. Un fuego que llevaba más de quince años encendido. Al final de la noche se quedaron dormidos sobre la cama, desnudos y exhaustos, con las manos entrelazadas, revueltos entre sábanas, medias, enaguas y camisas. No oyeron a la nueva empleada entrar.

Cuando la chica llegó al mesón y no encontró a Elvira levantada, pensó que se le habrían pegado las sábanas, así que, al ver la puerta del dormitorio entreabierta, no dudó ni un segundo en pasar a despertarla. Justo en el mismo momento en el que lo hizo, llamándola a gritos, los amantes, alertados, abrieron los ojos. Ni siquiera les dio tiempo a tirar de la colcha para cubrir sus cuerpos desnudos. La intrusa no tuvo duda de lo que allí había pasado. Salió avergonzada y se puso a trajinar en la cocina.

Una semana después, no había nadie en toda la provincia que no supiera del *affaire* entre Elvira y Andrés. Los cotilleos crecían como la espuma y el hecho de haberse dejado ver achispados en Novelty los corroboraba. Los enamorados, ajenos a las murmuraciones, seguían gozando de ese amor tantos años reprimido. El mundo entero había pasado a un segundo plano para ellos. Ya no hablaban de la violencia anticlerical que había traído la Segunda República, ni de las huelgas, ni del exilio de Alfonso XIII, ni de las ventajas de que el Puente Romano de Salamanca fuera considerado monumento histórico artístico. Así que mucho menos iban a prestar atención a las habladurías.

Una mañana, Andrés fue llamado a presencia de su padre. Cuando un criado le comunicó la orden del patriarca, el joven Legazpi intuyó de lo que se trataba y acudió dispuesto a convencerlo de la luz que Elvira aportaba a su vida. Llamó a la puerta un poco tenso pero decidido. Don Isidoro se recolocaba el oscuro cabello con insistencia. Estaba muy alterado.

—Pasa, hijo. Siéntate. Tenemos que solventar un asunto de lo más relevante.

—Buenos días, padre. Tengo varias visitas en el despacho esta mañana. Te agradecería que fueras breve.

—En realidad, pensaba serlo —contestó con recelo, clavándole sus ojos negros.

—Pues bien. Tú dirás.

—Quiero que dejes de ver a esa criada que te ha sorbido el cerebro —dijo tajante.

—Verás, padre. Primero, no es una criada. Es la propietaria de Casa Gelvira y tiene bastante talento. Segundo, no pienso volver a renunciar a mi felicidad por culpa de tus caprichos. Así que, no. No pienso dejar de verla.

—¡Tú harás lo que yo te diga! —contestó a la vez que pegaba un fuerte puñetazo sobre la mesa y escupía bacilos sobre su cara—. ¡Eres un Legazpi! Y esta absurda relación es una vergüenza para nuestra estirpe. No mancillarás nuestro nombre por un capricho.

—¿Mancillar nuestro nombre? ¿Qué nombre? ¿Acaso tenemos un nombre? —respondió con templanza.

—¡Por supuesto! ¡He tardado muchos años en crear una reputación y no quiero estar en boca de nadie!

Entonces, Andrés, indignado, se armó de valor y soltó lo que hacía meses que se guardaba.

—¿Y cómo has creado esa reputación, padre? ¿Aparentando ser quién no eres? ¿Tejiendo una red de mentiras? ¿Quién eres, padre?

Isidoro, que se había abalanzado hacia el abogado invadiendo su espacio para poner más énfasis a sus exigencias, tomó de nuevo asiento. Estaba un poco aturdido.

—¿Qué demonios estás diciendo? ¿De dónde sacas semejante barbaridad? ¡Soy tu padre, Isidoro de Legazpi!

—Vete a otro con ese cuento. Yo ya no me lo creo. —Y se encaminó hacia la puerta para abandonar el despacho. Entonces apareció Felisa, que había oído los gritos desde el porche.

—¿Qué ocurre en esta casa? ¿Queréis que los criados os escuchen? —dijo chisteando para que bajaran el tono.

—Perdona, madre. Yo ya me marchaba.

—¡Sí, vete! ¡Vete con esa furcia! ¡Ojalá enferme y muera de pena como la pobre Marina! No vas a hacerla feliz, ¿sabes? Eres incapaz de hacer feliz a nadie.

—Por Dios, Isidoro, que es nuestro hijo. No te pongas tan bestia que te va a dar algo.

—No importa, madre. En realidad, pensaba irme de todas formas —concluyó. Y abandonó Los Charros con lo puesto. Por fin sintiéndose libre.

Andrés se instaló con Elvira en el mesón. Ella lo recibió con los brazos abiertos. Toda la vida había fantaseado con la posibilidad de que compartieran sus vidas y ahora le parecía más factible que nunca. Lo abrazó con fuerza y le dio aliento. Ellos sí serían felices, felices para siempre. ¡Qué incautos!

Una noche, después de prometerse amor eterno, Andrés le propuso matrimonio. Ahora era posible organizar una rápida ceremonia civil y así lo harían. Él, como abogado, se encargaría de todos los trámites. Parecía que las aguas volvían a su cauce. Pero subestimaron a don Isidoro. Subestimaron a toda la ciudad.

Los clientes de Casa Gelvira empezaron a escasear. Elvira quería pensar que la crisis económica por la que pasaba el país entero podía ser la causa, pero era consciente de que otros locales de Salamanca se llenaban en detrimento del suyo. Cada día que un cliente menos pisaba su negocio, uno más se iba a la casa de comidas Bailón o se tomaba un Cinzano en El Iris. En el despacho de Andrés pasaba lo mismo. Los otros despachos de Salamanca veían crecer exponencialmente su número de clientes mientras que Andrés los perdía.

—Mira, Elvira, esto que nos está pasando no es casualidad. Mi padre está detrás, seguro.

—Yo también lo pienso, pero me cuesta aceptar que sea tan cruel.

—Puede ser mucho más cruel de lo que te imaginas. ¿Te acuerdas de que te dije que lo estaban chantajeando?

—Claro que me acuerdo. Pero entonces me lo presentaste como una suposición. No tenías pruebas, y como no has vuelto a comentarme nada…

—Por desgracia, sigo sin tenerlas. Por eso todavía no he hecho nada al respecto. Pero estoy seguro de que me oculta algo muy gordo.

Elvira se mordió el labio valorando la idoneidad de contar en ese momento lo del invernadero. Pensó que era mejor no tener secretos. No ahora que iban a casarse.

—Andrés… —empezó cautelosa.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de que un día me preguntaste si había visto alguna vez algo sospechoso durante los años que serví a la familia?

—Sí. ¿Por qué? ¿Es que me has estado ocultando algo? —preguntó perplejo.

—En realidad, sí. Lo siento Andrés. Tenía miedo de contarlo.

Andrés la abrazó y tranquilizó su ánimo acariciando su larga melena.

—No sé si te enteraste de que, más o menos un año antes de marcharnos de la finca, la pobre vieja tuvo un accidente en la cocina.

—Pues no sabía nada —respondió expectante.

—Sí, la desdichada se hizo bastante daño y tuve que llevarla a la ciudad a poner unos puntos. Cuando regresábamos ya era noche cerrada y vimos luz en el invernadero. Tu padre siempre nos quiso muy lejos de esa zona. Yo tenía mucha curiosidad y me acerqué a investigar. Ya sabes cómo soy. —Sonrió ligeramente—. Vi unas plantas con flores moradas. Son algo malo, ¿verdad?

—En realidad, no. Son plantas de opio. Mi padre dice que trajo las semillas desde Filipinas. Con ellas elabora un aceite que toma mi madre para los nervios. Lo consume desde que tengo uso de razón. No puede vivir sin él.

—Pero un hombre se llevó varios botes extraños.

—Sí. Mi padre vende el remanente a las boticas para que puedan fabricar medicinas para los enfermos. Eso no es lo que oculta. Créeme.

—Pues entonces no entiendo nada. Nunca deja a nadie acercarse al invernadero. Además, esa noche amenazó al comprador con una pistola.

—¿Viste eso?

—Sí. Tu padre amenazó a ese tipo y entonces él hizo lo mismo. También llevaba un arma.

—Eso sí que me parece inquietante. ¿Oíste qué decían?

—Muy mal. Estaba lejos. Distinguí alguna palabra. Recuerdo que hablaron de precios y de algo más… A ver si me acuerdo. Sí. El desconocido le dijo algo sobre un fraude, una mentira.

—¿Recuerdas cómo era ese hombre?

—Un poco. Entre treinta y muchos y cuarenta y pocos, alto, pelo claro. No sé si lo reconocería si me lo volviera a encontrar. ¿Te dice algo?

—No. Pero tiene que ser el chantajista. Verás, Elvira, yo tampoco te he contado todo lo que sé. Aquel día te pregunté si habías observado algo inusual en Los Charros porque al inspeccionar las cuentas familiares me di cuenta de que se habían estado desviando fondos desde 1910. Intenté averiguar a dónde se dirigían, pero fue imposible seguir el rastro de ese dinero. Pregunté a mi padre y salió del paso hablándome de inversiones transcontinentales. Le requerí los documentos

y prometió dármelos en cuanto pudiera. No me convenció nada, pero entre la enfermedad de Marina, el jaleo del despacho, mi obsesión contigo… —Le plantó un beso breve en los labios—. En fin, que lo dejé correr. Entonces, antes de mudarme a Casa Gelvira, decidí mandar una carta al Gobierno provincial de Cagayán. No tenía claro que la carta llegara al lugar apropiado y la expectativa de respuesta era muy baja, pero me contestaron hace unos días.

—¿Y qué has descubierto? —interrumpió, ansiosa.

Los ojos azules de Andrés se oscurecieron.

—Allí no saben nada de mi padre ni de ningún Legazpi que no sea el de los libros de historia. No existe ni ha existido ninguna hacienda tabaquera administrada por nuestra familia. Somos unos perfectos desconocidos.

—Y ¿entonces? —dijo Elvira tapándose la boca con las manos.

—Aprovechando uno de sus viajes a la capital, me puse a registrar todos los papeles de mi padre. Quería encontrar los malditos documentos, quizá una escritura de propiedad, algo a lo que aferrarme para no volverme loco. Entonces encontré este viejo mapa. Mira el sello. Está impreso en 1858.

Elvira tomó el mapa entre las manos. Era de la ciudad de Salamanca. Tenía un asterisco y un árbol pintados con tinta en un extremo.

—Ya veo. Es un mapa de la zona. ¿Qué tiene de sospechoso?

—¿Ves el asterisco y el dibujo del árbol?

—Sí. También hay letras y números —comprobó Elvira.

—Son coordenadas. Curiosamente, señalan un punto que está dentro del límite de Los Charros. Así que he estado investigando. Cuando mi padre construyó el invernadero tuvo que talar un alcornoque de grandes dimensiones. Era muy llamativo, por eso algún viejo sirviente se acuerda. Creo que el dibujo corresponde con la ubicación de ese árbol. Y sospecho que justo ahí hay, o ha habido, algo escondido. Es como un mapa del tesoro —añadió sonriendo—. Como imaginarás, es imposible levantar todo el suelo del recinto. Al menos sin llamar la atención.

—Pero eso me hace pensar en las historias que contaba Genara cuando era pequeña. Aquellas sobre los asesinatos de una familia. Recuerdo que decía que esas tierras estaban malditas. Me da miedo pensar que exista de verdad algún tipo de maleficio sobre las personas que habitan en esos lindes —añadió con cierta angustia.

—No lo creo. Eso ocurrió muchos años atrás. Intuyo que tiene más que ver con el pasado de mi padre y Filipinas. Verás…

—¿Sí? —animó a su amado para que continuara.

—Dale la vuelta —sugirió Andrés con un tono intrigante.

En el reverso del mapa había algo escrito. Era una dedicatoria.

«Para Mahika, mi luz, mi amor. Tu soldado siempre:

»Juanjo de la Cruz Berrendo».

—Es una dedicatoria de amor. ¡Qué romántico! Parece antigua. ¿Quién será Mahika? —dijo Elvira con cierta intriga.

—Ahí está el problema. No lo sé. Nunca he escuchado en mi casa ninguno de esos dos nombres. Además, si te fijas bien, la caligrafía y la tinta son distintas a la de las otras anotaciones. Y el mapa estaba escondido a conciencia. Debe ser importante. Todo es muy sospechoso. ¿Por qué tendrá mi padre ese mapa tan viejo? No me consta que estuviera en Salamanca antes que en Filipinas. Intuyo que la clave del misterio está en este trozo de papel. Por eso me fui a Segovia.

—¿Segovia?

—Sí. La palabra soldado podía significar que se trataba de un militar. Igual era solo un apodo, pero, por si acaso, hice una visita al Archivo General Militar de Segovia.

—¿Y?

—Revisé todos y cada uno de los archivos. Me llevó horas y horas. Por suerte, solo encontré un soldado llamado Juan José de la Cruz Berrendo. Nació el 23 de marzo de 1840 en Salamanca. Y ¿a qué no sabes a dónde lo destinaron?

—¿A Filipinas?

—Exacto. Embarcó rumbo a Manila el 2 de junio de 1860 y falleció en Zamboanga, Mindanao, el 6 de abril de 1862.

—Es curioso, desde luego.

—Para mí es más que curioso. Tiene que ser el del mapa. Puede que me esté creando una novela fantástica en la cabeza, pero algo aquí dentro me dice que siga esta pista. Necesito ir a Filipinas, Elvira. Odio dejarte sola en esta situación tan poco halagüeña, pero tengo que descubrir quiénes son estas personas y qué relación tiene o tuvo mi padre con ellas. También necesito pruebas de que la hacienda no existe. Lo necesito para poder enfrentarme a mi padre. Si no, nos arruinará la vida. No quiero que te cases con una mentira. Necesito saber quién soy realmente. Y para conseguirlo, es obligatorio que me vaya.

—¡Llévame contigo! Cierro el mesón ahora mismo y te sigo. No puedo. No quiero quedarme aquí sola.

—Amor mío, la travesía es larga y peligrosa para una mujer. No me podría perdonar que te pasara algo por culpa de esta locura. Se trata de un viaje insensato y quizá no sirva para nada.

—No me importa. Soy fuerte. Asumiré el riesgo.

Andrés miró a Elvira a los ojos y le tomó las manos. Sabía que esa mujer era capaz de cualquier cosa. Que era fuerte y determinada. Y por eso la quería todavía más. Pero la convenció de la conveniencia de que lo esperara en Salamanca. Le prometió volver lo más rápido posible y convertirla en su esposa. No obstante, hasta que llegara ese momento, tendría que guardar en secreto su viaje y las oscuras sospechas que lo habían inducido.

Por desgracia, las líneas marítimas a Filipinas habían ido desapareciendo paulatinamente tras la pérdida de la colonia. Años atrás salían barcos de la compañía Trasatlántica Española cada cuarenta y cuatro días desde Barcelona con paradas en Puerto Saíd, Suez, Colombo, Singapur y Manila. Sin embargo, después del crac financiero de 1929, la compañía tuvo que suprimir la ruta. El barco a vapor Legazpi[24] había realizado el último trayecto en 1930. Andrés tendría que encontrar la manera de viajar cuanto antes a la antigua colonia, aunque esto significara dar la vuelta a medio mundo. Así que, a finales de noviembre de 1932, abandonaba el puerto de Barcelona con un incierto viaje por delante.

Elvira era una trabajadora incansable. El trabajo siempre la había ayudado a olvidar los problemas. Reanudó su actividad en Casa Gelvira como si nada. Estaba inquieta y preocupada por Andrés, pero intentaba que no se notara. Las semanas pasaban y no llegaban noticias suyas. Había cambiado de ayudante, aunque no sabía si la anterior había difundido las habladurías sobre lo que vio aquella noche. Con los cotilleos de los clientes de Novelty hubiera sido más que suficiente, pero se sentía incómoda desde entonces. Ahora contaba con la ayuda de un muchacho que le habían mandado del hospicio para que lo instruyera en el oficio. Era eficiente y discreto. Dormía en la cocina y apenas notaba su presencia. Los meses pasaban y llegó el Año Nuevo. Elvira seguía sin saber nada de Andrés. ¿Habría llegado ya a las Filipinas? La incertidumbre la mortificaba. En enero, los clientes en el mesón eran tan escasos que apenas cubría gastos y, poco a poco, se estaba comiendo los ahorros. Si las cosas no mejoraban pronto, tendría que cerrar. En febrero, su preocupación ni siquiera daba tregua al descanso. Unas grandes ojeras empezaron a bordearle los ojos y un malestar generalizado la consumía. Cuando contó la tercera falta ya no tuvo dudas. Estaba embarazada. Estaba esperando un hijo de Andrés sin estar casados, sola en Salamanca y con las cuentas cada vez más exiguas. La preocupación se convirtió en miedo. Tenía que pensar en algo, y rápido. En marzo, la salud de Elvira mejoró bastante. Sus mejillas recuperaron el color y engordó algunos kilos, aunque todavía no se marcaba la barriga. Sin embargo, la angustia continuaba. Llevaba varios días sin servir ni una comida y se le había acabado el dinero. La quiebra del negocio era inminente. A la angustia por la desaparición de su sustento se le unía la inquietud por la falta de noticias del padre de su hijo. No sabía nada de él y empezaba a temerse lo peor. Llevaba varios días barajando la posibilidad de encontrar un trabajo como cocinera, pero la gestación estaba demasiado avanzada y pronto se la notaría. Además, nadie la contrataría después del escándalo. La situación empezaba a ser desesperada.

Así las cosas, con determinación, metió en la maleta de Genara las pocas posesiones que tenía, devolvió las llaves del mesón a su dueño y se encaminó al asilo de San Rafael, en dónde había oído que ejercía su labor religiosa la hermana Amelia. La hermana la ayudaría. Estaba segura.

---

24 El Legazpi fue un vapor construido en 1904 para la británica Elder Dempster Line, adquirido en 1910 por Trasatlántica para cubrir la línea a Filipinas.

CAPÍTULO XV:

EL BOTÍN

1890

Había sido más sencillo de lo que imaginaban. Julián se había hecho con el carromato del mestizo mientras Matilde recogía el de los Rodríguez, que habían dejado atado a la vuelta de la posada. Llegaron con sigilo a la granja y se dirigieron al cobertizo. Era muy tarde y toda la familia estaba durmiendo. En su fuero interno rezaban para que en el carro hubiera algo de valor. Matilde estaba convencida. No era la primera vez que se dejaba llevar por la intuición y siempre había acertado. El mestizo llevaba algo valioso en el baúl. Estaba segura.

Con esfuerzo, bajaron los bultos de la carreta. Un saco con ropa y un mapa de Salamanca, unas mantas, dos tarros de miel y el extraño baúl. No era muy grande, pero pesaba. Tenía estampaciones con motivos exóticos sobre el cuero y lo cerraba un gran candado de hierro. El hombre cogió una pala y con la punta metálica le propinó un golpe certero. Levantaron la tapa y ambos se quedaron sin habla. No daban crédito a su suerte: varios sacos de monedas de plata, unas bolsitas con piedras preciosas y unos cuantos cientos de pesetas. No vivirían lo suficiente para gastarlo. Los ladrones festejaron su suerte entre risas, besos y abrazos. Podrían saldar su deuda con Demetrio, pagar el préstamo de la granja y empezar juntos una nueva vida. ¡Estaban salvados! Por ahora, cogerían el dinero y pondrían lo demás a buen recaudo. Se les ocurrió que lo mejor sería enterrarlo. Encontraron el sitio perfecto, lo suficientemente lejos de la casa como para que nadie lo descubriera, lo suficientemente cerca como para poder desenterrarlo y cargarlo

en el carro sin demora para huir si fuera preciso. Julián era consciente de que el indio lo reconocería si se lo encontraba de nuevo. Había notado su mirada vengativa cuando escapaba con sus pertenencias. Estaba seguro de que intentaría localizarlo y, aunque no creía que fuera capaz de conseguirlo, sería mejor ser precavido.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo Matilde fue pedir el día libre para ir a ver a su chulo. Julián insistió en acompañarla, pero ella se negó. No quería dar la más mínima razón de sospecha al resto de los Rodríguez. Además, tenía la impresión de que Julián correría más peligro que ella, que estaba tan acostumbrada a manejarlo. Guardó las cien pesetas en una alforja y se dirigió al prostíbulo.

Demetrio recibió sobón a Matilde. La echaba de menos, decía. Empezó a tocarle los pechos y a levantarle las faldas mientras le regalaba el oído. Ella no hizo caso a sus zalamerías, le pegó un manotazo y puso el dinero encima de la mesa.

—Aquí tienes las cien pesetas que dices que te debo. He cumplido con mi parte del trato. Ahora te toca a ti cumplir con la tuya. —Hizo ademán de marcharse.

El rufián no se creía lo que estaba viendo. Era imposible que esa ramera hubiera conseguido tan rápido el dinero. La asió con fuerza por el brazo y se la acercó a la cara. Sus narices casi se tocaban. El aliento le apestaba a licor.

—¿De dónde lo has sacado? ¿Te lo ha prestado ese imbécil?

—Eso no te importa. Tú ya tienes tus cuartos. Yo me largo y todos contentos.

—Dime, ¿cómo lo has conseguido? Recuerda que tengo oídos y ojos por toda la provincia. Si no me lo dices, me voy a enterar de todos modos.

—Pues esmérate en ello —respondió.

Matilde salió de la casa de putas sin mirar atrás. Un escalofrío le recorría la espalda. No se fiaba de ese filibustero. Notó cómo una regurgitación le subía desde el esófago. Después de doblar la esquina vomitó varias veces. Le dolía la tripa y tenía un nudo en la boca del estómago. Ese hombre no iba a dejarlos en paz. Lo presentía. Era urgente que Julián y ella tomaran precauciones, incluso deberían barajar la posibilidad de abandonar Salamanca por un tiempo.

Una vez en la casa buscó la manera de hablar con Julián en secreto, pero su madre y su hermana llegaban de la ciudad en ese momento. Entre risas y canturreos le contaron sobre los vestidos que acababan de encargar a la modista. Julián las había animado a comprarlos. La pequeña Rosa estaba feliz. Las estrecheces siempre la habían obligado a vestir ropa usada y ahora podría lucir vestidos hechos a medida para ella. Estrenaría uno para la fiesta de la Virgen de la Vega, en septiembre, y después tendría otro más elegante para el baile de las águedas. El mismo Julián acababa de encargar varias herramientas para la granja, un hacha y un carro nuevo. Por lo visto, la venta del grano en Peñaranda estaba dando para mucho, anunciaron las mujeres con júbilo. A Matilde le entró tiritera. ¿Cómo podían estar llamando de esa manera la atención? Buscó deprisa a su amante y le hizo un gesto para que se encontraran en el cobertizo.

—¿Estás loco, Julián? ¿Cómo eres tan imprudente? Acabamos de atracar a un hombre y tú te dedicas a gastar dinero como si nada.

—Ese mestizo no va a denunciarnos. Seguro que él lo robó primero. Robar a un ladrón no es lo mismo. Créeme, no hay por qué preocuparse.

—Sí que lo hay. Da lo mismo que pueda o no denunciarnos. Mi cautela es también por Demetrio. Si se entera de que tenemos más dinero no nos dejará en paz. Intentará sacarnos hasta la última moneda.

—Pero le has pagado las cien pesetas, ¿no?

—Ese es el asunto, Julián. Lo hemos subestimado. Y quizá estemos también subestimando al mestizo. Deberíamos irnos de aquí.

—¿Irnos? No pienso marcharme ahora. ¡No voy a dejar a mi familia!

—Pues entonces debemos ser cuidadosos. No gastes ni un céntimo más hasta que pase un tiempo prudencial.

—Bueno, he apalabrado dos caballos. Los voy a recoger la semana que viene.

—Pues échate atrás.

—He dado mi palabra, Matilde. No puedo hacer eso. Además, los necesitamos. Pero no te preocupes. No compraré nada más.

En la casa de los Rodríguez intentaron continuar con sus vidas con más recato, pero ya habían saltado las alarmas. Todo hijo de vecino en Salamanca se preguntaba qué, o quién, le facilitaba a esa familia gastar con tanta soltura. El que les vendió los caballos habló de la transacción en una visita al herrero, y el herrero le contó que él les había vendido una importante cantidad de herramientas. La modista pregonó el encargo de los vestidos. Y así toda la ciudad. Todos informados del derroche de los Rodríguez. Incluso lo multiplicaron, si cabe.

CAPÍTULO XVI:

LA MALDAD SOLO ENGENDRA MALDAD

1910

Leoncio Jumillas había intentado educar a su único nieto al margen del padre, pero no estaba seguro de haberlo conseguido. Se había empeñado en que asistiera a una buena escuela y había empleado gran parte del dinero de la venta de los terrenos de los Rodríguez en su educación. Sabía leer y escribir perfectamente, tenía buenos conocimientos matemáticos y unos modales aceptables. Sin embargo, siempre hubo algo oscuro en él. A veces se preguntaba si era el poder de la sangre lo que lo arrastraba a las tinieblas, o más bien la vida sórdida y violenta que había compartido con su progenitor de pequeñito y que se le había quedado grabada en la memoria. Fuera lo que fuese, el viejo Jumillas se sentía culpable. A veces, los sentimientos de culpabilidad se enquistan y creemos que confesar los hechos que los causaron nos proporcionará alivio. Pero no es así. La verdad, en determinadas circunstancias, encapsula el pecado y lo preserva mejor en el tiempo. La confesión, en estos casos, solo consigue transferir al oyente la virulencia de la falta. O al menos eso pensaba Leoncio hasta que la vejez le empezó a soltar la lengua.

El anciano tenía ya esa edad en la que la realidad y la imaginación se funden en el subconsciente. Siempre fue de contar historietas, pero en los últimos tiempos estas habían tomado un cariz ininteligible. Hablaba de la diosa de la vida y de la muerte, de almas en pena, de la herencia de la sangre, de tesoros escondidos y de secretos. Elías cada vez tenía más claro que estaba perdiendo la mollera y casi no le prestaba atención. Lo miraba a los ojos y asentía como si

hubiera entendido hasta el último detalle. Leoncio sentía que al confesar expiaba sus pecados, pero lo hacía de manera errática. Era evidente que había perdido el juicio. Para Elías significaba un paso más al manicomio, algo de lo que podría sacar partido. Nunca se preocupó demasiado hasta que una noche quiso subir a la cámara a buscar unos cuchillos de plata que habían pertenecido a su padre. Su padre, un desconocido que lo abandonó en esa casa, a él y al maldito juego de cuchillos, su única herencia. Su abuelo le contó que los tenía guardados para él. Para cuando formara una familia. Una familia, ¿para qué? Sabía que su progenitor no fue buena persona, que se enriquecía con negocios indignos. El viejo se lo repetía una y otra vez. Como si fuera a servir de algo. Sentía que llevaba amarrada la maldad de su padre. No podía evitarlo. Quizá ese fuera su verdadero legado.

Apenas le creció la barba, ya era habitual en los locales de mala reputación y rara vez terminaba la juerga sin enfrentamientos. Bebía más de la cuenta, apostaba, fumaba opio y a diario se acostaba con putas a las que luego maltrataba. Los estudios que se había esforzado en proporcionarle Leoncio solo le sirvieron para llevar muy bien las cuentas de los despilfarros y entender que necesitaba una buena fuente de ingresos para mantener sus vicios. Estaban las propiedades de su abuelo. Algún día serían suyas. Pero el muy perro se aferraba a la vida. Quedaba la opción de encerrarlo y asumir su tutela. Sin embargo, el viejo parecía más cuerdo cuando se dirigía a terceras personas. Entonces nunca hablaba de tesoros o de fantasmas. Envenenarlo era la última opción, pero no lo descartaba. De momento, buscaría los condenados cuchillos e intentaría sacar un buen pellizco por ellos. Eran valiosos. Los empeñaría.

La trampilla de acceso estaba cerrada con un candado. Era demasiado grueso y no se podía forzar. Intentó encontrar la llave. Rebuscó en los armarios, los cajones, las alforjas y hasta en las ollas, pero la llave no aparecía. Probó a sonsacar al anciano, pero lo pilló en un momento de lucidez y se negó a dársela. La necesidad de opio le provocaba temblores y espasmos que iban en aumento hasta que volvía a fumar. La noche anterior había compartido su última dosis con una fulana. No debería haber sido tan generoso. Total, era una simple guarra. Ahora pagaría caro su derroche. Agarró a su abuelo por el cuello y presionó unos segundos. Leoncio movía los brazos intentando zafarse del torturador, pero le fallaban las fuerzas. Elías permitió que tomara aire un momento y volvió a apretar. A la cuarta vez, el viejo, exhausto, le reveló el escondrijo de la llave y rezó a Dios para que no encontrara lo que allí ocultaba desde aquella espeluznante noche en la que su hijo se presentó ante él manchado de sangre.

TERCERA PARTE:
HISTORIAS QUE SE CRUZAN

CAPÍTULO XVII:

LOS HUÉRFANOS

Benicio Gutiérrez Reina era un montehermoseño que había venido al mundo en el seno de una familia de comerciantes. Sus padres regentaban la única tienda de ultramarinos de la zona. Eran personas instruidas y trabajadoras y, gracias a ello, Benicio gozó de una primera infancia sin carencias. Era de los pocos niños afortunados a los que premiaban con golosinas si un día conseguía dar dos nuevos pasos o lo dejaban a cargo de una tata en las horas de mayor ajetreo. Tenía su propia tacita de porcelana con el nombre grabado y una esclava de oro le sobresalía de entre las lorzas de la muñeca. Su padre, de ideas liberales, publicaba artículos de opinión en el semanario *El Norte de Extremadura* y era muy respetado en toda la provincia.

En la tienda se vendían algunos productos de ultramar y las mejores ofrendas de la tierra: miel, jamón, frutos secos, dulces, queso… Pero también telas, hilos y todo tipo de artilugios. Y, a pesar de que era un comercio modesto, a Benicio nada le faltaba. Por desgracia, la situación de muchos de sus vecinos era muy diferente. A finales del siglo XIX, los pueblos de Extremadura estaban bastante atrasados. En Montehermoso las calles no tenían alcantarillas ni empedrados. Si una borrasca descargaba sobre el municipio, la lluvia se estancaba en la calzada y llenaba todo de charcos y barro. Muchos lugareños convivían en sus casas hacinados con los animales, y no abundaba el agua potable. No era extraño que los niños murieran de hambre y que tuvieran que enfrentarse a enfermedades mortales, como el paludismo, que se extendía sin que nadie pudiera evitarlo. La familia de Benicio, sin embargo, prosperaba.

El 27 de enero de 1901, unos días antes de que Benicio cumpliera cinco años, el infortunio llamó a su puerta. Plácida, su mamá, la amable tendera del vestido de lunares, la esposa cariñosa, murió al dar a luz a su segundo hijo, Valentín. En esos aciagos días, la aflicción invadió el otrora alegre hogar de los Gutiérrez. El pequeño necesitaba a su madre, pero le contaban que había decidido marcharse con Dios. Entonces buscaba a su padre y lo veía de un lado para otro con el bebé en brazos, sin saber cómo calmar su llanto, desesperado. Buscaron una criandera, más Valentín seguía voz en grito. Manuel, deshecho por la muerte de su mujer, desbordado por las exigencias del bebé, incapaz de volver al trabajo, sin fuerzas para hacer frente a la fatalidad, enfermó sin remedio. El día de Navidad de ese mismo año, once meses después que Plácida, abandonó este mundo para siempre, dejando a las dos criaturas huérfanas.

A Valentín lo llevaron a la casa cuna de niños expósitos de Plasencia mientras que a su hermano mayor, a punto de cumplir los seis años, lo trasladaron a la Casa de la Misericordia, en donde permaneció hasta los doce. El colmado fue desmantelado y los pocos bienes de los niños se entregaron al orfanato para su manutención. Teniendo en cuenta los problemas de epidemias y hambre que se encadenaron durante esos años, casi fue un milagro que ambos niños sobrevivieran, pero lo hicieron, si bien su vida amable se marchó para siempre.

El primero de febrero de 1908, don Elicio, el director de la inclusa, llamó a Benicio a su despacho.

—¡Hola, Benicio! Supongo que te imaginas el motivo por el que requiero tu presencia —dijo con tono seco.

El muchacho asintió inquieto.

—Ha llegado el momento de que abandones este lugar y salgas al mundo —continuó mientras se atusaba el bigote, estirándolo hacia arriba—. Lo que hagas con tu vida a partir de ahora dependerá solo de ti. Tienes que saber que el demonio pondrá tentaciones en tu camino y tendrás que ser capaz de vencerlas.

Benicio continuaba escuchando al director con los ojos muy abiertos, retorciendo con la mano la punta de la camisa.

—Vas a coger una muda completa y la metes en esta bolsa —añadió alcanzado una vieja alforja de tela—. Luego te acercas a la cocina y que te preparen un poco de pan y queso para el camino —prosiguió hierático—, y aquí tienes la taza de tu nacimiento. Es lo único que te quedó de herencia. La conservamos para ti. Es tuya. Puedes cogerla.

—Sí, señor director —pudo por fin contestar el chiquillo mientras se encaminaba hacia la puerta.

—¡Espera! —gritó el hombre de repente, que se acercó a él levantando el puño. Benicio pegó un respingo pensando que le iba a dar un pescozón, como tantas otras veces, y casi pierde el equilibrio. Entonces don Elicio abrió la mano y le mostró unas monedas—. Esto es para que

aguantes unos días. Utilízalo con cabeza y que Dios te acompañe. —Dicho esto, se acercó al muchacho, le instó a que se marchara y cerró la puerta.

Benicio tardó varios días en llegar a Madrid. Al principio no sabía qué hacer con su vida. Tenía dos pesetas, dos camisas y una gorra, al margen de lo puesto, y su tacita de porcelana. Primero visitó su antiguo pueblo y no reconoció a nada ni a nadie de su pasado, así que decidió viajar a la capital a probar suerte.

Cuando el pequeño montehermoseño descendió del vagón en la Estación de Mediodía y puso por primera vez sus pies en suelo madrileño, se asustó mucho. Era apenas un chiquillo que nunca había salido del hospicio. Le abrumaban los tranvías, el exceso de circulación, los carros de caballos. Todo era ruidoso y ajetreado. Primero se acercó a la Puerta del Sol. Los edificios en esa zona eran majestuosos. Miró hacia arriba y distinguió el nombre de uno de ellos: el Grand Hotel París. Permaneció unos instantes en silencio, deslumbrado por la elegancia de la construcción. Tenía grandes balconadas con toldos y un café en la planta calle. Las mujeres lucían vestidos refinados y los caballeros, trajes oscuros muy bien cepillados y sombreros de copa o bombines. Cruzó hacia el otro lado de la plaza para ver el escaparate de una gran confitería. Sus enormes ojos se detuvieron sobre la gran variedad de dulces y hojaldres que ofrecía. Empezó a salivar y por un segundo pensó en entrar y comprar uno de esos exquisitos manjares, pero lo descartó. Gastaría parte de su dinero y no podía permitírselo. Prosiguió deambulando por las calles durante horas, deleitándose con cada pequeño descubrimiento. Varias veces estuvo a punto de ser atropellado. Estaba tan ensimismado… No calculó el tiempo y al final del día, cuando los rayos de sol empezaron a ocultarse, cayó en que no tenía dónde dormir.

Había llegado a una zona diferente de la ciudad. Parecía más humilde. Allí no se veían grandes cafés ni tiendas elegantes. Los vecinos llevaban atuendos más toscos. Sin embargo, el jaleo era todavía mayor. Muchos niños corrían y jugaban por las calles, la mayoría más jóvenes que él. Había hombres arrastrando carretillas y mujeres que portaban cestos. Una imagen borrosa de su infancia apareció en su cerebro. Estaba a la orilla del río Alagón y sus padres lo acompañaban. Plácida recogía flores y las colocaba dentro de un canastillo de mimbre. El sol brillaba con fuerza y le hacía daño en los ojos, así que su mamá le ponía una gorra sobre la cabeza mientras bromeaba sobre algo que no conseguía recordar. Levantó la mirada hacia el cielo. La luz iba a desaparecer en cualquier momento. Los chiquillos estaban regresando a sus casas y las calles empezaban a vaciarse. Tenía que encontrar un lugar para dormir o moriría de frío. Una voz bronca salió de una de las ventanas.

—¡Eh, chaval! ¿Qué estás mirando? ¿Se te ha perdido algo por aquí? ¿No crees que ya es hora de que te marches a tu casa?

—No, señor, digo, sí, señor. Ahora mismo me voy. Solo estaba intentando decidir qué camino debo tomar —contestó enseguida.

—¿Cuál es tu dirección?

—Pues es que… no lo sé, señor. Acabo de llegar a Madrid.

Desde dentro de uno de los portales apareció un hombre bastante fuerte. No era ni joven ni viejo. Se acercó despacio, como calculando las posibilidades de que el muchacho fuera un delincuente o un pobre diablo. Parecía lo segundo.

—¿Has venido solo? —añadió entre perplejo y molesto—. ¿Conoces a alguien aquí?

—En realidad, no. Estoy buscando trabajo.

—¿Trabajo a estas horas? ¿Es que quieres morirte congelado? Anda, vente conmigo a casa. Mi mujer está preparando un caldo para cenar. Puedes tomar un poco y luego te bajas a dormir al taller. Tengo un jergón para descansar en verano porque es el sitio más fresco de la casa. También en invierno, la verdad. Pero te daré una manta. Venga, vamos que ya está muy oscuro.

Benicio no sabía qué hacer. Le daba miedo meterse en la casa de ese desconocido, pero lo del caldo le había sonado a música celestial. Además, no tenía alternativa.

—De acuerdo. Muchas gracias. Aceptaré su oferta. Mañana me marcharé. No se preocupe.

—Bueno, de eso ya hablaremos. Por cierto, me llamo Ramón. ¿Y tú?

—Benicio —contestó ya más tranquilo.

—Pues vamos, Benicio, que me estoy quedando helado.

El hogar de Ramón estaba situado en la calle Gravina. Era un piso minúsculo. Para llegar a la puerta principal había que atravesar una corrala coloreada con ropa tendida y barandas plagadas de macetas con plantas. En los descansillos pululaba el olor a cocido, a tortilla de patatas y a repollo por igual. Nada más entrar en el domicilio de Ramón se veía una exigua cocina a la izquierda en la que una mujer menuda cocía algo que olía de maravilla. Su pequeño cuerpecillo cabía a duras penas en el cubículo, así que, sin querer, asomaba graciosamente el trasero cada vez que se agachaba a coger algo del armario inferior. Benicio se obligó a apartar la mirada. No era propio de un invitado examinar así a su anfitriona. A continuación, una salita con una mesa y varias sillas, una de ellas llena de revistas y periódicos apilados. Un aparador con un par de quinqués y un brasero completaban la estancia. A la derecha de esta, dos cuartos separados por sendas cortinillas y ya estaba todo visto. Tres niños llenos de mocos salieron como demonios en cuantito vieron los cuencos de la sopa sobre la mesa. La madre les propinó un cariñoso manotazo en las manos, negras como el carbón.

—¡A la cubeta a lavarse esas manos o no hay cena! —gritó con una energía que jamás hubiera esperado de un ser tan diminuto—. Y tú —le inquirió a su marido—. ¿Qué se supone que vamos a hacer con este chiquillo? Si no tenemos sitio ni para nosotros cinco.

—Pues tendrá que haberlo. Está solo en Madrid y no tiene a dónde ir —le explicó a su mujer.

—¿No tienes familia, muchacho?

—Se llama Benicio. Y creo que me va a venir muy bien para el taller —interrumpió Ramón.

La mujer observó al rapaz. Su expresión la enterneció, pero perseveró en su firmeza.

—Pues hale, Benicio, a lavarse las manos o no hay cena, que aquí todos tenemos las mismas normas. —Y dio un respingo.

Benicio se sintió aliviado. Eran buenas personas. Estaba convencido. Tomó el caldo y un buen trozo de pan. Bajó al taller y se echó sobre el colchón. Inmediatamente se quedó dormido.

A partir de ese día todo cambió en la vida del chico. Iba con Ramón a los avisos como aprendiz y seguía todos y cada uno de sus pasos. Desayunaba con él, comía con él y se acostaba a la misma hora que él. Durante los años de orfanato, y a pesar de las dificultades que le suponía, Benicio se había aplicado mucho en las clases. Sabía leer y escribir, además de tener conocimientos de cálculo e historia. Ahora todos esos estudios eran muy bien recibidos y Ramón estaba encantado. Trabajaban todos los días de la semana excepto los domingos. Entonces, y solo después de misa, se acercaban al bar de la esquina a tomar unos chatos de vino. Luego Angelita preparaba un buen cocido. Cuando la sobremesa terminaba, Benicio se retiraba al taller y leía todo aquello que caía en sus manos: los periódicos *El Día de Madrid*, *El Correo Español* o *El Socialista*, la revista *Blanco y Negro*… No le importaba la línea editorial. Pero también leía libros, como *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, o las *Rimas y leyendas* de Bécquer. Cualquier lectura era buena para instruirse. A última hora echaba una mano con la cena y con los niños antes de retirarse a descansar.

Así pasaron los años y Benicio se convirtió en un joven culto y educado. Era feliz con esa encantadora familia a la que había llegado a querer tanto como si fuera la suya. Ya podía desempeñar los avisos de fontanería sin ayuda, y al multiplicar los trabajos, también se multiplicaron los ingresos. Habían cambiado la casa y el taller a otro edificio en el popular paseo de las Delicias. El nuevo emplazamiento estaba más alejado del centro, pero era más grande y moderno. Tenía hasta un cuarto adicional para Benicio. Desde el estallido de la gran guerra europea, en la que España se mantuvo neutral, la situación económica del país había mejorado y también la de las familias. El desarrollo urbanístico de este sector de la ciudad, en gran parte habitado por los empleados del ferrocarril, había animado a pequeños comerciantes y profesionales a establecerse con sus modestos negocios. Todo iba sobre ruedas, pero había algo que enturbiaba la dicha: Valentín. Benicio necesitaba ocuparse de su hermano, pero le parecía un abuso pedirle ayuda a Ramón. Así que, una mañana de domingo, después de haberse entonado con unos vasos de tinto, comunicó a su maestro que pronto se independizaría.

Con su antigua alforja al hombro y un buen puñado de monedas, fruto de sus ahorros, abandonó el hogar del paseo de las Delicias entre los abrazos de Angelita y los suspiros de los chiquillos que se resistían a dejarlo ir. Cerró la puerta lloroso, preocupado. Sabía que los iba a echar mucho de menos. Miró por última vez hacia la ventana. Se secó las lágrimas con la manga de la camisa y enfiló la calle.

El final del conflicto bélico en Europa añadió nuevos problemas al país. El frenazo de los ingresos que suponía el abastecimiento de los países en guerra, unido a la gran cantidad de bajas por la pandemia de gripe, generalmente jóvenes en edad de trabajar, se tradujo en una profunda crisis económica y social.

Benicio había montado su propio taller y tenía a Valentín como ayudante. Se habían instalado en Carabanchel Bajo, procurando no hacer la competencia a Ramón. Allí eran los únicos fontaneros y recibían muchas llamadas para solucionar averías. Como eran dos jóvenes solteros sin familia, se apañaban bastante bien.

Se acostumbraron a esa forma de vida sencilla que, para ellos, después de lo que habían pasado en su infancia, era de lujo. Un sabroso plato de legumbres en la mesa, unos chatos los domingos y una buena cama en donde caer rendido eran más que suficiente. Sin embargo, a pesar de que los hermanos extremeños cada vez tenían más trabajo, jamás ahorraban ni una peseta. En el país, la escasez se generalizó. El barrio en el que vivían era pobre. Las familias tenían lo justo para comer y demasiadas no podían permitirse ni pagar a un fontanero. Muchas fueron las veces en las que Benicio y Valentín trabajaron gratis, posponiendo el cobro a un futuro más prolífico que nunca llegaba. Y muchas más después del verano de 1919, en el que un terrible incendió abrasó siete casas en la zona. Más miseria para los miserables, pensaron. Así que Benicio y Valentín decidieron cambiar de nuevo el rumbo de su vida.

CAPÍTULO XVIII:

EL PRIMO BELTRÁN

Beltrán Salazar era sobrino de Francisca, la mujer de Cecilio. Era el menor, con varios años de diferencia, de cuatro varones. Los cuatro eran el paradigma del hombre rudo de campo, musculosos, robustos y grandotes. Cuando Beltrán nació, sus tres hermanos mayores ya ayudaban a su padre en la granja que tenían arrendada a las afueras de Béjar.

Beltrán pensaba que había venido al mundo en el lugar y el momento equivocados. Era fortachón, sí, pero de modales delicados. También le gustaba el campo, pero para disfrutar del aroma de las flores, paladear el gusto de sus frutos o relajarse sobre el heno mullido. Nunca soportó el duro trabajo que significaba explotar una granja de ovejas. Desde muy niño, y con la excusa de ser el pequeño de la casa, se escabullía de todos los trabajos que podía. Sin embargo, se ofrecía voluntario para acompañar a su madre al mercado. Le encantaba visitar los puestos de verduras y charlar con los comerciantes. Disfrutaba eligiendo los tomates o viendo los tenderetes de abalorios. Algunas tardes terminaban el mercadeo tomando un vaso de leche en la casa cuartel en donde vivía su tía.

La primera vez que vio a Elvira estaba lavando los pañales de sus primos en un barreño de aluminio. El sol se colaba por la ventana y se reflejaba en su larga coleta castaño–rojiza. Le sorprendió ver a una niña tan pequeña, poco mayor que él, frotando con tanta energía. Francisca la presentó como su hijastra sin ocultar su desprecio. Pasaron a la salita y allí volvió a aparecer la niña a servir los vasos de leche. Nunca olvidaría los insultos de su tía cuando tiró, sin querer, la bandeja al suelo. La pobre no podía con el peso. Era tan poquita cosa. Debía tener poco más de

siete años. Enseguida retiró los desperfectos y fregó con mucho esmero el suelo. Francisca continuaba gritándola. Ese día fue consciente de que la vida no era justa para nadie. Y que, si él miraba al mundo con desánimo, mucho peor sería para esa pobre niña.

Desde aquel momento, cada vez que Beltrán visitaba a los Martín, dejaba a las dos mujeres con sus cotilleos en la salita y corría a la cocina a ayudar a Elvira. Juntos lavaban pañales, cortaban patatas, sacaban brillo a las ollas. Lo que hiciera falta para que Francisca se sintiera satisfecha, aunque nunca conseguían que lo estuviera del todo. Los dos primos hicieron mucha amistad. Mientras realizaban la faena charlaban sobre sus sueños. Los dos se sabían fuera de lugar. Los dos aspiraban a hacer grandes cosas. Elvira quería ser maestra, como su madre. Beltrán soñaba con vivir en la capital y divertirse comprando en sus tiendas o asistiendo a algún estreno en el cine o en el teatro. Se veía siendo actor de cine. Quizá un nuevo Max Linder[25]. Para ello tendría que pensar en algo a lo que dedicarse que no fueran las malditas ovejas. Sus padres ya tenían a sus tres hermanos. ¿Para qué lo querían a él?

Cuando el tío Cecilio murió, se multiplicaron los encuentros en la casa. Su madre estaba muy preocupada por la tía Francisca y la visitaba muchas tardes con galletas o magdalenas para que se animara, pero Beltrán cada día tenía menos excusas para librarse del trabajo de la granja y dejó de ir. Una tarde, consiguió convencer a su madre para que le dejara llevar el cesto con los dulces. Esa vez había añadido varios botes de conserva y pesaba mucho. El chico estaba deseando ver a su prima y contarle sus nuevos proyectos. No la encontró por ningún lado. Preguntó por ella, pero todos en la casa le dieron respuestas vagas. No supo la verdad hasta muchos años después, cuando descubrió que Elvira había inaugurado un mesón en la plaza de Colón y fue a reencontrarse con ella.

Perder el rastro de su prima afligió mucho a Beltrán. Elvira era la única persona con la que sentía que podía ser él mismo. Con ella no tenía que fingir que era un burdo campesino dispuesto a esquilar ovejas sin descanso ni que ocultar su gusto por lo delicado, lo elegante e incluso lo frívolo. Sus padres lo despreciaban por eso. Igual que a ella la despreciaban por haber sido fruto del amor verdadero. En realidad, Elvira era mucho mejor que el resto de sus primos. Más lista, más trabajadora, más ambiciosa. Al desaparecer ella, había desaparecido también la única persona que lo animaba a buscar su lugar en el mundo.

Beltrán tardó algunos años en decidir que tenía que largarse. Sabía que debía hacerlo, pero siempre encontraba alguna razón para no dar el paso. Por entonces, sus tres hermanos ya eran esposos y padres. En las cenas familiares siempre le reprochaban que no quisiera formar una familia y él esquivaba como podía la reprimenda. Estaba seguro de que solo una familia podía convertir la odiosa vida del campo en definitivamente insufrible. Tenía claro que no quería mujer, ni hijos, ni nada que se le pareciera. Así que solo le quedaba huir. Una mañana cogió varias monedas que había ahorrado y algo de ropa y desapareció. Ni siquiera se despidió. ¿Para qué? Había llegado el momento de encontrar su camino.

En 1929, Madrid era una ciudad en crecimiento en la que siempre se estaba cimentando algo. En otoño se iniciaron las obras del aeropuerto de Barajas, un proyecto que iba a necesitar un elevado número de obreros de la construcción. Las obras interminables de la lujosa Gran Vía proseguían. No tardó Beltrán, joven y musculoso como era, en encontrar un puesto de albañil. Estuvo varios años saltando de una obra a otra por toda la capital. Nunca le faltaba trabajo. Así que algunas noches se permitía visitar los sitios con los que siempre había soñado: las cervecerías de la plaza del Príncipe Alfonso, El Oro del Rhin o el restaurante Villa Rosa si quería comer algo caliente. A veces compraba entradas para una proyección en el cine Avenida o en el Callao, seguida de un paseo por la Gran Vía. Otras noches, sin embargo, prefería disfrutar de la cálida brisa estival tomando un café en la terraza del Negresco. No tenía familia ni obligaciones y podía permitirse ciertos caprichos.

Un día de noviembre de 1932, un compañero de trabajo invitó a Beltrán a ver un combate de boxeo. Jamás había asistido a ese tipo de espectáculos, pero se estaban poniendo muy de moda en Madrid y le pareció una buena forma de pasar el tiempo. Era un combate de peso wélter en el recinto del Jai Alai entre Martín Oroz y José de la Peña. Beltrán quedó impresionado. Se trataba de un deporte violento, pero, sin saber por qué, atrayente. Había algo en esos cuerpos sudorosos, en esa lucha brutal, que lo atraía. Fue entonces cuando, de una manera casual, conoció a un empresario del mundo pugilístico. Nada más ver a Beltrán, con su apabullante metro noventa y cinco, tan atlético por los esfuerzos en la granja y el andamio, le propuso entrar en su equipo. Tardó menos de dos meses en tener su primer combate de pesos pesados. Lo ganó en el segundo asalto por *KO*. Después vinieron nuevos combates y campeonatos en el Iris Park y la plaza de toros Monumental de Barcelona, Madrid, París, Italia. Su carrera deportiva despegaba.

Al boxeador le gustaba saborear cada triunfo. Había logrado romper para siempre con su pasado pueblerino y se sentía orgulloso. No así sus padres y hermanos, que nunca respondieron a las cariñosas cartas en las que incluía recortes de periódicos y revistas que difundían sus éxitos. Una noche bebió más de la cuenta. Estaba celebrando que su nombre ya aparecía al lado de los grandes, como Max Schmelling o Paulino Uzcudun. Había reservado una mesa en el local nocturno de moda. El Dancing Casablanca acababa de ser inaugurado y era lo más moderno que existía en la capital. Decían que había sido diseñado al puro estilo de Hollywood por Luis Gutiérrez Soto, el mismo arquitecto del aeropuerto de Barajas. En la entrada se erguía una palmera gigante iluminada que daba la bienvenida a un mundo extravagante, decorado con variedad de plantas y animales exóticos. Mientras los clientes tomaban una copa podían escuchar el chillido de los monos y el canto de los pájaros multicolor, pues había una vitrina gigante repleta de ellos. También contaba con juegos de agua y una gran orquesta que presidía la pista de baile sobre una plataforma giratoria que, a su vez, estaba rodeada de mesas y sillas. Y, para rematar tanta innovación, el techo se podía descorrer con un automatismo, dejando al aire libre la sala durante el verano.

Beltrán estaba sentado en una butaca muy cerca de la fuente. Tenía la espalda reclinada hacia atrás, las piernas cruzadas y los brazos sujetándole la cabeza. Con su esmoquin nuevo y sus zapatos de tafilete se sentía una estrella de cine. Exhalaba el humo de un cigarro cuando se le acercó un joven de aspecto aristocrático. Iba impecablemente vestido y peinado y despedía un suave aroma a ámbar almizclado. No sabía por qué, pero el corazón se le aceleró.

—Buenas noches. Usted es Beltrán Salazar, el boxeador, ¿verdad? Me llamo Adolfo. Adolfo Aróstegui. —Le ofreció la mano para que la estrechase.

—Sí —contestó mientras apretaba la mano del joven.

—¿Espera usted a alguien? ¿Me permite? —preguntó señalando la butaca de al lado.

—No. Estoy solo. Puede usted sentarse si le apetece.

—Estaba bailando con mi amiga Ana —dijo mientras miraba hacia la pista de baile y saludaba a una jovencita que se movía locamente al ritmo de la música— y lo hemos utilizado a usted para apostarnos una botella de espumoso. Le pido disculpas por la osadía —dijo sonriendo y mostrando una dentadura perfecta.

—Y ¿quién ha ganado la apuesta? Ya que soy el objeto de esta, me gustaría saberlo.

—Un servidor. Por supuesto. Jamás olvido una cara, y menos un cuerpo.

Beltrán percibió cierto tono de flirteo en las palabras del hombre. Se notó intimidado, pero desterró esa sensación con premura.

—¿Me ha visto boxear? —preguntó Beltrán.

—Sí, una vez. Dejó *KO* a su adversario. Muy revelador. Tendré cuidado de no enfadarlo. ¿Puedo invitarle a una copa? Me parece lo justo, ya que me ha hecho ganar una botella entera. —Levantó la mano para llamar al camarero.

El púgil estaba intranquilo. Había algo en Adolfo que lo incomodaba. A pesar de ello, se descubrió aceptando su invitación. Ya llevaba algo de alcohol en el cuerpo, así que en pocos minutos empezó a relajarse. Estuvieron charlando mucho rato. Intercambiaron impresiones sobre el ocio nocturno de la ciudad, los locales de moda, los nuevos cócteles que llegaban de fuera… todo trivialidades, lujo y desenfreno. Beltrán se percató de que su interlocutor era doctor en la forma de vida que a él tanto lo fascinaba. Escuchaba ensimismado cada anécdota, cada comentario suyo. Después de la cuarta copa, el joven le ofreció cocaína. Ambos fueron a un lugar más apartado para poder drogarse con algo de intimidad. Adolfo no paraba de rozar a Beltrán. Le tocaba los hombros, la mano, el cabello. Al principio, el boxeador se encontraba un poco incómodo, pero poco a poco se fue calmando. Estaba celebrando su último triunfo. Nunca había experimentado las drogas y nada se lo iba a estropear. La noche prometía.

Al cabo de un rato apareció Ana. Venía tarareando una canción y moviendo las caderas de un lado para otro. Fumaba un cigarrillo con boquilla.

—¿Has guardado un poco de polvo para tu Anita? —preguntó mientas cacheaba a Adolfo.

Adolfo asintió besándola en la boca y ella le correspondió con un beso más profundo.

—Yo, en realidad, ya me marchaba —interrumpió Beltrán, molesto. Se levantó. Se colocó la chaqueta del esmoquin y se dirigió a la salida. Cuando ya casi estaba fuera apareció el joven.

—¿Le veo mañana por aquí? Viene una nueva orquesta y no me lo quiero perder. Estará divertido.

—No lo creo —contestó Beltrán con disgusto.

—Le esperaré de todas formas. Ana no puede venir y estaré solo. Si no viene, me condenará a una noche tremendamente aburrida. Cuento con usted para evitarlo. —Y le guiñó un ojo.

Beltrán se encaminó a la puerta. Se puso la gabardina, pues estaba empezando a llover, y abandonó a pie la antigua plaza del Rey, ahora llamada de García Hernández. Estuvo caminando bajo la lluvia, Gran Vía arriba, Gran Vía abajo. Necesitaba apaciguar una extraña sensación que había experimentado. ¿Había sentido celos cuando Adolfo besó a la muchacha? ¿Por eso se había sentido forzado a salir huyendo? Sin saber cómo se encontró frente a la puerta de su pensión, empapado. Habían pasado horas. No pegó ojo en toda la noche.

Al día siguiente, Beltrán fue a entrenar como todos los días, pero albergaba un ardor en el pecho que no le permitía rendir lo necesario. El entrenador lo riñó en varias ocasiones. Había dormido poco y mal, bebido demasiado y esnifado cocaína. Estas circunstancias no podían repetirse. Un deportista necesita una buena forma física y a eso debía dedicar sus esfuerzos, se repetía a sí mismo. Sin embargo, una terrible sospecha le invadía la razón. Cuando acabó la jornada regresó a casa dispuesto a descansar. Se quitó los zapatos y la chaqueta, tomó una cena rápida y se tumbó sobre la cama. Estaba agotado. Necesitaba dormir y dejar de pensar. De repente, la casera anunció la visita de alguien. Cuando acudió para ver quién era no daba crédito. El joven del Casablanca estaba frente a él vestido de esmoquin, extremadamente gallardo, dispuesto a pasar otra noche de excesos. Ni siquiera sabía cómo había conseguido sus señas. Pero ahí estaba, esperándolo.

Esa noche Beltrán volvió a pasarse con el alcohol, pero no probó la cocaína. Adolfo y él cantaban y contaban chistes. No dejaron de reír en todo el rato. Para el provinciano fue una noche mágica. Allí estaba, en el mejor local de la capital, deleitándose con la música de una gran orquesta, codeándose con lo más selecto de Madrid. Sentía que una gran nube lo izaba al cielo. Y no sabía si era por esa sensación de levitación, tan novedosa para él, o por la mezcla de los licores, pero se sorprendió mirando a los ojos a su amigo y asintiendo a prolongar la velada en un lugar más íntimo.

Adolfo tenía un apartamento muy cerca de la Gran Vía. Estaba decorado con detalles lujosos y atrevidos. Un par de estatuillas de mujeres desnudas y un gran falo de bronce presidían el salón. Las cortinas eran de raso granate. Las corrió nada más entrar, dejando la estancia más íntima. Encendió una pequeña lamparilla que había sobre la mesita, junto al sofá estilo chéster. Una luz cálida irrumpió en la sala. Parecía más un elegante prostíbulo que el hogar de un joven soltero. Sirvió dos copas de coñac y le pasó una al boxeador. Beltrán se la bebió de un trago. Adolfo le

sirvió otra. Se la volvió a beber. Entonces, de repente, Adolfo posó la mano sobre la entrepierna de su amigo y empezó a moverla con descaro mientras su mirada lo exploraba. Beltrán creía que se moriría si continuaba dejándose hacer. Pegó un brinco, cogió la gabardina y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Aquella noche Beltrán fue consciente de la razón por la que nunca se había enamorado de una mujer. Por supuesto que había mantenido relaciones sexuales con alguna. Era humano y de vez en cuando necesitaba un respiro. Pero nunca se había sentido atraído por ninguna en especial. No de la manera que se sentía atraído por Adolfo. Y eso le daba miedo. Mucho miedo.

Adolfo se presentó a buscar a Beltrán la noche siguiente y la siguiente a la siguiente, pero Beltrán no lo recibió. Necesitaba analizar lo que le estaba pasando y no quería verse arrastrado a lo que todo el mundo consideraría un amor contra natura. Llegaron semanas terribles. Sentía que iba a explotar. Por suerte, toda esa tensión que le consumía el alma la liberaba en sus entrenamientos. Necesitaba agotar cuerpo y mente, y parecía que lo estaba consiguiendo. Fue entonces cuando recibió la carta de Elvira. Su traslado a Madrid le suscitaba alarma. Intuía que su prima tenía problemas. Sin embargo, se le presentaba una gran oportunidad para olvidarse de Adolfo. Si su prima necesitaba ayuda, se concentraría en aportársela.

---

25 Max Linder fue un cómico de cine mudo francés que hizo su primera película en 1905. Se trata de un actor injustamente olvidado, ya que hasta Charles Chaplin se consideró su discípulo.

CAPÍTULO XIX:

EL NACIMIENTO DE ANDRESITO

1933-1934

Elvira dio a luz en el verano de 1933, cuando los calores de agosto empezaban a ceder. Había sido un parto rápido y fácil y Dios la había bendecido con un varón fuerte y hermoso. Lo llamó Andrés en honor a su padre desaparecido y siguió rezando cada noche para que algún día se presentara ante ella, sano y salvo, y pudiera conocer a su hijo. Durante su estancia en el convento recibió la visita de la hermana Amelia en varias ocasiones interesándose por el desarrollo del embarazo y el estado de ánimo de la gestante. En algunas de sus visitas traía noticias de la ciudad. Las nuevas bodas, los eventos sociales, cosas así, mas ninguna sobre el padre de su hijo, aunque Elvira no perdía la esperanza. Un día la hermana se enteró de una noticia desagradable que prefería posponer. Ya después del parto, y viendo que el bebé y la parturienta lucían un aspecto bastante saludable, decidió poner a Elvira al día mientras amamantaba al hijo.

—Ay, mi niña, tengo algo que contarte, y no te va a gustar nada.

A la nueva madre le dio un vuelco el corazón y no estaba segura de querer escucharlo.

—¿Le ha pasado algo a Andrés?

—¿A Andrés? No lo sé, la verdad. Nadie le ha vuelto a ver desde que te dejó tirada en el mesón.

—No me dejó tirada. Fue a investigar un asunto de vital importancia. Aunque me temo que algo ha fallado en sus planes —contestó conteniendo las lágrimas.

—El que está ahora rindiendo cuentas a nuestro Señor es su padre, don Isidoro. No quería decirte nada hasta que no naciera el niño, pero falleció hace unos veinte días. Ya está bajo cristiana sepultura. Dios lo tenga en su gloria —añadió la hermana santiguándose.

—La verdad es que me es indiferente. No me entienda mal, hermana, no soy una insensible, pero nos ha hecho mucho daño. Todo lo que estoy pasando es por su culpa.

—Parece que, a instancias de doña Felisa, han abierto una investigación para esclarecer la causa de la muerte. Ella asegura que vio una pelea —musitó.

—Eso me preocupa más, pero por lo que pueda afectar a Andrés, no por don Isidoro.

—Lo entiendo, niña. Pero eso no es todo.

—¿No? —contestó perpleja mientras acariciaba con ternura la cabecita del niño.

—Resulta que la desaparición del patriarca de los Legazpi ha desencadenado una serie de pormenores.

—Ay, hermana, dese prisa, que me tiene en ascuas.

—Digamos que el castillo de naipes se ha derrumbado.

—¿Qué quiere decir?

—Parece que la fortuna de la familia ya no es lo que era. Doña Felisa ha tenido que despedir a casi todos los empleados y le han negado el crédito en los principales establecimientos de la ciudad.

—¡Qué horrible, hermana! ¿Qué van a hacer?

—No se sabe. Ellos aparentan que todo sigue igual. Supongo que intentarán capear el temporal hasta que vuelva Andrés. Ahora lo necesitan más que nunca. Si don Isidoro no se hubiera enemistado con él… En fin…

—Cómo cambian las cosas de un día para otro. Siempre para peor —suspiró la joven madre.

—Ten fe, niña, no des por perdido lo que no se sabe. Nuestra madrecita nos protege. —Y se santiguó.

—Pero ¿y si mi Andrés volviera? ¿Qué iba a encontrar? ¡Todo se ha evaporado!

—Pues sí. A mí nunca me gustaron esos dos. Don Isidoro, con esa piel atezada y ese aspecto tosco, viniendo aquí con esos aires y subyugando a tanta gente buena. Y ella, tratando a todo el mundo con tanta altivez. No son trigo limpio. Te lo digo yo. Es mejor que de momento nadie se entere de los ascendientes de tu hijo. Por si acaso.

—No pensaba contarlo.

—Mejor, niña. Mejor.

—Hermana, ahora me queda hacer lo más difícil. Tengo que dejar a mi hijo. Necesito viajar sola a Madrid para organizar nuestro futuro. No puedo llevármelo sin estar segura de que puedo cubrir sus necesidades. Voy a requerir su fuerza, hermana, para ser capaz de separarme de él. Tiene que asegurarme que se encargará de que lo cuiden bien. —Contuvo un suspiro.

—Ea, niña. No te preocupes tanto, que todo va a salir bien. Solo necesitamos un poquito de ayuda de la Providencia —se santiguó dos veces— y estoy segura de que nos la va a proporcionar.

—Gracias. No sé qué haría sin usted.

—¿Has escrito ya al boxeador ese?

—Sí. Estoy esperando su respuesta. ¿Sabe que ha ganado ya varios combates? ¡Es muy bueno!

La monja hizo oídos sordos al comentario sobre el luchador. Le parecía un tema poco apropiado.

—Pues recemos para que la respuesta llegue pronto —concluyó.

Y las dos mujeres se arrodillaron y empezaron a rezar.

Elvira apareció en Madrid en el otoño de 1933 y se quedó impresionada. Nada tenía que ver esa ciudad con todo lo que hasta ese momento había conocido y mucho menos con lo que había imaginado. Cuando salió de la estación, en la misma glorieta de Atocha, tomó un tranvía que la llevó hasta Cibeles. Pronto dio con la boca del suburbano de Banco de España, donde cogió la línea 2 hasta Príncipe de Vergara. Anduvo unos minutos preguntando aquí y allá y consiguió encontrar la casa de su primo Beltrán. Después de un viaje agotador, por fin había alcanzado su destino. Llegó aturdida por el ruido de las bocinas de los coches, de los frenazos del tranvía y del griterío de los transeúntes. Se sentía perdida en la inmensidad de una ciudad de grandes avenidas, en donde la circulación de autobuses, algunos de dos pisos[26], de lujosos autos de la marca Chevrolet, Ford, Hispano Suiza o Renault, motocicletas, carros de vendedores callejeros, bicicletas y demás vehículos, le provocaban tanta fascinación como angustia. No estaba segura de ser capaz de acostumbrarse a vivir entre tanto ajetreo. Gracias a Dios, Beltrán se alegró mucho de verla. Había insistido en ir a buscarla a la estación, pero Elvira se negó. No quería empezar su andadura en la ciudad siendo ya una carga. Tomó su maleta y le presentó a la casera.

La pensión estaba un poco destartalada, o quizá lo pareciera por el contraste, ya que estaba ubicada dentro de un edificio nuevo y elegante. La entrada había sido engalanada con estuco. Esta era la única zona acorde con el estilo del exterior. Después, todo cambiaba. A la derecha, un pequeño comedor con el empapelado ligeramente despegado tenía varias mesas, de distintos materiales y tamaños, adornadas con macetitas de cerámica coloreada. Las sillas estaban todas pintadas de rojo, verde y azul. Las baldosas del suelo tenían dibujos geométricos arañados en algunas zonas. En el pasillo había cinco puertas, cada una de apariencia diferente a la anterior, y un enorme jarrón de porcelana al fondo. Daba la sensación de que la construcción de esta parte del inmueble había quedado interrumpida y de que alguien la había completado después a su manera con los restos de otras viviendas, unificando todo ese caos con una buena mano de pintura chillona. Pero, al observarla en su conjunto, intentando pasar por alto la disparidad de sus

ornamentos, se podía percibir un aire alegre y acogedor. Elegante por fuera, caótico por dentro, alegre y acogedor. La descripción exacta de lo que era Beltrán.

A Elvira la acomodaron en una habitación pequeña cuyo alquiler semanal ya había sido desembolsado por el boxeador. Él mismo le explicó un poco el funcionamiento del alojamiento. Llevaba ya tiempo en la misma pensión y estaba satisfecho con el trato. Luego se despidió de ella, pues tenía entrenamiento. En noviembre se enfrentaría al campeón de Europa de los pesos pesados, Paulino Uzcudun. Ya no quedaban entradas. El guipuzcoano se había proclamado campeón tras vencer el 13 de mayo al belga Pierre Charles en la plaza de toros de Las Ventas. Este hecho daba mucho caché al combate. Beltrán pensaba ganar y para ello se empleaba a fondo.

Había encontrado muy delgada a su prima. Intuía que algo no iba bien y que por eso quería instalarse en Madrid. Elvira siempre le había parecido una luchadora. Solo recordar como la maltrataba su tía Francisca le ponía los pelos de punta. Tan niña y no la dejaba respirar ni un segundo. Era la esclava de toda la familia. Por eso, cada vez que de pequeño visitaba la casa de sus primos, había intentado ser amable. La había ayudado con sus interminables labores para después poder jugar un rato o simplemente charlar. Varios años después se enteró de que su tía la había vendido a los Legazpi por un puñado de monedas. Le pareció una barbaridad y así se lo hizo saber a Francisca. Pero no le sirvió de nada. Imaginarla en casa de esos estirados, tan pequeña y vulnerable…

Un par de años atrás había tenido la oportunidad de visitar Casa Gelvira en uno de sus viajes a Salamanca. Elvira llevaba el negocio con mucha valentía. Empezó de cero y convirtió el local en uno de los mejores de la ciudad. No entendía qué había pasado. La comida era deliciosa y estaba muy concurrido. Cuando regresara para la cena tendría tiempo de ponerse al día con su prima y planificar. No le importaban las razones de su huida a Madrid. Estaba decidido a ayudarla.

Elvira deshizo la maleta y se tumbó en la cama a descansar. Llevaba muchas horas de viaje. Todavía no le había contado nada a su primo sobre el niño y no estaba segura de si debía hacerlo. Durante el trayecto en ferrocarril había estado dándole muchas vueltas. A pesar de que la Segunda República estaba llevando la modernidad a España en muchos aspectos, en otros la moral tradicional seguía muy arraigada y una mujer soltera con un niño continuaba siendo una perdida a los ojos de la mayoría de las personas. Necesitaba encontrar la manera de ofrecer un futuro a su hijo, libre de habladurías y rumores. Ese bebé, su bebé, era un ser inocente, nacido del amor, y no quería que nada ni nadie lo ensuciase. Madrid, una gran ciudad, una metrópoli moderna abarrotada de gentes de muy diversa índole y origen, le daría la oportunidad que necesitaba.

Se le había ocurrido una manera de poder subsistir a la vez que criaba a su hijo. Una casa de huéspedes con servicio de comidas era la solución. Estaba convencida. El problema era que no tenía suficiente dinero para adelantar el alquiler y aguantar hasta que aparecieran los inquilinos.

Por ello había pensado buscar primero un trabajo de cocinera, que era lo que mejor sabía hacer. Además, la hermana Amelia le había entregado una carta de recomendación. No sería difícil que la contrataran. Al menos, eso esperaba. A primera hora compraría varios periódicos y miraría las secciones de anuncios telegráficos.

Beltrán llegó pasada la cena. La casera resultó ser tan caótica con la decoración como estricta con los horarios de las comidas, pero un joven tan alto y fornido como Beltrán siempre se las apañaba para que le reservara una buena ración de comida. Elvira escuchó como hablaba con la dueña en el comedor y se acercó para agradecer a su primo lo que estaba haciendo por ella. El boxeador acababa de terminar sus croquetas. Se levantó y acompañó a Elvira de vuelta a su cuarto. Allí la interrogó sobre sus planes.

—¿Cómo piensas organizarte, prima? No es que haya prisa. Aquí puedes quedarte toda la semana. Incluso podríamos prorrogarlo si fuera necesario. Solo te pregunto por si puedo echarte una mano.

—Gracias, de verdad. En realidad, quiero encontrar trabajo. Mañana compraré *La Luz*, el *ABC* y *El Heraldo de Madrid* y buscaré las ofertas de empleo. Necesito trabajo cuanto antes.

—¿Y qué buscas exactamente?

—Ya sabes que soy cocinera.

—Querida Elvira, perdona mi intromisión, pero ¿qué ha pasado con el mesón de la plaza de Colón? Cuando estuve me pareció un buen negocio.

—Y lo era. Muy buen negocio.

—¿Y qué ha ocurrido?

—¿Hace mucho que no vas por Salamanca?

—No he vuelto desde entonces.

—Pasó algo… —empezó Elvira con cierto miedo a dar explicaciones.

—No tienes que contármelo si no quieres, pero ten presente que yo lo que quiero es ayudarte. Sé lo que has pasado. Yo era quién te ayudaba en casa de Francisca, ¿recuerdas? Siempre estuve contigo.

—Cierto. Andrés Legazpi y yo tuvimos un romance y se hizo público de una manera… digamos no muy apropiada. Su padre se enteró y se ocupó de destruirme. Eso es todo. Muy triste.

—Cuanto lo siento. Esa familia… ya se sabe. Siempre se ha dicho que no son de fiar —dijo Beltrán.

—Mi Andrés sí. Mi Andrés es un buen hombre —aclaró Elvira.

—Entonces, ¿por qué no está aquí contigo?

—Es complicado. No sé si sabes que Isidoro falleció hace unos meses. Salió en *El Adelanto*. No sé si aquí, en Madrid, se publicaría algo.

—No. Bueno, la verdad es que con tanto entrenamiento no tengo tiempo de leer la prensa. ¿Es por causa de la muerte de su padre que no está aquí contigo? —quiso saber el primo.

—Es más complicado que eso. Por lo visto, le dio un infarto, o eso se cree. El caso es que su muerte está rodeada de muchas intrigas. Para empezar, hacía tiempo que se había arruinado.

—¿Los Legazpi arruinados? Eso sí que es increíble. Si parecía que tenían una fábrica de hacer pesetas.

—Pues parece que no. El caso es que… —De repente, no pudo contener las lágrimas y empezó a llorar sin consuelo. Su primo la abrazó, le ofreció un pañuelo y la animó a continuar.

—Puedes contármelo, de verdad. Será nuestro secreto. Créeme, yo jamás te juzgaría. No soy quién —añadió.

Elvira se sonó la nariz y empezó su relato. Necesitaba descargar toda la angustia que reprimía en sus entrañas y que la estaba asfixiando. La hermana Amelia había sido su único confidente, pero sentía que al ser monja había cosas que no podía comprender. Beltrán sí. Beltrán la entendería. Le explicó su historia de amor con Andrés, lo de la noche del Novelty, el descubrimiento del extraño mapa, las sospechas de Andrés en cuanto al origen de su familia y cómo don Isidoro arruinó Casa Gelvira. Para concluir, le habló del viaje a Filipinas y la pérdida total de contacto con su amado desde entonces. Se guardó la existencia del bebé. Consideró que era mejor mantenerlo en secreto. Al menos por un tiempo, pues era evidente que no podría hacerlo para siempre.

Beltrán se quedó pensativo. No sabía qué decir. Desde luego, su prima atraía las desgracias. Después de unos segundos, se atrevió a contestar.

—Te voy a decir lo que yo haría, querida prima. Lo primero, olvídate de los Legazpi y sus misterios. Estás en la capital y aquí las oportunidades aparecen cada día. Busca un trabajo de cocinera o de lo que sea. Instrúyete también en algo. Puedes apuntarte a un curso de costura para mujeres en las escuelas Ave María. Conozco a alguien que lo ha hecho y saca unos duros como modista. O puedes hacer uno de contabilidad por correspondencia. En fin, cualquier cosa que te prepare para un buen trabajo y te permita olvidar todo este barullo de Salamanca. Yo, mientras tanto, puedo intentar averiguar algo sobre ese Andrés Legazpi. Conozco a mucha gente aquí. Quizá encuentre la manera de conseguir información.

—¿Harías eso por mí? No vivo pensando en que haya podido pasarle algo. Compréndelo. Estoy enamorada de él.

—Ay, el amor. Qué de sufrimiento nos ahorraríamos si lo obviáramos.

—Pero es inevitable, Beltrán. Tú no eliges enamorarte o no. Sencillamente, te enamoras.

—Lo sé. Yo también estoy enamorado. Y por eso también sufro.

—¿Es que no eres correspondido?

—Al revés, prima. Sufro porque lo soy. Soy correspondido y no debería serlo.

—No te entiendo —insistió Elvira mirándolo a los ojos.

—Digamos que es un amor prohibido. Dejémoslo ahí. Y cambió de tema.

Elvira hizo caso a Beltrán. En una semana había encontrado trabajo de cocinera en una casa particular cerca de Sol. Era la típica familia de rancio abolengo, tan estirada como exigente. Las condiciones del trabajo la obligaban a alojarse como interna, pero no le importaba, pues así podía ahorrarse el dinero de la pensión. Su tarde libre acudía a clases de costura. Le vendría bien ampliar los conocimientos básicos que tenía. Además, era una actividad que, al poderse desarrollar en casa también, le permitiría ocuparse de Andresito. No pensaba en otra cosa. Soñaba con el día en que su hijo estuviera con ella para siempre. De vez en cuando, Beltrán iba a visitarla y la ponía al día de sus investigaciones, las cuales estaban siendo bastante infructuosas. También recibía cartas de la hermana explicándole los avances de su pequeñín. Todo estaba saliendo según lo previsto. Todo excepto una cosa. Al ritmo de ahorro que llevaba tardaría años en poder recoger al bebé y eso la martirizaba.

Una tarde le dieron unas horas libres y su primo la invitó al teatro. Decidieron ir al Infanta Beatriz a ver la obra *El divino impaciente*, de Pemán. La representación era de temática religiosa. A Beltrán le pareció una clara ofensiva del catolicismo contra el laicismo de la Segunda República. San Francisco Javier recorre diversas tierras lejanas difundiendo la fe cristiana y prestando ayuda a los necesitados. A Elvira, sin embargo, toda la obra le impresionó mucho, en particular la escena en la que el santo resucitaba a un niño. No podía evitar pensar en su hijo. Cuando cayó el telón, los dos primos pasearon por la calle Hermosilla comentando la obra de teatro y la actuación de Alfonso Muñoz, que interpretaba al santo. Elvira no pudo más con la congoja y confesó a su primo la existencia del bebé, sus planes de poner una pensión para poder tenerlo con ella y el escaso dinero que podía ahorrar con su trabajo.

Unos meses más tarde, Elvira estaba haciendo su faena diaria en la casa cuando Beltrán apareció pegando voces, exultante de alegría. Había ganado todos los últimos combates y le habían ofrecido un contrato para luchar en Estados Unidos. Ya estaba todo arreglado. Embarcaría en dos semanas, a primeros de marzo. Los dueños de la casa mostraron su incomodidad ante el asalto de un intruso que llevaba la cara magullada como un criminal. Esas no eran maneras de presentarse en un hogar decente. Beltrán cogió a Elvira y la levantó en vilo girándola sobre sus talones. Cantaba, y reía, y lloraba de alegría. Era la oportunidad que había estado esperando. Tenían mucho que celebrar y nada le importaban los modales. En vista de su falta total de respeto, los señores se dirigieron a Elvira y la amenazaron con el despido. Beltrán intervino.

—Querida Elvira, coge tus cosas, que nos vamos ahora mismo.

—¿Estás loco? Necesito este trabajo —susurró—. Lo siento señora Mendoza, enseguida se marcha mi primo. Es que le han dado una buenísima noticia y quería compartirla conmigo. Pero ya se va —añadió con actitud suplicante.

—De eso nada. Nos vamos los dos. Venga, recoge tus pertenencias que nos vamos a Salamanca.

—¿Qué dices? ¿Estás tonto? ¡Lo estás!

El pugilista sostuvo unos segundos las manos de su prima con las suyas y la miró a los ojos.

—Lo he arreglado todo. He apalabrado un alquiler en el número 33 de la calle Castelló. Es un ático con cuatro dormitorios, cocina y aseo. Lo he visto. La cocina es muy grande. Te da para poner también ahí el comedor.

—Pero eso debe costar una fortuna.

—Lo sé. Pero voy a dejar pagados seis meses de alquiler.

—Pero eso es una barbaridad.

—Si supieras el adelanto que me han dado los americanos, no dirías eso. Además, tómalo como una inversión. A la vuelta estarás obligada a darme de comer esa maravilla de guisos tuyos siempre que quiera. ¿Vale?

—Sigo pensando que estás loco. Pero vale. Aunque te devolveré hasta la última peseta.

—Muy bien. Lo que tú prefieras. Como aún tengo dos semanas por delante, nos vamos a por tu hijo.

—¿Tiene un hijo esta sinvergüenza? Bien calladito se lo tenía —intervino la dueña de la casa, que había estado escuchando la conversación perpleja—. Sí, que se vaya. Que aquí somos muy decentes y no queremos fulanas.

Abandonaron la casa corriendo, dando saltos de felicidad, agarrados de la mano como unos chiquillos. Muy pronto la vida de los dos cambiaría para siempre. Y esta vez estaban deseosos de vivir esos cambios. Corría una brisa suave por la Puerta del Sol que los revitalizaba. El sol brillaba con fuerza. ¿Qué más se podía pedir?

En una semana, Elvira estaba en su pensión de la calle Castelló con su bebé entre los brazos. Había crecido mucho y estaba gordito. Se veía que las monjas lo habían cuidado bien. Días después despedía a Beltrán deseándole muchos éxitos en los Estados Unidos. En tres semanas había alquilado todas las habitaciones. Su vida volvía a enderezarse. Solo faltaba encontrar a Andrés, algo que cada vez le parecía más difícil. Beltrán le había prometido investigar su rastro en Nueva York. Quizá pasó por allí antes de coger destino a las Filipinas. ¿Quién sabe?

Elvira se estaba acostumbrando a la rutina de su nueva vida. Era tan agradable volver a la normalidad… Inventó una historia para que nadie supiera que su hijo había venido al mundo fuera del matrimonio: el padre se encontraba en el extranjero por asuntos de negocios y en algún momento regresaría. Todo marchaba bien en la pensión. Cubría gastos y le daba para ahorrar algo de dinero. Sin embargo, en la vida popular madrileña se percibía una profunda crisis social que se extendía al resto del país. Cada vez era más evidente la existencia de dos Españas claramente opuestas. Por un lado, la campesina tradicional y religiosa, gobernada por la iglesia católica y los caciques. Por otro, la urbana. En las grandes ciudades se hallaban las clases trabajadoras, casi analfabetas, hambrientas y sin esperanzas de mejora, que se habían organizado en grupos obreros y sindicatos, y las clases ilustradas, políticos, periodistas, banqueros o

comerciantes, ambas unidas por ideas anticlericales, anarquistas y socialistas, en algunos casos radicales. La ciudad se había convertido en un hervidero de gentes e ideas dispares que desembocaba en situaciones cada vez más violentas, y Elvira lamentaba que ahora que empezaba a conseguir una estabilidad para su hijo, esta se le escapaba de las manos cada vez que se quemaba una iglesia o un religioso era agredido, cada vez que veía a la pobre gente manifestarse clamando mejores condiciones y se respondía con violencia. En cualquiera de los casos, Elvira pensaba que el mundo entero había perdido la cordura y sentía miedo. Miedo por ese futuro que se presentaba cada vez más incierto.

En 1934 se inauguraba la embajada de España en La Habana mientras en París se construían cuevas–abrigo[27] para resistir posibles ataques aéreos. La cámara fotográfica Kodak Retina llegaba al mercado nacional, con progresos increíbles, a la par que se debatía en el Parlamento cómo resolver el marasmo industrial y financiero que España soportaba. El Premio Nobel de la Paz de 1934, Arthur Henderson, alertaba del tráfico de armas y la carrera armamentística y, sin embargo, seguían vigentes los acuerdos firmados por la Sociedad de Naciones en la Conferencia del Desarme de 1932. Nuevos avances y mejoras asombraban al mundo, ilustres personalidades divulgaban grandes principios, pero siempre había alguien, o algo, que se empeñaba en sembrar la discordia. España no era una excepción. Y la sensación de que se vivía la antesala de algo terrible arruinaba la felicidad de Elvira.

---

26 Los autobuses de dos pisos tipo londinense de la marca Leyland Titan recorrieron Madrid de 1933 a 1936.

27 Las cuevas–abrigo eran habitáculos resistentes que se empezaron construir en las viviendas de París para aguantar ataques aéreos. Esta información fue publicada en la revista *Blanco y Negro*, núm. 2265, del domingo 16 de diciembre de 1934.

CAPÍTULO XX:

EL ATEO Y LA DEVOTA

Benicio y Valentín dejaron Carabanchel Bajo por muchas razones. La más importante de todas era despejar la bruma de miseria que allí siempre lo envolvía todo. Habían pasado su infancia en un hospicio y ahora, como adultos, anhelaban un poquito de felicidad. Quizá conocer un par de mujeres cariñosas que les ofrecieran amor. Tampoco pedían tanto, pensaban. Trasladaron su taller de fontanería a un chisconcito en la calle Claudio Coello. El poco dinero que habían ahorrado no daba para más. Necesitaban hacer el esfuerzo porque en ese barrio al menos les pagarían. En Carabanchel, los servicios que prestaban eran casi siempre gratuitos. No porque lo fueran en sí, sino porque Benicio nunca reclamaba los pagos cuando la situación económica del cliente era mala y, en aquel desamparado lugar, era mala la mayoría de las veces. Les costó tiempo darse a conocer en el barrio. Al principio, nadie les confiaba ningún trabajo porque ya existía un fontanero en la zona. Por suerte, este era bastante menos avezado y, con el tiempo, fue perdiendo toda su clientela en favor de los hermanos Gutiérrez. Cuando el negocio alcanzó cierta estabilidad alquilaron un piso cerca del taller. Una vez asentado el negocio vendría el momento de formar una familia.

Benicio conoció a la que sería su esposa en 1922. Fue una tarde a la salida de misa. El extremeño, que en verdad era ateo, pensaba que, si quería conseguir clientes, tenía que ganarse el respeto del vecindario y la iglesia era el mejor lugar para conseguirlo. El sacerdote dio la bendición a los fieles para que pudieran abandonar el templo en paz. Una hermosa joven se encaminó a hablar con el cura. Tenía una silueta elegantísima, extremidades delgadas y un largo

cabello negro que caía en bucles desordenados sobre la espalda. A Benicio le pareció un ser etéreo, una diosa. Se quedó esperando en la puerta a que terminara para poder hablar con ella. Pero cuando por fin la vio aproximarse y se encontró con sus ojos grises de frente, se quedó sin habla y no tuvo más remedio que dejarla marchar.

Desde aquella tarde, todas las demás Benicio intentaba encontrar un hueco para ir a misa, a la misma hora, a ver si se reencontraba con la muchacha. Estaba angustiado. No pensaba en otra cosa más que en cruzarse con ella de nuevo. Tardó varias misas en volver a verla con el cura. Esta vez le estaba entregando un paquete. Parecían unos dulces. Benicio no perdió el tiempo. En cuanto vio que la conversación había concluido, fue hacia ella.

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes —contestó ella sin levantar la mirada del suelo.

—Me llamo Benicio Gutiérrez Reina y me gustaría pedirle permiso para acompañarla hasta su casa.

—No es necesario, gracias —contestó la chica.

Benicio no se desanimó y se unió a su paso mientras continuaba hablando.

—Me preguntaba si puedo hacer algo por usted. La he visto hablando con don Aurelio y no sé si necesita algo.

—No necesito nada. Don Aurelio fue amigo de mi padre. Por eso vengo a verlo.

—Insisto, señorita, por favor, permítame acompañarla. Caminaré un paso por detrás, si usted se encuentra así más cómoda. No es de por aquí, ¿verdad?

—No.

—Yo nací en un pueblo de Cáceres, Montehermoso, no sé si lo conoce.

—No.

—Mi hermano y yo tenemos un taller de fontanería aquí cerquita. También sabemos algo de albañilería. ¿Le gustaría visitarlo?

—No. —La muchacha no quería dar conversación a Benicio y no lo ocultaba.

—¿Me permite invitarla a unas castañas asadas? —añadió Benicio al ver a un vendedor en un puesto preparando unos cucuruchos.

La joven levantó la vista, miró el cucurucho de castañas y asintió. Lo tomó entre sus manos heladas y dejó que el calor la envolviera. Se había quedado fría en la iglesia. Después continuó su marcha. Benicio la seguía sin parar de hablar.

—Yo llevo en Madrid desde los doce años. Es una buena ciudad para vivir si te gusta el ajetreo. ¿De dónde viene usted, señorita? Le noto cierto acento.

—Soy del Ferrol.

—Ay, Ferrol. Una tierra preciosa.

—¿La conoce? —preguntó con asombro.

—No tengo el gusto, no. Pero una señorita tan bella como usted solo puede venir de una tierra preciosa —se atrevió a decir, sin saber cómo.

—Creo que se está usted propasando un poco, señor.

—Yo no. Perdón. No, señorita. Es que me gustaría volver a verla y no sé qué hacer para conseguirlo —contestó Benicio, angustiado.

—Pues así va usted por mal camino.

De repente, paró en seco y miró hacia el portal de un edificio de tres plantas.

—Hemos llegado. Si me disculpa, tengo que subir ya. Me están esperando.

—¿Quién la espera? ¿Su marido? ¿Su padre?

Benicio notó como esos irreales ojos del color de la tormenta se humedecían.

—No tengo marido y mi padre… mi querido padre falleció hace unos años —contestó con voz temblorosa—. Buenas tardes —añadió, y desapareció tras el portón de madera.

Benicio llegó exultante de alegría a casa aquella tarde. Las palabras se le atropellaban en la garganta. Que si he hablado con la mujer más hermosa sobre la faz de la tierra. Que si tiene el rostro de un ángel. Que si es una señorita de lo más devota. Valentín estaba harto de su hermano. ¿Qué sentido tenía que un ateo se emparejara con una beata? Pero lo comprendía. Ojalá él encontrara pronto a alguien, pensaba.

Todas las tardes, Benicio seguía acudiendo a la iglesia a la misma hora y, sorprendentemente, también la muchacha lo hacía. La acompañaba hasta su casa y se despedían en el portal. Al cabo de unas semanas ya sabían muchas cosas el uno sobre el otro. A Josefina, porque así se llamaba, le costaba hablar sobre ella misma y prefería dirigir sus conversaciones hacia otros temas que consideraba de mayor interés.

La ferrolana había llegado a Madrid huyendo del pazo en donde su madre era sirvienta. Después de la muerte de su padre, jardinero y hombre para todo de la finca, su progenitora se había visto obligada a incorporarla también al servicio doméstico. Era la condición que le habían impuesto los señores para que pudieran seguir alojándose en la casa, el único lugar que tenían para vivir y el único hogar que habían conocido. Si no aceptaban, las pondrían de patitas en la calle. ¿Qué sería de ellas entonces?

Josefina intentó cumplir con su trabajo. Su madre la había aleccionado con un montón de normas y condiciones que había que cumplir a la perfección si querían conservar el empleo, pero era tan joven que se le hacía imposible. Al principio, su ineficiencia pasó inadvertida. Balbina la cubría multiplicando su esfuerzo. Con el tiempo, la inoperancia de la niña empezó a llamar la atención de los patronos. Quizá, si hubiera sido una trabajadora mejor, se hubiera ahorrado la reprimenda. En cualquier caso, su supuesta zanganería no justificaba lo que ocurrió.

Una tarde, el señor de la casa la llamó a su despacho. Josefina se puso muy nerviosa. Sospechaba que la iban a regañar. Cruzó la puerta de la sala temblorosa y cabizbaja, convenciéndose de que la reprimenda era bien merecida por no realizar sus tareas como se

esperaba. Cuando estuvo dentro, el señor cerró la puerta con llave. La joven sintió un escalofrío. Los ojos del viejo se oscurecieron y Josefina se supo acorralada. Le temblaban las piernas y le sudaban las manos. Por fin el señor empezó a hablar.

—Tengo quejas importantes de mi esposa y de mis hijas. Creo que nunca terminas una labor a tiempo y te pierdes por los jardines a la menor oportunidad.

—Lo siento, don Benedito. No volverá a pasar.

—Eso no me sirve, *fermosa*. Aquí existen unas normas y hay que cumplirlas. O las cumples, o tú y esa madre andrajosa tuya os vais con la holgazanería a otro lado.

—Sí, don Benedito. Le prometo que me esmeraré muchísimo de ahora en adelante.

—Eso no es suficiente. Necesito que me resarzas por ello.

—Perdone, pero no lo entiendo. ¿Qué quiere decir?

—Ven aquí. ¡Que vengas! —dijo con un gran grito que sobresaltó a Josefina y la dejó al borde del llanto.

—Voy, señor —contestó acercándose con mucha cautela, intentando frenar los pies a cada paso. Como estaba tardando, don Benedito se abalanzó sobre ella, la puso bruscamente sobre sus rodillas y comenzó a azotar sus nalgas con violencia. Josefina empezó a prometer a gritos que sería muy buena y rogó que dejara de zurrarla. El señor continuaba descargando toda su ira sobre la pobre chiquilla. Josefina lloraba y lloraba, pero el sádico no paraba. De repente, como si se le hubiera aparecido un espíritu, don Benedito paró de golpearla, le levantó las faldas y empezó a acariciar el mismo sitio que antes había lastimado. Primero con las manos, después con la lengua, susurrando palabras indescifrables. La chica cerró los ojos y se mordió los labios intentando soportar todo el dolor físico y la vergüenza que estaba padeciendo. Unos nudillos aporrearon la puerta. Alguien había escuchado sus gritos. El pervertido paró. Josefina se colocó el refajo y el vestido. En cuanto vio la puerta abierta corrió con toda la energía de la que era capaz. Llegó a su cuarto, cogió sus pertenencias y se cruzó con su madre, que intentaba averiguar qué estaba pasando. Le contó lo que pudo entre sollozos y se dirigió hacia la salida.

—Para un momento, *miña filla*[28]. Necesito saber a dónde piensas ir. ¿Lo sabes ya?

—No. Solo quiero irme de aquí cuanto antes. Ese hombre es un indecente. ¡Un monstruo!

—No puedes irte así, a lo loco. Conozco a alguien en Madrid. Podría ayudarte a encontrar un trabajo. En Madrid siempre tendrás más oportunidades. Tengo algo ahorrado. —Josefina miró a su madre. De repente se dio cuenta de que, si se marchaba, la dejaría en la calle.

—*Non, nai*[29]. Quédatelo tú. Lo vas a necesitar. Tengo algo para el transporte. Por lo menos para salir de aquí. Después me las apañaré. No te preocupes.

—Cuando llegues a la capital busca la iglesia de la Purísima Concepción en la calle Goya. Pregunta por don Aurelio. Él te ayudará. Es un sacerdote amigo de tu padre. Dile que vas de mi parte. —Y abrazó a su hija muy fuerte—. *Moita sorte, filla*[30].

—*Grazas, nai*[31] —contestó entre sollozos—. En cuanto encuentre trabajo te escribiré para que vengas a vivir conmigo.

—Calma, *a miña vida*[32]. Cuídate mucho y hazme saber que has llegado bien en cuanto puedas.

Balbina y Josefina se dieron un último y largo abrazo. A las dos les daba terror separarse, pero no se les ocurría otra solución. Balbina conocía por experiencia la depravación del viejo. Había sentido el latigazo de sus vicios en varias ocasiones. Siempre lo mantuvo en secreto. Sabía que en cualquier momento le echaría el ojo a *súa* nena. El momento había llegado y había que enfrentarlo. Solo esperaba que la vida se portara mejor con su hija de lo que se había portado con ella. Cuando ya llevaba unos metros de camino, Josefina se volvió para despedir por última vez a su madre. Balbina le envió un beso soplándolo al aire. Josefina le regaló una sonrisa y desapareció de su vista.

El padre Aurelio se había encargado de acomodar a Josefina en la casa de uno de sus feligreses, muy cerca de la iglesia. Su ocupación serían la limpieza y atención de los ancianos padres del propietario. A cambio, le habían asignado una habitación independiente, tendría derecho a tres comidas diarias y a una hora libre por las tardes para ir a misa. La parroquia de la Purísima Concepción era hogar y refugio de muchas almas. Aparte de la iglesia, contaba con una escuela para la educación de las niñas pobres del barrio. Don Aurelio era un cura entregado por entero a su oficio. Muchos desgraciados confiaban en él para mejorar su situación o encontrar consuelo. Josefina le estaba muy agradecida. Pronto escribiría una carta a su madre para tranquilizarla. La casa en donde trabajaba era decente y el trabajo, sencillo. Lo que no sabía era si contar lo del cortejo de Benicio. Este no había dejado de insistir. Incluso le había propuesto matrimonio. Así, de repente, sin apenas conocerla. Dado que Josefina era una firme practicante de la fe católica, en cuanto Benicio se le declaró, lo primero que hizo fue acudir a la iglesia y susurrarle al cura todos sus desvelos tras el entramado de madera oscura del confesionario.

—Ave María Purísima —empezó un poco nerviosa.

—Sin pecado concebida.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —se santiguó—, hace tres meses de mi última confesión.

—Hija mía, puedes confesar humildemente tus pecados.

—Padre, la última confesión fue en Ferrol. Con el sacerdote de toda la vida. Después tuve que huir de allí y no he vuelto a confesarme.

—Quédate tranquila. Ahora me tienes a mí para guiarte. ¿Por qué tuviste que huir?

—Me da vergüenza la razón.

—Hija, no sientas vergüenza. Sea lo que sea, Dios te acompañará siempre. ¿Qué pasó?

—El señor… quiero decir, don Benedito… me tocó.

—¿Te hizo tocamientos?

—Sí.

—¿Sientes que, de alguna manera, sin darte cuenta, pudiste alentarlo?

—¡No, padre! ¡De ninguna de las maneras! Nunca he mirado siquiera a ese hombre.

—¿Y qué pasó entonces?

—Me llamó a su despacho para reprenderme por no hacer bien mis tareas y entonces me estuvo pegando y tocando ahí atrás. Quizá se vio obligado a castigarme por mi pereza, pero él eligió cómo regañarme, no yo. Él es el indecente.

—Tranquila, hija, no hace falta que entres en detalles —cortó el confesor con cierta incomodidad.

—Y ahora está ese muchacho persiguiéndome. Nunca se da por vencido. Yo no sé qué hacer.

—¿El extremeño? He notado que te espera a la salida de misa, pero él pocas veces entra.

—Ese es el problema, padre. Es de esos revolucionarios que no creen en nada.

—La iglesia cada vez tiene más enemigos. Corren tiempos complicados.

—Por eso quería hablar con usted, padre. Me ha pedido que nos casemos. Dice que no tiene fe, pero que quiere que sea su mujer. A mí no me parece bien mentir a Dios.

—A Dios no se le puede mentir. Lo sabe todo.

—Entonces, ¿no es pecado que me deje cortejar por él? ¿Cree que debo aceptar su oferta?

—El sacramento del matrimonio santifica a los esposos para engendrar hijos y educarlos en la fe. Si te casas con ese hombre, tendrás la oportunidad de reconducir su espíritu. Harás un gran servicio a Dios y a la Iglesia.

—Pero me da miedo. Siento que estoy traicionando mi fe. No sé si podré ser feliz así.

—Parece que el chico te ama lo suficiente como para ofrecerte matrimonio. ¿Lo amas tú a él?

—Creo que sí.

—Entonces lo serás, créeme. Dios te guiará en el camino. ¿Te arrepientes de todos tus pecados?

—Sí, padre.

—Reza treinta avemarías y diez padrenuestros. *Ego te absolvo, in nomine patris et filli et spiritus sancti*.

—Amén —contestó Josefina.

Gracias a la absolución se sentía ligera como los besos al aire que solía enviarle su madre, como la brisa húmeda que la acariciaba cuando navegaba por las rías, como las hojas del majestuoso carballo[33] que se desprenden azotadas por el viento. Benicio la estaría esperando fuera, y esta vez aceptaría su proposición.

Don Aurelio ofició los esponsales de Benicio Gutiérrez y Josefina Verdiñas un día de primavera de 1923. Esa mañana de sol templado y brisa suave, los dos jóvenes se convirtieron en las criaturas más felices sobre la tierra.

Después de la boda, Benicio, Valentín, Josefina y Balbina empezaron a vivir en la misma casa. Los hombres salían todas las mañanas a hacer sus avisos de fontanería mientras las dos gallegas

organizaban la limpieza, la compra y la comida. Los unos respetaban la intimidad de los otros y en el hogar se percibía armonía. Sin embargo, había algo que quitaba el sueño a la joven esposa. Esperaba con impaciencia la llegada de los hijos para poder cumplir con su cometido como madre cristiana, pero los hijos no se presentaban. Todas las tardes acudía con su madre a misa, ponían velas a la Virgen y rezaban. Pero Josefina seguía sin quedarse embarazada. Los años pasaban y la felicidad en el hogar de los Gutiérrez Verdiñas empezaba a resquebrajarse. Josefina estaba irritable y lo pagaba con Benicio. Benicio se culpaba por no hacer feliz a su esposa y gritaba a Valentín. Entonces, Valentín echaba la culpa de todos los males a tener que aguantar a la suegra y esta, a su vez, se la echaba a su hija por no preñarse. Y vuelta a empezar. La concordia había desaparecido. Llevaban así una década y la situación empezó a ser insostenible. Curiosamente, fueron dos desgracias las que devolvieron las aguas a su cauce.

Diciembre de 1933 se llevó a Balbina. Meses antes había enfermado de tuberculosis y nada se pudo hacer para salvarla. Casi a la par enfermó Valentín. Los médicos recomendaron a Benicio que, si quería que su hermano sobreviviera, tendrían que enviarlo a la sierra. La tuberculosis era una afección contagiosa bastante extendida en aquel momento. Las penosas condiciones de higiene, la mala alimentación y la falta de medicinas ayudaban a propagar la enfermedad por las clases humildes, pero, por desgracia, los tratamientos estaban pensados para las clases pudientes y eran muy caros. Josefina creía que, ya que no habían podido hacer nada para salvar a su madre, estaban obligados a intentarlo con su cuñado. Una noche le enseñó a su marido un anuncio que había visto en *El Debate*. Era del Real Sanatorio de Guadarrama. El hospital estaba situado en la montaña, a mil setecientos metros sobre el nivel del mar, en un bello emplazamiento, rodeado de pinares y aire puro. En ese lugar aseguraban curar la tuberculosis. El infortunio de no haber sido bendecidos con hijos les daba una ventaja: tenían algo de dinero ahorrado. Así que no había nada que pensar; llevarían a Guadarrama a Valentín.

---

28 «Hija mía» en gallego.
29 «No, madre» en gallego.
30 «Mucha suerte, hija» en gallego.
31 «Gracias, madre» en gallego.
32 «Calma, mi niña» en gallego.
33 Carballo es el roble gallego. Es exuberante, robusto y longevo.

CAPÍTULO XXI:

LA CASA DE HUÉSPEDES

Benicio y Josefina emplearon hasta la última peseta en los tratamientos de Valentín. Su ingreso en el sanatorio se prolongaba más de la cuenta y los servicios del hospital eran muy costosos para la clase trabajadora, a la que ellos pertenecían. Ahora solo Benicio llevaba dinero a la casa y los gastos se habían multiplicado. La pareja tuvo que tomar una decisión. Con todo el dolor de su corazón, se vieron obligados a renunciar al piso en el que habían vivido desde la boda, aunque conservarían el taller. Lo necesitaba Benicio para su trabajo.

Don Aurelio estaba al tanto de la mala situación por la que estaba pasando la familia. Josefina lo ponía al día cada tarde después de la misa. Desde el fallecimiento de Balbina acudía sola. Nunca consiguió convencer a Benicio para que la acompañara. Una tarde, notó como unos grandes lagrimones le rodaban por las mejillas.

—Padre, Valentín no mejora y se nos ha acabado el dinero. Vamos a tener que dejar la casa. Volvemos a estar como al principio, sin hogar y sin hijos, con todo por hacer. A veces creo que Dios no bendijo este matrimonio.

—Calla, hija. Eso no puede ser. Algún día descubriremos la razón por la que estáis pasando este bache. Los caminos del Señor son inescrutables.

—Ya, y mientras lo descubrimos, ¿qué hacemos?

—Verás. Da la casualidad de que a pesar de, o precisamente a causa de, no lo tengo claro, esta república indecente, nuevos feligreses llegan cada día a esta parroquia. Muchos necesitan ayuda

económica, algunos necesitan trabajo, todos buscan consuelo. El caso es que se me ha ocurrido en dónde podéis alojaros hasta que Valentín tenga a bien curarse o entregar su alma al Altísimo.

—¡Ay! Dios quiera que sea curarse. ¿En dónde?

—Hay una señora, muy devota, que busca huéspedes en la calle Castelló, en el 33. Se estableció en Madrid hace poco. Es de Salamanca. Acaba de abrir la pensión. Me han contado que las habitaciones son limpias y aireadas y la comida buena. Se llama Elvira, Elvira Martín. Decidle que vais de mi parte.

—Gracias, padre. Dios lo guarde muchos años, que lo necesitamos.

—De nada, hija. Ten fe. Ten fe y reza mucho.

Elvira estaba dando de comer a Andresito cuando llamaron a la puerta. Al abrir vio a una pareja más o menos de su edad que buscaba alojamiento para una temporada. Iban recomendados por el padre Aurelio. Sin duda, eran de fiar. Desde que se había encomendado a los consejos del cura, la vida transcurría sin sobresaltos. Con ellos dos ocuparía la última habitación que le quedaba, la pintada de verde con salida a la terraza. Ella y el bebé estaban acomodados en el dormitorio contiguo. Este era azul, tenía unos metros más para la cuna y también acceso a la azotea, que estaba plagadita de geranios de diferentes colores. La estancia que había justo al frente de la entrada, también con salida fuera, estaba alquilada por un estudiante matriculado en estudios económicos en la Universidad Central de Madrid. Era silencioso, de aspecto agradable y se pasaba el día estudiando, pero a la hora de cenar se mostraba gratamente locuaz. En la habitación interior había alojado un exmilitar lisiado. Era un tipo extraño. Casi nunca salía de su habitáculo. Pagaba bien, a pesar de vivir en la peor alcoba, ya que solo tenía por ventilación un ventanuco que daba al mismo patio oscuro que la cocina y el aseo.

La vida estaba dando un respiro a Elvira. Con todas las habitaciones alquiladas podía permitirse cierto optimismo. No se iba a hacer rica. Eso lo tenía claro. Pero tendría medios para criar a su hijo en condiciones aceptables. Al menos hasta que Andrés regresara. No había perdido la esperanza de que así fuera, y escribía de vez en cuando a la hermana Amelia por si le llegaban noticias.

El paso del tiempo fue creando vínculos entre los huéspedes. Todas las noches se reunían alrededor de la mesa para compartir la comida y también sus preocupaciones. Elvira y su bebé los acompañaban. El niño gateaba por debajo de la mesa y siempre se las apañaba para terminar apretujado entre los brazos de Josefina o zarandeado al aire por Benicio. Después de la cena, Juan, el estudiante, le contaba cuentos de Hans Christian Andersen que, aunque todavía no entendía, le facilitaban el sueño. Así podían todos tomarse un tiempo para conversar. Las tertulias hacían aflorar los desvelos y angustias que todos ellos padecían. Claro está que por razones diferentes. El inquilino del pequeño cuarto del pasillo era el único que no participaba. Siempre volvía a su habitación nada más terminar la cena.

La delicada situación política, los cambios y los continuos episodios violentos que estaba sufriendo el país provocaban mucha inseguridad entre los ciudadanos de a pie, que no sabían qué iba a depararles el nuevo día. En 1934, se mezclaron la acción reivindicativa de los trabajadores, el movimiento campesino y las exigencias nacionalistas. El año comenzó con una huelga el 19 de febrero para animar a los huelguistas de Viena. Prosiguió con el paro del 17 de abril en contra del terrorismo fascista. Continuaron las movilizaciones contra la concentración de la CEDA en El Escorial, la inusitada huelga campesina del verano y la de más de doscientos mil obreros en la capital. A estas convocatorias se sumaron las protestas de los labradores catalanes, el 8 de septiembre, por la anulación de la Ley de Contrato y Cultivo aprobada por el Parlamento autónomo. Las Juventudes Socialistas y Comunistas se reunieron en grandes mítines y manifestaciones para expresar su repulsa por los asesinatos, perpetrados por falangistas, de la joven socialista Juanita Rico y del comunista Joaquín de Grado. También tuvieron lugar la primera gran revuelta de mujeres luchando contra el reclutamiento de reservistas y actuaciones en contra de la concentración derechista de Covadonga. Cada vez era más patente la existencia de dos Españas contrapuestas. Por un lado, la tradicional, católica y monárquica y, por otro, la revolucionaria, anarquista y atea. En casa de Elvira las dos facciones estaban representadas. Por suerte, la conexión sentimental que unía a sus habitantes hacía imposible el conflicto, al menos de momento. En el resto del país ocurría precisamente lo contrario. Se enfrentaban hermanos, padres e hijos sin que el vínculo afectivo ni la fuerza de la sangre actuaran como freno.

Un domingo, a la hora de la cena, estaban todos sentados alrededor de la mesa esperando a que Elvira sirviera el estofado, cuyo apetitoso aroma impregnaba toda la vivienda, cuando llegó Juan, impaciente por hincar el diente al cerdo y contar la noticia del día. No sabía por dónde empezar. Depositó los periódicos sobre el hule de cuadros y empezó a hablar con tono misterioso, entre cucharada y cucharada. Por lo visto, en un pueblo de Salamanca, el nuevo propietario de un inmueble se había topado con una sorpresita siniestra en el jardín. Antes de comenzar con el solado de la superficie decidieron remover las tierras para igualar el terreno. Al ver algo que sobresalía, tiraron de la cuerda y se encontraron con un saco de esparto que contenía algo pesado.

—¿A que no os imagináis lo que era? ¡Nada menos que cuatro cráneos humanos! Horripilante, ¿verdad? —soltó, por fin, Juan.

Elvira sintió un estremecimiento. Nerviosa, agarró el periódico, un ejemplar del diario vespertino *La Voz*. La noticia ocupaba doble página. Empezó a leer ajena al resto de los contertulios que la miraban con asombro. Pidió permiso para llevárselo y se retiró a su dormitorio para examinarlo con más calma. Se sospechaba que las cabezas pertenecían a una familia que apareció decapitada en 1890 y de la que solo se encontraron los cuerpos, aunque las investigaciones acababan de empezar y todavía no se tenían certezas. Recordaba bien aquellos crímenes. Genara solía contarle historias de miedo con los fantasmas de los hermanos Rodríguez como protagonistas. Continuó estudiando la noticia. Notó un escalofrío, aunque se tranquilizó al

comprobar que el hallazgo había tenido lugar en una vivienda de Calvarrasa de Abajo, no en la antigua finca de Los Legazpi. Si las cabezas pertenecían a la familia masacrada, no tenía ningún sentido. ¿Por qué estaban enterradas tan lejos del lugar del crimen?

Unas semanas atrás había recibido una carta de su primo anunciando su regreso a Madrid. En cuanto llegara organizaría una visita a Salamanca. Necesitaba conocer de primera mano qué estaba pasando y si tenía algo que ver con la desaparición de Andrés. Demasiados misterios con el mismo punto en común: Los Charros.

Beltrán llegó a Madrid a primeros de octubre. Había triunfado en Nueva York y venía derrochando ánimo y felicidad. Elvira lo recibió con unas patatas *meneás* y una chanfaina[34] de muerte. Beltrán escuchó a su prima mientras se deleitaba con la gastronomía española que tanto había echado de menos. A juzgar por sus ansias al comer, más que a Elvira. Ni siquiera levantaba la vista del cuenco. Después demostró más interés por disfrutar de la fiesta madrileña que por la propuesta de Elvira. Había quedado en verse con unos amigos en Cabaret Satán, situado en el número 60 de la calle Atocha. Era la nueva sala de moda. Se trataba de un extraño local nocturno decorado a modo de infierno: estalactitas, grutas y luces imitando fuego se mezclaban con el *jazz*, las bailarinas ligeras de ropa y los ritmos afrocubanos de los Lecuona Cuban Boys. Desde que supo de su inauguración, conocerlo fue lo primero en su lista. «Esta república nos está adentrando en la modernidad y pienso disfrutarla hasta las últimas consecuencias», decía. Ofreció a Elvira que lo acompañara, pero esta declinó la invitación. Los locales nocturnos siempre le parecieron un nido de desocupados y gamberros. Además, solo podía pensar en Andrés. Estaba tan preocupada por él que la frivolidad de su primo le parecía una broma pesada. A Beltrán, sin embargo, le daba la vida.

---

34 Platos típicos salmantinos. Las patatas *meneás* son como las patatas revolconas y la chanfaina es un guiso contundente de arroz y cordero.

CAPÍTULO XXII:

CALVARRASA DE ABAJO

1910

Elías abrió con ansias el cerrojo de la trampilla. Era la primera vez que tenía acceso a la cámara. No parecía disponer de ventilación. De la oscuridad salieron unos gruñidos estridentes seguidos del aleteo de una colonia de pequeños murciélagos. Los apartó de un manotazo. Un olor fétido le inundó los pulmones. «¿Qué puñetas guardaría allí el anciano?», se preguntó mientras se tapaba la nariz. Cogió una antigua lámpara de parafina e iluminó la estancia. Estaba llena de bultos. Un par de sillas rotas, un colchón reventado, unas mantas viejas. Un paño tapaba algo que había puesto contra la pared. Lo retiró de un tirón. Era un retrato. Una mujer morena posaba sonriente con un hombro descubierto. Era joven y hermosa. Su rostro le resultaba familiar. Lo echó con desprecio a un lado. Abrió un pequeño arcón. Ahí estaban sus cuchillos. Eran de plata maciza y se habían ennegrecido. Los limpiaría bien antes de ir a la casa de empeños. Miró la empuñadura. Tenía unas iniciales cinceladas. Frotó con la manga de la camisa para verlas mejor: J. R. No eran de su padre. ¿Los habría robado? El viejo ocultaba algo. Se preguntaba si no sería cierta alguna de las extrañas historias que le contaba. Se acordó de que en alguna ocasión le había hablado de fantasmas. Le entró tiritera. Hacía frío allí arriba. Cogió los cuchillos y se volvió a buscar la salida. Entonces divisó una especie de puerta. Se acercó con cautela y la empujó. El chirrido de las bisagras dio paso a un par de ratas que corrieron despavoridas huyendo de la luz. Se introdujo en una zona más estrecha. Tenía que mantenerse agachado para no golpearse con las vigas de

madera del techo. Al fondo había una especie de saco. Estaba cubierto de hollín y telarañas. Lo sacudió un poco, deshizo el nudo y miró en su interior. No pudo soportar el impacto de lo que encontró. Una regurgitación le subió por el esófago. En la bolsa había varias cabezas humanas y un hacha. Extrajo el arma con cuidado. Tenía unas iniciales grabadas. Las mismas que los cuchillos: J. R.

Elías buscó furibundo a su abuelo. Quería saber qué demonios le estaba ocultando y quería saberlo ya. Lo empujó contra una butaca y le exigió una explicación.

—Ha llegado el momento de que me cuentes la verdad. ¡Hazlo o te reviento! —le exigió al pobre anciano—, y no quiero divagaciones.

Leoncio tardó unos segundos en recuperar la respiración. Una vez que comprobó que su nieto no le había hecho daño y que sus trasnochados huesos estaban en su sitio, empezó la historia. Conocía el principio y el desenlace, pero ignoraba por completo los puntos intermedios y así se lo hizo saber. Habló con una lucidez que llevaba años sin demostrar.

—Lo siento, hijo. Siento haberte mentido. Quería protegerte, pero veo que he conseguido el efecto contrario. Eres mi único heredero, sangre de mi sangre. Ansiaba que fueras un hombre de provecho y mira lo que he conseguido.

—Habla —exigió Elías.

—Cuando era joven conocí a una mujer.

—¿La del dibujo de la buhardilla?

—Sí. Mi único amor. He tenido otras amantes, por supuesto. Incluso estuve a punto de casarme una vez. Pero lo que sentía con ella jamás lo he vuelto a sentir. Era la criatura más bella del mundo. La vi por primera vez paseando por estas tierras y me quedé embrujado. Era dulce y apasionada, pero la envolvía un halo de melancolía que no logré desterrar. Nos vimos pocas veces, pero valieron por años. Ella estaba encadenada a una bestia en un matrimonio de conveniencia y era tremendamente infeliz. Tenía unos ojos poderosos, negros como la noche.

—Igual que los míos… ¿Quién era?

—Era tu abuela. Resulta que la dejé encinta, pero yo nunca lo supe. Desapareció para siempre y no volví a verla jamás. Durante años intenté encontrarla, pero no lo conseguí. Era gitana y las duras normas del clan me impidieron cualquier comunicación o acercamiento. Persistir en mi empeño ponía en peligro su vida. Mucho tiempo después, una noche lluviosa, apareció un extraño. Se plantó en esa puerta embadurnado en lodo y sangre. Parecía un muerto viviente. Tenía una gran herida en la cabeza y cargaba un saco bastante pesado.

—¿El de arriba?

—Sí. Aunque en ese momento yo no sabía lo que contenía. Imagina lo que pensé. Que era un asesino que venía a por mí. Un ser malvado, un demonio. Entonces me miró a los ojos y vi a tu abuela. En ese momento tuve claro que era hijo mío. Él no tuvo que decírmelo. Su tez blanquísima, el pelo rubio y esos ojos gitanos solo podían ser el resultado de nuestra historia de

amor. Se abrazó a mí llorando, suplicándome ayuda. No recordaba bien quién era ni por qué estaba herido. Ni siquiera podía explicar cómo había llegado a mi casa. Solo recordaba haberse despertado con un terrible dolor de cabeza y que al intentar levantarse no pudo porque estaba aprisionado por una capa de tierra. Me contó que alguien lo había enterrado vivo. Que intentó gritar y se ahogaba. Que notaba la arena entrando en sus pulmones. Me dijo que el pánico lo paralizó y entonces, con la punta de los dedos, tocó algo. Había algo o alguien enterrado junto a él. Tiró con fuerza y la tierra cedió. Consiguió liberar una mano y poco a poco fue sacando el cuerpo entero. La conmoción le impidió pensar. Agarró el saco, sin saber por qué, y lo cargó durante horas hasta mi puerta. Cuando después lo abrí y vi las cabezas, los cuchillos y el hacha ensangrentada me llevé un susto de muerte. No sabía qué hacer. Si llamaba a la policía, involucraría a tu padre y no sabía hasta qué punto era culpable de esa atrocidad. Así que cogí el saco con toda esa mierda dentro y lo subí a la cámara. Y allí lo dejé. Los cuchillos de plata los separé más tarde para ti. Para tu futuro.

—Y… ¿Qué dijo mi padre? ¿Recuperó la memoria?

—En parte sí, pero no sé hasta qué punto. Nunca me preguntó por el saco, pero sí me contó lo infeliz que había sido su infancia. A mí la culpabilidad me carcomía, pero ¿qué podría haber hecho? Ni siquiera conocía su existencia. Me contó… —Leoncio paró su discurso para secarse las lágrimas de los ojos—. Por lo visto, a mi María no le fueron mejor las cosas. Ese animal la hinchó a palizas. El caso es que le cosí la herida de la cabeza y cuando cicatrizó lo suficiente se marchó por donde había venido y no volví a saber más de él hasta el día que te trajo para dejarte.

—¿Por qué me abandonó? —preguntó Elías. Su tono ya no era violento y exigente. Se había calmado bastante y parecía compungido.

—Tu padre era un alma atormentada. Igualito que tú. A veces creo que su familia gitana le echó un mal de ojo o algo así. El caso es que te dejó conmigo para evitar que arrastraras su tormento —explicó hablando con dificultad por culpa de unos suspiros incontrolables.

—No te entiendo.

—Es curioso, tu padre acabó también sin cabeza. La puso sobre los raíles del tren. Así que imagina hasta dónde había llegado su locura.

—¿Se suicidó?

—Supongo que era la única forma que tenía de encontrar la paz.

—Y… ¿A quién pertenecen los cuchillos y el hacha?

—Verás, todavía no he terminado mi relato. Siento que por fin puedo soltar todo ese peso que he cargado durante demasiados años. Así que te lo voy a contar todo. La misma noche que tu padre apareció con el saco, asesinaron en Salamanca a mi primo junto con toda su familia. Claro que yo en ese momento no lo sabía. De hecho, la noticia tardó en llegarme varios días. Por lo visto, los asesinaron y les cortaron la cabeza con un hacha y luego quemaron la granja.

—Las cabezas son suyas. ¿No es así?

—Eso parece.

—Pero entonces los mató mi padre.

—No lo sé. Él juraba no acordarse de nada y yo no tuve más remedio que creerlo.

—Pero es mucha casualidad. ¿No crees?

—No lo tengo yo tan claro. En aquellos tiempos se dijeron muchas cosas. Pero en lo que coincidía todo el mundo era en el hecho de que mi primo, o su hijo, o los dos, estaban metidos en asuntos escabrosos. Se hablaba incluso de que tenían oculto un tesoro.

—¿Detuvieron a alguien por los crímenes?

—No. Pero emitieron una orden de búsqueda de un extranjero que había rondado la zona esa noche. Era de aspecto mestizo. La policía barajaba la posibilidad de que los asesinatos fueran la consecuencia de un ritual satánico o algo así. Por eso de separar las cabezas del cuerpo. Las malas lenguas, sin embargo, hablaban de ajuste de cuentas. No lo sé. El extraño nunca más se dejó ver. Yo heredé la propiedad, así que también fui sospechoso. Menos mal que no me presentaron una orden de registro de la casa. Ya sabes lo que hubieran encontrado. No sé por qué guardé ese saco. Ni siquiera entiendo por qué lo sigo guardando.

—Es arriesgado, sí. Creo que sería mejor que lo enterráramos fuera. Hay mucho terreno para ocultarlo. Déjamelo a mí, viejo. Me encargaré de ello esta misma noche. Aprovecharé la luna nueva. ¿A quién pertenece ahora la finca?

—A los Legazpi. Me hicieron una buena oferta nada más llegar. ¿Los conoces?

—Sí, claro. Los ricachones esos. Es raro, ¿no crees?

—¿Qué te parece raro? —preguntó Leoncio, sorprendido.

—Que nadie tuviera ningún interés en esos terrenos y que llegaran los de Filipinas, con dinero para comprar la provincia entera, y quisieran comprar justo la finca que está maldita, sin ni siquiera barajar otras alternativas.

—Nunca lo había pensado. Supongo que les gustó la situación cerca del Tormes. Ahora que lo pienso, creo recordar que tu padre, un día que vino a visitarte, poco antes de morir, me comentó que se había cruzado con ese tipo en el centro y que su cara le era familiar. ¡Ahora me acuerdo! Me dijo que estaba seguro de que se habían conocido en el pasado y que debía haber sido en circunstancias turbias porque había notado que el tal Legazpi lo evitaba.

—¿Y no dijo nada más? Está claro que hay algo que no cuadra y yo lo voy a averiguar —concluyó el joven Jumillas mientras se frotaba pensativo la barbilla.

Elías cogió uno de los cuchillos de plata y salió a llenar un buen morral de opio para fumar. Después apaciguó su ataque de lujuria con una puta. La conversación con su abuelo lo había excitado de lo lindo. Se sabía igualito que su padre, pero no le importaba. Ya había encontrado la manera de conseguir ingresos periódicos. De momento, no necesitaba acabar con el viejo. Tenía la corazonada de que los Legazpi tenían algo que ver con lo acontecido en esa finca y de que gracias a ello se convertiría en un hombre rico.

A los pocos días se presentó en Los Charros, interesado en el negocio del opio. Después de la conversación con Leoncio había estado investigando. Unas cuantas visitas a los tugurios más concurridos de Salamanca le habían proporcionado información de lo más ilustrativa. Felisa Legazpi consumía las amapolas con asiduidad y se rumoreaba que su esposo había sembrado una plantación entera. Eso sí que era amor. Esbozó una sonrisa y tejió su plan. Empezó ofreciéndose para vender los excedentes de Los Charros en las boticas de la zona. La verdad es que se ganaba un pico. Pero sus ambiciones iban más allá. Así que decidió tantear a su víctima. Como por casualidad, le habló de que tenía un hacha con las iniciales J. R. y de los crímenes del otoño de 1890. No expresó con claridad ninguna exigencia de dinero. Solo aguijoneó ligeramente a su víctima y esperó. Isidoro reaccionó nervioso, desconcertado.

—Quiero esa hacha —afirmó en tono severo. Luego agarró un fajo de billetes y lo colocó dentro de un pequeño saco, junto a los botes que contenían el opio—. Tráemela y te daré otro igual —concluyó.

Elías se marchó satisfecho. Tenía a ese Legazpi agarrado por los huevos. Jamás le devolvería el hacha. ¿Acaso se creía que era imbécil? Mantener el arma en su poder sería, sin duda, su mejor baza.

CAPÍTULO XXIII:

DE NUEVO EN LOS CHARROS DE CAGAYÁN

OCTUBRE DE 1934

Elvira apenas podía comer ni dormir. Las cabezas de los Rodríguez se le aparecían en sueños. Flotaban sobre la cama y exigían venganza. Las pesadillas eran peores que cuando, de niña, Genara, con tono enigmático, le runruneaba aquellas historias de miedo. A veces, la cabeza de uno de ellos se convertía en la de Andrés y entonces se despertaba sobresaltada, pegando un grito. Otras, veía el hacha ondeando en el cielo, cortando las nubes en cachitos. No podía seguir así. Era urgente que visitara Salamanca. Necesitaba ver a la hermana Amelia. Quizá supiera algo de Andrés o de las cabezas. Si no, al menos la consolaría.

Beltrán seguía repartido entre los combates de boxeo y las salidas nocturnas. Estaba segura de que se traía algún lío amoroso, pues tenía los ojos brillantes y apestaba a perfume. Usaba el esmoquin casi a diario y a veces desaparecía durante un par de días. Esa vida tan ajetreada pronto le pasaría factura. Estaba convencida. En cualquier caso, ahora que parecía que estaba disfrutando de las mieles del amor y del éxito, no quería estropearlo.

Josefina se había comprometido a encargarse de la pensión y a cuidar de Andresito a cambio del alquiler del mes. No se la podía considerar una gran cocinera, pero era muy cariñosa con el niño. Además, desde que descubrió que después de tantos años estaba en estado de buena esperanza, derrochaba felicidad y el resto de los inquilinos, teniendo en cuenta los tiempos

convulsos que corrían, lo agradecían muchísimo. Debía de ser la casa de huéspedes de Elvira el único lugar en Madrid en el que la alegría imperaba sobre el desaliento.

Dejándolo todo bien atado en su ausencia y con el alma encogida por verse obligada a dejar a su pequeñín, Elvira preparó el equipaje y se marchó a la estación de Atocha.

Amelia la recibió con reserva. No le parecía buena idea que se dejara ver por la ciudad. Además, estaba incumpliendo su promesa. Los rumores sobre su *affaire* con Andrés Legazpi seguían circulando. Incluso se cuchicheaba sobre la posibilidad de que hubieran huido juntos. Hasta Felisa Legazpi, que había descubierto su vínculo con la huérfana, le había pedido información sobre el paradero de su hijo. Desde la muerte de su padre, los hermanos Legazpi estaban un poco alterados y amenazaban a todo hijo de vecino con cualquier excusa política. Amelia no quería problemas con esa gente. No podía permitírselo. Todavía ejercían mucha influencia en la ciudad y no quería que se encargaran de dificultarle su labor en el asilo. Además, tampoco podía añadir información a lo que Elvira ya conocía. Lo que se sabía estaba todo en los periódicos. No obstante, se alegró de verla. Era tranquilizador saber que había empezado de nuevo en Madrid y que las cosas marchaban en buena dirección. Charlaron durante un buen rato degustando unos pastelillos que acababan de hornear las monjas. Como ya imaginaba, la hermana le confirmó que no había recibido ninguna carta de Andrés. El día de la despedida, Elvira le convenció para que enviara las cartas a Amelia, por seguridad. Cuando acabaron de merendar, dieron por terminada la visita y la hermana le aconsejó que no hurgara demasiado en el pasado y que regresara a su casa cuanto antes.

—Corren tiempos revueltos, hija. La república no ha traído nada bueno. Recuerda lo que pasó en Casas Viejas el año pasado[35]. Y ahora esos insurrectos mineros asturianos están revolucionando a todo el país. Si hasta amenazan con tomar la capital. Todo el mundo se ha vuelto loco. Los religiosos vivimos en permanente zozobra. Los señoritos se marchan al extranjero por temor a ser agredidos y se llevan todo lo que pueden con ellos. Los obreros se lanzan a la huelga general día sí, día también. La violencia callejera se extiende como la peste. Yo no digo que no tengan razón. La mayoría sufre calamidades. Pero el odio solo genera odio. Y ¿qué me dices de esos fascistas echando aún más leña al fuego? Vuelve con tu hijo a Madrid y procura no llamar la atención y que Dios nos ampare a todos, que esto va a terminar fatal.

Elvira agradeció a la hermana que la hubiera recibido, pero opinaba de manera diferente. Era necesario hurgar en el pasado para resolver el presente, y así lo haría. No podía regresar todavía a Madrid. Iría a la comisaría, pero primero haría una visita al Novelty para comprar unas perrunillas a Josefina. Sabía que estaba de antojo y que le volvían loca los dulces. Al entrar evocó la noche en la que había disfrutado de la música junto a Andrés en el local y lo que ocurrió después. Lo malo y lo bueno que ocurrió después. Todo había cambiado mucho desde entonces. Salía por la puerta giratoria, sosteniendo su paquetito de pastas, cuando se encontró de cara con Felisa. Intentó ignorarla, pero fue la otra la que empezó la conversación.

—Hola, Elvira. ¿Sabes algo de mi hijo? No hablo con él desde hace meses. ¿Está bien?

Se la veía bastante preocupada.

—Lo siento, yo tampoco sé nada de él. —Hizo ademán de seguir. Felisa, sin embargo, la asió por el brazo y mirándola a los ojos continuó la conversación.

—Soy su madre. Necesito saber que está bien. Solo eso. No pido nada más.

—Le repito que no tengo ni idea de su paradero. Yo también sufro su ausencia. —Terminó la frase conteniendo el llanto.

—Pero si no está contigo, entonces, ¿dónde está mi hijo? ¿Le ha ocurrido algo? —preguntó desconcertada.

—No lo sé. Hace casi dos años salió de viaje y no he vuelto a saber de él.

—Pero ¿cómo es posible? ¿A dónde se marchó?

Elvira no sabía si contarle la verdad a Felisa. Al fin y al cabo, era la madre de Andrés. Don Isidoro había muerto. Andrés había desaparecido. ¿Qué podía perder? Pero había algo en esa mujer que no le gustaba nada y no sabía exactamente qué. Era fría y callada. Quizá esos ojos tan gélidos tenían la culpa. En realidad, eran del mismo azul que los de Andrés. Pero la mirada de su amado era cálida y serena. Inspiraba confianza. La de Felisa era inquietante. Decidió no hablar. Primero indagaría sobre el asunto de las cabezas y luego ya vería si se sinceraba con la abuela de su hijo.

—Lo siento, no lo sé. He de marcharme. Si no le importa… —Se zafó de la presión de la mano que la oprimía cada vez más fuerte.

—Elvira, por Dios. Si queremos encontrar a mi hijo sería mucho mejor aunar nuestras fuerzas. Hazlo por Andrés. Creía que lo querías.

Elvira tardó unos segundos en responder. Quizá fuera una buena idea. Las dos deseaban lo mismo: tener a Andrés de vuelta en Salamanca. Pero seguía sin poder fiarse de la señora Legazpi. Decidió que lo intentaría. Su amado lo merecía. Pero sería cautelosa.

—Se despidió de mí en noviembre de 1932. Salió de Casa Gelvira hacia Barcelona. Quería ir a Manila.

Felisa palideció de repente. Perdió un poco el equilibrio y a punto estuvo de caer al suelo si no hubiera sido por Elvira, que la sujetó por el brazo en un ademán rapidísimo.

—¿Qué demonios se le ha perdido a mi hijo en ese sitio? —preguntó con cierta indignación.

—Supongo que algo sobre su origen. Querría conocer sus raíces o algo así.

—Y embarcarse en un viaje tan largo y complicado solo por eso. No me hagas reír, Elvira. Debe de haber algo más. ¿Lo hay? Mira, tengo ahí mismo aparcado el coche. Era de mi querido Isidoro. Él se empeñaba en que los autos eran cosa de hombres y nunca me permitió probarlo. Ahora lo conduzco yo. Me resulta bastante divertido. ¿Has conducido un coche alguna vez? Es fantástico. La brisa te azota la cara y te sientes libre. Como si el destino solo dependiera de ti misma. Tú decides si ir marcha adelante o marcha atrás, si prefieres coger la carretera principal o

el camino polvoriento, si regresas a casa o pones rumbo a lo desconocido. Es lo único bueno que me ha traído su muerte. Vaya tontería, ¿verdad? Todo el mundo debería manejar uno de estos vehículos alguna vez. Y más una mujer. En fin —dijo mientras sacaba un pañuelo del bolsillo y se enjugaba una lágrima—, ¿vienes conmigo a casa, querida? Te invito a una taza de café y hablamos. Hay algo que quiero contarte.

Elvira acompañó a Felisa a Los Charros. No sabía la razón, pero en cuanto escuchó la propuesta le pareció un buen plan. Quizá lograra arrancar alguna información útil a su interlocutora. Subió al automóvil, un Hispano Suiza T64 descapotable. Era extraño sentarse junto a su antigua señora. Corrían tiempos insólitos. No pudo evitar esbozar una tenue sonrisa triunfal mientras dejaba que el viento la despeinara. Era un poco frío para estar en octubre, pero revigorizaba. Felisa la puso al día sobre los mellizos. Por lo visto, se habían afiliado a la Falange y se pasaban el día de enfrentamiento en enfrentamiento con todo bicho viviente que no pensara como ellos. Habían desarrollado cierta habilidad con las pistolas y estaban obsesionados con la idea de que la Segunda República iba a conseguir convertir a España en una dictadura bolchevique. «Dicen que nuestra forma de vida se va por el desagüe. Las preocupaciones se me acumulan», se quejaba.

Enseguida vislumbraron la finca. Atravesaron el sendero de cipreses y Elvira sintió que volvía a tener once años; notó la áspera mano de Francisca tirando de la suya, su aliento apestoso al regañarla por intentar huir, lo asustada y afligida que estaba cuando la soltó en la cocina, lo que la afectó que hablara mal de ella al resto de los criados. Revivió cada segundo de angustia de aquel día primaveral de 1912 y suspiró de alivio al comprender que esa niña ya nunca volvería a sentir miedo porque ahora era una mujer, una mujer valiente.

Felisa frenó en seco al llegar a la puerta principal, bajó del coche de un salto e instó a Elvira a que la acompañara. Se mantenía bastante ágil para su edad. No sabía sus años exactos, pero debían de ser más de sesenta. Por unos instantes se fijó en ella. Conservaba la misma melena oscura de antaño, el mismo flequillo espeso recortado sobre las cejas, pulcramente peinado, siempre brillante. Era cierto que se le habían hundido las cuencas de los ojos, pero su mirada continuaba siendo seductora: la mirada de Andrés. Intentó rehuir una punzada de nostalgia. Atravesaron el recibidor y los pasillos hasta el salón principal y, por primera vez, no fue la mocosa insignificante que contemplaba con admiración las grandes lámparas de cristal de Murano o las cortinas de terciopelo de los ventanales. Se detuvo frente al óleo de don Isidoro, que estaba situado justo sobre la chimenea, presidiendo el gran salón. El mismo salón en el que tuvo lugar la petición de mano de Marina. Examinó el retrato con lentitud. Era innegable el empaque del difunto. Su mirada oscura transmitía soberbia y misterio. Pero esta vez no la intimidaba. Nunca más la achantaría. Algo había cambiado.

Felisa animó a su invitada a que probara unas nuevas hojas de té que le habían traído de la India. Se trataba de una infusión muy aromática y deliciosa, aseguró, así que Elvira aceptó una

taza. Cuando hubo saboreado el primer sorbo, Felisa comenzó a hablar.

—Sabrás que mi esposo falleció.

—Sí. Lo siento mucho. Perdone que no le haya comentado nada al respecto. Soy una maleducada —contestó un poco incómoda.

—No te preocupes. Entiendo que a ti no te afecte. ¿Qué te ha llegado sobre la causa de su muerte?

—Que no se sabe. Que lo estaban investigando. No sé si ya le habrán dado a usted una explicación —contestó intentando mostrar cierta indiferencia.

—Lo que suponía. Pues sí. Te lo voy a contar todo de primera mano. —Cogió una pitillera de plata y ofreció a Elvira un cigarrillo que esta rechazó. Felisa lo encendió despacio, aspiró una profunda calada, exhaló unos aros de humo y comenzó a hablar—. No sé por dónde empezar, querida. En fin, allá voy. A mi esposo lo estaban chantajeando. Desde hacía tiempo. Me lo ocultó durante décadas, pero era inevitable que al final lo descubriera. Nuestras cuentas pegaban un bajón de vez en cuando. Llegó un momento en el que tuvo que admitirlo. ¿La causa? Ni idea. No conseguí sacarle ninguna explicación y no me atreví a insistirle. Solo me dijo que era de vital importancia que ciertos asuntos no salieran a la luz. Yo estaba indignada. Propuse que acudiéramos a la policía, pero él se negó. Ya sabes cómo son los hombres. Se creen mucho más listos que nosotras. Yo estaba intranquila, pero me hizo prometer que guardaría el secreto, ya que, si no lo hacía, peligraría nuestra familia. Como comprenderás, tuve que mantener mi promesa.

—Y ¿por qué me lo cuenta a mí? —interrumpió Elvira.

—Escucha, y luego saca tus propias conclusiones. ¿Por dónde iba? Ah, sí. —Volvió a aspirar, esta vez con ansia, el humo del cigarrillo—. El caso es que continuamos con nuestras vidas a pesar de que de vez en cuando aparecía el tipo ese a pedir más dinero.

—¿Sabe quién era? ¿Lo vio usted alguna vez?

—No. Isidoro siempre quedaba con él por las noches en el invernadero. Ya sabes que hay un acceso por la parte de atrás de la finca. Él no quería que pasara por la casa. Decía que era mejor que no me involucrara. Quería protegerme. Las cantidades que reclamaba eran cada vez mayores y llegó un momento en el que mi marido tuvo claro que tenía que pararle los pies. La noche de su muerte salió de la casa hacia el invernadero, como de costumbre, pero esta vez no regresó. Yo estaba preocupada. Había pasado casi una hora y continuaba aguardándolo en la alcoba, así que me cubrí con un chal y me asomé por la ventana de la buhardilla. Pude ver la luz encendida a lo lejos y movimiento en el interior. Bajé corriendo las escaleras y me acerqué lo más deprisa que pude. Busqué unos arbustos secos que hay en la parte lateral del seto. Como han perdido parte de sus ramas queda hueco para mirar. Pude ver dos sombras. Ninguna era la de mi marido. Conozco bien el contorno de su cuerpo. Créeme, ninguna de las dos siluetas era de Isidoro. Una proyectaba la figura de un hombre alto y delgado. La otra pertenecía a alguien mucho más

musculoso. Vi a las sombras pelear entre ellas. Oí un aullido desgarrador, como si a alguien le hubieran arrancado las entrañas de un tirón. Entonces me decidí a entrar. Estaba aterrada, pero solo podía pensar en Isidoro. Cuando alcancé la reja y traspasé el umbral, lo que descubrí ahí dentro me dejó confundida: mi querido esposo —continuó Felisa con palabras rotas por el llanto — yacía sobre el suelo, completamente inmóvil. A toda prisa me tiré junto a él, intentando reanimarlo. Lo abracé, lo agité, le grité al oído órdenes sin sentido para que reaccionara. Pero no lo hizo. Nunca volvió a despertar.

—¿Y las siluetas? ¿De quién eran? ¿Pudo verlo? —preguntó Elvira, intrigada.

—Según la policía, las sombras nunca existieron. Fueron fruto de mi imaginación. Estaba demasiado aturdida por haberme encontrado con el cadáver de mi marido. Han certificado que falleció de muerte natural. Se le paró el corazón. Tenía una pequeña contusión en la cabeza por la caída. Nada grave que pudiera ocasionarle la muerte. Pero no es verdad, Elvira, créeme. Vi esas sombras. Estoy segura. No fue mi imaginación.

—Pero a su esposo le harían un reconocimiento médico. Habría algún experto en anatomía que estudiara y determinara la causa de la muerte.

—Efectivamente. Ya te lo he dicho. Paro cardiaco. Eso afirmó el forense. ¿No te parece todo muy extraño?

—La verdad es que sí. Pero no entiendo cómo puedo yo ayudarla.

—Muy sencillo, querida. Necesito encontrar pruebas de que hubo una pelea esa noche y de que dos hombres estuvieron con mi esposo apenas dos minutos antes de que yo lo encontrara ya fallecido. Necesito averiguar si mi hijo sabía algo sobre el chantaje o sobre cualquier cosa que pueda ayudar a esclarecer lo ocurrido. Además, tengo miedo de que ahora vayan a por él. En definitiva, necesito localizarlo.

—Pero yo no sé nada. Ya he dicho que no lo veo desde finales de noviembre de 1932.

—¿Por qué fue a Filipinas? Tuvo que decírtelo. Por favor, confía en mí. Tenemos que encontrarlo.

Elvira se detuvo unos segundos a pensar. No sabía si Andrés estaba vivo o muerto y esa incertidumbre la estaba volviendo loca. Le contaría lo que sabía. Quizá juntas conseguirían encontrarlo. Se aclaró la garganta y soltó todo lo que llevaba dentro desde aquel día que se despidió de su amado pensando que pronto tendrían un futuro juntos. Descargó toda la angustia que la había acompañado desde entonces creyéndolo enfermo o incluso muerto.

—Andrés sospechaba que don Isidoro, su esposo, no era quién decía ser.

—¿Qué? Pero eso es absurdo.

—Por eso fue a Manila. Quería visitar la antigua plantación de tabaco e investigar su posible relación con una tal Mahika y su amado, un tal Juanjo de la Cruz Berrendo.

—¿Quiénes son esos? No entiendo nada.

—Andrés tampoco. Por eso se marchó. Descubrió esos nombres en un mapa que su marido tenía escondido en el despacho.

—¿Un mapa? ¿Se ha marchado al otro lado del mundo por un simple mapa? Yo nunca he visto un mapa con esos nombres. Estoy desconcertada.

—¿Cuándo lo conoció usted? ¿Fue antes o después de establecerse en las islas?

Felisa tardó en responder. Era evidente que estaba midiendo sus palabras. Elvira notó que una mano le temblaba.

—Yo… Mira, Elvira. Te aseguro que mi marido es… era quién decía ser. ¿Por qué estúpida razón iba a hacerse pasar por otra persona? No le encuentro el sentido.

—Pero es una buena razón para chantajear a alguien. ¿No lo ve? Su hijo lo tenía claro. Por eso se marchó a investigar. Lo que no entiendo es por qué ni siquiera me ha enviado una carta. Estoy muy preocupada, Felisa.

—Yo también. Pero te aseguro que tiene que haber otras razones.

—Por cierto, ¿ha leído últimamente la prensa? Han publicado una noticia sobre unos cráneos encontrados en un pueblo cerca de aquí —dejó caer Elvira.

—Sí. Lo sé. Te preguntas si son las cabezas de los antiguos propietarios de la finca, supongo. Yo también me lo pregunto. Es un hallazgo bastante perturbador. Pobre gente esos Rodríguez.

—A lo mejor los crímenes tienen algo que ver con todo lo que está ocurriendo.

—¿Qué? Eso es imposible. Pasó hace demasiado tiempo. No entiendo a dónde quieres llegar.

—Quizá un maleficio o algo así. ¿No fue un forastero el asesino? Genara me contó que nunca lo pillaron. ¿Por qué han aparecido las cabezas justo ahora?

Felisa encendió otro cigarrillo y volvió a inhalar el humo profundamente. Cogió la chaqueta y el bolso que tenía sobre el respaldo de la butaca. Se puso en pie y tiró a Elvira del brazo.

—¡Vamos! —dijo con tono enérgico.

—¿A dónde?

—A investigar.

Las dos mujeres se subieron de nuevo al automóvil y emprendieron el camino hacia la comisaría. Intentarían averiguar todo lo que pudieran sobre ese asunto tan grotesco de las calaveras. Nada más salir del caminillo de entrada a la finca se dieron de bruces contra un grupo de personas armadas con piedras y palos. Se dirigían a Los Charros. Al verlas, comenzaron a descargar toda su munición sobre el Hispano Suiza a la vez que gritaban y escupían a sus ocupantes. Felisa pudo distinguir el rostro de alguno de sus antiguos empleados. La miraban con verdadera inquina. Apretó el acelerador y salió del tumulto como pudo. Cuando se supo a salvo, Felisa detuvo el vehículo unos segundos y se dirigió a Elvira.

—Uf, han estado cerca. ¿Estás bien? ¿Te han herido?

—Estoy bien. ¿Qué ha sido eso? ¿Por qué nos han atacado?

—Tranquila. Era a mí a quién querían hacer daño. Está todo desmadrado. Todos mis amigos se han marchado ya. Algunos, a Tetuán. Otros, al sur de Francia. Los menos, a la Argentina. Aquí ya no se puede vivir. Espero que no lastimen a mi criada. Es la única que queda en la casa. Gracias a Dios, mis hijos estarán hoy todo el día en una reunión en el Gran Hotel. Luego los alertaré. Me da miedo que quieran intervenir para defender su hogar. Primero iremos a avisar a la policía. Ahora tenemos dos razones para la visita, aunque no creo que puedan hacer nada. Los radicalismos se multiplican.

Felisa pisó de nuevo el acelerador. Las ruedas chirriaban en las curvas y a puntito estuvo de perder el control del vehículo. O, al menos, eso le pareció a Elvira. Cuando llegaron a la comisaría resultaron no ser las primeras en denunciar un ataque. Varios vecinos habían sufrido la misma suerte. Como ya imaginaban, la visita resultó infructuosa.

Las revueltas populares en algunos puntos de España habían dado alas a los obreros y campesinos de todas las provincias. Todos se rebelaban contra el nuevo gobierno republicano del bloque de derechas presidido por Lerroux. Los episodios violentos se repetían en todo el país. Las víctimas se contaban por cientos, aunque la revolución solo triunfaría por un tiempo en la Asturias minera.

Los agresores asaltaron Los Charros y Felisa no pudo hacer nada para evitarlo. Entraron como un ciclón y arrasaron, destruyeron y saquearon: rompieron puertas y ventanas, arrancaron cortinajes, desgarraron cojines, vaciaron alacenas, desvalijaron aparadores, robaron las joyas y la plata y se marcharon aún más llenos de ira que cuando habían llegado.

---

35 Terrible incidente que tuvo lugar entre el 10 y el 12 enero de 1933 en esta localidad de la provincia de Cádiz en el que resultaron muertos veintiocho campesinos, dos guardias civiles y uno de asalto, y que abrió una enorme crisis política.

CAPÍTULO XXIV:

EL REGRESO DE ANDRÉS

1933

Le costó semanas llegar a su destino y meses regresar a España con una teoría lo bastante verosímil sobre el origen de su familia, pero ahora tenía la certeza de que siempre tuvo la razón. El esfuerzo había merecido la pena. La hacienda del valle de Cagayán nunca existió. No se conservaba ningún registro a nombre de Isidoro Legazpi en todo el país. Su padre nunca puso un pie en las islas, al menos con ese nombre. Tampoco Felisa Cuesta había dejado rastro. Las diligencias en Manila fueron sencillas. Le llevó un par de días llegar a conclusiones.

Cuando terminó en Manila, Andrés se dirigió a Zamboanga. El viaje fue más largo de lo esperado. La isla de Mindanao se situaba en el extremo meridional del archipiélago filipino. Se trataba de un territorio rodeado por múltiples mares e islas, atravesado por cordilleras y volcanes, salpicado por complejas vías fluviales. Lo que se suponía un trayecto local se convirtió en toda una expedición. Cuando puso por fin el pie en Zamboanga, le pareció haber encontrado el paraíso. La vegetación exuberante, adornada de cientos de orquídeas, se intercalaba con las plantaciones de café, arroz y las altas palmeras de abacá[36]. Los ríos y lagunas daban vida a gran variedad de peces, y la tierra, siempre húmeda, albergaba una fauna de lo más variada y exótica para un europeo. En las playas de arena fina y suave se confundía el turquesa del mar con el cielo índigo. La brisa era húmeda y cálida. El paisaje era hermoso y estaba custodiado por el monte y el volcán Apo.

A esas horas, el sol ya brillaba con fuerza. Era imposible evitar las quemaduras. Tenía tantas que, al pasar por un mercado, decidió comprarse un sombrero cónico llamado *salakot*[37] para protegerse, el mismo que utilizaban algunos de los lugareños. También compró un ungüento que le aseguraron evitaría las picaduras de los insectos y una camisola suelta y amplia para soportar los calores. Ahora que estaba bien preparado para aguantar los rigores del clima de la isla, se encaminaría al Real Fuerte de Nuestra Señora del Pilar, una antigua fortificación española del siglo XVII construida para repeler los ataques de los piratas. Como Juan José murió en Zamboanga, quizá en sus archivos encontrara alguna pista. Su segunda visita sería a la catedral de la Inmaculada Concepción. Le habían informado de que la Diócesis de Zamboanga se creó en 1910 en esta antigua iglesia, ahora catedral. Puede que tuvieran registrados los sepelios de los soldados españoles de finales de siglo.

La primera visita no le aportó demasiado. Fue bonito descubrir a la Virgen del Pilar de Zaragoza en una localización tan lejana. Le habían comentado que era una virgen milagrosa y que todo el mundo la veneraba. Arrodillarse frente al altar para dedicarle unas avemarías resultó emocionante. El recinto trasmitía bastante espiritualidad a pesar de estar al aire libre. Estaba alfombrado con una fresca lámina de césped y lucía bellas flores en las esquinas.

La visita a la Diócesis resultó bastante más fructífera. Después de consultar los archivos, lo remitieron a la parroquia de San Ignacio de Loyola, en el *barangay*[38] de Tetuán. Una vez allí, la suerte hizo que diera con un sacerdote con muchas ganas de practicar el castellano. Su lengua era el chabacano, variante criolla de español mezclado con malayo, muy extendido en esa isla, pero también hablaba español, y entablaron una conversación que resultó ser reveladora. El cura comprobó los registros y, efectivamente, constaba el fallecimiento de un tal Juan José de la Cruz Berrendo el 6 de abril de 1862 y su posterior entierro el 7 de abril. Después se ofreció a acompañarlo al cementerio y mostrarle el lugar exacto en donde yacía. Cuando encontraron la tumba del soldado, el sacerdote se sobresaltó y miró a Andrés con sorpresa.

—No me he acordado hasta que no he visto la lápida. Es el militar español que asesinaron los Moros. Un crimen brutal. Mi padre me contó la historia cuando era pequeño. Fue una lástima. Era casi un niño cuando lo mataron. En realidad, nunca se demostró nada, pero todos los indicios apuntaban a un ajuste de cuentas.

—¿Un ajuste de cuentas? ¿Por qué?

—Por lo visto, se atrevió a mantener relaciones con una especie de princesa musulmana. Era la hija del sultán. Se enteraron porque la joven se quedó encinta. Su matrimonio estaba concertado con alguien importante. Quizá el hijo de otro sultán, no se sabe. El caso es que se cree que, al saberse traicionado el futuro esposo, o al verse obligado a romper el juramento el padre, alguno de los dos lo quitó de en medio. Cuando encontraron el cadáver estaba en muy mal estado. Llevaban varios días buscándolo. Como era tan joven, en un principio pensaron que había desertado. Pero no. Tuvo una muerte muy violenta. Una especie de ritual ancestral. Le

arrancaron las entrañas. En aquella época, algunos musulmanes de esta zona de Mindanao mezclaban antiguas costumbres y creencias paganas con el islam, aunque ese rito tan sangriento nunca lo habían hecho con un ser humano. Es verdad que solían destripar animales, pero a una persona… No sé. Fue algo bastante siniestro, la verdad.

—Pobre infeliz.

—Pues sí. Hay que evitar el pecado de la carne. Solo puede traer problemas.

Andrés desvió la mirada durante unos segundos de la de su interlocutor. Esperaba con toda su alma poder casarse con Elvira muy pronto y formalizar ante Dios y ante los hombres su relación con ella.

—Tiene razón, padre. Pero el amor es necesario y a veces te arrastra.

—Hay que ser fuerte, hijo. Hay que ser fuerte.

—Perdone la pregunta, pero ¿sabe usted si alguna tribu practicaba entonces algún ritual en el que se cortaran cabezas humanas?

—Sí. Se dice que los Kalingas cortaban las cabezas de sus enemigos y las exhibían como trofeo, pero no sé si es realidad o leyenda. En cualquier caso, ellos viven en las tierras altas de Luzón, no en Mindanao.

—¿Recuerda el nombre de la chica musulmana?

—No, lo siento. No soy consciente de que mi padre me lo dijera.

—¿Le suena el nombre de Mahika?

—Ahora que lo dice, sí. Recuerdo el nombre. Significa «mágica». Era ella. La hija del sultán.

—¿Y el bebé? ¿Sobrevivió el hijo?

—De Khalil José le puedo contar más.

—¿Khalil?

—Así se llamaba el mestizo que nació. Lo sé porque se convirtió en un célebre pirata. Tenía a todo el mundo atemorizado. Cuando me destinaron aquí, a San Ignacio, hace ya treinta y cinco años, se hablaba mucho del gigante mestizo que robaba, asaltaba y practicaba la piratería por aguas de Mindanao y el mar de Joló. Contaban que se había hecho con una gran fortuna y que un buen día desapareció para siempre.

—¿Se acuerda de cuándo se le dejó de ver por aquí?

—No estoy seguro. Quizá una década antes del principio de siglo.

—¿Y a dónde fue?

—Unos dicen que se marchó a España. Otros, que fue también asesinado. La verdad jamás se supo. El caso es que nunca más se volvió a saber de él.

Andrés sintió como si un relámpago lo atravesara cuando escuchó lo de España. ¿Sería posible lo que estaba pensando? ¿Khalil José e Isidoro, su padre, serían la misma persona? Por una parte, le parecía algo inverosímil. Isidoro no aparentaba ser tan mayor. Por otra, no tendría por qué ser un disparate. Es posible que aparentara menos edad. Había llegado a Salamanca desde Filipinas

con una gran fortuna en su haber y un pasado fraudulento. Era moreno y fuerte. Si le quitabas la ropa elegante y le ponías un sombrero de paja o un turbante, quizá podría pasar por un mestizo. Él mismo había heredado una buena mata de pelo negro. ¿Sería posible?, se repitió. El sacerdote se comprometió a preparar un certificado del sepelio de Juan José para que se lo llevara a España. Cuando lo tuviera en sus manos podría regresar a Salamanca. También encontraron el registro del bautizo de Khalil José. Por lo visto, Mahika lo había bautizado a escondidas. Llevaría los dos documentos. No era mucho, pero estaba seguro de que le serviría para sonsacar a su padre.

Esa noche no pudo dormir. No paraba de pensar en Elvira. Se impacientaba por volver a tenerla a su lado, por volver a besar sus labios y beber de su boca. Ya quedaba menos. No le había enviado noticias desde su marcha. Estaría preocupada. Tendría que esperar. Sabía el poder que tenía su padre en la ciudad. Sus tentáculos llegaban a todo y a todos, y la hermana Amelia no iba a ser una excepción. Era capaz de interceptar el correo y todavía necesitaba guardar el secreto sobre sus indagaciones. Tenía que pillarlo desprevenido. Pronto acabaría todo. Pronto tendría al amor de su vida entre los brazos.

Andrés Llegó a Salamanca a primeros de agosto de 1933, pero lo primero que hizo no fue ir a por Elvira. No consideró prioritario informarla sobre su regreso o interesarse por su estado de salud o por cómo le iba el negocio. No. Estaba obsesionado con la idea de que su padre era realmente ese mestizo filipino y las semanas aburridas del viaje habían multiplicado su empeño. No paraba de preguntarse las razones que podían haberlo obligado a cambiar su identidad y cada idea que pergeñaba era peor que la anterior. Incluso lo vio como el asesino que en 1890 acabó con toda la familia Rodríguez. Si hubiera esperado a que se le calmaran los ánimos, los acontecimientos se habrían desencadenado de manera diferente y habría llegado a tiempo para ver nacer a su hijo y disfrutar junto a Elvira de una vida feliz. Pero no. Prefirió salir corriendo a enfrentarse a su padre, y pagó bien cara su obcecación.

Una vez en Los Charros, entró por la parte de atrás para no ser descubierto. Estaba oscuro, pero el invernadero estaba abierto y tenía luz. Su padre estaba dentro mirando unos papeles. Tenía las gafas apoyadas al filo de la nariz y un lápiz en la oreja. Al verlo así, inmerso en sus documentos, con las canas asomando a través de los lacios cabellos negros, las manos ligeramente temblorosas, oteando cada pequeño apunte, por un momento sintió que tenía ante sí a un torpe anciano intentando poner orden en sus asuntos. Nada hacía intuir en él la figura de un pirata, y mucho menos la de un asesino. Una vez que estuvo a su altura, habló con voz firme.

—¡Hola, padre! —El eco de la voz resonó entre los altos cristales del invernadero.

Isidoro se volvió sobresaltado. Una expresión de desconcierto se dibujó en su rostro apagado. Soltó los papeles sobre la mesa y miró a su hijo, incrédulo. Unas gotas de sudor resbalaban por sus sienes.

—¿Qué demonios haces aquí? ¡Creía que había sido muy claro contigo! Vuelve con tu fulana. Aquí no te necesitamos.

—¿Sabes de dónde vengo?

—Ni lo sé ni me importa. Por favor, estoy ocupado. —Se giró para continuar examinando sus papeles, obviando la presencia de su hijo.

—He estado dándome una vuelta por Filipinas. Intentando encontrar mis raíces. Pero no lo he conseguido. Y mira que lo he intentado. ¿Será porque yo nunca estuve allí? ¿Eh, Khalil?

Isidoro se volvió a girar, esta vez con brusquedad. Su mirada oscura echaba fuego. El corazón le latía tan fuerte que Andrés lo sentía suyo. Se aproximó a su hijo y empezó a gritar.

—¿Ka qué? ¿Qué demonios estás diciendo? ¡Eres absurdo! ¿Pero qué coño te pasa?

Andrés sacó los certificados del bolsillo. Uno era el registro de todas las propiedades escrituradas en el Valle de Cagayán en 1898, junto con el nombre y apellidos de sus propietarios. El nombre de Isidoro no aparecía. Tampoco el de Felisa. Otro era un certificado del sepelio de Juan José de la Cruz Berrendo, fechado el 7 de abril de 1862. Por último, el certificado de bautismo de Khalil José de la Cruz, a finales de ese mismo año. También le mostró el mapa con la dedicatoria de Juanjo a Mahika. Le enseñó todo y esperó su respuesta.

—¿Qué significa esto? ¿Qué tienen que ver todos estos papeles conmigo? —gritó Isidoro, irritado.

—¿No sabes lo que significa? ¿De verdad vas a continuar con la representación? Ese mapa lo encontré en tu cajón. ¿Niegas que te pertenece?

Isidoro observó el mapa. Lo estudió por delante y por detrás y luego contestó a su hijo con otra pregunta.

—¿Qué pretendes, Andrés?

—Solo quiero saber la verdad.

—¿La verdad? ¿Qué significa la verdad? ¿Mi verdad? ¿Tu verdad? ¿La verdad de quién?

—La verdad de la familia. ¿Dónde te criaste? ¿Dónde conseguiste tu fortuna? Y, sobre todo, padre, ¿quién eres?

El viejo se dejó caer sobre la butaca que tenía frente al escritorio. La tenue luz amarilla reflejaba sombras sobre su rostro, ahondando las ojeras y alargando las arrugas. Los efluvios de la adormidera desprendían un aroma a flores marchitas. De repente, Andrés vio ante sí a un anciano derrotado. Podría tener setenta años o más. Había dejado de ser el hombre soberbio y altivo de antaño. Ese que se había hecho a sí mismo alcanzando la luna con inteligencia y sacrificio. Isidoro se aclaró la garganta y respondió:

—Para ti todo es blanco o negro, pero la vida real está llena de grises. Tú no has tenido que partirte la espalda para conseguir un simple plato de sopa. Te has criado entre algodones y todo te ha venido regalado. Yo me he sacrificado mucho. He luchado cada día para salir adelante, y no

vas tú a venir ahora a darme lecciones de moral. Porque si tú eres alguien ahora, es por mí, y solo por mí. ¿Entiendes?

—Entonces reconoces que no eres quién dices.

—Soy Isidoro Legazpi, por supuesto que lo soy. Puede que en el pasado fuera otra persona, pero créeme, ahora soy Isidoro, tu padre. Ese tal Khalil ni siquiera me suena.

—Mientes.

—¿Por qué iba a mentir?

—Porque eres un mentiroso. Llevas toda la vida mintiendo a todo el mundo.

De repente, un hombre interrumpió la discusión entre los Legazpi. Empezó a caminar de un lado al otro del invernadero con las manos metidas en los bolsillos y canturreando una canción soez sobre putas y borracheras. Era alto y fornido y su mirada daba grima.

—¡Vaya, vaya! Una discusión padre e hijo. ¡Qué bonito! Yo nunca he podido discutir con mi padre. Me abandonó cuando era un niño. Pero, visto lo visto, ¿a quién le importa?

—¿Quién es usted? —increpó Andrés.

—Isidoro, cuéntale a tu chico quién soy.

—Es quien me vende el extracto sobrante de las amapolas.

—Uy, uy, uy, Isidoro. Tienes que contarle todo. A ver cómo te lo explico, Andrés. Me ha parecido oír que te llamas así. Digamos que hace años que tengo pruebas de que tu papá es un asesino múltiple, y, desde entonces, hemos llegado a un acuerdo en el que los dos obtenemos un beneficio. Tu padre me paga. Yo no hablo.

Andrés se quedó aturdido. Hacía tiempo que suponía que su padre no era quién decía, incluso había valorado la posibilidad de que fuera un asesino. Sin embargo, ahora que alguien lo acusaba, le parecía inverosímil. ¿De verdad era un asesino?

—Bueno —dijo el chantajista—, el caso es que necesito más dinero, señor Legazpi. Piense que mantener la boca cerrada requiere un gran esfuerzo por mi parte. Ya sabe que soy parlanchín por naturaleza.

—Ya me ha sacado suficiente. Y no tiene nada contra mí.

—Claro que tengo. Tengo pruebas. Y conozco toda la historia. Mi padre lo cantó todo antes de morir —mintió—. ¿Recuerda a mi padre? Alto, corpulento, ojos sombríos, rubio.

—No tengo ni idea de quién era su padre.

—Demetrio. Demetrio Vargas. El propietario de un putiferio en la ladera del Cerro de San Vicente.

Isidoro percibió cómo un sudor frío le resbalaba por las sienes. No daba crédito a lo que estaba escuchando. Era imposible que ese despojo hubiera contado nada a nadie. Él mismo introdujo en el hoyo su sucio cuerpo inerte y lo cubrió con montones de tierra embarrada por la lluvia inesperada de aquella noche. Recordaba nítidamente cómo pisoteó con fuerza sobre su tumba,

embrutecido por la ira, empujado por la urgencia, para que el terreno se asentara y no quedara rastro del enterramiento y poder huir lo más rápido posible.

El viejo Legazpi, nublado por la rabia, agarró unas tijeras de podar que había sobre la mesa y se irguió para asestar un golpe en la cabeza a su adversario. A Elías no le costó trabajo despojar a su contrincante de las tijeras de un tirón y las levantó para clavárselas en el pecho a la vez que Isidoro caía al suelo de espaldas. Andrés se abalanzó sobre el chantajista para intentar evitar el derramamiento de sangre. Lo asió por detrás, con energía. El otro se volvió y ambos empezaron a forcejear. Cuatro manos tiraban de las tijeras. Ninguna fuerza se imponía sobre la otra. Luchaban, se empujaban, pero ninguno se hacía con el arma. En un movimiento ágil y certero, Andrés retorció el brazo de su rival y lo colocó en una posición imposible a la que siguió un fuerte chasquido y un grito desgarrador. Le había partido el brazo. Elías soltó instintivamente las tijeras, se sujetó el miembro herido y echó a correr. Andrés se apresuró a auxiliar a su padre. Se quedó petrificado. Tenía los ojos muy abiertos, pero no pestañeaba. No lograba encontrar el pulso. Estaba… ¡muerto! Oyó que alguien se acercaba por el jardín. No sabía qué hacer. El miedo le nubló el entendimiento y, en vez de enfrentar la desgracia, huyó del lugar todo lo rápido que pudo. Cuanto más se alejaba, más se convencía de que su vida como un Legazpi había llegado a su fin. Se sentía responsable de todo lo acontecido esa horrible noche. Pero lo peor de todo, lo más espantoso, era que su padre podría haber sido el verdugo de aquella pobre familia. Le parecía increíble. ¿De verdad era el hijo de un asesino? ¿Compartía la misma sangre que un criminal? ¿Debía creer la palabra de un chantajista?

No podía quitarse de la cabeza la imagen de Isidoro, o quizá Khalil, con los ojos abiertos mirando a la nada. Por una parte, estaba obsesionado con la idea de que su muerte había sido culpa suya. No había sido capaz de salvarlo, y esa certeza le provocaba una gran angustia. Por otra, si mató a aquella gente, si de verdad asesinó y decapitó a cuatro seres humanos… jamás podría acostumbrarse a ser el fruto de semejante depravado. No se sentía capaz de presentarse ante su madre. ¿Qué le iba a decir? ¿Que había muerto por su culpa? ¿Que había discutido con él por echarle en cara su falsa identidad? ¿Que su marido posiblemente era un sangriento psicópata?

Tampoco se atrevía a contactar con Elvira. Se juzgaba a sí mismo despreciable, un auténtico fraude. Decidió que una mujer tan inteligente y atractiva tendría mejores alternativas que el hijo de un presunto pirata asesino. Y no quiso dar a su amada la opción de decidir por sí misma lo que deseaba. Buscaría a ese tipo. Al hijo del proxeneta. Al tal Vargas. En eso enfocaría todos sus esfuerzos y así evitaría volverse loco. Le había dejado un brazo colgando. No sería difícil localizarlo. Necesitaba reunir pruebas y aclarar de una vez por todas si su padre era el asesino de los Rodríguez.

---

36 Palmera típica de Filipinas cuya fibra sirve para la confección textil.

37 *Salakot* es el sombrero cónico típico de Filipinas que sirve para protegerse del sol. Está hecho casi siempre con tiras de palma entretejidas.
38 Zamboanga tiene ochenta y nueve *barangays* o barrios.

CAPÍTULO XXV:

MALOS TIEMPOS

OCTUBRE DE 1934

Elvira regresó a Madrid más intranquila que antes. La situación político–social se estaba yendo de madre en todo el país. No había conseguido averiguar nada nuevo, ni sobre Andrés ni sobre los cráneos, y sentía que se había abierto una herida en su corazón que empezaba a supurar. Era verdad que Felisa había prometido encargarse de contactar con el padre de Marina, que se relacionaba a diario con las altas esferas barcelonesas, para que comprobara si Andrés había embarcado, o desembarcado, en ese puerto en los últimos meses o aparecía en alguno de los registros de los principales hoteles de la ciudad. No obstante, había llegado a la conclusión de que, si el padre de su hijo no había dado ninguna prueba de su existencia durante los últimos tiempos, sería, en cualquier caso, por causas desagradables, pues o no quería saber nada de ella ya o algún hecho desgraciado se lo había impedido, lo cual era todavía más preocupante.

Nada más abrir la puerta de la pensión descubrió a su hijo intentando mantener el equilibrio para dar sus primeros pasos. Lo estaba consiguiendo. El niño avanzaba por el pasillo abriéndose camino mientras apoyaba las manos regordetas sobre la pared descascarillada. Las tenía manchadas de algo pegajoso. Josefina lo habría atiborrado a caramelos. Al ver a su madre se le iluminó la cara e intentó correr hacia ella. El segundo paso fue un traspié que lo envió directamente contra el piso. Cayó de culo, amortiguado por el pañal, y comenzó a lloriquear. Elvira sintió una oleada de orgullo. Lo cogió en brazos y le canturreó la misma nana que le

cantaba la hermana Amelia en el hospicio. El niño se tranquilizó y pasó del llanto a la risotada en apenas segundos. Josefina salió de la cocina. El delantal le marcaba la tripa y hacía evidente su embarazo.

—Elvira, por fin por aquí. ¿Qué tal ha ido todo por Salamanca?

—Fatal. No he averiguado mucho. Nadie por allí sabe qué ha sido del padre de mi hijo. Estoy tan preocupada.

—Anímate, *compañeira*, Cristo siempre nos acompaña. También acompaña a tu marido —Elvira nunca dijo que no estaba casada— y pronto te lo devolverá. Estoy segura. Rezo por ello cada tarde. Reza conmigo. Seguro que nos escucha. A mí siempre me escucha. Gracias a que nunca he perdido la fe, ahora espero un hijo. Ten fe, Elvira. Ten fe.

—Lo intento, Josefina. Me gustaría ser como tú. A ti nada te hace dudar. Tu fe es inquebrantable. Sin embargo, yo me pregunto cada día qué razones tiene Dios para permitir tanto sufrimiento. ¿Por qué tanta gente padece hambre, frío o violencia? ¿Qué sentido tiene?

—Es muy fácil. Si no conociéramos el sufrimiento, tampoco conoceríamos el gozo. Sin mal no hay bien. Sin dolor no existe el placer. Así funciona este mundo —le aclaró.

Josefina se arrodilló mientras hacía un gesto a su amiga invitándola a arrodillarse junto a ella. Elvira apoyó las rodillas desnudas sobre el suelo, sujetó con fuerza la medallita de peltre, cerró los ojos, dio un pequeño suspiró. Ambas mujeres comenzaron a rezar.

Al día siguiente, Elvira recibió una llamada de Salamanca. Felisa estaba al otro lado del aparato, afligida.

—Buenas tardes. Tengo algo que contarte. Es algo que ya sabía cuándo charlamos en mi casa, pero me lo guardé porque daba por sentado que mi hijo estaba contigo. Andrés lleva en España más de un año. Por lo visto, se registró en el hotel Continental, en Barcelona, el 28 de julio de 1933 y dejó su habitación tres días después. Siento no habértelo dicho antes.

—¿El 28 de julio del año pasado? ¿Seguro?

—Sí. Está confirmado. Se alojó solo y una de las recepcionistas cree recordar que pidió un taxi para ir a la estación de ferrocarril. Eso es todo.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Lleva aquí más de un año y no nos lo ha comunicado?

—Eso parece, querida.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora?

—Porque no quiero verte sufrir. Está claro que ninguna de nosotras es su prioridad en estos momentos.

—Gracias, Felisa, por ponerme al corriente.

—De nada. Te llamaré de nuevo si me entero de algo más.

Elvira contuvo el llanto hasta que colgó el aparato. Entonces comenzó un torbellino de gemidos, suspiros, jadeos, lamentos y sollozos que alertaron a toda la casa. Fue Josefina la única

que se atrevió a golpear la puerta, asustada, para ver que estaba ocurriendo. Al no escuchar respuesta, empujó un poco para asomar la cabeza y, al verla tan descompuesta, entró.

—¿Qué ocurre? ¿Malas noticias? —preguntó con inquietud, deseando que no se tratara de nada irreparable. Elvira solo fue capaz de asentir con la cabeza. Tomó un pañuelo de la mesilla y empezó a secarse los lagrimones.

—Se trata de tu marido, ¿verdad? —añadió acariciándole el hombro.

—En realidad, no es mi marido, aunque sí es el padre de mi hijo. Íbamos a casarnos, pero tuvo que marcharse de España. Ahora he sabido que regresó el año pasado y…

—No ha querido saber nada de vosotros —concluyó Josefina la frase.

—Eso parece —confirmó Elvira sonándose la nariz con energía.

—Lo siento —contestó su amiga, compungida.

—Ni siquiera sabe que tiene un hijo. Me enteré del embarazo después de su marcha. ¿Qué vamos a hacer ahora, Josefina? ¿Qué le voy a contar al niño cuando empiece a preguntar por su padre?

—Mira, Elvira, no adelantemos acontecimientos. A lo mejor existe una razón de peso para que no os haya contactado. Quizá si supiera que tiene un hijo haría por veros.

—No es tan fácil. No sé cómo localizarlo. Además, jamás aceptaría que volviera con nosotros solo porque se sienta responsable. Yo sola me valgo para cuidar de Andresito. Necesito que vuelva por mí, porque me quiere.

—Lo entiendo. Anda, sécate esas lágrimas y vente conmigo a misa, que son casi las siete. Escuchamos el sermón de don Aurelio y luego le ponemos una vela a la Virgen para que interceda por ti. Y anima esa cara que, si tú nos fallas, la paz que aquí se respira se nos va a la cloaca.

Los días posteriores al regreso de Elvira, los habitantes de la pensión continuaron sumergidos en su cotidianeidad. Las reuniones alrededor de la mesa cada vez eran más escasas y las tertulias, más tensas. Juan se pasaba horas en su cuarto preparando los exámenes. Josefina permanecía en cama por unas pérdidas en el embarazo. Benicio guardaba luto por su hermano, Valentín, que finalmente no había podido superar la tuberculosis. El impedido de la habitación interior, Agustín, tampoco hacía acto de presencia. Pero eso no era una novedad. Elvira intentaba entretener a su hijo con una especie de puzle de madera que Benicio había construido semanas atrás para él. Por desgracia, Andrés, que era muy inteligente, ya sabía cómo encajar cada pieza y se aburría. Las jornadas de juegos y risas parecían haber desaparecido. La gravedad de los últimos acontecimientos no dejaba ánimo para el esparcimiento. Ni Josefina, ni Juan, ni Benicio aparecían por la cocina. Y Elvira se pasaba el día entero esperando una llamada de Felisa para darle la noticia de que había encontrado a Andrés y de que había una buena explicación para su

desaparición. Entonces le contaría que tenía un nieto. Antes no se atrevía. El teléfono nunca sonaba, su hijo no paraba de dar guerra y Elvira se desesperaba.

Volver a cotillear sobre el crimen de la familia decapitada cambió el ambiente de tedio que había tomado la pensión. El hecho de que Elvira desvelara su labor de cocinera en la finca que había pertenecido a los Rodríguez estimuló una gran curiosidad en sus inquilinos y los devolvió a la vida cotidiana. Pronto hicieron del asunto su tema principal de conversación. Distraerse con las elucubraciones los ayudaba a evadirse de la cuestión política. Los asuntos públicos generaban demasiada crispación en la sociedad. Las cabezas eran el coloquio vespertino por excelencia. Todos, periódico en mano, tenían una opinión diferente sobre las razones de los asesinatos y sobre quién era el artífice.

La prensa informaba de que el hallazgo en el jardín trasero de la antigua casa de Leoncio Jumillas, primo lejano de las víctimas y único heredero, confirmaba la sospecha de que se trataba de las calaveras de los Rodríguez. Pero quedaban muchas incógnitas. La más inquietante era el hecho de que el anciano no podía haber actuado solo. Los medios de comunicación intentaban vender el mayor número de ejemplares posible y, por eso, continuaban dando publicidad al siniestro caso, que en realidad hacía muchos años que había prescrito. También con intención de incrementar su tirada, pronto se hicieron eco del apresamiento del nieto de Jumillas por múltiples delitos y se preguntaban hasta qué punto todo este barullo podía estar, a su vez, relacionado con la muerte de Demetrio Vargas, un medio gitano, patrón de un antiguo putiferio e hijo ilegítimo de Jumillas. Por lo visto, el proxeneta había colocado la cabeza sobre los raíles del tren una madrugada de 1902 para acabar con sus remordimientos. Desde luego, habían encontrado un filón.

Benicio empezó a bromear con la posibilidad de que la policía criminal, o la prensa, aparecieran por la pensión a interrogar a su casera sobre cómo había sido su vida en el lugar de la tragedia. Elvira se preguntaba cada vez más a menudo sobre ese terreno en donde se ubicaba Los Charros. Muchos enigmas lo tenían como punto de encuentro: el asesinato de los Rodríguez, las amenazas a la familia Legazpi, la extraña muerte de Isidoro, la desaparición de Andrés. ¿Sería una casualidad? Parecía un galimatías indescifrable, de esos que lleva años resolver. Pronto sus preocupaciones volvieron a la situación sociopolítica.

Después del fracaso de la revolución obrera de octubre de 1934, que se saldó con un número más que considerable de fallecidos y detenidos, las instituciones públicas habían quedado muy erosionadas. La dura represión había abierto muchas heridas imposibles de cicatrizar. La desesperanza o la rabia, o las dos cosas, se expandían por el país y nada ni nadie era capaz de frenarlas. Los odios y pasiones regían el día a día y, aunque en la pensión todos intentaban evitar la política, las conversaciones siempre terminaban en el mismo tema. Entonces Elvira contaba un chiste o una ocurrencia y sorteaba el enfrentamiento. Su capacidad para desviar la atención de los interlocutores era prodigiosa, aunque había veces que el ánimo era tan combativo que las bromas

no provocaban el efecto deseado y un buen porrazo sobre la mesa se hizo imprescindible. Eran tiempos convulsos, pero Elvira se había propuesto que la paz reinase entre sus cuatro paredes.

El domingo, la homilía de don Aurelio fue contundente. La religión católica y la iglesia estaban siendo perseguidas por anarquistas, socialistas y comunistas: «Quieren arrebatarnos nuestras creencias, nuestra esperanza, nuestra fe; quieren despojarnos de todo lo que nos hace más fuertes, pero no se lo vamos a consentir. Lucharemos por nuestro credo y Dios nos dará la fuerza». Nunca habían visto al sacerdote tan alterado. Aunque los ataques a la iglesia, al clero y a los creyentes habían comenzado muchos años atrás, en la Segunda República se habían multiplicado y daba la sensación de que una parte del Gobierno los avalaba. El sacerdote esa misma mañana había recibido malas noticias de su pueblo. Unos seminaristas habían sido brutalmente agredidos. Eran muy jóvenes. Unos humildes aspirantes al sacerdocio. No tenían ningún poder o influencia y ahora estaban malheridos. Uno de ellos incluso había perdido un ojo. La situación era cada vez peor y no tenía pinta de poder arreglarse, al menos de momento. Así las cosas, el padre Aurelio había decidido que haría todo lo que estuviera en su mano para apoyar a la iglesia y a sus fieles. Arriesgaría incluso la vida, si fuera necesario.

El año 1935 llegó con nuevos disgustos y un gran escándalo de corrupción que apuntaba al presidente Lerroux. Estaba relacionado con un juego de ruleta que el Gobierno, sabiéndolo fraudulento, había permitido que se introdujera en España tras el supuesto cobro de una cantidad importante de dinero. Las izquierdas no dudaron en utilizar políticamente el escándalo del estraperlo, como se denominó entonces. En octubre de 1935, Azaña, en el gran mitin del Campo de Comillas, atacó al Gobierno de Lerroux y la gran reforma fiscal con la que aseguraba que solventaría la crisis económica. La reputación del Partido Republicano Radical se hundió. Estos hechos, unidos al fracaso de la reforma agraria, la contrarreforma sociolaboral y las sucesivas crisis de gobierno, se tradujeron en una atmósfera irrespirable.

Benicio, que aún lamentaba la muerte de Valentín, entró en una dinámica de continua queja. Había que tirar España por el retrete y volver a crearla desde cero, sin gobiernos ni presidentes. Josefina, que en marzo había parido una niña, se sentía consumida por la lactancia, agotada por las noches en vela y angustiada por el negro futuro que presentía. Permanecía callada y sin energía. Elvira intuía que padecía una especie de melancolía posnatal, así que trataba de buscarle distracciones. Lo intentó con las historias de misterio que recordaba de Genara o detallando los embrollos en los que se metía de niña y las regañinas y los pescozones que le propinaba. Procuraba no pensar en Andrés. No habían vuelto a saber nada de él. Ni Felisa ni ella. Habían perdido su rastro. Ya no mencionaba su nombre. Ni siquiera en sus relatos, a pesar de que él también era a veces diana de los rapapolvos de la vieja cocinera. Todos en la pensión reían, todos menos Josefina, que ni siquiera escuchaba. Solo oraba y oraba y pedía a Dios que acabara con esa sensación de caos y permanente revuelta que se percibía en las calles.

—¡Ay, Elvira! Noto que la morriña crece aquí dentro, en las entrañas y me envenena la vida. Añoro a *miña nai*, a *meu pai e os* campos verdes[39]. ¿Por qué crecemos? ¿Por qué no somos bebés para siempre? Mira qué paz desprende Rosario. Ahí, quietecita, tan feliz. Ajena a las maldades del mundo.

El 16 de febrero de 1936 el Frente Popular ganó las elecciones. Después vinieron las desavenencias políticas y la división interna de los partidos, tanto de derechas como de izquierdas. La violencia se intensificó en las calles, con jornadas de huelga y protestas.

El primero de junio se convocó en Madrid una huelga de albañiles, mecánicos y ascensoristas que arrastró a otras profesiones y se prolongó durante semanas. Benicio, que era fontanero y simpatizaba con las fuerzas anarcosindicalistas, y Beltrán, que aún recordaba sus duros inicios como albañil y se había unido al Partido Socialista, se agregaron a una manifestación, a la que acudieron cerca de ochenta mil trabajadores. La masa enloquecida empezó a saquear los comercios y las tiendas de ultramarinos. Grupos de falangistas armados con metralletas se presentaron amenazantes entre el gentío. La alteración del orden público fue tal que las fuerzas de seguridad pública tuvieron que intervenir. La represión provocó la muerte de inocentes. Benicio se dejó arrastrar por el tumulto y rompió los cristales de una tienda de comestibles. El estruendo fue seguido por empujones, embestidas y golpes. El fontanero recibió un fuerte impacto en la ceja que empezó a sangrar. Hacía tiempo que había perdido de vista a Beltrán. Como pudo, se escurrió entre la multitud y consiguió evitar la guardia de asalto no sin antes cargarse con un buen suministro.

Josefina vio a su esposo herido y se le atragantó la cena. No entendía cómo había llegado a ese extremo. Le curó la ceja, le echó una reprimenda y confiscó los comestibles robados para que don Aurelio se los entregara a alguna familia necesitada. Esa noche, todavía con trifulcas en las calles, todos los comensales se sentaron alrededor de la mesa redonda en la que solían compartir la cena. Se miraron unos a otros sin apenas pronunciar palabra. Observaron la herida de Benicio, escucharon el clamor del gentío, distinguieron algún tiro en la lejanía y, por primera vez desde que el Frente Popular llegó al poder, tuvieron claro que estaban viviendo los prolegómenos de algo terrible.

Durante la primera semana del mes, la huelga se extendió también a los trabajadores de los canales del Lozoya. El parón evitó que se subsanaran las averías de agua. Paralelamente, se sabotearon algunas fuentes y cañerías. La ciudad se quedó sin suministro en diversas zonas y los ciudadanos empezaron a depender de los tanques municipales que acudían a su auxilio. Las colas eran largas y el sol ya apretaba en esos días. A este problema se añadió el de los ascensores. Los que estaban averiados no se reparaban por culpa de la huelga de los ascensoristas. Muchos ciudadanos se vieron obligados a subir a pie las escaleras. Los madrileños empezaron a creer que el Gobierno era incapaz de controlar a las masas y de mantener el orden público. El resto de España también sufría huelgas y manifestaciones que se desarrollaron pacíficamente en algunas

zonas, pero fueron secundadas por una masa obrera y campesina impaciente en otras muchas, que no veía con buenos ojos la política del nuevo Gobierno, quizá demasiado moderada en relación con lo prometido. Llegaron las críticas y la decepción. Habían sufrido penurias durante demasiado tiempo y se les había agotado la paciencia. Lo querían todo, lo querían ya, y estaban dispuestos a emplear la fuerza para conseguirlo.

En este ambiente revolucionario, el asesinato de José Calvo Sotelo, figura relevante de la oposición y uno de los políticos más críticos con el Gobierno republicano, enfureció a los partidarios de derechas y fue el detonante de la conspiración militar y el golpe de estado de 1936. En un primer momento, el levantamiento no triunfó en todo el territorio nacional. Esa resistencia de muchas zonas de España al golpe provocó la guerra civil. Madrid permaneció como zona republicana hasta el final de la contienda.

---

39 «Añoro a mi madre, a mi padre y los campos verdes» en gallego.

CAPÍTULO XXVI:

LADRÓN BUSCANDO A LADRÓN

1890

Khalil maldijo su estupidez. Había perdido todas sus posesiones y se juró que, costara lo que costara, encontraría a los ladrones. Recordaba bien el rostro curtido por el sol del hombre. Estaba seguro de que trabajaba en el campo. La chica tenía mucho desparpajo para ser tan joven. Si no era una fulana, trabajaría en una taberna. Y no iba a olvidar esos ojos azules. Eran inconfundibles. Intentó interrogar a los clientes de la posada, pero lo ignoraron con bastante desprecio. Daba igual. Por la memoria de su dulce madre, los encontraría.

Pensaba en Mahika y en que era mejor que estuviera muerta para no tener que sufrir semejante vergüenza. Ella le había entregado las únicas posesiones de Juan José, le había explicado con pasión el gran concepto del honor castellano y le había hecho jurar una y mil veces que se esforzaría para ser un digno heredero de su padre. ¿Cómo podía haberla fallado tanto? Ahora tendría que hacer uso del ingenio y el engaño para sobrevivir. Unas pocas monedas, su chaqueta y el *salakot* eran sus únicas posesiones. Así que rescató sus destrezas con las manos para poder salir adelante. No le gustaba volver a perpetrar robos y estafas. De hecho, había llegado con la firme intención de convertirse en un hombre de bien con la ayuda de su padre, si tuviera la fortuna de encontrarlo. La fatalidad hizo que los ladrones también se llevaran el mapa. Su padre se lo había regalado a su madre para que lo encontraran si decidían ir a buscarlo. Eso al menos le había contado Mahika. Pero necesitaba dinero. Había sido un idiota por dejarse hipnotizar por

esa furcia. Había recorrido miles de kilómetros y atravesado medio mundo pegado a su tesoro y, en una sola noche, lo había echado todo a perder.

Se deshizo del sombrero para no llamar la atención demasiado. Llevaría una gorra de lana sencilla y metería la melena por dentro. Así, vestido al modo occidental, casi podría pasar por un campesino español. Tenía que ser discreto si quería moverse entre la gente y vaciarles los bolsillos sin ser descubierto. Empezó a visitar mercados, ferias, bares y bailes. Cualquier lugar o situación que conllevara aglomeraciones de aldeanos y labriegos. Rozaba con disimulo a esas personas y ¡zas!, como por arte de magia, se quedaba con el dinero, relojes… cualquier cosa que llevaran en la faltriquera. Lo hacía con tanta pericia que nadie era consciente del robo. Muchos incluso pensaban que ellos mismos habían perdido u olvidado sus pertenencias en alguna parte.

Pasaban los meses y Khalil seguía de pueblo en pueblo, sobreviviendo con los hurtos y buscando a la pareja de bandidos. Pero era como buscar un pequeño bote en la inmensidad del océano. Casi imposible. Una tarde, la suerte cambió. Fue en los arrabales de Salamanca. Nada más entrar en un cuchitril insufrible, pero cargadito de borrachos. Estaba evaluando la manera de sacar un buen provecho de la noche cuando se topó con los ojos del ladrón. Era él. Estaba seguro. El ladrón también lo había reconocido. Tenía que actuar rápido para conseguir recuperar sus bienes. Entonces, el bandido se levantó y se dirigió a la puerta para abandonar el local. Podía impedírselo, sí, pero eso no le aseguraría encontrar su baúl. Es más, era incuestionable que el sinvergüenza era bien conocido y considerado en ese lugar. Lo más normal es que salieran en su defensa y, en vez de sus posesiones, recibiera una paliza. Intentó seguirlo. Pero él se desplazaba a pie y el maleante estaba subiendo a un caballo. Perdería su rastro antes de alcanzarlo. Solo le quedaba una opción.

El mestizo adoptó una actitud amistosa y empezó a contar chistes y a sonreír. Al principio, sintió cierta hostilidad entre la gente, que no paraba de mirarlo con suspicacia. Después de varios juegos de trile[40], en los que dejaba ganar a los participantes, y una ronda gratis, Khalil se había metido en el bolsillo a más de la mitad de la clientela. Las charlas que mantenía con los beodos fueron cada vez más afables. En poco tiempo conocía el nombre completo del bandido, el número de miembros de la familia, alguna de sus costumbres y la ubicación exacta de sus tierras. Ahora ya podía rematar la farsa limpiando todos los bolsillos y alforjas de los incautos. Una vez hubiese sisado todo lo sisable, se dirigiría a la finca de ese tal Julián Rodríguez Cuellar. Lo pillaría desprevenido. ¡Se iba a enterar el sinvergüenza de las consecuencias que trae desafiar a un pirata!

Khalil tardó unos veinte minutos en llegar a pie a la finca de los Rodríguez. Había luz en lo que parecía la cocina, pero estaba todo en silencio. El ladrido de un perro lo distrajo unos segundos. No provenía de la casa. Continuó caminando. Con sigilo, se asomó por la ventana para ver quién andaba todavía despierto. Desde que el ladrón abandonó el bar en su caballo estuvo dándole vueltas a cuál era la mejor forma de recuperar su tesoro. Lo inteligente sería coger a una de las

mujeres como rehén y amenazar con matarla si no le devolvían lo robado. Era una opción que no le gustaba demasiado. Era arriesgada, pero ¿cómo convencer si no a un ladrón de que te devuelva el botín? Necesitaba ponerse en una posición de fuerza. Agarrar por el cuello a la madre, o a la hermana de alguien, te la da. Esperaría a que una de las dos se separara del resto de la familia y la atraparía. Era la única manera. Se inclinó un poco más para mirar hacia dentro. Divisó al canalla. Tenía las manos llenas de sangre. El suelo también estaba manchado. Un hombre lo amenazaba con un cuchillo, sujetándolo por detrás, haciéndolo gemir de dolor. Ese tal Rodríguez tenía gran habilidad para hacerse enemigos, pensó. De repente, Khalil oyó un chasquido a sus espaldas. Sintió un fuerte golpe en la nuca, la suave voz de Mahika que lo llamaba y una gran oscuridad.

---

40 El trile es un juego que consiste en usar una bolita o dado y tres cubiletes y hay que averiguar en dónde está la bolita. Suele ser una estafa y está preparado para que el trilero (persona que dirige el juego del trile) siempre gane.

CAPÍTULO XXVII:

LA GUERRA CIVIL

1936

El 17 y 18 de julio de 1936, las tropas militares españolas que se encontraban en África se levantaron contra la Segunda República. El golpe de estado pretendía acabar con el Gobierno del Frente Popular, pero fracasó, desencadenando una guerra fratricida en la que se enfrentaron dos formas de ver el mundo que, en realidad, era un poliedro de múltiples caras: la lucha entre fascismo y comunismo, entre catolicismo y ateísmo, entre autoritarismo y democracia, entre estructura y anarquía, entre centralismo e independencia regional, entre tradición e innovación. Con el estallido de la guerra, todo se trastocó en la pensión de Elvira.

Benicio se incorporó al batallón Azaña y partió para el frente. Abandonar a su esposa y a su hija pequeña resultó ser lo más duro que había hecho en toda su vida. Mucho más duro que ver a su hermano consumirse por la enfermedad y fallecer en la flor de la vida. Infinitamente peor que salir de la vida de Ramón y Angelita para empezar de cero. Un millón de veces más doloroso que dejar a Valentín de niño en el orfanato. Precisó de un esfuerzo sobrehumano para no olvidarse de sus ideales ni de sus anhelos de cambio y salir huyendo muy lejos con ellas. Cuando Josefina lo vio uniformado, macuto en mano, se abrazó a él con fuerza, dispuesta a no dejarlo marchar. Le hizo prometer que volvería sano y salvo y que llevaría siempre encima un medallón del apóstol Santiago como protección. Benicio no creía en los santos, ni en Dios, ni en la Virgen, pero creía en su esposa. Creía en ella porque la amaba, así que aceptó el amuleto y lo guardó en el bolsillo

de la camisa. Después posó los labios sobre la frente de Rosarito, besó con pasión a su mujer y cruzó el umbral de la puerta rumbo a un futuro incierto. Josefina no paró de llorar durante una semana entera. Con el corazón encogido y el alma hambrienta, solo encontró consuelo al lado de don Aurelio, así que incrementó sus visitas a la iglesia.

Juan dejó Madrid y se unió al bando nacional. Su educación católica y tradicional no le permitía otra elección. Desapareció una noche, sin previo aviso. Elvira supuso que tendría miedo de que los republicanos lo descubrieran. Dejó un montón de billetes sobre la cama y una nota deseando suerte a su arrendadora y afirmando que lucharía por Dios y por la patria. Era un joven despierto y cariñoso. Esperaba de todo corazón que no le ocurriera nada malo.

Beltrán, que había ido espaciando las visitas a su prima, vio interrumpida su carrera como púgil y, como fiel defensor de la modernidad que era, se incorporó a las fuerzas republicanas. Al menos había disfrutado un tiempo de su éxito como luchador y de la fortuna de vivir en un Madrid progresista y abierto al mundo. Sus logros se desvanecerían con la contienda. También su manera de ver la vida, un talante que había calado en los corazones de mucha gente y que se perdería en la memoria colectiva. Los toros y el boxeo ya no servirían de punto de unión entre las dos Españas. Ni los paseos por El Retiro o la zarzuela y el pasodoble. ¿En qué momento todos los vínculos de un pueblo se habían perdido para siempre? Y, peor aún, ¿a quién le importaba todo eso ahora?

Agustín, incapacitado para el ejército, consumido por los dolores y apesadumbrado por la nostalgia de un tiempo mejor, mantuvo casi siempre la puerta de su cuarto atrancada, y por la holgura empezó a desprenderse un hedor insoportable. No salía a comer ni se aseaba. Ni siquiera permitía que Elvira pasara a arreglar la habitación, y se veía obligada a dejar la comida en una bandeja, sobre una mesita, cerca de la puerta. Luego esperaba a que el inquilino la depositara en el mismo sitio, ya vacía. Gracias a Dios, iba pagando, que no era poco en tiempos tan ímprobos.

La casera salmantina perdió de un soplo la mayoría de sus ingresos y su preocupación principal pasó a ser la manera de conseguir no morirse de hambre. Dos mujeres solas con dos bebés y un lisiado demente quedaron abandonados a su suerte en un Madrid con la línea de frente situada a la vuelta de la esquina. Llegaron los estruendos ensordecedores, las carreras hacia las bocas del metro y las colas de abastecimiento, el pan duro, las gachas de agua y ajo, la leche rebajada, las sopas de legumbres y el caldo de mondas de patata. Pero, sobre todo, llegó el odio. El odio y la infamia que transitaron los caminos, se adentraron en los hogares, invadieron los corazones y destruyeron la razón. Y ninguno de los dos bandos estuvo libre de pecado.

Una tarde, Josefina apareció muy alterada. Al salir de misa, con Rosario en los brazos, la increparon y escupieron en la cara llamándola «perra meapilas». Acto seguido, apresaron al sacristán y le metieron tres balazos a sangre fría. Por suerte, don Aurelio consiguió despistar a los asaltantes y huir por la otra puerta. Después clausuraron la iglesia. Mientras lo contaba le

temblaba la voz. Estaba tan acongojada que no paraba de tiritar. Elvira le preparó una tisana e intentó calmarla, pero estaba tan aterrada como ella.

En otra ocasión, Elvira estaba esperando la cola para conseguir un poco de leche para los niños y vio cómo un hombre, encolerizado por el ruido del piano de su vecino, lo denunciaba como simpatizante nacional provocando su inmediato apresamiento por parte de los republicanos. Los amigos, los vecinos, los familiares… pasaron a ser extraños. Ya nadie podía confiar en nadie. Y en ese ambiente enrarecido, carente de compasión o raciocinio, sin ni siquiera buscarlo, Elvira se convirtió en heroína.

Todo empezó un día de noviembre de 1936. Las fuerzas aéreas de los sublevados estaban bombardeando diferentes puntos de la capital. En aquel momento, ni Josefina, ni los niños, ni ella misma, se encontraban en la casa. A pesar de estar bien entrado el otoño, el día había amanecido templado y salieron a dar un largo paseo por Recoletos. El estruendo las sorprendió en plena calle. Un fuerte rugido empezó a rasgar el cielo mientras salpicaba la tierra con decenas de explosiones. Las bombas se oían lejos, pero este hecho no las tranquilizaba. Agarraron bien a los niños y se protegieron tras el portalón de una finca cercana. Pasaron mucho miedo. Los niños lloraban y se tapaban los oídos apretando fuerte con las manos. Las mujeres rezaban, por ellas y por los pobres inocentes que en alguna parte de la ciudad estaban recibiendo el impacto de los proyectiles. Los estallidos pararon unos segundos. Estaban ya retomando el camino de vuelta a casa cuando escucharon de nuevo el zumbido de los aviones y el estrépito de las bombas, todavía en la lejanía, pero aproximándose, así que volvieron a cobijarse. De repente, los dos últimos impactos hicieron retumbar el suelo bajo sus pies. «Esas han caído cerca», pensaron. Después llegó una calma tensa que se vio interrumpida por el sonido de las sirenas de las ambulancias y de los bomberos. Elvira sentía cómo el corazón se le aceleraba y los latidos resonaban con violencia contra las costillas. A puntito estuvo de desmayarse. Una vez en el exterior, la imagen que recibieron fue impactante. Una bomba había caído en un edificio cercano. Había varias personas ensangrentadas pidiendo auxilio y un muerto tapado con una chaqueta polvorienta… Las dos madres aceleraron el paso para alcanzar cuanto antes su vivienda. Al llegar, clavaron los ojos en el muro lateral con espanto e incredulidad. La finca había sido alcanzada por un proyectil. El único que había caído en todo el vecindario. Y parecía que era su piso el que estaba afectado. La pared lateral había cedido en parte, dejando al aire un agujero de casi un metro de diámetro. Elvira echó a correr escaleras arriba. Introdujo la llave en la cerradura y contuvo el aliento rezando para que la perspectiva hubiera engañado su vista y fuera otra casa la bombardeada. Los cascotes y el polvo confirmaron sus sospechas. La pared lateral de la cocina había cedido y una parte quedaba a la intemperie. Al menos el resto de la vivienda se había librado del ataque.

Josefina y Elvira tardaron varios días en limpiar el piso de escombros y polvareda. El vecino de al lado, un miliciano con muy malas pulgas, les echó una mano para bajar los sacos de

guijarros mientras despotricaba contra los sublevados. Pronto partiría para el frente y aniquilaría a todos esos cerdos fascistas. Una vez limpio, comprobaron que el viento frío del otoño se adentraba en la cocina creando una corriente bastante desagradable. Entre las dos mujeres reubicaron una alacena, que por suerte parecía hecha a medida para ese espacio. De esta manera, no solo frenaban el aire, sino que el agujero quedó completamente cubierto e invisible para todo aquel que desconociera su existencia. Este apaño tan bien pergeñado resultaría de lo más útil en los inciertos días futuros, cuando decenas de religiosos huían o intentaban esconderse para salvar sus vidas de la ira de los radicales. Pero las dos mujeres de la casa todavía ni lo intuían.

Una tarde, Elvira estaba sentada en un banco en la puerta de su domicilio, descansando después de haber cargado con una caja de alimentos desde la cola de abastecimiento, cuando divisó a un joven que corría desesperado, directo hacia ella. Debía tener poco más de veinte años. La camisa le rezumaba sudor y llevaba el terror pintado en la cara. Instintivamente, abrió el portal y le animó a subir las escaleras hasta la pensión. Una vez dentro, mediante gestos para que fuera con sigilo, lo introdujo en su dormitorio y cerró la puerta. Después salió a la azotea y pudo ver cómo un grupo de hombres armados registraba los vestíbulos, los soportales, los callejones y los patios. Sus rostros estaban teñidos de odio. Habían perdido a su víctima, gracias a Dios, y a ella.

El muchacho resultó ser un joven sacerdote. Llevaba meses sin dejarse ver, intentando que los ánimos se calmaran, pero alguien lo había denunciado y se habían presentado a detenerlo. Todo el mundo sabía ya por entonces qué solía ocurrir después. Así que ni el cura dudó en salir huyendo ni Elvira en socorrerlo. Total, ya tenía a don Aurelio alojado en el antiguo cuarto de Juan. Así pues, lo organizó todo para que los dos sacerdotes compartieran habitación y oraciones.

Esa fue la primera vez que Elvira dio cobijo a perseguidos durante la guerra, pero no la última. No conseguía decantarse por ninguna de las dos partes enfrentadas. Siempre se había considerado monárquica. Sin embargo, después de haber disfrutado de los distintos avances que la república ofrecía, como el voto femenino, que había sido reconocido en la nueva Constitución gracias a la abogada Clara Campoamor[41], no tenía más remedio que aceptar que en un país tan anquilosado como España, el progreso solo podía venir de la mano de grandes reformas, que nunca acometerían los monárquicos y mucho menos unos militares exaltados. El problema era la velocidad. Se pretendía transformar en semanas lo que en otras naciones había llevado decenas de años. Los gobernantes no se daban cuenta de que, en un país de tradiciones tan arraigadas, hacer borrón y cuenta nueva de un día para otro era una locura. El ritmo de los cambios daba vértigo a cualquier hijo de vecino y generaba desconcierto. Además, algunos grupos revolucionarios se habían escudado en la teórica libertad para perpetrar todo tipo de atrocidades. Las gentes corrientes se sentían abandonadas e indefensas, en especial los católicos.

Desde aquel día, ocultar religiosos se convirtió en la misión de su vida. Nunca había sido practicante de la religión católica por elección propia. En el orfanato estaba obligada por las monjas. Después vino el colegio religioso de Béjar, en el que se esforzaba muchísimo para ser admitida en la Escuela Normal de Magisterio de Salamanca. Más tarde fue Genara, creyente acérrima, la que la empujaba a rezar y a ir a misa. Cuando la vieja cocinera falleció, solo la Virgen de la Vega ocupaba sus oraciones. Ya en Madrid, la ayuda del padre Aurelio y su amistad con Josefina la devolvieron al culto. Aunque creía en Dios, no tenía clara su fe en la iglesia, esa iglesia omnipresente y omnipotente que convertía en pecado cualquier cosa solo para apoderarse de la voluntad de las personas. Nunca había confesado a nadie sus creencias. Tampoco a Josefina, que solía quejarse del ateísmo de su esposo. Entonces, ¿por qué decidió arriesgar su vida y la de su pequeño para salvar la de religiosos a los que ni siquiera conocía? Ella misma se había hecho esta pregunta repetidas veces y había llegado a una conclusión clara. La historia de su vida se había escrito a dos colores: el negro y el verde. El negro correspondía con la parte oscura, la parte del sufrimiento, la crueldad y la injusticia. El verde, sin embargo, describía sus momentos de alegría, de serenidad y de esperanza. Y esos momentos tan felices, tan llenos de luz, siempre habían estado acompañados por la religión. La hermana Amelia, don Fabio, Genara, el padre Aurelio, Josefina. ¿Qué habría sido de ella sin su apoyo? Abandonada desde bebé en este mundo, ¿quién la habría aconsejado? ¿Cómo habría enjugado sin su ayuda las lágrimas? ¿Cómo se habría fortalecido su esperanza? Sí, estaba claro que la iglesia muchas veces abusaba de su poder, pero también era un candil en la noche oscura de muchas personas. Y ¿quién era nadie para apagarlo?

---

41 Clara Campoamor fue una abogada feminista que consiguió que la nueva Constitución de la Segunda República reconociera el voto femenino por primera vez en la historia de España.

CAPÍTULO XXVIII:

LOS PERSEGUIDOS

Fernando Corral, que tenía veintiséis años cuando estalló la guerra, era oriundo de Sacedón, un pueblo de Guadalajara. Se había criado en el seno de una familia muy humilde. Su padre trabajaba en el balneario de La Isabela[42] haciendo cualquier tipo de labor que se le encomendara. Su madre era lavandera. De niño la acompañaba al río Guadiela y la observaba mientras se esmeraba lavando las ropas ajenas. Miraba sus manos ajadas, repletas de llagas y heridas, y apretaba los dientes pensando en el terrible dolor que debía de estar soportando.

Uno de los principales clientes de Magdalena era un sacerdote de la iglesia del pueblo. Todas las semanas lavaba sus mudas, así como los manteles del altar y demás paños litúrgicos de lino. Después los planchaba, los doblaba con pulcritud y se los llevaba de vuelta. A cambio, apenas recibía unos reales. Ella sabía que el cura menospreciaba su trabajo, pero no le importaba. Todos sus esfuerzos se verían recompensados si su pequeño Nando conseguía entrar en el seminario. No contemplaba mejor futuro para el menor de sus vástagos, y don Saturnino le había prometido que lo ayudaría. Fernando había sido engendrado en sus últimos años de fertilidad, en un momento en el que ya nadie lo esperaba. Se llevaba más de diez años con el resto de los hermanos, todos varones. Su padre lo vio siempre como una carga, pero Magdalena lo adoraba.

El resto de la familia Corral no había conseguido salir de la pobreza. Tan pronto trabajaban segando campos de trigo como vendimiando, recogiendo aceitunas o transportando grano. Eran de ese tipo de braceros del campo desharrapados y famélicos que iban de cultivo en cultivo, por cualquier pueblo de la península, esperando a que los encargados los contratasen por jornadas o,

si había mucha suerte, por temporadas. «Tú sí, tú no; este me vale, aquel no me gusta». Había veces que regresaban por donde habían venido, sin un real y con la única esperanza de que nuevas cosechas les trajeran la suerte de ser elegidos. Hombres sin educación, sin oficio, sin tierras ni dinero; dependían de la benevolencia de los señoritingos y del clima. Por desgracia, uno u otro siempre se la jugaban, y terminaban la temporada igual o más necesitados que la habían empezado. Al cabo de los años, cansados de luchar y sin perspectivas, descubrieron el comunismo. La lucha de clases prometía cambiar sus tristes vidas. Se ilusionaron con la posibilidad de que la riqueza fuera repartida a partes iguales entre todos. Se afiliaron al partido y pasaron a formar parte de esa masa enloquecida que, tras décadas y décadas de penurias, convirtió la revolución en su única esperanza.

La lavandera tenía el firme propósito de apartar a Nando de las tierras de labor y de las hordas revolucionarias, por eso se entregaba con tanto ímpetu a sus menesteres. Distraía sus problemas con la imagen de su pequeño vestido de sotana, estudiando latín o leyéndole la Biblia en sus cortos ratos de descanso. Se concentraba tanto en esas visiones que no sentía dolor cuando frotaba con fuerza y las manos se le irritaban por la fricción y el contacto con el jabón y la lejía.

A Fernando, sin embargo, la idea de hacerse sacerdote no le gustaba demasiado. El ejemplo que tenía en el cura que conocía no le parecía satisfactorio. En efecto, don Saturnino era todo lo que, a su entender, no debía ser un servidor de Dios. Carecía de paciencia y de bondad. Las virtudes de la pureza o la sinceridad también se le escapaban. Además, era antipático, y no entendía por qué su madre lo veneraba de esa manera. Pero a medida que crecía y veía la miseria que dominaba el mundo, su idea sobre el seminario fue cambiando. Veía a sus hermanos dejarse la piel para conseguir alimentar a sus familias, y a duras penas lo conseguían. Sus esposas traían al mundo bebés hambrientos que enfermaban y morían sin tener una sola oportunidad. Habían enterrado a tres de sus sobrinos en menos de seis meses. El porvenir no existía para las familias pobres como la suya.

Don Saturnino, en contra de lo esperado, preparó al chico para el seminario y después utilizó su influencia para que lo aceptaran. Fernando se sorprendió de que un ser tan ruin cumpliera su promesa, pero lo hizo, y no quiso desperdiciar la oportunidad. Ya no pensaba en librarse de la penosa vida que lo esperaría en Sacedón si lo hacía. No. Ahora lo veía claro. Lucharía para que las personas como sus hermanos pudieran alcanzar un futuro mejor.

Fernando se ordenó como padre escolapio para después dar clases en colegios religiosos. Al final, había desarrollado una gran vocación como docente. Para erradicar la miseria en el mundo, primero había que alfabetizar e instruir a la población, y era imprescindible comenzar por los niños. La enseñanza debía ser el verdadero motor del progreso. Nando no era un religioso convencional. Sus lecciones eran amenas. Intentaba que los alumnos se sintieran atraídos por el conocimiento. Además de Literatura y Religión, impartía otras disciplinas, como Matemáticas o Física, pero lo que realmente le gustaba era dar lecciones sobre la vida. A veces, el director de la

escuela lo llamaba al orden y le sugería que continuara con la enseñanza tradicional. Pero Nando procedía de la España profunda y conocía de primera mano sus miserias; era joven, tenía ilusión y estaba decidido a cambiarlo todo.

El 20 de julio de 1936 estaba en su despacho del colegio Calasancio de Madrid cuando una turba violenta asaltó las instalaciones destruyendo todo a su paso y asesinando a los sacerdotes. Fernando era ágil y atlético y se las apañó para escapar de la masacre. Otros padres escolapios, con peores condiciones físicas o edad más avanzada, no tuvieron tanta suerte. A lo lejos divisó la entrada a la trastienda de una pequeña ebanistería y, aprovechando un descuido del propietario, se ocultó dentro, aunque sabía que lo descubrirían. El dueño tardó algunas horas en encontrarlo acurrucado tras unos sacos de serrín. Tenía la sotana manchada de sangre y no tuvo que contar al hombre de dónde venía ni la imagen siniestra que había dejado atrás. Estaba perfectamente informado.

El ebanista entregó al cura ropa limpia y algo de comida y lo autorizó a quedarse en el taller todo el tiempo que necesitara. Estaba horrorizado por los terribles acontecimientos del día anterior. La noticia de los crímenes a sangre fría de los sacerdotes había circulado por todo Madrid. Lo mismo había ocurrido en otros colegios religiosos de la capital, como el Santa Susana, situado muy cerquita de la nueva plaza de toros y que había sido tiroteado la misma mañana con decenas de niñas dentro. Allí fueron asesinadas dos monjas. Muchos chavales del barrio se habían quedado sin escuela, entre ellos los suyos, y el miedo empezaba a adueñarse de los corazones de los vecinos. Nando decidió aceptar la oferta del carpintero dando por hecho que en pocos días la situación se calmaría, pero no fue así.

La única salida que tenía el cura, si quería sobrevivir, era olvidarse del alzacuellos e intentar pasar inadvertido. Así lo hizo durante meses. Se instaló en el pequeño taller e intentó no ser una carga para su benefactor. Una tarde, el artesano estaba ocupado haciendo unas tallas un poco complejas. Nando no dudó en echarle una mano y se dispuso a atender a una señora que necesitaba que le arreglaran la pata de una butaca. Llevaba a su hijo de la mano. El niño resultó ser uno de sus antiguos alumnos y lo saludó de manera inocente llamándolo padre Corral. Acto seguido, preguntó por la escuela y si la reabrirían pronto. En otras circunstancias, esta pregunta inofensiva no hubiera tenido importancia, pero en ese momento se encontraba en la tienda el aprendiz del ebanista, un muchacho afiliado a la CNT, asociación anarcosindicalista muy anticlerical, algo, por cierto, que desconocía su empleador. El carpintero había hecho pasar al cura por un nuevo aprendiz y puede que el chico sintiera su puesto de trabajo amenazado. El caso es que le faltó tiempo para alertar a sus compañeros sindicales sobre el sacerdote y dónde encontrarlo. En verdad, el muchacho pensaba que estaba haciendo un bien con el chivatazo. Pertenecer a la organización le infundía orgullo. Admiraba su teórica lucha por la libertad. Y, de paso, se quitaba a la competencia de encima. Pero en ningún caso se esperaba la brutal reacción de algunos miembros del sindicato, que acudieron armados a la tienda. Primero registraron el

local con virulencia. Encontrar la sotana escondida entre las herramientas les provocó todavía más rabia. Apalearon al dueño del negocio y tirotearon a Fernando, que consiguió, por segunda vez, burlar a los agresores y escapar a la carrera. El sol estaba cayendo. Nando aceleraba el paso sintiendo que los violentos le pisaban los talones. Giró por una calle, luego por otra. Parecía que los había despistado. Paró unos segundos para pensar y volvió a escuchar los gritos, acercándose.

—¡Cerdo asqueroso, ven aquí a ver si tu Dios te salva! Puto cura, ¿por qué no te paras ahora a rezar a ese Dios tuyo?

A esa hora de la tarde todavía había mucha gente por la calle. Algunos miraban horrorizados la escena, otros hacían como si nada estuviera ocurriendo, pero todos se echaban a un lado, temerosos de que un mamporro o un tiro perdido los alcanzara. A la altura del número 33 de la calle Castelló, Fernando vio cómo una mujer, que estaba sentada en un banco, se levantaba de un salto y abría el portal, animándolo a pasar. No lo dudó ni un segundo. Entró en el edificio y corrió escaleras arriba hasta el ático. Entró en la vivienda que la mujer le indicó. Cerraron la puerta y echaron el pestillo.

---

42 La Isabela fue un pueblo–balneario situado a orillas del río Guadiela (Guadalajara) que desapareció bajo las aguas del embalse de Buendía en 1958. Toma el nombre de su fundadora, María Isabel de Braganza. Contó con pacientes ilustres, como Fernando VII e Isabel II.

CAPÍTULO XXIX:

UNA OBSESIÓN

SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 1934

Tal y como le había indicado un antiguo cliente, al que le había ganado un pleito de un asunto bastante turbio, Andrés buscó en la A de la sección de anuncios telegráficos de *El Siglo Futuro*: «Agente particular. Metódico. Solvente. Discreto. Madrid. Tel. 54644».

—Se trata de un acérrimo tradicionalista. Sus métodos no son ortodoxos, pero es imbatible en su trabajo. Ha realizado varias, digamos… averiguaciones para los carlistas. Si este tipo no encuentra lo que buscas, nadie lo hará —le había asegurado.

Después de la muerte de Isidoro había estado investigando por su cuenta para dar con el chantajista, pero pronto tuvo que aplazar sus pesquisas por culpa de unas fiebres tropicales. La enfermedad, que iba y venía a su capricho, le obligó a guardar cama durante meses. Hubo momentos en los que incluso temió por su vida. Ahora que parecía que por fin había recuperado la salud, retomaría la búsqueda. El largo reposo había sanado tanto su cuerpo como deteriorado su ánimo. La obsesión por conocer la verdad se había multiplicado. Desde la fatídica noche en la que perdió a su padre no pensaba en otra cosa. No pegaba ojo. No lograba concentrarse. Ni siquiera había dedicado un solo segundo al recuerdo de Elvira. No quería pensar en los días que habían compartido ni en el calor de sus besos. Había desterrado cualquier sentimiento de su alma. Su vida entera carecería de significado si no descubría la verdad.

En septiembre de 1934, harto de que le cerraran puertas y convencido de que era mejor no seguir involucrándose personalmente, se decidió a marcar el número de teléfono. Una voz grave contestó al otro lado.

—Hernán al habla. ¿Quién llama?

—Buenos días. Llamo referente al anuncio de *El Siglo Futuro*. Necesito un agente con urgencia.

—Bien. Carrera de San Jerónimo, 51. El jueves a las doce en punto. —Y se escuchó el chasquido del teléfono al colgar.

Andrés se presentó a la hora señalada en el portal indicado. Una mujer alta le hizo un gesto con la mano. Llevaba unas lentes bastante gruesas sobre la nariz. Subieron por las escaleras. Los peldaños crujían con cada paso. En el segundo piso, una gran puerta de madera estaba entreabierta. La atravesaron y apareció un largo corredor escoltado por dos larguísimas estanterías. En ellas se apilaban ficheros, carpetas y papeles en caótico equilibrio. El pasillo terminaba en una puerta oscura, añeja. Olía ligeramente a humedad. La mujer pegó unos golpecitos sobre ella.

—Señor, su cliente ha llegado.

—Que pase —ordenó la misma voz grave que había hablado al otro lado del teléfono unos días atrás.

La mujer abrió la puerta para dejar paso al cliente y, acto seguido, la cerró y volvió sobre sus pasos.

—Siéntese, por favor —continuó la voz.

Un hombre de unos cuarenta y cinco años se levantó para ofrecerle un asiento en la sala. Tenía el pelo gris y lucía un bigote puntiagudo al estilo decimonónico. Vestía un traje pasado de moda que no ocultaba su porte militar. Rezumaba esa actitud rigurosa, recta y exigente que solo los largos años de mando puede aportar. Andrés obedeció a su interlocutor y se dejó caer sobre una butaca de cuero raído. Fuera cual fuese la ocupación de ese hombre, estaba claro que no trabajaba por dinero. Y si lo hacía, el lujo no era su prioridad. La austeridad definía de forma muy precisa la oficina entera. Sus palabras también resultaron sobrias.

—Dígame las razones de su visita.

—Verá… —empezó Andrés, un poco incómodo por contarle sus problemas a un extraño. El hombre notó su reticencia y lo interrumpió.

—Necesito que no omita ningún detalle, ni siquiera los escabrosos. Tenga la seguridad de que los secretos que me cuente jamás traspasarán estas paredes —lo animó.

—Es que puede que nos topemos con delitos de sangre.

—Si alguien llega hasta mí, es porque se trata de asuntos de lo más truculento. No se preocupe. No es el primero que se encuentra en una situación comprometida.

Andrés relató a Hernán, que sospechaba no era su verdadero nombre, todo lo que había averiguado sobre su padre. Le dio nombres y fechas. Le contó su visita a Filipinas, su descubrimiento sobre el pirata y los asesinatos de los Rodríguez, y describió con precisión la fatídica noche en la que sorprendió a su padre discutiendo con el chantajista. Le explicó que se había esfumado con un brazo malherido y que necesitaba localizar a ese sinvergüenza porque era el único que podía saber la verdad. El agente se atusó el bigote como a cámara lenta y clavó unos ojos inquisitivos sobre su cliente.

—¿Ha preguntado a su madre?

—Mi madre no sabe nada y no quiero preocuparla. Es una mujer delicada. No podría con la carga.

El exsoldado lo miró con cierta incredulidad, pero solo habló sobre sus condiciones.

—Mil pesetas, por adelantado. Una vez que me pague, no hay vuelta atrás. Necesito un número de teléfono. Yo contactaré con usted cuando finalice el encargo. ¿Alguna duda?

—¿No sabe cuánto le llevará? Como ya le he contado, todavía no quiero que nadie sepa que estoy de vuelta de mi viaje.

El investigador hizo caso omiso de la pregunta de su cliente y zanjó la visita.

—Tiene una semana para pensárselo. Puede irse.

El joven de los Legazpi abandonó el despacho del tal Hernán con un sabor agridulce. Por un lado, tenía la sensación de que la visita no iba a ser en balde. Por otro, sin embargo, sospechaba que el tipo ese no se iba a andar con tonterías. Ya lo habían alertado sobre su carácter reaccionario y sus métodos no demasiado legales. Así que rezó para que el remedio no fuera peor que la enfermedad. En una semana estaba de nuevo frente a la puerta del agente con el dinero en la mano y un nudo en el pecho.

Andrés se hospedó en el hotel Palace. Hacer un poco de turismo por Madrid le pareció la mejor manera de distraerse mientras llegaba la ansiada llamada. Todas las mañanas se perdía entre la gente por Recoletos o por el Parque del Retiro y, si hacía sol, aprovechaba para remar en el lago. Algunas noches se acercaba a Lhardy a degustar un lenguado a la Orly en el exclusivo Salón Japonés o se relajaba en cualquier local de moda para disfrutar del refinado ambiente nocturno madrileño. Y si quería escuchar música en el mejor gramófono de Madrid, no existía mejor opción que tomar una copa en el café Zahara, local del que se convirtió en asiduo.

Unas semanas después, un botones lo buscaba en el comedor. Tenía una llamada urgente.

—¿Es usted Andrés Legazpi?

—Sí.

—Hernán al habla. He encontrado al individuo.

—¿Dónde?

—Se llama Elías. Elías Vargas o Elías Jumillas. Por lo visto, se cambió el apellido. Ese hecho me ha complicado un poco la búsqueda. Pero al final di con él. Es un delincuente conocido en

Salamanca, hijo del chulo de un burdel y de su puta. ¡Qué asco! —añadió fingiendo una arcada—. Adicto al opio, al juego y a las mujeres. Una joya el tipo. En el Hospital Provincial de Salamanca tienen registrado su ingreso dos noches después de la muerte de su padre. Está claro que intentó evitar la visita a urgencias para no dejar pistas sobre la pelea, pero no tuvo más remedio que asistir. Dio un nombre falso. No obstante, después de interrogar a las enfermeras del turno, no hay duda de que se trata de él. Debió usted darle una buena zurra. Le inmovilizaron el brazo. El parte médico es un poema. Se marchó por iniciativa propia. No volvió. Heredó la casa de su abuelo, Leoncio Jumillas, en Calvarrasa de Abajo. La vendió hace unas semanas. Las malas lenguas dicen que no la vendió, que la perdió en una apuesta. No está claro. El caso es que ahora vive en un sitio deprimente. Ya se sabe que esta clase de elementos siempre acaba mal. En fin… El tipo es peligroso. Ándese con ojo. Le doy la dirección.

No podía creérselo. Por fin tendría la oportunidad de hablar con ese delincuente. Tomó nota con cuidado de todos los datos y colgó.

Tres días después llamaba a la puerta de una casucha baja en Puente Ladrillo, en los suburbios de Salamanca. El barrio había crecido de manera ilegal y estaba separado del resto de la ciudad por una planicie llena de escombros y desperdicios. Las casas se habían construido aleatoriamente, sin ningún plan urbanístico, y eran muy modestas. Una mujer abrió. Iba medio desnuda. Con movimientos obscenos le indicó que pasara y lo animó a sentarse frente a ella. La casa estaba todavía más deslucida por dentro que por fuera. Todas las contraventanas permanecían cerradas. Una salamandra de carbón repartía calor por la estancia, pero el ambiente en ese tugurio era gélido. Las temperaturas estaban siendo bajas para esa época del año. La mujer se cubrió con una manta que dejaba al aire su generoso escote. Andrés no paraba de mirar de un lado para otro intentando divisar al chantajista, pero no vio ni oyó a nadie por ningún lado. La fulana continuó con la conversación que habían comenzado en el umbral de la puerta.

—Como ya le he dicho, Elías se marchó hace unos días.

—¿Podría decirme a dónde?

—Eso nunca lo dice. Desaparece y aparece cuando y como le da la gana. Pero ¿por qué lo busca? Me resulta extraño que alguien como usted me pregunte por él.

—¿Alguien como yo?

—Sí. Me refiero a alguien tan elegante.

Andrés se revisó a sí mismo. Vestía un traje de lana oscuro, con suave dibujo de rayas, confeccionado en la mejor sastrería de la capital. La chaqueta, que se cerraba cruzada con doble botonadura, exhibía solapas altas y grandes hombreras. Debajo, un chaleco a juego con seis botones le protegía mejor del frío. El pantalón se ceñía a la parte alta de su cintura y dejaba las piernas sueltas hasta caer con un dobladillo sobre los zapatos, camisa clara de satén, corbata estampada, pañuelo a juego visible en el bolsillo, zapatos de cuero a dos colores con costuras. Un

sombrero de fieltro de ala ancha cerraba su indumentaria. Pocas personas se podían permitir ese vestuario. Y menos en ese barrio.

—Bueno, en realidad no nos conocemos, pero tengo un asunto importante que le podría interesar.

—¿No será usted uno de esos ricachones con los que trapichea? Si se ha metido en algún lío, por favor no se lo tenga en cuenta. Últimamente hace todo a la *remongüillé*[43] —dijo la mujer intentando hacerse la fina, pero provocando el efecto contrario.

—No. Lo busco porque tiene una información que necesito. Quizá pueda usted ayudarme.

—Lo dudo. Nunca me cuenta nada sobre su vida. Pero, dígame, ¿qué necesita saber?

—Me llamo Andrés Legazpi. —En ese momento la mujer sintió un escalofrío y tiritó. Alguna vez había escuchado ese nombre y no para bien. Andrés se dio cuenta.

—¿Está usted bien?

—Sí, gracias. Demasiada humedad aquí dentro. Ese nombre me resulta familiar.

—Sí. Será por mi padre. Era el dueño de Los Charros de Cagayán. Murió el año pasado.

—Sí, sí. Una terrible noticia. Lo siento.

—Por eso quiero ver a Elías. Lo estaba chantajeando.

—¿Quiere decir que mi Elías es un *chanjista*? —se indignó la mujer.

—Sí. Mi padre murió de un paro cardiaco, pero Elías fue el detonante. Como ya le he dicho, llevaba muchos años chantajeándolo. Mi padre era mayor y no soportó más la situación. Si usted pudiera contarme algo que me sirviera de ayuda…

—Lo siento. Me temo que no puedo.

—Mire, le voy a dar mi teléfono. Por favor, si su ¿novio…? ¿Marido…?

—Novio.

—Pues eso, si su novio volviera por aquí, ¿podría avisarme? Solo quiero hablar con él. Nada más.

—Suele tardar en volver. Mucho más desde la pelea.

—¿La pelea?

—Sí. El año pasado se metió en una riña. Lo hace a menudo, la verdad. Yo intento que no tome tanto opio, pero no puedo con él. Alguna vez se lo escondo y solo consigo que me endiñe una paliza de padre y muy señor mío. —La mujer sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó con cierto teatro unas lágrimas ficticias—. Esa vez salió bastante escaldado. No sé qué pasó, pero un brazo se le quedó chungo. Vive renegando de su suerte y cuando reúne algo de dinero, se marcha a gastarlo en drogas y putas. Pero déjeme su número, por si acaso.

Andrés escribió el número de teléfono de Los Charros con grandes trazos sobre un cartón que había sobre la mesa del salón. Parecía analfabeta, pero supuso que sería capaz de marcar los números.

Regresaría a su casa. Se enfrentaría a Felisa. Intentaría explicarle con delicadeza las razones de su viaje y por qué era tan importante que nadie más lo supiera. Más tarde o más temprano tendría que enterarse, y necesitaba un centro de operaciones fijo. Había vuelto a perder la pista de ese malnacido, pero no importaba. Visitaría cada casa de mala reputación de la provincia buscándolo. Y lo encontraría. Por supuesto que lo encontraría. Y si no, volvería a por la fulana. Le ocultaba algo. Estaba seguro. Esa misma semana empezaría a registrar cada prostíbulo, bar o garito de la provincia. Estaba decidido a salirse con la suya.

Tenía ganas de reencontrarse con su madre. De darle un abrazo. Todavía recordaba la mañana del entierro de Isidoro. Acudió al sepelio de incógnito, escondido tras unas lápidas. Pudo distinguirla desde lo lejos. Estaba demacrada, rota por el dolor. Los mellizos la sujetaban para evitar que se desplomara. Parecía tan vulnerable. Había pasado más de un año. Esperaba que hubiera asumido ya la pérdida. Le vendría bien recuperar a su primogénito. Era el momento de volver.

Andrés agradeció a la mujer que lo hubiera recibido. Cogió el sombrero, se lo colocó sobre la cabeza, estiró las alas con cuidado y se encaminó a la salida. Un sonido de pasos le llamó la atención. En ese mismo instante notó cómo alguien le presionaba desde atrás con un paño sobre la nariz y la boca. Tras unos segundos de forcejeo, Legazpi se adentró en un profundo sueño.

---

43 «A la remanguillé», expresión que viene del francés. Significa «de forma desordenada o descuidada».

CAPÍTULO XXX:

NUNCA ES TARDE PARA ARREPENTIRSE

OTOÑO DE 1890

Demetrio se alejó de la casa de su padre sin saber exactamente quién era. Sabía que regentaba un prostíbulo en Salamanca. Las imágenes de las prostitutas pidiéndole la paga se le aparecían en sueños, pero desconocía cómo era su relación con ellas o si tenía algún ayudante en el negocio. Siguiendo su instinto, llegó al burdel. Entró y se detuvo frente a la escalera. Todas las fulanas se quedaron sin habla. El silencio fue interrumpido por un joven que apareció de lo que presumía había sido su despacho. Debía de tener unos veintitantos años y parecía asustado. Habían pasado varios días desde su desaparición y estaba claro que ya no lo esperaban. Empezó a medio tartamudear.

—¡Hola, je… jefe! ¡Qué alegría verlo! Le habíamos dado p… p… por muerto. ¿No es así, chicas?

Las putas asintieron al unísono y se acercaron a Demetrio con cautela, como si creyeran estar viendo un fantasma.

—Ahora mismo le dejo libre su oficina, que solo estaba organizando las pagas semanales.

El Rubio no conseguía reconocer al individuo e ignoraba su nombre. Por suerte, una de las muchachas lo llamó.

—¡Luciano! Esta guarra me ha quitado las medias —gritó la mujer.

—Eso es mentira, pedazo de perra. Es ella la que me las ha robado a mí —acusó otra mirando a los hombres.

Las dos empezaron a pelearse y a tirarse del pelo, y fue Luciano el que puso orden.

—¡Chicas, chicas, por favor! Un poco de paz. Que el señor Demetrio acaba de regresar y no se merece este recibimiento. Luego ajustaremos cuentas.

Demetrio no pronunció palabra, se acomodó tras el escritorio y pidió a Luciano que cerrara la puerta por fuera. Una vez a solas, empezó a registrar muebles y cajones con angustia, intentando encontrar pistas que lo ilustraran sobre el tipo de persona que había sido y cómo desempeñaba su trabajo. Llamaron a la puerta y una ramera que se identificó como Tomasa entró meneando el trasero de manera provocadora. Llevaba una camisola fina de lino que le transparentaba los pezones. Se acercó a él con lentitud, calibrando el terreno.

—¿Qué quieres? —gritó con incomodidad.

La chica se sobresaltó, pero continuó acercándose.

—Venía a darte la bienvenida en condiciones —dijo mientras le ponía la mano sobre la entrepierna.

—Ahora no puedo. Tengo mucho trabajo pendiente. Puedes marcharte —se excusó con tono indiferente.

—Pero ¿de verdad no quieres metérmela? —insistió mientras friccionaba su miembro con cierta insistencia.

—¡Te he dicho que no! Por favor, vete.

La chica pegó un brinco y se retiró indignada, rezongando por lo bajo. Era la primera vez que Demetrio la rechazaba. A ella, a la favorita de la casa. Era extraño. De eso no había duda. Se dirigió al dormitorio de Luciano y le contó lo ocurrido. A él también le pareció chocante. Debían estar atentos. Tras la conversación agarró a la prostituta por la cabellera, le mordió con violencia los labios, la tiró contra la cama, se bajó el pantalón y se desahogó dentro de ella. Había sido una desagradable sorpresa la aparición del viejo. Tantas semanas creyéndose jefe y ahora volvería a ser el blanco de ese pervertido si decidía que los embates a mujeres no eran suficiente. Ya podía apretar bien el culo a partir de ahora.

Demetrio no visitó ninguno de los dormitorios esa noche ni ninguna de las noches siguientes. En lugar de eso, empezó a asustar a todo el mundo con ruidos misteriosos y gritos de terror. La oscuridad le provocaba terribles visiones y transformaba sus sueños en pesadillas. Se veía bajo la tierra. Intentaba respirar y no podía. Entonces notaba algo a sus pies y se concentraba en alcanzarlo. Se retorcía, estiraba las manos, movía los pies y cuando finalmente rozaba el objeto, este se convertía en una serpiente que reptaba entre sus piernas hasta enroscársele en el cuello, y despertaba aullando como un lobo herido. Hablaba en sueños y gritaba. Gritaba mucho. Las ojeras empezaron a ensombrecer su mirada y perdió el sentido del tiempo. A veces dormía de día para ver si la luz le ayudaba a descansar, pero ni así lo conseguía. Poco a poco iba recordando

aspectos de su pasado que, al fusionar con los pequeños descubrimientos de cada día, le proporcionaron una idea bastante precisa de quién había sido. Pero no se reconocía. Ese ser violento y rastrero que zurraba a las mujeres o las violaba según el capricho, que imponía su voluntad a golpe de cuchillo y que despreciaba la vida humana no le gustaba en absoluto. Pero no podía, o no sabía, recomponerse, y se encerró en sí mismo, alimentando con ira sus remordimientos. Empezó a consumir alcohol y a drogarse en exceso. Perdió mucho peso.

Nadie era ajeno en la casa a los cambios que su patrón había experimentado. Seguía siendo violento, pero estaba claro que no era el mismo, y, por primera vez, Luciano empezó a plantearse la posibilidad de deshacerse de él. Una noche, Demetrio salió a dar un paseo para tomar un poco de aire. Había tenido la peor de las pesadillas. Una hermosa joven le dedicaba su última mirada tras caer al suelo, chorreando sangre, con la yugular seccionada. Después se le aparecían sus progenitores, arrodillados junto a ella, rotos de dolor. Sus cuellos también sangraban. Se había despertado empapado en sudor y supo que necesitaba airearse. Al entrar de nuevo en la casa escuchó un diálogo entre Luciano y Tomasa. Hablaban entre susurros.

—Este se ha vuelto un flojo, te lo digo yo —insistía la chica—. Ya ni siquiera me la mete. Que no se le levanta. Se le ha revenido. Está más que claro. Por eso va todo el rato con esa cara de vinagre. Con el brío que tenía y se le ha quedado fofa. Una lástima.

—No creo que sea eso, pero me da igual. Solo necesito saber si estás de acuerdo con el plan.

—Pues claro. Para mí hace tiempo que eres el dueño y señor, y las chicas harán lo que yo diga.

—Ahora solo tenemos que encontrar el momento oportuno. De eso me encargo yo. Te avisaré con tiempo.

—Muy bien. A mandar.

Tras acabar la conversación se dirigieron a sus respectivos cuartos. Demetrio aprovechó entonces para regresar también al suyo. Se acomodó en una butaca y se puso a pensar. Estaba claro que, si seguía por ese camino, su vida correría peligro. No creía en la capacidad que esos dos idiotas tenían para hacerle daño. Pero los enemigos deben mantenerse o muy lejos o muy cerca. Y a eso dedicaría sus esfuerzos esa semana. Lo primero que hizo fue acudir al cuarto de Tomasa a meterle unos cuantos empujones. Ya podía ir desmintiendo sus problemas de impotencia. Tras terminar la faena bajó al salón y despidió a Luciano acusándolo de conspiración.

—Si vuelves por esta casa —le dijo disparando con una pistola al suelo—, te meto un tiro en el culo, como que me llamo Demetrio Vargas el Rubio. ¡Que lo sepas! —El Demetrio autoritario, agresivo y cruel había regresado.

A partir de ese momento, el hijo de la gitana volvió a regentar el lupanar que había fundado años atrás en el barrio de Los Caídos, pero no volvió a ser tan mezquino con las putas. Agobiado por su pasado criminal, intentaba por todos los medios hacerse respetar sin excesiva violencia. Cogió cierto cariño a Tomasa que, al recuperar su favor, se mostraba lisonjera y complaciente.

Una noche, en medio de sus pesadillas, notó cómo se acercaba y lo calmaba canturreando una dulce nana. Tenía una voz aterciopelada. Al oírla, decidió que, a partir de ese momento, solo él disfrutaría de sus encantos. A la chica se le iluminó la cara cuando le dio la noticia. Ya no tendría que volver a aguantar ni a los viejos pestilentes ni a los niñatos engolados que la frecuentaban. Se abriría de piernas solo para su chulo y este la agasajaría con ciertos privilegios. Lo primero que hizo fue trasladarse a las habitaciones del patrón. Eran más grandes y mejor ventiladas. Pocos reales necesitó para transformarlas en un verdadero hogar. Empezó a actuar como una esposa y consiguió que, por primera vez, apareciera la felicidad en la vida de Demetrio. Tomasa fue lo más parecido al amor que conoció y la única mujer que le dio un hijo.

Con el nacimiento de Elías, Demetrio se hizo todavía más consciente de la maldad de su pasado. A esas alturas recordaba casi todos los detalles de su vida, incluidos los crímenes de los Rodríguez. Se veía violando a esa pobre chica, apretando su garganta con fuerza para acallar sus gritos. Entonces escuchaba esa horrible voz en su cabeza. Una voz firme que le pedía que acabara con su vida: «¡Mátala, mátala! ¡Termina el trabajo!», le exigía. Y la degollaba. Rajaba su precioso cuello en un solo movimiento. Luego, los lamentos de los padres le rompían los tímpanos y, aunque también les cercenaba la vida, su clamor nunca cesaba. Era la música que acompañaba sus bailes, el ritmo que acompasaba su paso, el sonido que retumbaba en sus noches de vigilia. Se tapaba los oídos, se golpeaba la cabeza, pero no conseguía acallarlos. Otras veces se le aparecía el rostro níveo de Matilde. La veía sangrando entre las piernas la noche que vendió su virginidad a aquel viejo lascivo. Sus ojos azules le imploraban compasión y él la golpeaba.

Tras el sexto cumpleaños de Elías, decidió que no era bueno que siguiera creciendo en ese ambiente insano. No solo se trataba del vicio y la lujuria. No quería que su pequeño se desarrollara al lado de un lunático. Por eso se lo entregó a Leoncio. Era casi un anciano, pero tenía mucha energía. Y dinero. Él se encargaría de darle una buena educación y de aportarle el equilibrio que necesitaba. Tomasa estaba disfrutando mucho de su maternidad, por eso le extrañó que nunca le reprochara que le arrancara a su pequeño del regazo. Demostró entender sus razones, pero no volvió a ser la misma. En pocas semanas se transformó en una sombra, y la enfermedad y la pena se la llevaron de este mundo para siempre. Por eso a nadie le sorprendió que el viejo proxeneta se tirara a las vías del tren. Ni siquiera se preguntaron por qué en el bolsillo llevaba un juguete que había comprado para su hijo. ¿Quién compra un regalo y se quita la vida antes de entregarlo?

CAPÍTULO XXXI:

AMENAZADOS

OCTUBRE DE 1934

Elías sopló sobre la cara de su víctima. Ahora que estaba bien amarrado, quería que se despertara, pero la droga todavía lo tenía atontado. Andrés intentó abrir los ojos. Un foco de luz brillante sobre su cabeza lo deslumbraba. Tenía una brecha en la ceja derecha. Estaba manchada de sangre seca y le dolía. Se sentía mareado. Pidió agua. El secuestrador se carcajeó. El agua había que ganársela.

—¡Eh, tú, guaperas! Despierta de una vez. Tenemos que hablar.

—¿Qué quieres? Suéltame y hablaremos como personas inteligentes.

Rio de nuevo.

—Que te lo crees tú. Me parece que no estás en situación de exigir. Mira, este es el trato. Tú me cuentas dónde tienes el tesoro y cuando esté en mi poder te libero.

—¿Qué tesoro?

—¿Te crees que soy imbécil? —Elías le pegó un tortazo con la mano hueca sobre la herida que empezó a sangrar de nuevo.

—De verdad que no sé de qué me hablas.

—Del tesoro que trajo tu padre de las Filipinas. Verás, mi padre me abandonó en casa de mi abuelo cuando tenía seis años. Quería darme una vida mejor. Esa fue su justificación, al menos. Pero yo sabía la verdad. Siempre la he sabido.

—¿Qué quieres decir?

—De pequeño vivía en un prostíbulo con mis padres. Era un lugar… ¿cómo podría describirlo para que lo entienda un adinerado finolis como tú? Ah, sí, ya sé. Era el mismo infierno. Aterrador. Repugnante. Mi abuelo siempre dio por sentado que no guardaba recuerdos de esa época, incluso yo me había desvinculado de aquel pasado. Hubo un tiempo en el que mi mente parecía haberlo borrado todo, pero con los años empecé a recordar muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Mi padre era un hombre atormentado. Tenía horribles pesadillas. Hablaba en sueños. Algunas noches me despertaba con sus gritos. A veces decía cosas incomprensibles, frases vacías. Otras, sin embargo, hablaba con sentido. Tenía dos pesadillas recurrentes. En una soñaba que lo habían enterrado vivo. En otra hablaba de un tesoro traído desde Filipinas. Los Legazpi vinieron desde Filipinas. Tú eres un Legazpi, así que, yo soy todo oídos. Es fácil entenderlo, ¿no?

—Yo no sé nada de ningún tesoro traído de Filipinas. Mi padre ni siquiera tuvo una hacienda tabaquera. Creo que se lo inventó por alguna oscura razón. Pensaba que tú me lo explicarías. Pero, aunque hubiera existido ese tesoro en el pasado, ¿qué te hace pensar que todavía queda algo? Han pasado décadas.

—No me tomes el pelo, hombre. O me lo dices o voy a buscar a tu madre. Es un poco vieja, pero el otro día me pareció que conservaba unas buenas tetas. Quizá ella lo tenga más claro.

—¡No! ¡No, por favor! Deja a mi madre al margen de esto. Es que te prometo que no sabemos nada de ningún tesoro.

—Eso no es cierto. Queréis hacer creer a todo el mundo que se os ha acabado el dinero. Os habéis encargado muy bien de difundir vuestra falta de crédito. Pero yo sé que es falso. Es una artimaña para intentar deshaceros de mí. —Golpeó de nuevo a su víctima. Esta vez tan fuerte que volvió a perder el sentido.

Los días pasaban y Andrés seguía prisionero. Había perdido la noción del tiempo. No sabía si llevaba horas o semanas encerrado. Elías intentaba conseguir información, pero a menudo se le iba de las manos. La última vez que lo intentó, Andrés tardó varias jornadas en estar en condiciones para otro interrogatorio. A veces lo dejaban abandonado durante horas con un cubo de agua y un trozo de pan duro. Los secuestradores se encontraban en un punto sin retorno porque no avanzaban en sus averiguaciones, pero no estaban dispuestos a soltarlo. Al menos Elías, que se había embrutecido de más. La fulana, espabilada como era, se dio cuenta de que, si continuaban así, el hombre moriría y tendrían que volver a empezar de cero con otro miembro de la familia. Y no era bueno involucrar a tantas personas. Quizá deberían dejarlo en libertad y esperar a que él mismo les condujera al botín. Tenía demasiado que ocultar como para ir a la policía. Así que, con la inteligencia que da la mala vida, la mujer intentó organizar un plan para

que el preso pudiera escapar sin que Elías descubriera que era ella la que estaba detrás de la fuga. Pero no tuvo tiempo de ponerlo en práctica.

El sonido de unos puños aporreando la puerta sobresaltó a la pareja que, encamada como estaba, tardó un rato en reaccionar. Ella se puso las bragas y una bata de lana y se encaminó al recibidor.

—¡Policía! ¡Abra la puerta!

—¡Enseguida voy!

—¡Abra ya o la tiramos abajo!

La ramera pretendía entretener a los agentes para que Elías fuera capaz de escapar por la ventana trasera. Si la mala fortuna hacía que descubrieran al prisionero, irían directamente al calabozo. Mira que le había dicho veces que lo del secuestro no era una buena idea. Se habían metido en un buen lío, pensó. Unos impactos más fuertes avisaron de que la puerta se venía abajo. Un guardia apareció bajo un umbral de polvo y agarró a la mujer. El comisario rodeó la casa hasta la parte trasera y detuvo a Elías nada más saltar sobre la calzada. Iba en calzoncillos e intentaba ponerse las botas sin conseguirlo.

La deplorable forma de vida de Elías, siempre drogado, sumergido en su sucio submundo, le impidió enterarse de que, a la vez que tenía a Andrés Legazpi secuestrado, en el jardín de la casa de su abuelo, aquella que había tenido que malvender para saldar una deuda, los cráneos de los Rodríguez salían a la luz, volviendo a desatar la fascinación por unos crímenes que llevaban muchos años en el olvido.

El caso le había caído al comisario Romero. El policía sabía que poco podía hacer al respecto. La última reforma del Código Penal del 8 de septiembre de 1932 establecía el límite para la prescripción de delitos graves en treinta y cinco años. Habían pasado más de cuarenta. Los asesinatos habían prescrito y Elías ni siquiera habría nacido aquella noche macabra. Pero estaba seguro de que sabía algo. La vivienda del hallazgo había pertenecido a Leoncio Jumillas, heredero de la finca del crimen y abuelo de Elías. Contaba con indicios claros de que las cabezas podían pertenecer a los Rodríguez. Quizás el asesino fuera su abuelo. Y quizás se lo hubiera confesado antes de su muerte. En el expediente quedaba patente que las diligencias no se realizaron de manera escrupulosa. El único sospechoso desapareció para siempre. Nunca se detuvo a nadie, y él se había propuesto resolverlo indirectamente. La muerte del padre de Elías, Demetrio, lo ayudaría. El experto que había llevado el caso determinó que la causa del óbito había sido un suicidio. Sin embargo, a él no le convencía el informe; tenía sospechas de que a ese sinvergüenza lo habían quitado del medio y de que los dos casos estaban relacionados.

Llevaba la orden de arresto de ese marrano. Fue muy fácil conseguirla. Manco y todo, casi había mandado al hoyo a una fulana del Barrio Chino. En esos momentos, la pobre se debatía entre la vida y la muerte en una cama de hospital. Era la excusa perfecta para echarle el guante. Después le preguntaría por los cráneos. Un buen interrogatorio siempre daba sus frutos. Era

experto en sonsacar información a gentuza. Lo que no esperaba era descubrir que el granuja había pasado a palabras mayores y ahora se las daba de secuestrador. Ver a ese pobre hombre semidesnudo, baldado a leñazos y atado en el dormitorio, le sorprendió de lo lindo en un momento de su vida en el que ya casi nada le sorprendía. Aunque descubrir el apellido de la víctima fue todavía más chocante. ¡Nada menos que un Legazpi! Un oportuno golpe de suerte. La coyuntura se estaba poniendo de lo más interesante.

El comisario aflojó los nudos de las cuerdas y ayudó a Andrés a soltarse. Lo sostuvo con cuidado para que se pusiera de pie y pidió una ambulancia para que lo trasladara al hospital. En el departamento de urgencias estaban atendiendo a algunos heridos de las últimas revueltas. Los médicos vieron que la situación de Andrés era más grave de lo esperado e intentaron ingresarlo, pero se negó en redondo. Prefería que atendieran a los otros y regresar a casa. Limpiaron sus lesiones, le suturaron los cortes y, después de un rápido reconocimiento, le explicaron que debía guardar cama hasta que se soldaran las costillas rotas y lo dejaron marchar. Abandonó el recinto médico aliviado. Se moría de ganas de ver a su familia.

Andrés se presentó a duras penas en Los Charros. Estaba dolorido. Al principio no reconoció la casa. Parecía como si un ciclón hubiera pasado por encima. Dentro estaba oscuro. Algunas cortinas permanecían echadas para intentar evitar el paso del aire, ya que los cristales estaban hechos añicos. Otras se habían convertido en jirones. Las butacas tenían las patas partidas y el cuero rajado. Las macetas de las repisas estaban rotas y las plantas esparcidas por el suelo. Felisa vio su imagen bajo el marco de la puerta y pensó que se trataba de un fantasma. Aun así, corrió a abrazarlo. Sintió el calor de su cuerpo magullado y no se separó hasta que empezó a quejarse por el dolor.

—¿Qué te ha pasado, querido? ¡Estás hecho un asco!

—Estoy bien. ¿Qué ha ocurrido aquí, madre?

—¡La revolución! Ya sabes. Esos campesinos y obreros, que se han propuesto acabar con todos nosotros. Llevan toda la semana agrediendo a la gente que no les gusta. Pensaba que ya no regresarías. Han pasado tantas cosas desde que te marchaste. ¿Dónde has estado metido?

—En realidad, fue mi padre el que me echó.

—Tu padre, sí. No sé si sabes…

—¿Qué ha fallecido? Sí. Lo sé. Lo siento, mamá. ¿Cómo lo llevas?

—Está siendo muy duro, pero lo voy superando. Ahora me importas tú. Debería llevarte al hospital.

—Vengo de allí. Ya te he dicho que estoy bien. Tengo que avisaros de que corremos peligro. Todos nosotros.

—Pero ¿qué dices? ¿Por qué?

—Luego os lo explico todo. ¿Están mis hermanos aquí?

—Ahora no, pero vendrán para la cena.

—Bien. Necesito descansar. En la cena os pondré al corriente de todo.

—Hijo mío, me asustas. No sé si podré con la comida. Se me va a atragantar.

—Tranquila. Confía en mí.

—De acuerdo. Por cierto, Elvira estuvo aquí. Hace dos días.

—¿Elvira?

—Sí, la antigua cocinera. Quería saber sobre ti. Estaba muy preocupada. Me contó cosas…

—¿Qué cosas?

—Cosas sobre tu padre.

Andrés se sobresaltó. Quería poner a su familia al corriente del peligro que significaba Elías, dentro o fuera de la cárcel, pero no estaba dispuesto a contar más de lo estrictamente necesario. Todavía no tenía claro si su madre estaba involucrada. Nunca le había contado cuándo ni dónde había conocido a su padre, así que cabía la posibilidad de que supiera lo de su falsa identidad. No la creía capaz de convivir tantos años con un asesino. Era una mujer sensible. Pero mejor guardarse alguna carta en la manga. Si Elvira la había puesto al día de sus pesquisas, eso podía estropearlo todo.

—¿Qué tal la viste?

—Estaba muy guapa. Ahora vive en Madrid. Parece que le sienta bien. Ayer mismo hablamos por teléfono.

—Y ¿de qué hablasteis?

—Le confirmé que el verano pasado ya estabas en España. Le pedí al padre de Marina que utilizara su influencia para investigarte —soltó de manera brusca con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué no has dado señales de vida?

Andrés se quedó sin habla. Con dedos nerviosos se empezó a echar el tupido flequillo hacia atrás, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—He estado muy enfermo, madre. Sufrí fiebres durante meses. Casi no lo cuento.

—¡Dios mío! Pues con mayor motivo. Deberías haberme avisado.

—Quizá, pero no fue solo eso. Ahora necesito asearme y descansar un poco. Nos vemos para la cena.

A las ocho en punto, Andrés bajó al comedor. El aire que se introducía por el ventanal provocaba que el ambiente fuera bastante desapacible. Los mellizos ya estaban sentados a la mesa. Se levantaron para abrazar a su hermano.

—Querido hermano, te dábamos por muerto. Sobre todo, después de abandonar a tu fulana.

—¿Eres imbécil, Tomás? Nuestro hermano estaba enamorado de esa cocinera. No la insultes de esa manera delante de él.

—¡Ni por delante ni por detrás! —cortó Andrés, tajante—. Es una mujer inteligente y muy respetable. No os consiento que habléis de ella en ese tono. Y su nombre es Elvira, ¿vale? Si de

verdad estáis contentos con mi vuelta, os pido por favor un mínimo de cortesía. Si creéis que no vais a ser capaces, preferiría retirarme. —E hizo ademán de abandonar la estancia.

—¡No, hermano! Excúsanos. Es que estos bolcheviques nos tienen en pie de guerra. Acepta nuestras disculpas. Eres la última persona a la que querríamos ofender.

—Sí. Estoy de acuerdo con Ángel. Perdónanos, por favor.

—Hijos, estoy tan contenta de teneros a los tres de nuevo en mi mesa. Algún día los mellizos se casarán y empezarán una nueva vida por su cuenta, así que quiero disfrutar de cada minuto con mis tres queridos hijos juntitos antes de que esto pase.

—Tranquila, madre, ni Tomás ni yo pensamos en marcharnos de momento —dijo Ángel con tono socarrón.

—Claro que no. Somos muy jóvenes. Primero hay que combatir la revolución —añadió Tomás.

—Me dais miedo —afirmó Felisa y, mirando a su primogénito, añadió—: Se han unido a la Falange esa. Van por ahí como locos creyendo que con unas siglas y unas pistolas van a parar el mundo. Ya les he dicho que el mundo es muy grande y que se mueve por sí mismo. Solo conseguirán que los maten.

—Pero, madre, no podemos consentir que esos rojos nos lo arrebaten todo. Ya ves cómo han dejado nuestro hogar. Destruyen por destruir. Para hacer daño. Alguien tiene que frenarlos —zanjó Ángel.

—No sé qué pensar. Últimamente, estoy un poco desvinculado de lo que ocurre en España —dijo Andrés.

—¿Y eso? —preguntaron todos al unísono.

—He estado persiguiendo a alguien. De él precisamente os quería alertar. Ahora mismo creo que es más peligroso para la familia que esos soviéticos.

—Explícate, hijo.

—Veréis. A papá lo estaban chantajeando y creo que su muerte tiene mucho que ver con el chantaje.

—Papá murió de un infarto. Eso dijo la policía —aclaró Tomás.

—En realidad, yo estoy de acuerdo con Andrés —intervino Felisa—. Yo sabía lo del chantaje. Me enteré poco antes de su muerte. Me sorprendió descubrir que llevaba muchos años haciendo pagos a ese sinvergüenza. La noche de su muerte fui a buscarlo al invernadero y en la distancia pude ver a dos hombres peleando. La policía dice que lo he imaginado. Pero estoy segura. Vi la silueta de dos hombres y ninguno era Isidoro. De eso mismo hablé con Elvira —añadió dirigiendo la mirada a su primogénito.

Andrés se quedó helado. Su madre estaba allí cuando se peleó con Elías. ¿Lo habría visto? ¿Y por qué le había contado eso a Elvira? Intentó intervenir con cautela.

—¿No distinguiste a nadie?

—No. Solo sus sombras. Estaba oscuro.

—Uno de ellos tiene que ser el individuo que persigo. El otro supongo que sería su compinche —añadió Andrés rápidamente.

—No sé. Estaban peleando —insistió la madre.

—Quizá lo hicieran por el dinero. Lo importante es que sepáis que papá ocultaba algo. No tengo ni idea de qué, pero debía de ser algo grave.

—Lo sé —cortó Felisa—. Llevaba varios años gastando dinero sin justificación, pero nunca pensé que fuera por un chantaje.

—¿Se lo dijiste? —preguntó Andrés, nervioso—. ¿Te contó algo al respecto?

—Sí. Intenté tirarle de la lengua, pero no conseguí nada. Me aseguró que conocer cierta información pondría en peligro a la familia. No me atreví a insistir.

—¡Maldita sea! —gritó alterado—. ¿Cómo pudiste callarte? Ahora estamos en un lío y tú tienes parte de culpa.

—¿Podríais ser más claros, por favor? —exigió Tomás.

Andrés hizo un resumen de lo acontecido, dando solo la información necesaria. Su padre llevaba décadas siendo chantajeado. Parecía que la causa tenía algo que ver con un tesoro que había traído de Filipinas. El chantajista se llamaba Elías y era un delincuente violento y peligroso. Había decidido que, aprovechando la muerte de Isidoro, conseguiría todo el tesoro. Por eso lo había retenido y torturado durante semanas en una vivienda de las afueras. Por suerte, al canalla se le acumulaban las denuncias y la policía había irrumpido en la casa y habían podido rescatarlo. Y por suerte también, la noticia de que la víctima era un Legazpi no se había filtrado a la prensa. El problema estribaba ahora en que se lo habían llevado detenido, y sospechaba que podía sacar a la luz asuntos desagradables y manchar la reputación de la familia. Se guardó muy mucho de decir que lo que le preocupaba, en realidad, era no ser él mismo quien lo interrogara.

Los hermanos de Andrés se quedaron sin habla. Ese asunto era mucho más urgente que los bolcheviques. Ofrecieron su ayuda para lo que fuera menester y se retiraron a descansar. Felisa fue menos crédula. Le aseguró que lo del tesoro era ridículo y que ese delincuente podía contar lo que quisiera porque no tenía ninguna credibilidad.

—Mamá.

—¿Sí?

—¿Qué te contó Elvira?

—No mucho. Se quedó muy desconcertada al saber que no habías contactado con ella. Le has roto el corazón. Ha abierto una pensión en Madrid. En la calle Castelló, creo recordar. Si quieres llamarla, tengo su teléfono.

—No. No quiero meterla en este embrollo. No se merece cargar con mis problemas.

—La quieres mucho, ¿verdad?

—Demasiado. Por favor, no le digas que he vuelto. Quiero ir yo mismo a buscarla.

—Descuida. Buenas noches, querido.

—Buenas noches, madre.

Felisa estuvo toda la noche dándole vueltas a lo que le había dicho su hijo. Estaba claro que ese tal Elías sabía más de lo que debía. Sería oportuno averiguar en dónde lo tenían encerrado.

CUARTA PARTE:
HISTORIAS QUE SE CONVIERTEN EN PESADILLAS

CAPÍTULO XXXII:

LA NOCHE MÁS MACABRA

OTOÑO DE 1890

Julián había reconocido al mestizo nada más verlo entrar en el bar. Estaba claro que intentaba camuflar sus orígenes y, aunque parecía haberlo conseguido con el resto de los parroquianos, a él no lo engañaba. Un ligero temblor le sacudió la mano derecha. Apenas podía sostener la jarra de cerveza. Debía marcharse. Si lo descubría, intentaría recuperar el tesoro y no podía permitírselo. Pegó un último trago y se dirigió a la salida. El mestizo lo seguía con la mirada. Igual lo había pescado. Giró la cabeza, aceleró el paso y montó en su caballo, azuzándolo para que fuera al galope. El tipo no lo siguió. Estaba a salvo. Iría a buscar a su amada y la alertaría de la presencia del forastero. Quizá deberían dejar Salamanca una temporada. Sí. Matilde tenía razón cuando se lo propuso. El tesoro estaba enterrado en un lugar seguro. Mejor dejarlo ahí, oculto, y desaparecer con las pesetas hasta que el mestizo se cansara y abandonara el lugar. Ya volverían a por el resto.

En la cocina de la finca estaban los quinqués encendidos, pero no se oía ni un ruido. Quizá olvidaron apagarlos. Julián desmontó, llevó el caballo a las cuadras y regresó a la casa. La puerta de la cocina estaba entreabierta, pero algo impedía que pudiera abrirse del todo. Empujó con fuerza y consiguió suficiente abertura para acceder ladeando el cuerpo. Pisó algo pastoso. Bajó la vista hacia su bota. Estaba manchada de sangre. Alzó la mirada y lo que descubrió le encogió el alma. Los cadáveres de toda la familia yacían sobre el suelo en un charco de sangre. Su padre, su

madre y su dulce hermanita, Rosa, permanecían inmóviles sobre las baldosas, con la mirada perdida. La joven, además, tenía las faldas remangadas y, por los desgarros y la sangre de la ropa interior, era seguro que la habían violado. Julián cayó de rodillas junto a las víctimas y empezó a llorar y a gritar, clamando a Dios, incrédulo con la macabra escena que se mostraba ante él. De repente, oyó una voz al fondo. Se incorporó dando varios traspiés y sujetándose a una silla para no perder el equilibrio. Estaba tan impactado por la violenta muerte de sus seres queridos que las piernas no le aguantaban el peso y se tambaleaba.

—Qué rica estaba tu hermana. He disfrutado de lo lindo con ella. Qué pena que haya tenido que silenciarla, pero es que no paraba de gritar. Si se hubiera estado calladita, habría salvado su vida y la de tus papás. Estas mujeres no saben mantener la boca cerrada. —El tono del asesino era distendido, como si acabara de cazar unas liebres para la cena.

Julián sintió un fuego que le abrasaba la cabeza. Tenía la sensación de que el cerebro le iba a explotar. Se presionó las sienes e intentó concentrarse. El criminal continuaba con su charla.

—Quería esperarte para el festín, pero esa zorra lo ha estropeado todo —añadió, esta vez con tono enfadado.

En ese momento, Julián distinguió el cuerpo inerte de Matilde, bocabajo, cerca de la puerta trasera, la que daba acceso al corral. El hombre continuó.

—Qué bien lo hubiéramos pasado haciendo un cuarteto. —Soltó una risotada diabólica—. Ella es la culpable. Ella y tú, por no estar en la casa. ¿Qué hacías, eh? ¿Fornicando con otra fulana? Necesitaba encontrar el tesoro, pero ahora no me queda nadie vivo para presionarte. ¡Mecachis! —concluyó mientras daba una gran zancada y cogía a Julián por detrás apretándole el cuello con un gran cuchillo—. ¿Sabes? No esperaba que esa puta tuviera tanta fuerza —añadió—. Casi consigue reducirme.

Julián pudo ver varios mordiscos en el brazo que lo sujetaba. En uno de ellos le faltaba un trozo de carne. Matilde había luchado como una fiera.

—Mátame si quieres. No me importa. Ya nada me importa. Prefiero morir y dejarte sin el botín.

—No te preocupes. No voy a matarte. Al menos de forma rápida. Prefiero hacerlo poco a poco. Por cierto, ¿te han torturado alguna vez?

Un perro ladraba en la lejanía. De repente, Julián vio por el rabillo del ojo cómo Matilde empezaba a moverse y se arrastraba hasta salir por la puerta trasera. Giró sobre sí mismo e intentó zafarse del agresor, obligando a este a desviar su mirada de la escena. Por un segundo, se sintió aliviado. Matilde había conseguido escapar. El criminal apretó con más vigor el cuello de su víctima y sacó una cuerda del bolsillo. Pretendía amarrarlo a una butaca. En ese momento se escuchó un golpe seco seguido del sonido de algo muy pesado cayéndose contra el suelo. Ambos hombres miraron hacia la ventana. Un gran bulto dejaba adivinar la presencia de otro cuerpo sobre el empedrado exterior. Demetrio arrastró a su víctima hacia la salida. Quería averiguar qué

estaba ocurriendo ahí fuera. Julián enseguida reconoció al mestizo. Alguien le había atravesado el cráneo con un hacha. Estaba muerto. Era curioso, sus labios tenían esbozada una suave sonrisa, como si la muerte le hubiera regalado la paz. Se fijó bien en el arma. Era su hacha. La misma en la que había mandado grabar sus iniciales semanas atrás. Y ahora ese extranjero la tenía incrustada en la cabeza. Si esa noche no era su última noche, más valdría que lo fuera. Otro nuevo golpe retumbó en el silencio de la noche. Esta vez a su espalda. Sintió cómo el brazo de su atacante se relajaba y una masa caía floja tras de sí. Por fin podía respirar. Al darse la vuelta vio a Matilde. Tenía una brecha en la frente y el diablo pintado en la cara. Sostenía un tronco ensangrentado. Volvió a golpear a Demetrio y después escupió sobre su cuerpo inmóvil. Julián estaba aturdido. No conseguía aclarar las ideas.

—Así te pudras, asesino asqueroso —añadió. Luego se dirigió a su amante—: ¡Tú, despierta! Tenemos que hacer algo —dijo agitando a Julián con brusquedad para ver si reaccionaba—. Saca esa hacha de la cabeza del mestizo ¿No ves que tiene tus iniciales? Si no pensamos en algo pronto, estamos muertos. Nos acusarán de asesinato múltiple, y ya sabes cuál es la pena para ese delito. —El hombre actuaba siguiendo las instrucciones de Matilde como un autómata, sin saber realmente lo que estaba haciendo. Iba de un lado para otro, enajenado—. Ahora ayúdame a poner el cuerpo junto a los de tu familia —continuó dirigiéndolo la prostituta—. Trae el hacha. Tienes que cortarles la cabeza, ¿me oyes? ¡Córtales la cabeza para que no puedan reconocer a las víctimas!

—¿Estás loca? —reaccionó por fin Julián—. ¿Cómo voy a hacerles eso a mis padres? ¿Y a Rosa? ¿Cómo voy a hacerle eso a Rosa?

Matilde agarró a su amado por el cuello de la camisa, le clavó los ojos y habló con autoridad.

—Mira, Julián. Tu familia está muerta y nada ni nadie podrá cambiar eso. Pero si no haces lo que te digo, tú y yo seremos los próximos. Se me ha ocurrido una idea brillante, pero necesito que colabores. Yo sola no puedo con ello. ¿Entiendes?

—¿Qué quieres hacer?

—Pon los cuatro cadáveres juntos. Luego corta las cuatro cabezas. Las pondremos en este saco junto con el hacha y esos cuchillos ensangrentados —dijo señalando unos cuchillos que había al lado de los cuerpos—. ¿Te suena de algo la dactiloscopia? Por lo visto, ahora son capaces de saber quién ha tocado cada cosa porque se queda una marca en el objeto que es diferente en cada persona. Es increíble, ¿verdad? Se lo escuché una vez a un guardia que vino al prostíbulo. Por eso hay que ocultar las armas. Huiremos muy lejos y cuando nadie nos recuerde, volveremos a por el tesoro.

—¿Y qué hacemos con tu chulo?

—¡Ya no es mi chulo! ¡Es un asesino! ¡Un despojo humano! ¡Y gracias a Dios está muerto! Lo cargamos en el carro y lo enterramos junto con las cabezas y las armas del crimen muy lejos de aquí. Queda mucha noche. Tendremos tiempo. Pero hay que hacerlo rápido.

Julián hizo todo lo que Matilde le dijo. Con cuatro golpes certeros separó las cabezas de los cadáveres y las guardó en un gran saco de esparto. Casi no sangraban. A las víctimas ya no les quedaba una gota de sangre en el cuerpo. Después colocó el hacha y los cuchillos dentro del fardo y lo tiró sobre el carro. Pesaba lo suyo. Entre los dos amantes auparon el cadáver del proxeneta y lo pusieron al lado. En el mapa del mestizo anotaron las indicaciones pertinentes para poder encontrar el tesoro en el futuro. No sabían cuando volverían a por él y tenían que ser precavidos. Después incendiaron la casa. Dispusieron cuatro focos de fuego para que nada se salvara de las llamas. Julián cogió la pala y ayudó a Matilde a subir a la carreta. Abandonaron la granja deprisa, antes de que el resplandor llamara la atención de los vecinos. Matilde sujetaba la mano de su amante con firmeza. Esperaba que algún día asumiera los sucesos. Había sido inevitable montar ese teatro. No estaba dispuesta a recuperar su vida miserable ni a convertirse en una proscrita, y mucho menos a terminar ajusticiada por asesinato. Crearía una nueva identidad para los dos. Inventaría una estirpe respetable que los encumbrara en lo más alto. Ya pensaría en los detalles.

Con esta idea en su mente, eligió el mejor sitio para enterrar las pruebas. Cuatro cabezas, un hacha y el cadáver de una piltrafa humana. No parecía un alto precio para conseguir su sueño. Habría que cavar profundo, eso sí. No podían arriesgarse a que alguien lo encontrara.

Esa noche macabra, Matilde y Julián desaparecieron para siempre dejando tras de sí un rastro siniestro de sangre y de fuego. Un rastro que nadie supo seguir durante mucho tiempo.

CAPÍTULO XXXIII:

CUANDO ARDEN HASTA LOS CIMIENTOS

OTOÑO DE 1934

La noche anterior al traslado del reo a la prisión provincial, una chimenea de humo y fuego despertó a medio Salamanca. Al vivir en las afueras, los Legazpi no se enteraron hasta el día siguiente. Por la mañana, aunque el fuego ya había sido extinguido, permanecía un intenso olor a quemado en el ambiente. Andrés fue el primero en levantarse. Tenía que ir temprano al centro para realizar algunas gestiones y poner de nuevo en funcionamiento su despacho, así que intentaría averiguar de dónde procedía ese tufo. No hizo falta. Enseguida pudo comprobar que las llamas habían arrasado la comisaría de policía. Todavía se percibía una ligera neblina gris envolviendo la ciudad. Los bomberos acababan de recoger sus mangueras. Dos cadáveres permanecían sobre la calzada tapados con una manta. Se acercó a preguntar a uno de los transeúntes sobre el suceso. Le confirmaron que el incendio había acabado con la vida de un agente y un convicto. Ambos habían muerto asfixiados por el humo. Luego aguzó el oído para escuchar a dos policías que comentaban sobre la desgracia. Estaban casi seguros de que el siniestro había sido provocado. Decidió acercarse y preguntar.

—Disculpen. ¿Saben quiénes son los fallecidos?

—Sí. Es una desgracia. Al pobre lo acababan de trasladar a Salamanca. Fue padre hace tres días. Melitón se llamaba. Melitón Ballesteros. A veces la vida te la juega —se animó uno a decir.

—¿Y el otro?

—El otro que se vaya al infierno. Era un delincuente al que iban a trasladar a la provincial. Pura chusma. Una manzana podrida.

—¿Saben el nombre?

—Claro. Era bien conocido en estas dependencias. Elías. Elías Jumillas. Una basura menos por la que preocuparse.

Andrés notó como se le hacía un nudo en el estómago. Intentó que sus interlocutores no se dieran cuenta.

—¿Saben qué ha pasado?

—Todavía no lo tenemos claro. Estamos esperando a la Brigada de Investigación Criminal. Pero tiene mala pinta —intervino el otro policía.

—¿A qué se refiere?

—A que parece que ha sido provocado. Tanta virulencia tan deprisa no tiene otra explicación. Se habla de los anarquistas, pero no hay nada seguro.

—Gracias. Siento mucho lo de su compañero —terminó Andrés.

—De nada. Colgaremos un cartel con la información sobre la misa que vamos a dar en su honor. Cualquier ciudadano de bien estará invitado.

—Lo tendré en cuenta. Queden con Dios.

No se podía creer lo que había ocurrido. Elías, la única persona con la que contaba para aclarar el galimatías familiar, había muerto o, mejor dicho, había sido asesinado. Subió al Hispano Suiza y condujo de vuelta a Los Charros. El día se había puesto gris. Amenazaba lluvia, así que aparcó bajo el techado del cobertizo. Le sorprendió ver que el bidón de combustible que guardaban para el auto estaba medio vacío. Hubiera jurado que el día anterior lo había visto lleno. Una terrible sospecha empezó a asaltar su mente. ¿Estarían sus hermanos involucrados en el incendio? ¿Estarían detrás los falangistas? Dando amplias zancadas, entró en la casa. Tenía que hablar con esos inconscientes.

Su madre, que aún estaba en bata, trajinaba de aquí para allá en el dormitorio y apenas le prestaba atención. Después de dos intentos consiguió que ralentizara el ajetreo un poco, porque detenerlo no pudo.

—Ya te he dicho que no tengo ni idea de a dónde han podido ir. Se marcharon poco después de ti. Me dijeron que volverían para la cena —dijo mientras continuaba hurgando en muebles y cajones.

—¡Tengo que hablar con ellos! Es muy importante. ¿No me preguntas qué ha pasado en la ciudad?

—¿En la ciudad?

—Sí. ¿No hueles a quemado?

—Un poco. ¿Se ha quemado algo?

—Pues sí. Las dependencias de la policía en dónde se encontraba preso Elías Jumillas.

—¿El chantajista?

—Ese mismo.

—¿Y ha habido heridos?

—Sí. Heridos y dos muertos. Uno de los muertos es Elías.

—¿Ha muerto ese canalla? —preguntó, ansiosa por una respuesta afirmativa.

—Sí. Él y un joven agente que acababa de incorporarse al cuerpo.

Notó que Felisa contenía el aliento unos segundos, pero seguía con lo que fuera que estaba haciendo.

—Triste lo del policía, pero el otro se merecía un final así. Gracias a Dios, ya no tendremos que preocuparnos por él nunca más.

—¿Gracias a Dios o gracias a mis hermanos?

—¿Qué dices?

—Digo que el incendio ha sido provocado y que ayer el depósito de gasolina del cobertizo estaba lleno y ahora acabo de ver que está casi vacío. ¿No te parece demasiada casualidad?

Felisa se detuvo.

—¿Estás acusando a tus hermanos? ¿Cómo te atreves? Te has vuelto completamente loco. Ellos jamás harían nada semejante.

—¿Ah, no? ¿Y esos locos fascistas con los que andan de aquí para allá? No sería el primer atentado que cometen.

—Estás delirando, hijo.

De pronto, Andrés fue consciente de que su madre estaba preparando el equipaje. Por eso iba de un lado para otro moviendo ropas y enseres.

—¿Qué haces, madre?

—Nada. He decidido tomarme unos días de vacaciones. Me voy a Biarritz.

—¿Ahora? —preguntó extrañado.

La mujer se colocó con cuidado el flequillo que le caía en línea recta sobre las cejas. Estiró pelo por pelo. Se aclaró la garganta e iba a contestar cuando a Andrés le pareció entrever una marca roja en su mano derecha. La sujetó con fuerza y le alzó la manga hasta el codo. Tenía una quemadura, y era reciente. Por el cerebro de Andrés se cruzaron infinidad de imágenes sin sentido. Eran borrosas y absurdas, pero no conseguía pararlas. La imagen del cuerpo de Elías sobre el suelo, sus hermanos pegando tiros al aire, Isidoro clavándole sus ojos negros, la silueta de un mestizo sonriente que se desvanecía como una montaña de arena fina en un día ventoso. Luego veía llamas, llamas y un fuerte resplandor enmarcando el rostro de Felisa, que se deslizaba en la oscuridad con pies tan ágiles como los de un niño. Felisa. Su madre. La mujer que lo había engendrado. La incredulidad se convirtió en ira.

—¡Fuiste tú! ¡Tú provocaste el incendio! —gritó.

—No digas tonterías, querido. ¿Por qué iba una pobre vieja como yo a hacer semejante barbaridad?

—Dímelo tú.

—Eres ridículo. ¡Suéltame la mano! ¡Me haces daño! Además, tengo que terminar de empaquetar mis cosas.

Andrés no hizo caso a su madre. Sin soltarla, se encargó de echar el pestillo a la puerta y de cerrar bien la ventana. Después echó las cortinas y la sentó en una butaca. Cogió una silla y se acomodó justo enfrente.

—Quiero que me cuentes todo y que me lo cuentes ya. O empiezas ahora mismo o llamo a la policía. Estoy seguro de que encontrarán motivos para detenerte.

—Vale. Te contaré todo, pero, por favor, no llames a nadie. Nadie puede saber la verdad. ¡Nadie!

—Haremos un trato. Tú cuéntamelo todo y después yo decidiré. Si me parece suficiente, no llamaré a la policía. Si no me convences, la llamo y te vas directamente a la cárcel.

—¡No! ¡A la cárcel no puedo ir! —gritó con desesperación—. Te lo contaré todo.

Felisa empezó su relato con reticencia. Sentía como si los demonios de su alma empezaran a salir a la superficie impregnándolo todo de miseria y fealdad. Sin embargo, a medida que avanzaba en su historia, el sosiego pujaba por mantener la hegemonía en su memoria y transformó su confesión en liberación. Llevaba más de cuarenta años guardando secretos y, de repente, todos ellos explotaban y se perdían en el horizonte para siempre.

—Mi queridísimo hijo. Has tenido la suerte de nacer en esta familia y crecer en un hogar libre de penurias. Yo no tuve la misma suerte. Mi madre me parió en la calle, a escondidas. Tus bisabuelos la echaron de casa cuando se enteraron de que un cerdo la había violado. Intentó deshacerse de mí. A veces pienso que hubiera sido mejor para todos que lo hubiera conseguido, pero Dios tenía otros planes. Mi empeño por nacer se impuso y mi madre no tuvo más remedio que prostituirse para poder darme de comer. Yo crecí en el prostíbulo. Me desarrollé entre los chirridos de los somieres de alambre, las palizas que Demetrio daba a las putas y los vómitos de los borrachos. Durante años, los panecillos de harina rancia con gorgojos y las sobras de los clientes fueron mi único alimento. A pesar de mi delgadez, con doce años me fue imposible ocultar ya los pechos, así que el chulo decidió vender mi virginidad al mejor postor y el comprador resultó ser un salvaje. Me hizo tal destrozo que mi madre y yo pensamos que jamás iba a poder tener hijos. Todavía la recuerdo limpiándome las entrañas con agua de vinagre. La desgraciada murió al poco tiempo, dejándome sola a merced de ese cabrón. Ya ni siquiera podía hundir la cabeza en su regazo para consolarme. Me trabajaba a diez hombres al día, a veces más. Creo que llegó un momento en el que perdí la cuenta. Entonces conocí a tu padre. Era joven y dulce, pero, por desgracia, no tenía un real, así que me visitaba de Pascuas a Ramos. Nos enamoramos y ese amor significó el principio de todo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Andrés, animándola para que continuara con la narración.

—Me refiero a que, si no nos hubiéramos enamorado, jamás habríamos hecho planes para un futuro en común. Pero nos queríamos y necesitábamos un nuevo horizonte, lejos de la pobreza que en ese momento acompañaba nuestras vidas.

—¿Y se casó contigo y te llevó a vivir con él?

—¡Ojalá! La situación no era tan sencilla. Tu padre era más pobre que las ratas y yo había contraído una deuda con el proxeneta impagable. Al menos en una vida.

—¿Entonces?

—Intenté escapar de allí, pero ese malnacido me pilló. Me dijo que si quería marcharme tendría que saldar la deuda y que, si no lo hacía, mataría a tu padre y a toda su familia. La familia Rodríguez.

Andrés se quedó estupefacto. La familia Rodríguez entera fue asesinada en el otoño de 1890. ¿Qué le estaba queriendo decir Felisa? ¿Acaso su padre fue el único que escapó de la masacre?

—¿Me estás diciendo que mi padre era un Rodríguez?

—Así es. Era Julián Rodríguez. La única persona de este mundo que me ayudó a salir de la miseria. El amor de mi vida.

—Soy un Rodríguez —musitó Andrés, incrédulo, por lo bajo.

—Ese año —continuó Felisa—, la cosecha había sido excepcional. Teníamos la esperanza de que con la venta pudiéramos saldar parte de la deuda, pero nosotros no disponíamos del dinero. Pertenecía a la familia. Por ironías de la vida, pedimos al abuelo de Elías, que era primo lejano de tu abuelo, que nos hiciera un préstamo, pero se negó. Entonces vimos al mestizo sacando un puñado de monedas de una bolsa repleta y supusimos que guardaría más en un baúl misterioso al que no quitaba ojo. Estábamos desesperados. Necesitábamos dinero y lo necesitábamos pronto si queríamos evitar una desgracia.

—Y se lo robasteis.

—No teníamos otra opción. Lo que no esperábamos era encontrar lo que encontramos.

—Un tesoro, ¿no es así? El tesoro que buscaba Elías.

—Sí. Un tesoro muy valioso del que poco queda ya, aparte del baúl.

—Que está en el invernadero.

—Así es.

—¿Y qué pasó la noche de los crímenes?

—Demetrio se presentó en la finca para exigir el tesoro. Cometí el error de saldar mi deuda demasiado deprisa. Enseguida sospechó que había más. Por desgracia, Julián no estaba y la primera persona con la que se topó ese salvaje fue Rosa.

—¿Quién es Rosa?

—La hermana pequeña de Julián. El muy animal la violó. Los padres oyeron los gritos de la chiquilla y corrieron a su auxilio. Todos gritaban, así que Demetrio los degolló. Se justificó

diciendo que necesitaba silencio. Que tenía que acallar las voces que también le gritaban en el cerebro. Era una bestia. Yo estaba fuera de la casa. Los chillidos me alertaron de que algo estaba pasando, así que corrí dentro y me encontré con la escena. Intenté detenerlo, pero él me dio un fuerte golpe en la cabeza. Perdí el conocimiento. Mira, aquí tengo la cicatriz. —Felisa se levantó el flequillo y le mostró la marca.

—¿Y después?

—Me desperté con los suspiros de Julián. Demetrio lo estaba forzando a desvelar la ubicación del tesoro. Yo aproveché el forcejeo entre ambos para acabar con el chulo. Estaba tan concentrado en presionar a Julián que no me vio. Le di un fuerte batacazo en la cabeza. Estaba torturando a tu padre, no tuve más remedio. En ese momento pensamos que estaba muerto, pero no lo estaba. Lo demás te lo puedes imaginar. Tomamos parte del dinero y nos fuimos muy lejos a vivir una nueva vida. La otra parte la dejamos enterrada. Ya volveríamos a por ella cuando el tiempo hubiera borrado la memoria de aquella horrible noche. Por fin seríamos libres. Crearíamos una nueva identidad y alcanzaríamos todo lo que siempre habíamos soñado. En ese momento, eso era lo único que nos importaba.

—No me cuadra.

—¿A qué te refieres?

—Había cuatro cadáveres. Es evidente que el cuarto no era el de papá ni el de Demetrio. ¿Entonces?

—El pobre mestizo tuvo la mala pata de encontrarnos la misma noche. Se metió por medio y se llevó las de perder. Dejamos su cadáver para que no echaran de menos a Julián o a Isidoro, ya sabes. Las cabezas las cortamos después, para dar pistas falsas a la policía. Años más tarde nos enteramos de que era el heredero legal de las tierras. El infeliz sabía lo que buscaba.

—Me parece una historia increíble. Una pena que no haya nadie más que pueda confirmar tu versión.

—¿Por qué? ¿Acaso no me crees? ¿No crees a tu madre?

—No sé qué creer. Llevas demasiado tiempo mintiéndome. ¿Por qué iba a creerte ahora? Además, tu historia no te exime de culpa. Ayer mataste a dos hombres. Eres una asesina.

—Andrés, querido mío, Elías era el digno heredero de su padre. Un marrano sin derecho a existir. Hubiera pregonado nuestro secreto y arruinado la reputación que tanto esfuerzo me costó construir. ¡Sacrifiqué diez años de mi vida para ello! Lo del policía no estaba previsto. Ahí he cometido un fallo, qué se le va a hacer.

—¿Cómo puedes decir eso y quedarte tan tranquila?

—¿Y qué me sugieres que haga?

—Que te entregues.

—¡Ni lo sueñes! No he llegado hasta aquí para terminar mis días en el patíbulo. Tendrás que delatarme tú, si te atreves. —Se quedó mirando a su hijo con gesto desafiante.

—Pero ¿no te das cuenta de que has acabado con la vida de dos personas? ¿Ni siquiera te has parado a pensar en la justicia divina? Has atentado contra el quinto mandamiento. ¿Acaso ya no crees en Dios?

Felisa no pudo evitar soltar una carcajada. Después se recompuso.

—Nunca he creído en Dios, hijo. ¡Nunca! Era un adorno más para mi nueva identidad. ¿Acaso Dios se apiadó de mi madre? ¿O de mí cuando, siendo aún una niña, suplicaba a un cerdo lascivo que no me reventara la vagina? ¡No! ¿Verdad? ¡Dios no existe! Es una invención de unos hombres para dominar a otros. Eso es todo. Y bien, ¿qué piensas hacer conmigo?

—De momento, curarte esa quemadura que está al rojo vivo.

—¿No me vas a denunciar? Piénsalo bien, porque, si no lo haces, te convertirás en mi cómplice.

Andrés no sabía cómo abordar los últimos acontecimientos. Pensar que tu padre es un asesino y descubrir que, en realidad, la asesina es tu madre era muy desconcertante. Todos esos odios y reproches que había acumulado contra Isidoro ya no tenían razón de ser. Su recuerdo ahora le suscitaba compasión. Había perdido a su familia de una manera espantosa. Como abogado, se sentía impelido a denunciar a Felisa. Era una psicópata. La reciente revolución de octubre había propiciado el restablecimiento de la pena de muerte para delitos de terrorismo. Incendiar una comisaría de policía y matar a uno de los agentes sería etiquetado de terrorismo, lo tenía claro. Le aplicarían la pena máxima. No tendrían piedad. ¿Cómo puedes denunciar a tu propia madre sabiendo eso? Pero, si callaba, se convertiría en encubridor y podrían acusarlo de complicidad. La sombra de la pena capital también lo acecharía. Estaba ante una decisión muy complicada. Su vida, tal como había sido hasta ese momento, y fuera cual fuera su decisión, había terminado. Si denunciaba a su madre, quedaría expuesto públicamente. Toda su existencia sería puesta en entredicho, criticada, perseguida, observada. Si no lo hacía, su supervivencia pendería de un hilo. Cualquier detalle podría poner a los investigadores en la pista de la asesina y, si la inculpaban a ella, él también caería. La vida era una mierda.

La tarde anterior había sopesado llamar por teléfono a Elvira y explicarle las razones por las que aún no le había comunicado su regreso a España. Probablemente, las habría comprendido. Pero ahora todo había cambiado. No podía involucrarla. La porquería la salpicaría y no se lo merecía. Además, no se fiaba de su madre. Por mucho que le costara reconocerlo, era una criminal. No sabía hasta qué punto le había contado toda la verdad. Y tampoco le había aclarado a manos de quién había muerto el filipino. Si recuperaba a Elvira en su vida, la pondría en peligro. No podía ser tan egoísta. Su futuro con ella había vuelto a desvanecerse.

Durante los siguientes meses, Andrés retomó su actividad como abogado en Salamanca. Consintió en que Felisa se tomara unas vacaciones hasta que su quemadura cicatrizara y se instaló en Los Charros. Decidió que guardaría los secretos familiares. Reinició su vida, justo ahí, en donde la había dejado. Reconquistó a sus antiguos clientes y ganó otros nuevos. Volvió a sus

paseos por el Tormes, a sus amigos de la universidad y a las tertulias vespertinas. Vivía con el alma en vilo. Daba por sentado que en cualquier momento los arrestarían. Y puede que más tarde o más temprano hubieran sido descubiertos, pero llegó la guerra y lo trastocó todo.

CAPÍTULO XXXIV:

EL SOCORRO BLANCO

El Socorro Blanco era una organización privada fundada en 1933 y dirigida por María Rosa Urraca Pastor cuya finalidad era aportar auxilio y asistencia a los seguidores del carlismo y a cualquier católico que estuviera en situación de desgracia o peligro a causa de sus creencias. La institución contaba con las donaciones de los militantes y los sellos de cotización para su financiación. También organizaba eventos sociales y conferencias con una doble función: recaudar dinero y difundir sus ideales. Durante la guerra civil, su actividad se centró en el socorro de tradicionalistas y religiosos amenazados en zona republicana y la asistencia a mujeres, niños, enfermos o necesitados.

En contraposición, el bando republicano contó con la ayuda de los voluntarios del Socorro Rojo, vinculado al Partido Comunista, que ya apoyó a las víctimas de la represión tras las revueltas de octubre. En la guerra civil, entre otras cosas, asistió a enfermos en el Hospital Obrero de Cuatro Caminos, en donde estuvieron ingresados personajes importantes de la Segunda República, como Dolores Ibárruri[44], facilitó el rescate de mujeres, niños y ancianos de zonas en peligro y vigiló que los alimentos, medicinas o cualquier tipo de envío llegara íntegro a las milicias republicanas.

A medida que avanzaba la contienda, otros curas perseguidos llegaron a la pensión de Elvira. Con el tiempo, aquella actuación que al principio había sido espontánea se convirtió en una práctica habitual. El padre Aurelio se encargó de ponerla en contacto con las personas que le proporcionarían el apoyo necesario para continuar la labor con un mínimo soporte organizativo.

Elvira se convirtió en voluntaria del Socorro Blanco y la pensión, en refugio para todos los religiosos amenazados, fueran hombres o mujeres. Todos iban y venían en función del tiempo que se tardara en evacuarlos a zona segura. Elvira los escondía y alimentaba mientras tanto. Era importante que las dos amigas llevaran una vida lo más normal posible. Intentaban no llamar la atención escondiendo el exceso de colada o simulando inquilinos inexistentes. Se turnaban para llevar a los niños al parque o para acudir a las colas de abastecimiento y así no dejar nunca solos a los proscritos. Tenían todo medido. El único problema era Agustín. Es cierto que el viejo nunca salía de la habitación y que vivía al margen del mundo. Pero les preocupaba que las delatara.

Una tarde estaban en la cocina preparando la cena cuando oyeron gritos en la calle. Los milicianos registraban el edificio. Una ráfaga de pánico apareció en el rostro de Josefina. Tenían a dos curas y a una monja en la pensión. Los pasos de los soldados resonaban en la escalera. Rápidamente, movieron la alacena que tapaba el hueco de la pared. Por suerte, el edificio aledaño tenía una altura menos. Todos los religiosos saltaron por el agujero sobre el tejado de la otra finca. Josefina y Elvira volvieron a colocar la alacena en su sitio. Los milicianos empujaron la puerta de acceso a la vivienda y registraron las habitaciones. Andrés y Rosarito no paraban de llorar. Al ver que la estancia de Agustín estaba cerrada, pidieron a gritos que abrieran la puerta. Elvira les avisó de que el inquilino era un hombre problemático, pero los soldados insistieron. La tiraron abajo. Al ver al viejo amenazándoles con la prótesis de la pierna, se sintieron decepcionados. Dieron un portazo y se dirigieron a la siguiente vivienda.

Ese día Elvira y Josefina pasaron mucho miedo, sobre todo, por los niños, aunque les sirvió de entrenamiento para el futuro. Aprovecharon el hueco para las huidas, pero también para las evacuaciones nocturnas. Después de varios meses, el ajetreo se convirtió en algo cotidiano. Vivían al límite y no tenían tiempo para pensar. Pero la mala suerte hizo que uno de los registros se complicara. Los milicianos descubrieron el agujero, pero no pudieron encontrar a ninguno de los religiosos. Elvira se esforzó tanto en explicarles que habían colocado ahí el mueble para evitar el viento y la lluvia que los soldados decidieron creerla. Quizá no tuvieran ganas de arrestar a dos mujeres con dos niños pequeñitos y se dejaron convencer. Pero Josefina empezó a flaquear. Si las detenían, ¿quién cuidaría de sus hijos? Los abandonarían en un hospicio y morirían de pena. A las pocas semanas recibió una carta del Ministerio de Guerra. Le temblaban las manos y no conseguía abrir el sobre. Elvira la ayudó con la punta de un cuchillo. Benicio estaba herido. Lo habían trasladado del Hospital Provincial de Valencia al Hospital de Sangre de Cuart de Poblet. ¿Querría decir eso que estaba fuera de peligro? Por lo visto, un tiro le había atravesado el pecho. Por fortuna, un amuleto que llevaba en el bolsillo de la camisa había alejado el proyectil del corazón. A Josefina se le saltaron las lágrimas. Era el medallón del apóstol Santiago que ella misma le había entregado el día de su marcha. El cielo estaba de su lado. Tenían que salvar más vidas. Todas las que fuera necesario. Así que continuaron con sus actividades.

Las dos valientes mantuvieron su actuación hasta que las tropas nacionales tomaron la capital y finalizó la guerra. Con gran habilidad, se las apañaron con los niños para hacerles creer que se trataba de un juego. Si les prometían una zurra con la zapatilla, significaba que el silencio era imprescindible. El canturreo de una copla evidenciaba la necesidad de que escondieran las pertenencias de los proscritos bajo la cama y un silbido de Josefina los enviaba directamente a la entrada de la vivienda, a entretener a los milicianos con monadas o lloriqueos, según les saliera. Más tarde, cuando el peligro había pasado, los premiaban con un cuscurro de pan duro o un poco de leche condensada, si es que les quedaba algún bote. Estar pendientes de esas señales los entretenía de tal manera que la guerra y sus peligros quedaban en un segundo plano. Era enternecedor ver al chico actuando con pericia y a Rosarito, todavía un bebé, esforzándose por imitarlo. Muchos años después, Andrés no recordaría ni el estrépito de las bombas, ni las carreras a los refugios, ni el silbido de los disparos, ni la magnitud del agujero de su estómago, pero siempre atesoraría en su corazón la diversión que le provocaba aquel juego.

Llegó el año 1939 y la guerra no daba tregua. A Elvira cada vez le era más difícil conseguir alimentos y sufría por los niños. A diario caminaba kilómetros por calles polvorientas para ver si era capaz de adquirir un poco más de pan o de leche. Y no fueron pocas las veces que se vio obligada a suplicar a algún médico del vecindario para que le emitiera una receta para conseguir huevos, ya que era la única manera de que se los dieran, para después, tras aguantar horas y horas en la cola de la calle Villanueva, regresar a la pensión con las manos vacías. Llevaban semanas sin comer en condiciones y suplicaba para que Dios los asistiera. Se arrodilló sobre la alfombrilla de su cuarto para rezar un padrenuestro. El ruido de unos disparos interrumpió la oración. Salió a la terraza deprisa, asustada por el estruendo. Los niños estaban sentados, ahí mismo, jugando con unos bloques de madera, mientras intentaban engañar a la barriga con un vaso de leche aguada. Un chalado del ejército republicano había agarrado tremenda borrachera y disparaba al aire desde una terraza cercana: «¡Bang! ¡Bang! ¡Otro fascista menos!», gritaba. «¡Y otro! ¡Y otro! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!». A Elvira le entraron los siete males. Sus niños corrían peligro y no se le ocurrió otra solución que llamar a la policía. No cayó en que esta vez tenía a tres personas escondidas en la pensión. No se le ocurrió. Oír los disparos tan cerca anuló su entendimiento.

Minutos después, unos milicianos se presentaron en su casa. Ninguna de las dos se los esperaba al abrir la puerta. ¿Por qué aparecían los militares si habían llamado a la policía? Tenían que evitar que el miedo las paralizara. Josefina se puso a silbar. Los perseguidos se agruparon en la cocina. Andresito y Rosario empezaron con su ritual.

—Disculpen, señoras —empezó el más alto—. Nos han dicho que han comunicado que hay un soldado pegando tiros en la terraza.

—¿Hay un soldado pegando tiros, Josefina? —intentó disimular Elvira.

—Uy, no sé. Yo no he oído nada.

El niño empezó a tirar de los cordones de la bota de uno de ellos mientras la niña tiraba con insistencia del bajo del pantalón de otro.

—¿No han avisado ustedes? —preguntaron extrañados a la vez que intentaban zafarse de los niños.

—Nosotras no. Habrá sido otro vecino —mintió Josefina, forzando un gesto de sincera confusión y haciendo ademán de cerrarles el paso.

En ese momento, se escucharon nuevos disparos. Los republicanos empujaron la puerta y cruzaron el pasillo sin pedir permiso. Una vez en la terraza localizaron las detonaciones y se dispusieron a llamar la atención al implicado.

—¡Oiga! ¡Que aquí hay niños! ¿Es que no ve usted que puede provocar una desgracia?

—¡Yo solo veo fascistas! ¡Miren! ¡Allí cae otro! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

—Pero, hombre de Dios, no nos obligue a saltar a por usted.

—¿Cómo que hombre de Dios? No meta a Dios en esto. Soy un hombre de la Segunda República. ¡Mucho cuidadito con eso!

—Mire que saltamos y nos lo llevamos a la cárcel de Porlier.

Los milicianos calibraron la posibilidad de saltar por la terraza para detener al tirador, pero decidieron que sería más seguro entrar por el otro portal. Que, ya que estaban obligados a arriesgar la vida en el frente, no la iban a arriesgar también por un borracho idiotizado. Se acercaron a Elvira, pidieron disculpas en nombre del ejército republicano y, muy educadamente, se retiraron. Minutos después estaban en la terraza del vecino. Se lo llevaban esposado. De momento no volvería a alterar el ánimo del barrio.

Josefina se desmayó en cuanto la puerta quedó cerrada. No había aguantado el peso de su mentira, bromeó Elvira. Los refugiados volvieron a sus habitaciones. A puntito estuvieron de saltar por el boquete de la cocina. Los niños reiniciaron sus juegos en la azotea y todo volvió a la normalidad. Aquel fue el último día que pasaron miedo.

El primero de abril, cuando el general rebelde Francisco Franco firmó el parte que finiquitaba la guerra, Elvira y Josefina habían escondido y alimentado a veinte personas. La mayoría, diecisiete, habían sido evacuadas a zona segura. El día que los nacionales entraron en Madrid, todavía quedaban tres en la pensión. Años más tarde, ellas mismas explicarían a sus nietos cómo la fe en Dios y en la legitimidad de lo que hacían las ayudó a pasar por alto el miedo y a luchar por esa pobre gente cuyo único delito había sido vestir hábitos. Ninguna de esas personas olvidó que dos mujeres con dos pequeñuelos indefensos les habían salvado la vida.

Pocos días después del final de la contienda, un desconocido apareció en la pensión. Elvira había salido a buscar comida y Josefina estaba en la cocina cociendo por segunda vez mondas de patata con un hueso de cerdo, o al menos eso quería creer. Ya no había peligros y se sentía muy relajada sabiendo que Benicio estaba a salvo y que pronto lo tendría en casa. No oyó el timbre.

Era curioso lo rápido que había perdido la costumbre de mantenerse alerta. Andresito abrió la puerta. El hombre preguntó por su madre.

—Hola, pequeñín. Estoy buscando a Elvira Martín. ¿Está en casa?

—No. Mi madre se fue a hacer unos recados.

—¿Tu madre?

—Sí, señor. Pero está Josefina.

—¿Y tu padre está?

En ese momento, la gallega se asomó por el pasillo.

—Andrés, te hemos dicho muchas veces que no abras la puerta sin permiso. Buenos días, soy Josefina. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No, gracias. Creo que me he equivocado.

—Ha preguntado por mamá —cascó el niño.

Josefina miró al extraño. Alto, moreno, buen porte. Existían posibilidades de que fuera el Andrés de su amiga. ¿Lo sería?

—Disculpe, pero ¿no va a presentarse?

—Tiene razón, señora. Mis excusas. Andrés. Andrés Legazpi. Para servirla. Pero ya me iba.

—De ninguna de las maneras —exigió Josefina mientras tiraba con fuerza del brazo del hombre y lo introducía en la vivienda para cerrar después bien la puerta—. Usted se queda aquí a esperar a Elvira. Tiene que estar al llegar.

—Pero no quiero incomodar al padre del niño. —De repente, pensó en cómo había llamado la mujer al niño: Andrés. Se llamaba igual que él. ¿Sería posible que fuera…? No. Imposible. Pero por la edad… quizá sí.

—No se preocupe. Usted siéntese en esta silla, aquí al lado mío, que yo ya termino con el caldo. Elvira se alegrará mucho de verlo. No se me mueva, ¿eh?

Legazpi tomó asiento. Estaba inquieto. No sabía cómo reaccionaría su amada. Le debía demasiadas explicaciones. Habían pasado más de seis años desde la última vez que estuvieron juntos. ¿Cuántos años tendría ese niño? ¿Quién sería el padre? Lo importante era que iba a ver a Elvira. ¡Por fin! Después de tantas vicisitudes, iba a poder abrazarla, si es que consentía. No sería extraño que lo pusiera de patitas en la calle. La había echado de menos. ¡Y cómo! Cuando renunció a ella, también lo había hecho a sí mismo. Pero, por suerte, la guerra había terminado. El sonido de unas llaves moviéndose interrumpió sus pensamientos. Elvira empujó la puerta. Llevaba unas bolsas en las manos. Atravesó el pasillo hacia la cocina. La pierna de un traje masculino sobresalía. Le llamó la atención. El único hombre que quedaba en la casa era Agustín, y nunca se sentaba en la cocina. Además, su pierna derecha era un muñón. No podía ser él. Al ver a su amor le dio un vuelco el corazón y casi perdió el sentido. Las bolsas se le resbalaron de las manos. No sabía si estaba viva o muerta. Despierta o dormida. Andrés se levantó.

—¡Elvira!

44 Dolores Ibárruri, o la Pasionaria, fue una política comunista española que propugnaba la lucha de clases.

CAPÍTULO XXXV:

QUIEN A HIERRO MATA, A HIERRO MUERE

1902

Isidoro llegó muy alterado a casa. Esa tarde, dispuesto a continuar creándose una buena reputación en la ciudad, había invitado al alcalde a tomar unos vinos por la Plaza Mayor y al salir de uno de los bares se había cruzado con un hombre que le resultaba familiar. No sabía de quién se trataba, pero estaba seguro de que había tenido algún tipo de trato con él en el pasado. Rezaba para que no lo hubiera reconocido. Habían pasado más de diez años desde que dejó atrás su identidad como Julián Rodríguez. Tenía unos kilos de más y grandes mechones de canas le plateaban las sienes. El elegante atuendo y el sombrero conseguían darle un aspecto bastante diferente. Además, Julián estaba muerto. ¿A quién le importaban los muertos? Pero extremaría las precauciones. Mejor no dejarse ver una temporada por la ciudad.

Felisa se sentó a su lado para la cena, aunque prefería hacerlo al frente, al final de la larga mesa. Quedaba mucho más aristocrático y para Felisa lo importante era aparentar abolengo. Por eso se había rodeado de bandejas de plata, copas de cristal de bohemia, lámparas de araña, alfombras de seda persa y jarrones de alabastro. Adoraba el lujo y la ostentación. Había pedido que prepararan un menú especial. Esa noche quería celebrar que las obras de la casa habían terminado definitivamente, incluido un hermoso invernadero de cristal que pretendía llenar de plantas exóticas. Así que se acercó a su marido, lo besó con dulzura en los labios y se sentó a su

lado. Estaba nervioso. Lo conocía muy bien y sabía que algo lo preocupaba. Esperó a que la criada terminara de servir la mesa para tirarle de la lengua.

—¿Qué tal ha ido el día, querido? ¿Alguna novedad?

—Todo bien. Tenemos al alcalde en el bolsillo.

—Bien hecho. Me muero por ir a una de sus fiestas. Me han dicho que invita a toda la flor y nata de Salamanca. Creo que su esposa luce unas joyas carísimas y que riega con *champagne* hasta las buganvillas.

—No creo que haya buganvillas por aquí. No soportan las heladas.

—Es una forma de hablar, caramba. Me refiero a que son muy ricos. ¿Qué te pasa? Te noto raro. ¿Hay algo que te preocupe?

—Me he cruzado con alguien en el centro.

—¿Con alguien? ¿A qué te refieres? ¿Con quién te has cruzado?

—No lo sé. Simplemente, me encontré con un hombre que me resultaba familiar. No he parado de darle vueltas, pero no llego a ningún resultado.

—¿Cómo era? —preguntó Felisa con inquietud.

—No he querido fijarme demasiado para no llamar su atención. Alto, mayor.

—Eso no me dice nada.

—Lo sé. En realidad, hay mucha gente a la que conocía en Salamanca. No significa nada. Vivimos aquí una etapa de nuestras vidas. Es normal que alguna cara nos suene. Lo importante es que no nos reconozcan.

—Eso es imposible, Isidoro. Tú estás muerto y yo era una puta sin nombre. ¿Quién va a recordar nuestras caras después de tantos años?

—Eso creo yo. En fin… Olvídalo, cariño. Salvo que…

—Salvo que ¿qué? Termina la frase, que me das miedo —espetó Felisa.

—Su mirada. No sé explicarte la razón, pero daba grima.

Felisa notó cómo el estómago se le encogía. Una leve subida de ácidos le puso un regusto amargo en la boca. Aun así, contestó despreocupada. Se le daba muy bien fingir.

—Sí. Olvidémoslo. ¿Nos vamos a la cama, querido? Estoy agotada.

Felisa e Isidoro habían concluido las obras de su nuevo hogar. Andresito crecería feliz en esas tierras. Pronto le darían más hermanos. Formarían una familia rica y respetable. Ese era su gran sueño. Al menos el de Felisa. Llevaba muchos años organizándolo. Demasiados. Se había sentido impotente. Escondida tanto tiempo en ese lugar perdido, agobiada por los bichos y el aburrimiento, intentando pasar inadvertida, impaciente por disfrutar de la vida que siempre anheló y que rozaba con la punta de los dedos. El sacrificio había merecido la pena. Su sueño ya era una realidad. Habían fundado una gran estirpe. La estirpe de los Legazpi Cuesta: ricos, vividos, con clase y un próspero pasado a sus espaldas. Pero estaba intranquila. Era incapaz de

dormir. No paraba de pensar en la conversación con su esposo. Temía que ese desafortunado encuentro en la ciudad desbaratara sus planes. Era importante que comprobara si se había dejado alguna puntada suelta. No podía correr ningún riesgo. Tenía una corazonada. Y no era nada alentadora. Felisa se vistió, se anudó el cabello en un moño bajo y peinó bien el flequillo para ocultar la cicatriz de la frente. Esa hebra abultada era la única huella de aquella noche siniestra que no había podido borrar. Se cubrió la cabeza con un sombrero, se ajustó los guantes y, con la determinación del que se sabe invulnerable, se dirigió al antiguo barrio de Los Milagros a comprobar si el prostíbulo todavía existía. Cuando llegó ya hacia rato que había amanecido.

El edificio había sido parcialmente rehabilitado. La pintura de la fachada ya no estaba desconchada ni los postigos de las ventanas descolgados. El tejado lucía tejas nuevas en la cubierta, justo en la parte en donde se situaban los dormitorios de las putas. Ya no tendrían que poner cubos para contener el agua los días de lluvia. Tras los cristales, que brillaban relucientes, caían cortinas de cretona de colores alegres. La higuera del patio ya daba una buena sombra. Aquel edificio parecía cualquier cosa menos un burdel. Felisa sintió cierto alivio. Ese lugar siempre le había inspirado asco y desprecio. Sin embargo, ahora parecía un sitio agradable. Hizo un gesto al cochero, que estaba esperándola con el carruaje al principio de la calle, y se dio media vuelta, satisfecha. La muerte de Demetrio debió de terminar también con el negocio.

De repente, una discusión le llamó la atención a sus espaldas. Eran dos mujeres desgañitándose. A una la reconoció inmediatamente. Estaba mucho más vieja, con el pelo canoso y había perdido los dientes, pero era ella, una de las putas de Demetrio. Se quedó ahí pasmada, observando la pelea, sin reaccionar. «¿Quién llevará ahora el prostíbulo?», pensó. La fulana, al verla allí en pie, mirándola con tanto descaro, una señora tan elegante y con coche de caballos, decidió incluirla en la discusión.

—Es que tengo monos en la cara o qué, señoritinga. ¿No ha visto nunca a dos putas peleando? ¡Que esto no es el teatro!

—Lo siento. Perdone. Ya me iba.

—Pues sí, váyase usted, que como venga nuestro patrón, El Demetrio, la mete *pa* dentro. Que está buscando nueva mercadería —añadió la prostituta, riéndose a carcajada limpia a la vez que levantaba las tetas, insinuante, con la palma de las manos.

Felisa notó cómo el corazón le daba un vuelco. ¿Demetrio? ¿Sería algún familiar de ese salvaje? No recordaba que tuviera ningún hijo. Igual lo tenía y no lo había hecho público.

—Perdone, ¿Demetrio es el joven que regenta el local?

—¿Joven? —Se carcajeó—. ¡Me parto! Como la oiga el viejo, la contrata ahora mismito. ¡Demetrio, sal!, que esta señora te mira con muy buenos ojos.

Felisa calibró un instante la posibilidad de esperar a que saliera el tal Demetrio y ver de quién se trataba, pero una pequeña alarma interior se encendió en su cabeza. Era imposible que Demetrio estuviera vivo. ¿O no? Subió deprisa al carruaje, cerró la puerta y animó al cochero a

que acelerara el paso. Una vez en camino, se asomó por la ventanilla trasera. Un hombre alto se había unido a las fulanas y miraba en su dirección con la mano en la frente para enfocar mejor. Estaba envejecido y mucho más delgado. Costaba reconocer al hombre corpulento que años atrás la levantaba del suelo agarrándola del cuello con una sola mano, pero era él. No había ninguna duda. Un dolor insoportable se le hizo hueco en el estómago. Una vez que se sintió a salvo, ordenó al conductor que parara. Vomitó durante un buen rato, igual que aquella mañana que visitó a ese malnacido para saldar su deuda, todavía pensando que sería capaz de empezar de cero. Qué estúpida había sido. Pero había aprendido. Ahora necesitaba deshacerse definitivamente de esa piltrafa. Sería difícil, pero no imposible. Y a Isidoro ni mu. No soportaría la presión.

Varios días necesitó Matilde para poner en práctica su nuevo plan, pero, con un poco de suerte, ese desagradable asunto quedaría zanjado para siempre. Todo era posible en esta vida con dinero e inteligencia. Había estado investigando sobre su víctima. Era curioso que no tuviera enemigos conocidos. Tan solo un tal Luciano, un ratero de poca monta que le tenía ojeriza por haberlo echado del negocio años atrás. Tenía pinta de blandengue y no le inspiraba confianza. Tendría que encargarse ella misma. Había conseguido unos narcóticos muy potentes. Esa noche hizo un gran esfuerzo para recuperar a la furcia que fue muchos años atrás y que pensó que ya nunca volvería. Se colocó una larga peluca morena con varios mechones enmarcando la frente y la barbilla. Hacía tiempo que se oscurecía el pelo con unos pigmentos que había traído del norte de África, pero no quería arriesgarse a ser reconocida. Se ajustó el vestido presionando los pechos con fuerza y dejando una generosa cantidad de carne al descubierto. La verdad es que se veía bastante más voluptuosa que antes. Los kilos extra que le quedaron después del embarazo de Andrés le sentaban bien. Con unas tijeras rajó la falda en el lateral, permitiendo a una pierna asomar al frente. Se decoró el rostro con un denso maquillaje y grandes rabillos en los ojos. Se pintó los labios de carmín rojo y terminó su transformación añadiendo una capa oscura en la que ocultarse. Preparó con sigilo un carro y se encaminó al prostíbulo.

Tal y como había calculado, el bullicio era ensordecedor en el interior de la casa. Rezaba porque las dependencias del chulo siguieran siendo las mismas que doce años atrás. La ventana tenía luz. Subió las escaleras deprisa y llamó a la puerta. La voz de Demetrio sonó al otro lado.

—Adelante.

Matilde respiró profundamente. Su plan era perfecto, como siempre. Atiborraría a narcóticos a ese sinvergüenza y luego se largaría. Solo necesitaba camelárselo. Maniobró la manivela de la puerta y entró en la sala.

—¿Quién coño eres tú?

—Soy Dorotea. Dorotea Márquez. Me he enterado de que busca chicas.

—¿Y quién te ha dicho eso?

En ese momento dio gracias por recordar el nombre de la puta que gritaba el día de su primera visita.

—La Macaria.

—Estás un poco mayorcita para lo que estoy buscando. A mis clientes les gustan jóvenes.

—A veces la experiencia es mejor carta. ¿Quiere probar el material? —añadió levantándose las faldas, tal y como lo había hecho tantas veces en el pasado. Después se acercó al chulo y le dio un lametazo en la cara.

—Siéntate, Dorotea. Dime, ¿de dónde eres?

Esto era nuevo. Ese cabronazo nunca se había preocupado por los orígenes de sus putas. Contestó lo primero que se le vino a la cabeza.

—De Cádiz.

—Pues no tienes mucho acento.

—Llevo muchos años de aquí para allá. ¿Quiere que me siente sobre usted? Puedo hacerle el trabajo en la silla.

—Ahora no.

—¿Entonces me ofrece un trago? Estoy seca.

Demetrio sacó una botella de *brandy* del aparador y puso dos copas. Acercó una a Matilde y se bebió la otra del tirón. Volvió a llenar su copa y la dejó sobre la mesa. En ese momento alguien llamó a la puerta. El chulo se levantó para ver quién era. Una de las chicas lo alertaba de que uno de los clientes se había sentido estafado al no estar su puta favorita libre y quería una reparación. Matilde aprovechó esos segundos de despiste y disolvió la droga en el *brandy* con cuidado de que no la vieran. Si había acertado con la dosis, jamás despertaría.

—Dile que tengo una chica nueva y que esta noche se la dejo solo para él. —Después se dirigió a Matilde—: Ya tienes la oportunidad que pedías. Contenta a mi cliente y te contrato.

Unos sudores fríos asaltaron el cuerpo de Matilde. Su plan no incluía esa posibilidad. Había asumido el riesgo de tener que hacerlo por enésima vez con ese cerdo, pero no había pensado en satisfacer a un cliente nuevo. Muy a su pesar, tuvo que aceptar. El hombre se presentó ante ella en cinco minutos. Era muy corpulento. La miró de arriba abajo y después se negó a aceptarla. Quería a su favorita o un descuento para la próxima visita. Matilde se sintió aliviada. No quería ni pensar lo que hubiera sido dejarse hacer por ese gigante. Demetrio le prometió el descuento y lo echó a la calle. Luego volvió a cerrar la puerta e inspeccionó bien a la nueva. No sabía por qué, pero le resultaba familiar. Quizá le recordaba a su Tomasa. Eso era, sí. Se parecían bastante. La echaba tanto de menos. Decidió que probaría a esa mujer. ¿Por qué no? Pensaría que estaba haciendo el amor con Tomasa. Avisó a sus chicas para que no le molestaran en toda la noche. Se bebió la copa de *brandy* de un solo trago y pidió a Matilde que se desnudara. Ella lo hizo sin rechistar. Se tumbó insinuante sobre la cama e indicó al chulo que estaba lista para recibirlo. En ese momento, el cliente quejica abrió la puerta de la habitación. Estaba tan borracho que casi no

se tenía en pie. Había cambiado de opinión. Quería a su puta y la quería ya. Discutieron. Demetrio lo invitó a marcharse. El hombre se negó y le propinó un puñetazo. Demetrio cayó como un fardo de cabeza sobre las losetas. El agresor se extrañó al ver que lo había tumbado de un solo golpe y se acercó para ver si se movía. Tenía sangre en la sien. Estaba muerto. ¡Lo había matado! Matilde se guardó muy mucho de decir que le había dado droga suficiente como para acabar con un caballo y se ofreció para ayudar a deshacerse del cadáver. Ya era una experta en ese tipo de menesteres. Le costó trabajo convencer al tipo que insistía, una y otra vez, en llamar a la policía.

—Si les explico —machacaba mirando a Matilde— que ha sido un accidente, lo entenderán. En realidad, no le he dado tan fuerte. Ha sido sin querer. Usted lo ha visto. Usted puede confirmarlo.

—¿Y qué se cree? ¿Piensa que van a creernos? ¿A una puta y a un rufián como usted?

—Oiga, no me falte, que soy un buen hombre. Se lo juro. —Y se puso a llorar como un niño—. Yo solo quería ver a mi Mariquita —insistía entre suspiros.

—Pues como llamemos a la policía no la va a volver a ver ni en pintura, se lo digo yo —le rebatía Matilde.

Finalmente, lo persuadió para que le siguiera el juego. Esperaron cautelosos hasta que toda la casa quedó en silencio. Para entonces, al hombre se le había pasado la borrachera, aunque, tras la llantina, un rugoso churrete de sal blanqueaba sus mejillas. Pusieron al muerto la chaqueta. La noche era fría. No se dieron cuenta de que llevaba algo en el bolsillo. Lo sacaron del lupanar con cuidado, sujetándolo entre los dos. Un gran caudal de sudor corría por el escote de Matilde. Lo colocaron en la carreta y se lo llevaron a la vía del tren. Aún no había amanecido, pero pronto pasaría el primero de la mañana. Colocaron su cabeza sobre los raíles de metal y se alejaron deprisa.

CAPÍTULO XXXVI:

LA FELICIDAD

1939

El día que Andrés puso los pies en la pensión de Elvira tenía claro que, si conseguía que lo aceptara, ya nunca se separaría de ella. Cuando oyó el ruido de las bolsas al caerse contra el suelo y se encontró de frente con sus ojos, supo que lo conseguiría.

—¡Elvira!

—¿Andrés? ¿Eres tú? ¡Andrés! —gritó conmocionada.

—Sí. Soy yo. Vengo a explicártelo todo y a suplicarte que te vengas conmigo, si es que eres libre y aún me quieres.

—No lo soy —dijo entre sollozos.

—¿No? —preguntó Andrés, perplejo.

—Tengo un hijo.

—Lo sé. Se llama Andrés —contestó aliviado—. Es mío, ¿verdad?

—Sí. Me enteré del embarazo después de tu marcha.

Andrés se acercó a Elvira. Enjugó sus lágrimas con una suave caricia. La rodeó con los brazos y le susurró al oído:

—Mi queridísima Elvira, mi amor, mi vida. Solo pensar en lo que has podido sufrir durante estos años me vuelvo loco. En lo que habéis podido sufrir los dos. Yo no sabía… No podía

imaginar que esperabas un hijo mío. Hubiera regresado a por ti de haberlo sabido. ¿Por qué no me intentaste localizar?

—¿Cómo hacerlo? No conocía tu paradero. Además, cuando Felisa me informó de que habías pasado por Barcelona y no te habías puesto en contacto conmigo, pensé que ya no lo harías nunca. Que te habrías cansado de mí. ¿Para qué buscarte entonces?

—Jamás me cansaría de ti. Eres la única certeza en mi vida. Hay una historia terrible que tengo que contarte. Una historia que cambiará tu concepto sobre mí para siempre. Algo que puede hacerte renegar de mi familia. A pesar de ello, debo contártela. Con más razón sabiendo que ahora soy padre.

—Descubriste la verdadera identidad de Isidoro, supongo.

—Sí. ¿Podemos ir a alguna parte a charlar con tranquilidad?

—Claro. Por favor, Josefina, ¿puedes encargarte del niño un rato?

—Por supuesto. Tomaos todo el tiempo que necesitéis. Ven, Andresito. Vamos a jugar al veoveo con Rosario.

Los dos enamorados entraron en el dormitorio, atrancaron la puerta y se fundieron en un abrazo interminable. Tantos años separados y parecía que fuera ayer la última vez que estuvieron juntos. Se besaron, se tocaron, aspiraron el aroma de sus cuerpos. Necesitaban comprobar que no era un sueño. Aturdidos por la emoción, se tumbaron suavemente sobre la cama e, igual que la primera vez que se poseyeron, hicieron el amor en un enredo de ropas, sábanas y piel. Pero en esta ocasión lo hicieron sin prisas, con delicadeza, regodeándose el uno en el otro. Después se incorporaron. Andrés apoyó la cabeza sobre los barrotes del cabecero niquelado y sujetó la de Elvira entre sus brazos, con dulzura, acariciando cada mechón de su pelo.

—Voy a contártelo todo. No quiero omitir ni un solo detalle. Después decidirás si te casas conmigo.

—Me casaré contigo. Yo no deseo otra cosa y el niño necesita a su padre.

—Primero escucha lo que tengo que decirte.

Andrés le contó toda la historia a su amada. Desde el origen de su madre hasta el asesinato de Elías. Elvira no salía de su asombro. En cierta manera, Genara no estaba muy desencaminada con sus teorías. ¡Cuánto hubiera dado por tenerla a su lado!

—Entonces eres Andrés Rodríguez. ¿No es así?

—Eso parece.

—Y eres el auténtico heredero de las tierras de los Rodríguez.

—No exactamente. El auténtico heredero era Khalil José. La madre de mi abuela Virgelina era una De la Cruz; Khalil era hijo de un primo de mi abuela, Juan José. Si el joven militar hubiera sabido de la existencia de Khalil antes de su muerte, las tierras jamás hubieran llegado a las manos de Virgelina.

—Qué curioso, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que a veces no importa en dónde nazcas o lo que se espera que vaya a ser tu vida. Al final, nuestras historias van por libre y se escriben solas.

—Quizá tengas razón, pero, a partir de ahora, solo nosotros escribiremos la nuestra.

Padre e hijo corrieron escaleras abajo para coger el taxi que los acercaría a la estación. Llevaba unos minutos esperando y el conductor empezaba a impacientarse. Elvira se despidió de su querida amiga Josefina, que se quedaba al mando de la pensión. Los años de guerra que habían compartido en el 33 de la calle Castelló quedarían en la memoria para siempre. Había sido una etapa intensa, muy dura, pero también enriquecedora.

—¡Elvira! —gritó Andrés por el hueco de la escalera—. ¡Baja rápido! Que vamos a perder el tren.

—¡Ya voy!

Elvira se colocó bien el sombrero y bajó con premura. Una vez fuera del edificio, miró hacia lo alto. Nunca olvidaría ese ático. Después se introdujo en el auto junto a su marido y su hijo. Don Aurelio los había casado esa misma mañana en una ceremonia breve con Josefina y Benicio como testigos. Se dirigían a Los Charros, o lo que quedaba de ellos. Veintisiete años habían pasado desde la primera vez que Elvira puso sus pies sobre ese suelo. Aún le temblaban las piernas cuando el recuerdo de aquel momento irrumpía en su cabeza. ¡Era tan niña y vulnerable! Ahora no. Ahora era una mujer hecha y derecha, una mujer casada, y entraría como la señora de la casa. Su antiguo mundo había desaparecido para siempre.

La entrada principal a la finca estaba intacta. Los cipreses continuaban erguidos en los laterales del camino, como dando la bienvenida a la nueva familia Legazpi. Andrés y Elvira habían decidido continuar con la estirpe que una demente desesperada había inventado. ¿Qué sentido tenía ahora desenterrar a los muertos? Las flores silvestres invadían el jardín mezclándose con rosas y petunias. Una suave brisa diseminaba el aroma del heno recién segado de las fincas colindantes. Al final de la senda visualizaron la casona. El reflejo del sol sobre la fachada acentuaba el dorado de la piedra. La imagen era imponente. Seguía en pie, orgullosa. Sin embargo, una vez te acercabas, se diferenciaban algunos destrozos provocados por los bombardeos, que estaban parcialmente recompuestos. Andrés le explicó a Elvira que en enero de 1938 una bomba había derruido parte de la pared del salón y una de las chimeneas. Gracias a Dios, en ese momento nadie se encontraba en ese lado de la casa y no tuvieron que lamentar desgracias personales. Sin embargo, el impacto visual que Elvira recibió del interior de la vivienda fue desconcertante. Algunas cortinas intentaban disimular los cristales rotos, las sillas escupían el relleno, los muebles estaban cubiertos de polvo. El retrato de Isidoro, rajado; las alfombras, raídas; las lámparas hechas añicos y los ornamentos de tipo religioso o habían desaparecido o estaban reparados con cola.

En Salamanca, el levantamiento militar triunfó casi desde el primer momento. Solo los primeros días hubo cierta resistencia en algunas zonas que permanecieron afines a la República y que lucharon contra los insurrectos. Pero contaban con un mínimo apoyo y tenían una capacidad operativa insuficiente, así que, poco a poco, fueron cediendo. Estos escasos días, horas en algunos puntos, en los que imperó la confusión, sirvieron como acicate para que muchos lugareños dieran rienda suelta a ese odio inmenso que llevaba años anclado en sus corazones. Y lo descargaron por la finca de los Legazpi, sin piedad, sin consideración alguna, sin raciocinio, llevando a cabo todo tipo de profanaciones y destrozos. Después de aquello y del posterior fallecimiento de la matriarca, las tierras habían quedado abandonadas y todas las plantas del invernadero, esas que don Isidoro plantó para calmar las adicciones de su esposa, secas. Habría que trabajar duro para devolver el esplendor a la finca.

Nada más entrar, Elvira percibió una agradable melodía. Una de las sirvientas, plumero en mano, tarareaba una cancioncilla popular. Dio la bienvenida a la nueva señora y continuó con su trabajo. La pareja depositó todos los bultos en la habitación principal y se dirigió al invernadero. Justo ahí dentro, muy cerca de un tocón que desvelaba la ubicación del alcornoque que Isidoro había talado, descansaba el cuerpo de Felisa. Elvira no pudo evitar sentir lástima por ella. Su infancia había sido un cuento de hadas si la comparaba con la de esa desgraciada.

Andresito iba de la mano de su padre. Desde que se descubrieron mutuamente, apenas se separaban. El niño no entendía por qué visitaban ese lugar. Tenían que esquivar una maraña de hierbajos secos y olía muy mal. Además, echaba mucho de menos a Rosario. Le habría gustado que los acompañara. Andrés le explicó que su abuela yacía bajo esa tierra y que iban a poner flores sobre la sepultura. Era curioso que después de tantos años sobreviviendo al infortunio y a sus maquinaciones de demente, una complicación en una simple colecistitis[45] hubiera acabado con su vida. Habían aprovechado el hoyo del tesoro para inhumar el cadáver. El baúl de Khalil lo habían llevado a la casa para decorar el recibidor principal. Estaba bastante deteriorado, pero era hermoso. Todavía se podían distinguir los dibujos exóticos esculpidos en el cuero. Lo conservarían en honor a su memoria. En cuanto al tesoro, Andrés todavía no se creía que pudiera quedar algo. Pero quedaba. Después de casi cincuenta años, había encontrado una pequeña bolsita de piedras preciosas en el interior. Estaba oculta muy profundamente, entre la tierra, como si se hubiera extraviado o quizá la habían apartado a propósito; nunca lo sabrían. Contenía varios rubíes y esmeraldas. Obtendrían una fortuna con la venta.

---

45 La colecistitis es una inflamación de la vesícula biliar.

EPÍLOGO

El flamante matrimonio Legazpi se instaló en la antigua finca de Los Charros. Una vez que, tras la conflagración, la situación se templó, Andrés retomó su profesión de abogado y Elvira se dedicó a la crianza del hijo de ambos, que resultó ser una copia exacta de su padre. Desde el principio pusieron mucho empeño en mantener el contacto con sus seres queridos, que, en la mayoría de los casos, resultaron no compartir lazos de sangre. Josefina y Benicio los visitaban de vez en cuando en Salamanca, así como el padre Aurelio y alguna otra de las personas que Elvira había tenido escondidas en la pensión durante la guerra. Los alojaba en las mejores habitaciones de la casa y después organizaba veladas en las que rememoraban aquel pasado tumultuoso. Beltrán, sin embargo, prefirió trasladarse con su enamorado a París. No quería fingir una vida que no le correspondía ni arriesgarse a ser perseguido por el régimen franquista. Pero nunca dejaron de cartearse. Los mellizos consiguieron un puesto importante en el nuevo gobierno y se instalaron en la capital.

Andrés y Elvira lograron vivir su amor durante más de veinte años, libres por fin de obstáculos e impedimentos, hasta que una madrugada gélida de febrero de 1963 se llevó a Andrés a causa de una neumonía. La marcha definitiva de su amor partió el corazón de Elvira en pedazos. Se sintió incapaz de continuar sus días en esas tierras. Cada recóndita esquina, cada ligero perfume, cada ráfaga de viento que agitaba las hojas de los árboles o hacía chirriar las bisagras del columpio en el jardín le traía a la memoria la imagen de Andrés. No podía soportarlo. Y de la misma manera que muchos años atrás su tía abuela, Bernarda, extravió en una finca cercana a Pizarral el murmullo de los sueños de dos enamorados, Elvira rompió con todo y regresó a la capital. Por

entonces, el pequeño de los Legazpi hacía tiempo que había terminado sus estudios de Derecho en la Universidad de Salamanca y lo acababan de contratar en un despacho madrileño.

Andrés y Rosarito mantuvieron una estrecha amistad, siempre con la certeza del buen equipo que formaban. El tiempo que habían compartido en la pensión les regaló una gran complicidad. Juntos convirtieron sus antiguos juegos infantiles en hazañas y las hazañas, en recuerdos imborrables. En 1957 se percataron de que sus sentimientos iban más allá. Celebraron su matrimonio un caluroso día de junio de 1958, en San Jerónimo el Real, igual que Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battenberg hicieran en mayo de un lejano 1906. Los hermanos de Rosario, pues milagrosamente Josefina parió dos varones después de la guerra, acudieron al enlace derrochando gallardía. Benicio jamás había visto tanta felicidad en los borrascosos ojos de su galleguiña. Los recién casados se quedaron a vivir con los Legazpi en Los Charros, a secas, ya que habían decidido borrar Cagayán del nombre, hasta el fallecimiento del patriarca. La primera primavera tras su muerte, se instalaron con la viuda en un gran piso de la calle Lagasca. No querían dejarla sola. El verde de sus ojos continuaba sombrío.

Después del nacimiento de su tercer nieto, Elvira convenció a su hijo de la conveniencia de que Rosario y los niños tuvieran un hogar independiente. Les transfirió el piso de Lagasca y compró uno para ella, más pequeño, en un edificio alto de nueva construcción en la calle Jorge Juan. A partir de ese momento dedicó todo su esfuerzo, y la mayoría de su fortuna, a la labor social en distintas organizaciones benéficas, principalmente la Cruz Roja. En noviembre de 2007, con ciento seis años y un pasado palpitante, se despidió de este mundo para poder reencontrarse, por fin, con el amor de su vida. Aquella pobre niña abandonada dejó tras de sí el legado de cuatro nietos, nueve bisnietos, muchas historias que se escribieron solas y la vieja medalla de peltre, que tiene el honor de lucir mi hija, bisnieta de Elvira, en su memoria.

Emma Pulido, mayo de 2023

Gracias por llegar hasta aquí. Me encantaría conocer tu opinión. Por favor, déjame una reseña.

AGRADECIMIENTOS

No puedo terminar sin dar las gracias a las personas y organismos que me han ayudado en la creación de este libro. En primer lugar, me gustaría dar las gracias a mis dos buenas amigas, Susana Torres y María José Catalán. A Susana, por su rápida lectura del primer borrador, los valiosos consejos que me dio para perfeccionarlo y su paciencia a la hora de contestar mis múltiples preguntas. A Pepa, por revisar con mucha eficiencia el manuscrito final, detectar errores que se me habían pasado por alto, aclararme dudas y reforzar mi idea de que esta novela es justo lo que desde el principio quise que fuera. De gran ayuda fueron también las historias que a lo largo de mi vida me contaron mis padres y abuelos. En especial mi abuelo Benicio que, además de ser un gran conversador, guardó como un tesoro decenas de publicaciones. Sin ellas nunca habría culminado mi proyecto. Desde aquí le envío mi agradecimiento y espero que, donde quiera que ahora revolotee su alma, continúe con la costumbre de almacenar fragmentos de sus experiencias para mostrármelos cuando nos reencontremos. También quiero dar las gracias a mi madre por cuidar con cariño de las pertenencias de Benicio durante tantos años. Cualquier otra persona hubiera tirado a la basura todo ese montón de trastos viejos. Ella, sin embargo, siempre los ha considerado reliquias familiares. Quiero añadir la ayuda de mi suegro. Su mente privilegiada recuerda todavía muchos detalles sobre los años de la Guerra Civil y me los ha contado todos. Además, me hizo un regalo extraordinario: el título de maestra de su abuela. Gracias a los datos que aporta este documento pude concertar una cita en el Archivo Histórico de la Universidad de Salamanca. Mi más sincero agradecimiento también para los profesionales de este archivo que conservan los expedientes antiguos en perfecto estado y que

me permitieron curiosear el de Modesta. La emoción que me provocó tenerlo entre mis manos dio como resultado LA MEDALLA DE PELTRE, ¡Gracias a todos!

ASÍ NACIÓ ESTA NOVELA

Esta novela surge como resultado de la suma de las historias que me han contado algunos de mis familiares a lo largo de la vida, la consulta del expediente de nuestra bisabuela en el Archivo Histórico de la Universidad de Salamanca, la lectura de diferentes libros y tesis universitarias, una profunda investigación llevada a cabo en la nube, la zambullida en las numerosas revistas y publicaciones que a lo largo de su vida atesoró mi querido abuelo Benicio, y un brote de inspiración.

Durante los años que estuve en la universidad devoré muchos libros. Algunos por obligación y otros por placer. *La España del siglo XIX (1808-1898)*, de Vicente Palacio Atard, Espasa Calpe 1981, fue el único que leí por ambas razones. Más de treinta años después de conseguir mi título de periodismo este maravilloso volumen sobre la España del siglo XIX me sigue siendo útil y gracias a su relectura senté las bases de la parte de mi novela que transcurre en ese siglo.

Realidades de la Guerra Civil, de Eduardo Pons Prades, La Esfera de los Libros 2005; *La Guerra Civil Española*, de Antony Beevor, Crítica 2005, así como las publicaciones *Las milicias valencianas en la Guerra Civil 1936-1939*, de Miguel Asensio Gómez (Diputació de València) e *Historia de la educación en España (1857-1975). Una visión hasta lo local*, de Manolo Garrido Palacios, me ayudaron a recrear la época de estudiante de Modesta y a contextualizar la parte de mi relato que transcurre durante los años treinta, especialmente durante los prolegómenos a la Guerra Civil. *Historia del Boxeo Madrileño*, de la Federación Madrileña de Boxeo, y un artículo publicado en la *Revista Cubana de Medicina del Deporte y la Cultura Física*, por Rafael Lerena Nápoles, entre otros, me sirvieron para documentarme sobre el mundo pugilístico e inventar el

personaje de Beltrán. Con *Historia de la Piratería Malayo – Mahometana en Mindanao, Joló y Borneo*, escrito por José Montero y Vidal. Tomo I. Imprenta y Fundición de Manuel Tello, 1888, pude perfilar el personaje de Khalil.

Para mis escenas transcurridas en Salamanca y Béjar me he valido del interesante blog *Salamanca en el Ayer*, el periódico digital *La Crónica de Salamanca*, el estudio publicado en internet *Política y Sociedad en Béjar durante el siglo XIX* por Mariano Esteban de Vega de la Universidad de Salamanca, artículos antiguos del diario salmantino *El Adelanto* y la tesis *Salamanca en 1898*, octubre de 2015, por David Senabre López de la Universidad Pontificia de Salamanca. Gracias a estas publicaciones y a las visitas que hice a esta hermosa ciudad, a su universidad y a sus alrededores pude imaginar perfectamente la Salamanca por la que pasaron mis protagonistas.

El *Nuevo manual histórico–topográfico–estadístico y descripción de Madrid, 1854*, de Mesonero Romanos ha sido muy útil para hacerme una idea del Madrid del siglo XIX. También me he documentado con el libro *25 imágenes en la historia del transporte público de Madrid*, publicado por el Consorcio Regional de Transportes de Madrid en 2011 con motivo del 25 aniversario de la institución (1986-2011), que recorre con dibujos, fotos y explicaciones claras, la historia del transporte público en la capital. Se trata de un trabajo cuidado y bonito que me ha ayudado a poner en escena el Madrid de cada época. Con *Plusesmas.com* he podido contemplar fotos antiguas de numerosas calles de Madrid y sentirme casi como si las hubiera conocido entonces.

No puedo dejar de mencionar el hallazgo que me supuso la vieja enciclopedia ilustrada *Historia de las naciones*, casa editorial Segui, 1900, que rescató mi marido a los pies de un contenedor de papel y que consulté en varias ocasiones.

En cuanto a Madrigal de las Altas Torres, el azar hizo que tropezara con la web *Arteguias, el primer portal de románico y el arte medieval* cuando mi novela todavía era un mero deseo. Desde ese mismo instante supe que Modesta tenía que ser obligatoriamente oriunda de Madrigal y pasear por los mismos escenarios que Isabel la Católica.

Un texto publicado en el Blog *Investigart*, por Gloria Martínez Leiva y el libro *Sacedón un siglo de imágenes*, María Jesús Moya Benito y Jesús Mercado Blanco, Aache Ediciones de Guadalajara, 2005, que mi abuela guardaba en el pueblo, me dieron la oportunidad de recrear el antiguo balneario cuya primera visión, unas ruinas emergiendo del embalse de Buendía, me provocó un fuerte impacto en la infancia.

En el estudio *Apellidos de los gitanos españoles en los censos 1783-85*, de Juan F. Gamella, Antonio Gómez Alfaro y Juan Pérez Pérez, 2012, del Departamento de Antropología Social de la Universidad de Granada y el libro *Historia y costumbres de los gitanos* de F. M. Pabanó, Montaner y Simón Editores 1915, he encontrado los nombres y apellidos, la jerga y algunos datos útiles para mis personajes Antonio, María y María Manuela. En cuanto al tema de la

violencia anticlerical en España, tuve la suerte de encontrarme con *Las Grietas de la Secularización: identidades y violencia anticlerical durante la Guerra Civil 1936-1939*, tesis de Sara Alejandra Labrador Hayas, Universidad Complutense de Madrid, 2018. También me ha ayudado en la documentación para mi novela la investigación *Las principales ciudades portuarias en la España del siglo XIX, llevada* a cabo por Germán Rueda, Luis Sazatornil y Carmen Delgado, de la Universidad de Cantabria.

La página web Geografía infinita publicó el artículo de Carlos A. Font Gavira, *Mindanao: el intento español por dominar la isla imposible* el 5 de septiembre de 2022 que me introdujo en la idiosincrasia de esta isla filipina. La revista *Desperta Ferro Contemporánea* en su número 36 de noviembre de 2019 titulada *La Guerra de Filipinas 1896-1898*, y el libro *La guerra olvidada de Filipinas*, de Andrés Mas Chao, Editorial San Martin, 1998, me aportaron algunos datos históricos. El catálogo de la *Exposición del National Museum of Filipino People, Manila*, que tuvo lugar del 27 de noviembre de 2006 al 28 de febrero de 2007 y en el que colaboraron los ministerios de Cultura y Exteriores de España y que muestra fotos y dibujos de la época, me sirvió de inspiración para mis personajes y escenas que transcurren en Luzón y Mindanao.

Las páginas web oficiales de la Guardia Civil y la Policía Nacional tienen un apartado dedicado a su historia que aporta información provechosa para cualquier persona interesada en la andadura de estos cuerpos de seguridad del estado.

La tesis realizada por Ruy Rodero Torrealba, *Madrid en huelga, Madrid sin agua: el desabastecimiento de agua en Madrid a consecuencia de la huelga de la construcción de 1936 a través de las fuentes hemerográficas*, Universidad Complutense de Madrid, 2019; me hizo contextualizar los días anteriores al levantamiento militar.

Los tejidos del s. XIX, de Lucina Llorente, la publicación de ilustraciones *Victorian Fashions & Costumes from Harper's Bazar 1867-1898*, de Stella Blum, Dover Publications, New York 1974, y las páginas web: *Rincón de caballeros* y *La Guía del Varón*, entre otras, además de fotos familiares y de revistas, me sirvieron para vestir e imaginar a mis personajes.

Google Maps me ha transportado a los confines de la tierra y me ha permitido pasear por lugares en los que nunca he estado. También he consultado diferentes B.O.E publicados durante la Regencia de Maria Cristina, el Reinado de Alfonso XIII y la Segunda República. Escritos sobre el consumo del opio, como el artículo en la revista National Geographic *La historia del opio: tráfico, adicción y guerras*, me han dado una idea de lo extendido que estaba el consumo de esta substancia en el siglo XIX. Noticias del antiguo periódico tradicionalista *El Siglo Futuro*, Wikipedia y un sinfín de textos, folletos, artículos, ensayos y reseñas me han sumergido por completo en los diferentes momentos históricos de mi relato. Todo ello enriquecido por las publicaciones que recopiló durante años mi abuelo y que me han ayudado a conocer los productos que se publicitaban, la moda, los eventos sociales, los crímenes, las revueltas, los singulares anuncios telegráficos, la política, los periodistas que estaban en boga, los cines y

teatros, la cartelera, los establecimientos habituales de restauración, la forma de expresarse, la manera de vestir, las preferencias para divertirse, los libros más leídos, el perfil de pensamiento… En definitiva, el estilo de vida de una época.

Por último, quiero decir que, aunque no he podido contrastar algunos de los hechos y lugares de los que me hablaron mis antepasados, me he servido de ellos de todos modos. En primer lugar, porque ellos los recordaban así en sus corazones y, en segundo lugar, porque me han resultado inspiradores y los novelistas siempre tenemos la opción de tomarnos alguna licencia poética. Yo me he tomado alguna que otra.

SOBRE LA AUTORA

Emma Pulido se licenció en Ciencias de la Información (periodismo) por la Universidad Complutense de Madrid en 1991. Posteriormente se especializó en información ecológica y medioambiental en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes de la Universidad Politécnica de Madrid. Nada más terminar sus estudios realizó varias colaboraciones y prácticas en medios de comunicación locales. En 1988 obtuvo el primer premio de poesía de la hoy Universidad CEU San Pablo (entonces colegio universitario). A los ocho años escribió su primer cuento. Se titulaba *El árbol de los cien años*. Desde entonces no ha dejado de escribir. Los últimos veinticuatro años ha estado entregada a la educación y cuidado de sus tres hijas. Cuando la menor se matriculó en la universidad, decidió dedicarse a lo que más le gusta: escribir. *La medalla de peltre* es su primera novela.